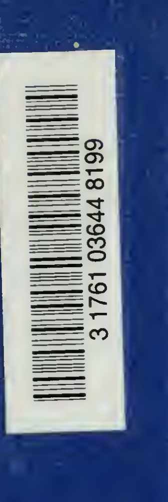

3 1761 03644 8199

GUERRAS IRREGULARES.

GUERRAS

IRREGULARES

POR EL T. C. COMANDANTE

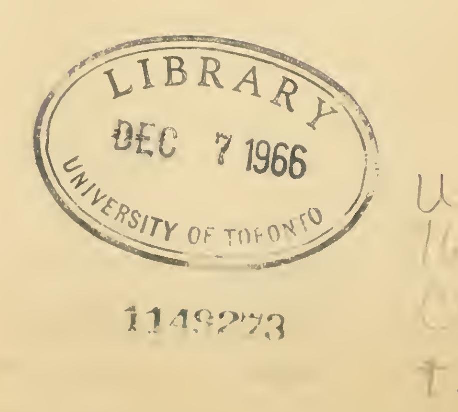
DON J. I. CHACÓN,

CAPITÁN DE ESTADO MAYOR,
INDIVIDUO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA Y CORRESPONDIENTE DE
LA SOCIEDADE DE GEOGRAPHÍA COMERCIALE DO PORTO.

TOMO II.

MADRID.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1883.


LIBRARY
DEC 7 1966
UNIVERSITY OF TORONTO

CAPÍTULO PRIMERO.

Teatro de la guerra. Climas.—Montañas.—Llanuras.—Bosques.—Costas.—Ríos.—Terrenos pantanosos.

Si necesario es el conocimiento del teatro de la guerra en las campañas regulares, mucho más lo es en las irregulares, que siempre tendrán lugar en países desprovistos de vías de comunicación practicables á las tres armas y acerca de los cuales sólo tendremos, por lo común, vagas noticias relativas á su constitución topográfica, á las costumbres de sus habitantes y á sus elementos de guerra, suministradas por los viajeros, exploradores ó misioneros. En estos países, es imposible aplicar el principio de llevar una fuerza mayor que la enemiga sobre un punto dado y en un momento determinado, sólo aplicable á los países llanos descubiertos y en los que las distintas fracciones de nuestro ejército tengan cierta dependencia entre sí y todas marchen bajo la inmediata dirección del general en jefe. En la mayor parte de los casos nos encontraremos con que nuestras fuerzas no tendrán un centro fijo, ni estarán concentradas, sinó, al contrario, esparcidas por el país, aprovechando siempre todos sus medios de acción y estando todas en primera línea, por decirlo así, y en contacto con el enemigo.

La suerte de las naciones puede decidirse en las grandes llanuras, cuando el enemigo concentra sus ejércitos; pero en los bosques y montañas es donde se abriga el genio de la resistencia de todo país; allí es donde las nacionalidades oprimidas y las insurrecciones

se sostienen tenazmente contra la dominación que detestan, allí es donde encuentran elementos poderosos de resistencia, y donde es difícil, si el pánico y el temor no hacen mella en los insurrectos ó naturales, terminar la guerra con la completa destrucción de sus fuerzas militares, que podrán estar hostilizándonos contínuamente, por espacio de muchos años, aun después de haber conseguido con nuestras armas la sumisión y obediencia de las poblaciones.

En estas guerras no son las mismas las condiciones para los dos beligerantes, por más que el terreno sea igual para uno y otro. Generalmente, la ofensiva partirá de nosotros y la defensiva será adoptada por los contrarios; y si bien en las guerras regulares, la primera tiene inmensa ventaja sobre la segunda, no sucede lo mismo en este caso. Los que defienden su país ó territorio están en el terreno donde nacieron; lo conocen á palmos; saben perfectamente orientarse, para, en cualquier momento, acudir á un punto determinado, á través de bosques impenetrables para nosotros; encuentran sus provisiones en el campo ó las reciben con seguridad del interior; en tanto que los que avanzan se encuentran desde el principio en un país desconocido y cuanto más se internan en él, con más dificultades tropiezan, hallándose algunas veces rodeados de bosques vírgenes, en los que tendrán que abrirse camino con sus machetes, ó en llanuras inmensas, donde no es fácil orientarse. Los enemigos no necesitan vencer á nuestro ejército; pero éste tiene necesidad absoluta de la victoria, y, tantas veces cuantas el atacado resista al atacante, éste será vencido.

La ofensiva en estas guerras ofrece al General en Jefe muy poca gloria ostensible y muchas dificultades, pues no tan sólo tendrá que imprimir á las operaciones una gran actividad, y encontrar al enemigo, sinó que deberá vencer, porque un revés, por pequeño que sea, la opinión pública lo transformará seguramente en un desastre.

Todas estas dificultades, inherentes á la ofensiva, se aumentan notablemente al desarrollarla en territorios desconocidos; por lo tanto, es de suma importancia para los gobiernos, enviar, mientras se prepara la expedición, ó antes, si se ha previsto el caso, varios espías, bien remunerados, al teatro de la guerra, quienes, en el momento de entrar el ejército en campaña, pueden dar multitud de noticias utilísimas. En los contratos con estas gentes, nos conviene ser explendidos, y que nunca presida el acto una economía mal entendida, pues las noticias que nos suministren valdrán, á veces, no solamente una gratificación elevada, sinó hacer poderoso, para toda la vida, al espía que nos las comunique.

Con auxilio de las ideas adquiridas del país á donde nos dirijamos, suministradas por los viajeros, por la geografía ó por la historia de otras expediciones y aumentadas con las que nos faciliten los espías, se procederá á señalar el número y clase de fuerzas que han de llevar á cabo la campaña, teniendo en cuenta los terrenos donde se ha de operar, para elevar ó disminuir respectivamente los contingentes de las tres armas. Con el conocimiento de las noticias anteriores y teniendo presente cuanto hemos dicho en otros capítulos, se establecerá el plan de campaña, contando con que serán muy á propósito, para resguardar nuestros movimientos, los obstáculos insuperables ó difíciles para el enemigo, y, en este concepto, tener en cuenta que es conveniente apoyar un flanco del ejército en el mar, en un río navegable, en un desierto ó en un terreno muy pantanoso. Estas mismas consideraciones hay que tenerlas presentes al concluir la campaña, si hubiere de señalarse una frontera al terreno dominado; que tanto los ríos caudalosos como los desiertos y grandes extensiones de pantanos, son convenientes para separar los países, como lo son, sin duda, las cadenas de agrestes montañas.

Sentadas estas consideraciones, vamos á ocuparnos

ligeramente en las partes constitutivas de los teatros de las guerras, comenzando por decir breves palabras á propósito de los climas que nuestras tropas han de soportar.

***

Desde luego creemos pertinente á nuestro objeto fijar más la atención en los climas cálidos que en los fríos, porque, además de que éstos son más soportables que aquéllos y no originan en las tropas europeas el cúmulo de enfermedades que los primeros, en raros casos se formarán expediciones que vayan á combatir fuera de la patria, en países fríos, como lo son la Siberia y el norte de América.

En los puntos de un mismo paralelo, la temperatura es muy variada, pues influye notablemente en ella la proximidad de los desiertos, de las cadenas de montañas y la dirección de éstas; así, por ejemplo, la proximidad de los grandes desiertos del Africa hace mucho más cálida de lo que debiera ser la temperatura de la Arabia, la Siria, la Mesopotamia y de todos los países del S. O. de Asia, y la temperatura en el Norte de la China es excesivamente fría, por la carencia de montañas que la defiendan de los aires glaciales de la Siberia. Por idéntica razón, el clima de la América meridional, bajo el mismo paralelo de la India, es mucho más templado que el de ésta, porque la disposición de la cadena de los Andes, que se extiende hacia el polo, no detiene los vientos fríos que de él se desprenden.

El calor, por sí solo, no es perjudicial para los que no están acostumbrados á las bajas latitudes y tienen que vivir en ellas: el hombre puede soportar temperaturas elevadas, sin que la menor enfermedad ataque su organismo, pues las insolaciones y varias afecciones cerebrales que podrían sufrir algunos, al permanecer mucho tiempo bajo la influencia de una temperatura semejante, no deben contarse sino como casos aislados

y en el número de las dolencias y enfermedades que siempre acompañan á los ejércitos. Lo mortal y dañino para las tropas son las emanaciones que produce la descomposición de vegetales y animales y el estancamiento de las aguas, que, bajo el ardiente sol de los países cálidos, llenan la atmósfera de partículas nocivas, y, al ser absorvidas por la transpiración y respiración de los cuerpos, producen las mortales enfermedades que, con variedad de síntomas, se comprenden bajo el nombre de *fiebres de los climas cálidos.*

Estas enfermedades regularmente son endémicas en los países de que tratamos, puesto que en ellos mismos existen las causas que las producen, y varían en gravedad, desde la simple calentura, que desaparece con el cambio de clima, hasta la fiebre fulminante, que mata á las pocas horas de haber atacado.

Creemos que la medicina tiene aún mucho que decir respecto á estas fiebres, cuyas causas primordiales se conocen y, sin embargo, á veces subsisten con carácter permanente en puntos determinados, donde ninguna causa ostensible parece que las produce. En la Habana y Santiago de Cuba, por ejemplo, sufren horrorosamente los efectos de la fiebre amarilla ó vómito negro los europeos, al paso que en Guanabacoa y en San Antonio de los Baños, en el Caney y en el Cobre, á pocas horas de distancia respectivamente de ambas ciudades, acomete á muy pocos la epidemia. Del mismo modo se produce el fenómeno en la isla de Santo Domingo; las tierras dominicanas han estado comunmente libres del terrible azote, así como las de Haiti suelen estar castigadas por él, lo cual queda comprobado al notar que las pérdidas, por enfermedades, que tuvo el general Leclerc, cuando penetró en este último país, fueron mucho mayores, en comparación, que las que sufrió nuestro ejército expedicionario en Santo Domingo.

No pueden, por lo tanto, darse reglas ó prevenciones generales para conocer y determinar clara y perfectamente las localidades donde las enfermedades pa-

lúdicas se desarrollan con mayor ó menor vigor, aunque generalmente los terrenos llanos muy cubiertos de bosques son más propensos que otros al desarrollo de dichas enfermedades, porque las muchas lluvias forman depósitos de aguas estancadas, donde se descomponen las materias vegetales, que el calor del sol se encarga de evaporar, llenándose la atmósfera de partículas perniciosas en suspensión.

Así sucede en las costas occidentales del Africa, pobladas de bosques; espesas nieblas cubren los lugares húmedos, y un calor de 25° á 35° á la sombra hace impregnarse la atmósfera de miasmas deletéreos, que causan á los europeos disenterías y fiebres de mal carácter. El saneamiento de dichos países es empresa algunas veces difícil y árdua, por más que consista principalmente en la desecación de los terrenos húmedos y en dar salida á las aguas estancadas; por esto, creemos que, cuando nuestra dominación sea estable, una de las cosas más importantes, que deberemos hacer en el país, es darle de este modo todas las condiciones de salubridad posible, á pesar de lo difícil de la tarea; pero, cuando la ocupación sea transitoria, rara vez podremos ocuparnos de otra cosa que de terminar nuestros asuntos en un clima que rechaza á todo extranjero.

El conocimiento del clima del país á donde hemos de llevar la guerra es muy importante, y así, el momento de empezar la campaña ha de estar subordinado, en lo posible, á él, pues es conveniente aprovechar los meses en que las condiciones de salubridad sean preferibles, teniendo en cuenta las estaciones, las épocas desfavorables para el desarrollo de enfermedades y la temporada de las aguas, que, aunque variable de un país á otro, es periódica siempre en uno mismo, puesto que regularmente dependen, en gran parte, de los vientos que reinan. El conocimiento de éstos puede facilitarnos el de las épocas de lluvias, si bien se verifican en algunas comarcas fenómenos que hacen que las aguas no se presenten donde teóricamente deben

esperarse, como sucede en el interior del Africa, cuyas llanuras y desiertos, caldeados por el sol, producen una gran dilatación en las capas inferiores de la atmósfera, desviando con esto los vientos alísios, que llegan del polo norte, hacia el E. y N. E. del continente.

En el hemisferio boreal las lluvias comienzan en el mes de Abril, y en el austral, como consecuencia de la oposición de estaciones, empiezan en Octubre y terminan en Marzo; y como la intensidad de ellas varía desde $0^m,50$ anuales hasta 2^m, se comprende que en cada localidad habrá de tenerse en cuenta, además de la configuración del terreno, la temperatura, la época de las aguas y la intensidad de las lluvias.

Como base para este estudio, bueno será contar con los siguientes datos:

Temperaturas máximas en distintos países.

35° centígrados en adelante......	Africa central.—Abisinia.—Península arábiga.—Sur de Egipio,—Desierto de Sahara.
30° á 35°......	Marruecos.—Senegal.—Egipto.—Sur de la India.—Indostán.—Nueva Guinea.
25° á 30°.......	Filipinas.—Sur de la China.—Afghanistán.—Persia —Costa septentrional de Africa.—Sur y Este de España.—Canarias.—Florida.—Cuba.—Méjico.—Istmo de Panamá.—Venezuela.
20° á 25°.......	Japón.—China central.—Turquía.—Austria.—Sur de Alemania.—Norte de España.—Sur de los Estados-Unidos.—California.—Perú.—Brasil.—Sur del Africa.—Madagascar.—Norte de la Australia.
15° á 20°.......	Norte del Japón y de la China.—Sur de Rusia y de Suecia.—Norte de Alemania y de Francia.—Bélgica.—Holanda.—Dinamarca.—Inglaterra.—Sur del Canadá.—Norte de California.—Sur del Perú.—Cabo de Buena Esperanza.—Austrialia central.
10° á 15°.......	Sur de Siberia.—Norte de Europa.—Canadá.—Chile.—Paraguay.—Uruguay.—Sur de Australia.—Nueva-Zelanda.
5° á 10°.......	Norte de Siberia.—Norte de Suecia.—Islandia.—Norte de Canadá.—Península de Alaska.—Sur de América.

0° á 5°........	Nueva-Siberia.—Nueva-Zembla.—Spitzberg.—Groenlandia.—Bering.—Patagonia.

Epocas de las lluvias.

Regiones privadas de lluvias durante todo el año........	Desierto de Kobi (Asia).—Egipto.—Desierto de Sahara.—Centro de la Australia.—Costa occidental del Perú y parte de Chile.
Lluvias en todo el año......	América del Norte.—Europa, á excepción de la Península Ibérica, Italia y Turquía.—Zona central de Asia.—Venezuela.—Nueva-Granada.—Ecuador.—Guyana.—Guinea del Norte.—Fernando Póo.—Zona ecuatorial del Africa.—Sumatra.—Nueva-Zelanda.—Patagonia.
Lluvias en el invierno......	California.—Estados del Sur de la América septentrional.—Canarias.—Costa de Marruecos.—España.—Italia.—Costas del Mediterráneo—Turquía.—Persia.—Afghanistán.—Norte de la India.—China.—Sur de la Australia.—Cabo de Buena Esperanza.—Chile. Sur del Brasil.—Paraguay.
Lluvias en el verano.......	Méjico.—Antillas.—Centro del Brasil.—Bengala.—Hotentocia. —Transwal.—Natal.—Madagascar.
Lluvias del Monzón.......	India.—S. E. de la China.—Java.—Borneo.—Filipinas.—Nueva-Guinea.—Norte de la Australia.—Nueva-Caledonia.

Intensidad de las aguas.

Más de 2 metros anuales.......	Costa de Méjico.—Antillas.—Zona del río de las Amazonas.—Costa del Brasil.—Costa de Guinea y de Senegambia.—Islas Canarias.—Costa de Marruecos y de Argelia.—Sur de Italia.—Costa del Mar Negro.—Costa oriental de Africa.—Costa occidental del golfo de Bengala.—Sumatra.—Java.—Nueva-Guinea.
De 1 á 2 metros anuales.......	Méjico.—Estados-Unidos.—Sur de Canadá.—Inglaterra.—Costas de Europa.—España. Francia.—Alemania.—Austria.—Bélgica.—Holanda.—Mar Báltico.—Turquía.—Persia.—Pueblos del Cáucaso.—Sur de la China.—Japón.—India.—Región del Nilo. Costas orientales de la Australia.—Costa de Chile—América Central.—Nueva Zelanda.—Borneo.—Filipinas.

Merece también fijar nuestra atención, al hablar de los países cálidos, la influencia perceptible que la luna

tiene en ellos, no tan sólo, como en Europa, sobre los vegetales, sino también sobre el hombre; pues, así como existen comarcas donde estar mucho tiempo expuesto á la acción de la luna y dormir bajo su influencia es altamente perjudicial y ocasiona grandes trastornos en el organismo, hay otras donde, practicando todo esto, es completamente inofensiva su influencia. Varias veces sucede, como en el centro del Africa, que en dos localidades vecinas el efecto de la luna es muy diferente; dice el doctor Livingstone que, acostumbrados sus hombres á lo inofensivo que era dormir bajo la claridad de ella, siempre lo practicaban; pero al llégar á las llanuras de Chicova, aquella costumbre costó perder la vida á cuatro de sus acompañantes.

Los efectos de la luna son en general muy perjudiciales para los heridos, y desde luego podemos asegurar que siempre que se duerme bajo su influencia en los países tropicales, se experimenta, al despertar, un agudo dolor de cabeza y un malestar general.

* * *

Los terrenos montañosos son de un valor inmenso para la defensiva y es indudable que en ellos tropezaremos con muchas más dificultades que en los llanos, cuando ataquemos á un enemigo que se defienda, por más que, siendo de alguna importancia las montañas, existirán mayor número de parajes, donde la vegetación no sea tan rica, proporcionando quizás, en medio de un clima insalubre, mesetas ó cumbres, que, estando fuera de la atmósfera envenenada de los bosques, sean lugares á propósito para establecer hospitales y campamentos de aclimatación.

Aunque no es muy común tener que operar en terrenos montañosos excesivamente elevados, es conveniente que nos fijemos en que no todas las tropas son á propósito para maniobrar en ellos con algún éxito: para hacer la guerra en las altas montañas, son nece-

sarios hombres habituados á las alturas y á caminar por terrenos muy accidentados; es preciso que puedan subir, desahogadamente, pendientes, durante tres ó cuatro horas, llevando un peso de unos 20 ó 30 kilógramos, sin caer sofocados, y que sus temperamentos sean á propósito para los trabajos que han de ejecutar. Las tropas que hayan de operar en las altas montañas, deben estar formadas, si es posible, por montañeses y hombres nacidos en países montuosos y elevados, menos propensos á la fatiga que los que no están acostumbrados á trepar. Además de ésto, los soldados que no tienen costumbre de vivir en las alturas, pierden, al estar algún tiempo en ellas, su energía; muchos resultan anémicos y casi todos pierden el apetito, buscando en los alcoholes algún átomo de fuerza. Por estas razones, los soldados destinados á operar en grandes alturas han de someterse á una alimentación especial.

El estudio de la formación geológica de un país, es evidente que nos facilitaría mucho el conocimiento de la forma interior de él y la disposición de sus cordilleras y montañas, pues la Geología presenta datos precisos para conocer la estructura de un terreno, sabiendo su formación.

No es posible, dadas las condiciones de este libro, tratar de dicha ciencia, que, no por ser nueva, deja de abrazar con sus investigaciones un extenso campo; pero creemos oportuno dejar estampados en este lugar, algunos principios y observaciones referentes á la formación de las cordilleras y montañas, que podrán ser útiles para los que lleguen á encontrarse en un país montañoso completamente desconocido.

Según un eminente geólogo, las cordilleras ó cadenas de montañas, muy pocas veces se presentan aisladas y casi siempre existen varias paralelas; principio importante que puede influir notablemente al establecer un plan de operaciones en un territorio casi desconocido, y que se completa con la observación hecha, de que las cadenas de montañas paralelas han sido elevadas

en la misma época y, por lo tanto, estarán plegadas é inclinadas en la misma dirección.

Los levantamientos de la corteza terrestre han formado las montañas, y así, según haya habido ó no en este movimiento ruptura en la superficie del globo, se habrán formado montañas de pendientes suaves, sin cortaduras ni barrancos escarpados, ó bien cordilleras abruptas, llenas de profusión de escalones gigantescos, surcados por profundos barrancos y coronados por agujas colosales de granito.

Del examen de la formación geológica de un terreno montañoso puede deducirse la extructura que deba tener y, por lo tanto, la mayor ó menor facilidad de atravesarlo, pudiendo calcularse hasta la dirección aproximada de los caminos que lo crucen: así es que, fundándonos en los principios que sienta la Geología, podemos establecer los caractéres siguientes:

Montañas graníticas.

Altas rocas, presentando aristas vivas y gigantescas agujas.—Grandes peñas suspendidas.—Faldas abruptas.—Los pasos suelen estar muy encajonados y los terrenos de la derecha é izquierda casi siempre son inaccesibles.

Las costas graníticas son favorables para la navegación y presentan numerosos y buenos puertos.

Montañas pizarrosas.

Levantamientos en las cúspides, poco modelados.—Carencia de picos y vértices agudos.—Mesetas onduladas en las cumbres.—Depresiones abruptas en las faldas.—Grandes hendiduras.—Los caminos, por lo general, se apartan de las regatas.

Montañas calcáreas.

Escalones gigantescos.—A veces, vastas mesetas y paredes verticales.—Depresiones profundas, por donde corren las aguas.—Los pasos son escasos y muy elevados.—Los caminos, muy tortuosos.

Montañas de arenisca.

Mesetas uniformes.—Grandes taludes de desmoronamiento.—Pasos fáciles.

Montañas volcánicas.

Cráteres en las crestas.—Rápidas pendientes.—Regatas abiertas por la lava.

La inclinación de las laderas de las montañas dista mucho de ser uniforme, pues, aunque sólo fuera por la acción de las aguas, adquieren ciertas inflexiones, motivadas por la tierras arrancadas que se ván depositando en ciertos parajes.

La figura 1.ª representa el perfil que, por lo general, tienen las montañas.



La parte A B corresponde á llanuras más ó menos extensas y onduladas formadas con las materias que el agua arrastra hasta dicho sitio. Desde B, las laderas tienen pendientes rápidas, que retienen sólo la tierra vegetal, dejando en algunos parajes las rocas al descubierto: esta parte se llama *región de los bosques*. Desde C hasta D existe una pequeña pendiente, que impide á las aguas correr con rapidez, donde suelen formarse praderas; y últimamente, corona la montaña una zona de de rocas, donde existe escasa vegetación. Si la altura de la montaña no es considerable, no aparecen estas distintas zonas, quedando, las cúspides en la de los bosques y rara vez en la de las praderas, que también se llama *alpestre*.

Las pendientes de las montañas pueden ser accesibles ó inaccesibles para las tropas, entendiéndose siem-

pre que las primeras son aquellas por las cuales se pueda marchar combatiendo, y esta distinción y estudio son tan importantes, como que en ellos se fundarán seguramente las disposiciones tácticas que hayan de ordenarse en el campo de batalla.

La infantería, desplegada en tiradores, no necesitando guardar una formación regular y debiendo plegarse y cubrirse en los accidentes del terreno, puede decirse que no encontrará sitio por donde no pueda marchar, á no ser en algunas de esas grandes cortaduras que se forman en las montañas. En el capítulo donde tratemos de los reconocimientos volveremos á ocuparnos en asuntos tan importantes.

***

Las llanuras desprovistas de bosques pueden ser unidas ó cortadas: en las primeras, pocos obstáculos se encontrarán para la marcha de las tropas; pero no así en las segundas, que estarán quizás cruzadas de profundos surcos, grietas ó barrancos, cuya importancia es preciso conocer antes de disponer la marcha de alguna columna que deba atravesar dicho terreno.

También las llanuras pueden clasificarse en cultivadas é incultas, y siempre que un ejército haya de operar en un país, debe á todo trance procurar que sus movimientos se efectúen atravesando las primeras; en ellas se encuentran los pueblos, los sembrados, las corrientes de agua, los pozos, los ganados y las arboledas, todo lo necesario, en fin, para la vida y sostenimiento de las tropas: en las incultas se carecerá de todo, muchas veces hasta del agua, por más que en muchos puntos del globo, en casi toda la zona intertropical, la vegetación es tan exuberante, que, aunque esté descuidado el cultivo, se encontrarán elementos bastantes, sinó para que puedan vivir las tropas, usando de ellos únicamente, para proporcionar, al menos, ciertas comodidades y desahogo que en otro lugar no podrían encontrarse.

Las grandes extensiones de terrenos incultos, llanos

y desprovistos de árboles y hasta de vegetación, sólo existen en los continentes y en el centro de la Australia. Estos desiertos se llaman en Rusia, *estepas*; en la India, *djengles*; en África, *karroos*, y en América, *sábanas* y *pampas*; en todos ellos suelen encontrarse, á veces, algunas zonas ó porciones de terreno cubiertos de verdura y en estos oasis siempre se hallará agua, elemento sin el cual será peligroso arriesgarse á atravesar semejantes llanuras.

Los desiertos del Africa, inmensos océanos de arena, sin sombra de vegetación y cubiertos con las osamentas de los hombres y animales que han perecido ahogados por el polvo que arrastra el *simum*, rara vez podrán atravesarlos ejércitos numerosos, no sólo por la imposibilidad de poder llevar todo el agua que necesitarían en la marcha, sino por la exposición de que los huracanes y el calor asfixien buena parte de ellos.

No sucede lo mismo en las grandes estepas de Asia, en las sábanas de América y en las grandes llanuras de la misma Africa, no cubiertas de arena, pues aunque la escasez de agua se deja sentir en todas, existen menos obstáculos y peligros que en los mares de arena africanos que á veces conmueven violentas tempestades. En dichas grandes extensiones suelen encontrarse lugares de aguada, á cuya situación hay que sujetar la marcha de las columnas, para que puedan servirse de varios al mismo tiempo las distintas que se formen, como lo efectúan los rusos al marchar por las estepas. En éstas crece una yerba, que, aunque raquítica, sirve para alimentar á los caballos y bestias de carga, cuando la nieve no cubre por completo las llanuras; pero en invierno son imposibles las operaciones porque, así como los desiertos de Africa tienen sus tempestades de arena, las estepas de las mesetas centrales y del Norte de Asia tienen temporales de nieve, que impiden por completo la marcha regular de un ejército.

En las sábanas de Africa y de América se producen grandes yerbas, que, si bien son muy útiles como ali-

mento para los animales, son un obstáculo serio y fatigoso para la marcha de las columnas. Estas yerbas, que ninguna hoz ha segado nunca y que alcanzan su completo desarrollo, sin que los hombres ni los animales las marchiten, sino es en pequeñas porciones, llegan á tener una altura de dos y tres metros, cubriendo con exceso, muchas veces, á los hombres á caballo; y, si bien ocultan completamente al enemigo los movimientos de las columnas, ahogan y hasta llegan á asfixiar á los soldados que se fatigan, separándolas con sus brazos, para abrirse paso, pues, no existiendo ninguna corriente de aire, dentro de aquellos mares de verdura, el calor solar hace intolerable la temperatura (1).

Al atravesar tales pasajes se debe tener un especialísimo cuidado de no fumar, pues una pequeña partícula de fuego, arrojada en aquella extensión de yerba, que tiene infinidad de hojas secas, produciría un horroroso incendio y la destrucción total de la columna.

En caso de que se les dé fuego antes ó después de atravesarlas, para abrir paso á las columnas ó para despejar una zona determinada, debe procurarse que ardan por completo. Las yerbas incompletamente quemadas hacen la marcha sumamente penosa, porque estas yerbas tienen sus troncos bastante gruesos, y al quemarse y convertirse en cañas duras, quedando enredadas unas con otras é inclinadas en todos sentidos, hacen preciso levantar mucho los piés á cada paso, como si fuera necesario salvar altos matorrales y producen heridas en las piernas que no tardan en convertirse en úlceras profundas.

En muchas comarcas, hasta en las menos civilizadas, suelen practicarse incendios anuales, en las épocas que no abundan las aguas y en las que la yerba está suficientemente seca para prender y comunicar el

(1) Estas altísimas yerbas tienen en la Isla de Cuba el nombre de *yerba Guinea*.

fuego con rapidez. Esto será conveniente efectuarlo en la misma forma por un ejército de ocupación, no tan sólo en los alrededores de los poblados y fuertes, sino en cualquier sitio donde se las encuentre, siempre que no haya necesidad de atravesarlas durante el tiempo que necesitan los incendios para extinguirse completamente.

*
* *

Los bosques de los países intertropicales distan mucho de parecerse á los que se forman en las zonas templadas; la vegetación en ellos es tan exuberante y prodigiosa, que rara vez se pueden distinguir unos árboles de otros. Arboles seculares elevan sus cabezas por encima de los bosques, como las antiguas catedrales levantan al cielo sus agujas por encima de las ciudades; alrededor de ellos, llenando el espacio que media de uno á otro, crecen árboles más pequeños, que al llegar con sus ramas á la altura de las ramificaciones de los primeros, empujan, estrechan y penetran por entre sus hojas, enlazando sus troncos jóvenes con los vetustos de los grandes árboles, y, como si esta íntima unión no fuera suficiente, millares de bejucos y enredaderas enlazan las ramas unas con otras, se retuercen á lo largo de los troncos y bajan de lo alto de las copas hasta el suelo, donde, al tocar, se cubren de raices y éstas á su vez, se transforman en trepadoras, que continuan enlazando las piedras con los árboles y éstos con los troncos viejos y carcomidos, derribados sobre el suelo, formándose un verdadero cortinaje de verdura, un tapiz verde é impenetrable que oculta los objetos á pocos metros de distancia.

Existen bosques, regularmente los situados en parajes secos, que carecen de plantas trepadoras, lo que les hace ser mucho más practicables. En ellos crecen los árboles gallardamente; en muchos, sus troncos no alcanzan un gran diámetro y su ramificación se efectua á mucha altura, por lo que presentan el aspecto de

un bosque de varas delgadas y flexibles que no hace difícil la marcha y que permite distinguir á alguna distancia (1).

En algunos puntos se encuentran bosques cubiertos de bambúes, no difíciles de atravesar, á excepción de los formados por el bambú doerí (bambú espinoso), cuya destrucción es necesaria, para poder penetrar en los sitios donde crece. Cada pié de bambú doerí forma, por sí solo, un macizo, que llega á tener 12 metros de altura y 6 á 10 de espesor, y produce varias cañas de 20 á 30 centímetros de grueso, muy apretadas y erizadas, lo mismo que las ramas, raíces y retoños, de largas espinas, duras y puntiagudas como agujas, que causan infinidad de heridas al que pretende apartarlas. Ni los cañones ni la hacha sirven para nada contra el bambú doerí y únicamente se consigue destruirlo por medio del petróleo.

Los bosques vírgenes de que tratamos ocupan, por lo general, gran extensión de terreno, sin aclarar su espesura, siendo solo practicables por estrechos senderos, formados por los naturales del país ó por los animales que se dirigen á los puntos de aguada, así es que se hace necesario, para atravesarlos en una determinada dirección, colocar, á vanguardia de las columnas, algunos hombres que, con el hacha ó el machete, vayan abriendo camino á la larga hilera de soldados que marche detrás de ellos: sin embargo, muchas veces en estos bosques existen grandes claros, que es necesario tener en cuenta al efectuar una marcha, pues, así como será muy conveniente, para ahorrar fatiga y tiempo, atravesarlos cuando haya seguridad de no tener próximo al enemigo, debemos siempre evitar, en el caso contrario, desembocar imprudentemente en ellos, sin que precedan flanqueos por ambos lados.

Los árboles, arbustos y plantas que forman estos

(1) Estos bosques se llaman en la Isla de Cuba *montes firmes*.

bosques son, en su mayor parte, desconocidos para los europeos, y no es de poca importancia, al comienzo de una campaña, que el cuerpo de Sanidad, con estudio y conocimiento del país y de sus productos, formule una distinción grande entre los árboles, plantas ó especies que sean dañosos para la salud y aquéllos en que, por el contrario, se encuentren elementos convenientes para la comodidad ó alimentación del soldado; pues, así como no hay ningún peligro en que éste coma alguna de las muchas frutas que en dichos países existen, lo hay, y muy grave, si llega á gustar de algunas que producen grandes perturbaciones en la salud (1). No se crea que este asunto no merece fijar la atención, pues, así como se evitarán de este modo muchas enfermedades, se proporcionará al soldado, al mismo tiempo, conocimientos utilísimos del país en donde tiene que vivir algún tiempo; y como la Naturaleza siempre pródiga y sabia, hasta en los menores detalles de la obra de la Creación, coloca siempre en los sitios donde las necesidades del hombre aumentan, los medios de satisfacerlas prontamente, podrán los conocedores de un país encontrar en sus campos grandes elementos de vida. En los parajes secos de Cuba reemplaza al agua un bejuco negro, llamado en el país *bejuco-parra*, por parecerse mucho al tronco de las parras viejas; enredadera, que cortada en sentido perpendicular á sus fibras, destila un agua clara, fresca, exquisita y tan abundante, que con un metro de dicho bejuco se apaga la sed de un hombre. Esta planta crece también en los bosques de Africa y de América, teniendo en Oceanía su representación en un árbol que, herido en su tronco, destila igualmente agua. Además de estas clases de vegetales,

(2) En Cuba existe una fruta, llamada *jobo*, parecida á la ciruela y que exhala un aroma agradable; sin embargo, ni un solo natural del país ni un soldado veterano se atrevía á tocarla. Sólo algunos bisoños en aquella campaña se decidían á probarla, sufriendo por tal causa dolores intensos y diarreas incómodas por algún tiempo.

que guardan el agua en sus fibras, para ofrecerla al hombre sediento que atraviesa las selvas vírgenes de dichas comarcas, existen otras plantas, que crecen en los troncos de los árboles, plantas parásitas, cuyas hojas anchas y hondas, recogen por la noche abundante rocío, que mantienen durante todo el día, proporcionando, del mismo modo que los bejucos, un agua fresca y sabrosa en los lugares donde no se la encuentra corriente. Estas yerbas, que son para los caballos un alimento aceptable, abundan con exceso en los bosques de América y reciben en la isla de Cuba el nombre de *curujey*.

Existen árboles y plantas, no sólo perjudiciales, sinó hasta mortales para el hombre; y desde el *árbol de la leche* y *euforbios* de Africa, cuyo jugo es muy acre y produce un vivísimo dolor al caer en un órgano delicado, hasta el *guao* de la isla de Cuba, árbol que al tocarlo, produce la hinchazón inmediata de la parte del cuerpo que sufrió el contacto y cuya sombra es á veces mortal para ciertos organismos, abundan las especies de vegetales nocivos para la salud; y para que se vea la importancia que pueden tener en una guerra, citaremos el caso siguiente: En una de las operaciones que se verificaron para penetrar en el corazón de la sierra Maestra, en la isla de Cuba, se formaron tres columnas, dos de las cuales debían marchar por tierra y reunirse, á una señal determinada, en un día dado y en el mismo punto, con la tercera, que, saliendo de Santiago de Cuba, en barcos de la escuadra, debía desembarcar en la playa donde mueren las estribaciones de la referida sierra. Efectuado el desembarco, se acampó en la misma playa, para emprender el movimiento al día siguiente, y era tal la abundancia que en ella había de unos cangrejos grandes, muy apreciados en la Isla (1), que, haciendo gran caza de ellos, oficiales y soldados se festejaron grandemente, comiéndolos en mucha

(1) Tienen el nombre de *cangrejos moros*.

cantidad. A las pocas horas, varios soldados comenzaron á quejarse de agudos dolores en el vientre, y al acudir á prestarles sus auxilios el médico de la columna, encontróse con que, á excepción de los que no habían probado los cangrejos, todos se hallaban con síntomas de envenenamiento. Aquellos cangrejos habían comido de un arbusto que crece en las orillas del mar y de los ríos, llamado *manzanillo*, que es muy perjudicial para la salud del hombre, no sólo por sí propio, sinó por hacer perniciosas las aguas que lo bañan y los animales que lo comen (1). La tercera columna tuvo que reembarcarse, y no sólo llenó los hospitales de enfermos, sinó que, no concurriendo al sitio prefijado, hizo infructuosa la combinación ideada.

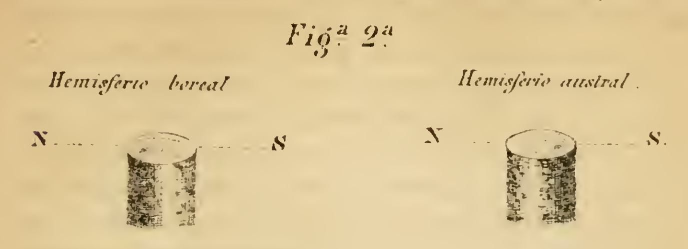
Los bosques están, á veces cruzados por sendas estrechas; pero, como casi siempre habrá que operar por el interior de ellos, para dar caza al enemigo apartándose de los caminos, nada más fácil que extraviarse, y una vez extraviada una fracción de tropa ó un hombre solo, puede asegurarse que se desorientará completamente, áno llevar á prevención una brújula ó un guía del país, ó poner en práctica algún procedimiento de los que indicaremos.

Llegado este caso y teniendo noticia de la dirección general que se traía, es muchas veces fácil orientarse en medio de un bosque, por la observación de los árboles. Si en el país existen vientos fijos y determinados, al cortar una rama ó un arbusto en sentido perpenticular á sus fibras, se observará que la mayor distancia desde el corazón de la madera á la superficie, corresponde al lado por donde comunmente soplan los vientos, con lo cual es fácil orientarse; cuando los vientos no sean constantes, las fibras que están siempre expuestas á la acción directa del Sol se dilatan y las opuestas se contraen, por lo que la mayor distancia del

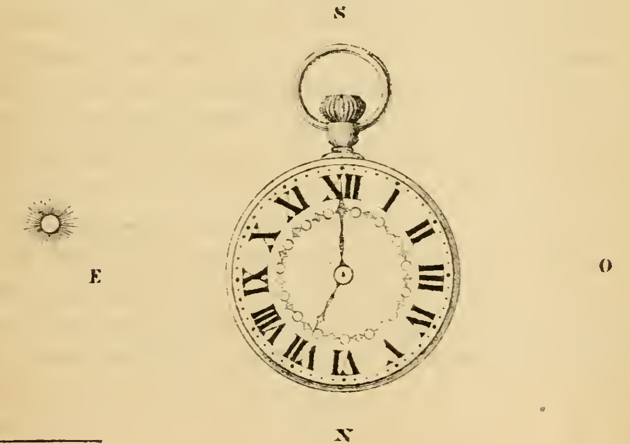
(1) Los naturales los conocen perfectamente y les llaman *ciguatos*.

corazón de la madera á la superficie corresponderá á la dirección Sur en el hemisferio boreal, y á la dirección Norte en el austral, como se vé en la figura siguiente:

Figª 2ª



Con un reloj de bolsillo pueden determinarse, cuando hay sol, los cuatro puntos cardinales. Este procedimiento, (basado en el principio de que aproximadamente la traslación azimutal del Sol, durante una hora, debida al movimiento diurno aparente, corresponde á media sobre el reloj), (1) es como sigue:



(1) Desde que el Sol corta el plano de nuestro meridiano á las doce del día, hasta que lo verifica á las doce de la noche, transcurren doce horas; y en este tiempo, suponiendo el reloj orientado, como en la figura, el Sol habrá recorrido la parte de reloj comprendida entre XII y VI, que son 6 divisiones de hora del reloj. Por lo tanto, á cada hora que recorra el Sol en su curso se encontrará en la prolongación de los rádios que pasen por las horas y medias horas del reloj, de donde se deduce el principio sentado.—Desde luego este cálculo no es rigorosamente exacto, puesto que nos apoyamos exclusivamente en el movimiento diurno aparente del Sol.

Supongamos que son las siete de la mañana: á esta hora le falta al Sol recorrer un ángulo de cinco horas para llegar al medio día, y, por lo tanto, tendrá que recorrer, contando sobre el reloj, 5 medias horas; de donde deducimos que, restando esta cantidad, á partir de las XII hacia la izquierda, y haciendo coincidir el rádio *a b* con la dirección del Sol, proyectado sobre el horizonte, los puntos XII, VI, III y IX nos darán á conocer el Sur, el Norte, el Oeste y el Este respectivamente. Al poner en práctica este procedimiento, no debe olvidarse que efectuándolo en el hemisferio austral, los números del reloj indicarán puntos cardinales completamente opuestos.

De noche, la observación de las estrellas y, sobre todo, de la Polar, en el hemisferio Norte, y de la Cruz en el Sur, si el bosque permite distinguirlas, bastará para orientarse cualquier extraviado, conociendo las constelaciones y teniendo del mismo modo siempre en cuenta el hemisferio del globo en que se esté.

La Luna puede en algunas ocasiones proporcionarnos la manera de orientarnos aproximadamente por su observación. Cuando es Luna llena, podemos contar que á las seis de la tarde se encuentra al Este; á media noche, en el Meridiano, y á las siete de la mañana al Oeste. En el cuarto creciente, (1) á las seis de la tarde está marcando el meridiano; á media noche, el Oeste, y en el cuarto menguante, (2) á las doce de la noche, se vé al Este, y á las seis de la mañana en el Meridiano.

* * *

El reconocimiento de las costas y la apreciación de sus condiciones para efectuar desembarcos, elegir fondeaderos ó establecer almacenes que sean surtidos por los barcos mercantes ó los transportes, corresponde

---

(1) Cuando los cuernos ó puntas están hacia la izquierda.

(2) Cuando están hacia la derecha.

á la marina de guerra: ella será la que estudie la composición del terreno del país enemigo que bañan las aguas del mar y la disposición que tenga el litoral, para aplicar los conocimientos que adquiera, en las distintas operaciones que sean confiadas á su cargo, y para ilustrar la opinión del Generel en Jefe.

El ejército de tierra no tiene que preocuparse por la configuración de las costas y sólo tener en cuenta la estructura y condiciones del terreno que las forma, cuando haya que operar en él, pues con frecuencia el aspecto general de un país varia mucho al aproximarse al mar, yendo los espesos bosques del interior á morir unas veces en dilatadas playas de arena, y otras á coronar las crestas de acantilados y farallones, que azotan las olas, salpicándolos de espuma.

En muchos países, las orillas del mar y de los ríos, sobre todo en sus desembocaduras, están cubiertas de espesos bosques de manglares, que ocupan una gran extensión antes de arraigar y crecer en tierra firme. El *mangle* es un arbusto, y algunas veces corpulento árbol, que nace en el fondo del agua y cuyas raices sólo en ella se desarrollan, así es que suelen encontrarse algunas veces en los terrenos muy pantanosos. Estas raices, quedan al descubierto en las horas de baja marea y se entrelazan de tal modo, que forman una espesa red, por bajo de la cual queda el agua en dichas horas, hasta que vuelven á quedar sumergidas en el momento de la alta marea. Desde el mar, las costas de mangles engañan muy fácilmente, pues, al ver tanta vegetación y multitud de troncos corpulentos, parece que es fácil saltar á tierra, y, sin embargo, no sólo es difícil desembarcar sobre las raices de los manglares, sinó que muchas veces se tendría que andar sobre ellas leguas enteras, para poder llegar á pisar tierra firme. No á todos es dado poder atravesar los manglares, porque, además de la dificultad que existe para sostenerse en equilibrio sobre las ramas y raices, es peligroso caer y quedar enredado entre ellas: para

poder caminar sobre tal red de troncos, resbaladizos por la acción de las aguas, es preciso ir descalzo y, sobre todo, tener gran habilidad y práctica.

Debe huirse, en cuanto sea posible, de fondear los barcos muy cerca de estos sitios y de elegir en sus inmediaciones lugares de permanencia, pues, aparte de que es casi imposible hacer desaparecer los mangles, aunque sólo sea de una pequeña zona, y son muy á propósito para favorecer una sorpresa del enemigo, están, por lo común, infestados de mosquitos de todas clases, de tal modo, que sería materialmente imposible resistir por algún tiempo una vecindad semejante, pues la desesperación se apoderaría de los que tuvieran precisión de vivir entre ellos.

Los mosquitos son una de las calamidades más grandes que caen sobre los ejércitos: así como existen de diversas clases y distintas magnitudes, los efectos de sus picadas son diferentes, y desde algunos, casi imperceptibles, cuyas picadas causan vivos dolores, é inflamaciones, hasta otros, grandes, de picada inofensiva, las especies varían de tal modo en un mismo país, que es tarea difícil clasificarlas. Contra los mosquitos no hay más defensa que el humo y el alejarse de los focos que los producen, que regularmente son los parajes húmedos.

Al hablar de los mosquitos, se nos ocurre decir breves palabras acerca de otra plaga, incómoda y hasta peligrosa para un ejército en los países cálidos, cual es la de las hormigas. Desde el animalillo familiar que todosconocemos, hasta la gran hormiga roja africana, que se hace temer de los más grandes animales, existe multitud de especies, que, si algunas son completamente inofensivas, no sucede lo mismo con otras, cuyas picadas hacen daño y que introducen el desórden en un campo, si se ha tenido la mala fortuna de plantarlo en un sitio habitado por ellas, pues aparte de no dejar dormir y descansar á los soldados, irritan y enardecen á los caballos y bestias de carga, que llegan en su en-

furecimiento hasta romper los ronzales y huir con carrera desesperada del campamento.

∴

Los ríos, pueden ser excelentes bases de operaciones y líneas de comunicaciones, pues los barcos de guerra podrán apoderarse de su curso, si son navegables, y no solamente explorando y flanqueando con sus cañones las orillas harán muy segura la marcha de un ejército que apoye un flanco en el río, sinó que por él pueden escoltar á las embarcaciones que abastezcan al ejército invasor de cuanto sea necesario. En todo caso, siempre que se pueda aprovechar un río con este objeto, deberá vigilarse mucho que el enemigo no corte la retirada de nuestros barcos, interceptando el río; pues, aunque al cabo de algún tiempo pudiera hacerse de nuevo navegable, el perdido en los trabajos que se originarían, retardaría ó debilitaría las operaciones.

La mayor parte de los ríos sin canalizar tienen á su entrada barras, regularmente de arena, que, apesar de ser aquéllos de gran profundidad, impiden la entrada de los buques ó sólo les dejan paso en el momento de la alta marea. El conocimiento de estas barras es muy importante, si se trata de utilizar el río para la navegación; y aunque los naturales del país siempre tendrán conocimiento de ellas, es bueno observar que existirán en la desembocadura de un río cuando éste, siendo muy profundo, se ensanche notablemente al desaguar en el mar, bien inundando los alrededores, bien formando una extensa delta. Es conveniente también tener en cuenta, cuando en las playas del país donde tengamos que operar existan arrecifes de coral, un fenómeno, observado en multitud de casos en la Oceanía y que puede, por lo tanto, erigirse en ley: en la desembocadura de todos los ríos hay escisión en el arrecife de coral; la mezcla del agua dulce y del agua salada parece antipática á los pólipos coralinos, y, por tanto,

existen depresiones en las entradas de los ríos, en lugar de barras, lo que hace que haya buenos fondeaderos y que la navegación se facilite mucho.

Sucede, á veces, que en las estaciones secas los ríos se evaporan, y es empresa difícil sinó imposible encontrar una gota de agua; sin embargo, ahondando de 2 á 8 piés en las arenas que tenga en su fondo el cáuce, hay probabilidades de encontrarla, y muchas más, si la operación se verifica en el punto de unión de un arroyo grande con otro pequeño, si bien dentro de este último, porque las aguas que descienden con violencia hácia el gran arroyo, se detienen en su confluencia por una fuerza mayor, dando por resultado una filtración más activa.

Estos ríos, que se evaporan, suelen cruzar las grandes llanuras intertropicales, y como sus márgenes son bajas, apenas se distingue su curso á primera vista. Para conocer si por una llanura corre un río, deberá recordarse que una línea sinuosa de árboles ó de vegetación, siempre anuncia la presencia, sinó de alguno, por lo menos de un arroyo, por el que en ciertas épocas del año, corre el agua.

Además de los ríos caudalosos, existirán, sin duda, en los países de que hablamos, muchos de importancia secundaria, que, si bien no serán navegables, es probable que algunas veces sea imposible vadearlos, sobre todo en la época de la crecida de las aguas.

Estas crecidas tienen lugar regularmente en épocas periódicas, cuando no son las lluvias las que las originan: los cursos de aguas que descienden de las altas montañas cubiertas de nieve, tienen sus crecidas en las épocas de los deshielos, y es conveniente tener conocimiento de dichas épocas, para saber á que atenerse durante las operaciones y que las columnas no corran el peligro de quedar aisladas entre dos ríos, sin elementos suficientes, para bastarse así propias.

Para atravesar los ríos, se hace necesaria la construcción de puentes; pero, si éstos no pueden ser ten-

didos por los ingenieros con los recursos del país, será preferible continuar las operaciones en otra dirección, hasta encontrar vados, pues siempre será molesto y largo el transporte de los trenes de puentes, y las ventajas que se logren no compensarán las incomodidades, á no ser cuando el puente tenga que ser permanente, en cuyo caso deberá trabajarse con ardor hasta verlo terminado, estableciendo relaciones y protecciones entre las fuerzas que estén en las distintas orillas.

Lo más común en el transcurso de las operaciones, es encontrar ríos vadeables en toda su extensión ó sólo por algunos puntos, que es indispensable conocer.

Los vados se encuentran con mayor frecuencia allí donde las márgenes bajan en cuesta suave.

En los sitios donde se ensanchan los ríos.

En los puntos en que la corriente es débil y el agua se riza.

En la salida de un remolino.

En los lugares que en época de la seca se ve pasar el río con rapidez por entre dos bancos de arena.

En los sitios agua abajo de los recodos, yendo oblícuamente en sentido de la corriente.

En el intervalo de dos recodos muy próximos.

En algún punto cercano, agua arriba de la confluencia de dos ríos.

La existencia de los vados depende, también mucho, de la altura variable ó fija de las aguas en épocas determinadas, cuya mayor ó menor variación puede apreciarse, observando los troncos de los árboles que crecen dentro del río, en los que estarán marcadas las alturas más constantes de las aguas.

Muchas veces los ríos son vadeables, á excepción de un corto espacio, situado en su parte más honda, y entonces es fácil establecer un vado completo, rellenando dicho espacio con piedras ó ramas, y, si se dispone de algún tiempo, construyendo faginas, que, convenientemente rellenas de piedras menudas, formarán un piso muy seguro.

El lecho de los ríos puede estar formado por grandes piedras, multitud de raices entrelazadas, losas muy lisas y resbaladizas ó fango, y en tales casos los vados presentarán dificultades al servirse de ellos y hasta llegarán á ser impracticables; el fondo más conveniente es el que esté formado por grava gruesa.

Cuando la naturaleza del fondo del río ó la profundidad de éste no permitiera á las tropas vadearlo, habrá necesidad de establecer pasos ó puentes del momento, aprovechando los elementos que se encuentran en las orillas. Descartando todos cuantos medios de establecer un puente momentáneo existen, en los que sea necesario emplear herramientas, de las que, á excepción del hacha ó machete, suponemos que carecen las tropas, indicaremos algunos procedimientos sencillos que podrán seguirse para conseguir el objeto que se desea.

Si el río ó arroyo fuese, aunque profundo, bastante estrecho, para que su anchura no exceda de la altura de los árboles próximos á sus orillas, se tenderán sobre ambas tres ó cuatro troncos, que permitirán el paso á la infantería; y si se quiere dar al puente alguna más consistencia, se entrelazarán varias ramas ó bejucos, formando una especie de tejido (fig. 3).

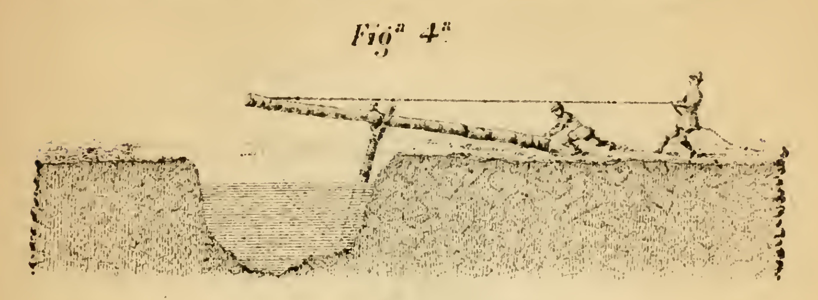
Fig.ª 3ª



Pudiendo perfeccionarse el puente de este modo y cubriéndolo de tierra apisonada ó tepes, quizás fuera posible hacer pasar por él á la caballería.

Para tender estos árboles, cuando un hombre no puede trasladárse á la orilla opuesta y tirar de ellos por medio de una cuerda, se dispone una horquilla en la forma que indica la (fig. 4.ª) y colocando sobre ella el

Fig.ª 4.ª



tronco que se pretenda establecer, se irá haciéndola girar, sosteniendo el tronco al mismo tiempo con una cuerda, hasta que su extremo descanse sobre la orilla opuesta.

Establecido un tronco, la colocación de los demás ofrece menos dificultad, haciendo resbalar sucesivamente cada uno de los que se han de colocar, sobre el que ya esté establecido, en la disposición que se vé en la fig. 5.ª

Fig.ª 5.ª



Cuando el río sea más ancho que la longitud de los árboles que crecen á su orilla, deberemos practicar lo siguiente: Se derribarán dos árboles en la orilla del río,

distantes lo suficiente para que, al caer sobre él, sus copas se entrelacen próximamente en la mitad del río y asegurando y enredando bien sus ramas, unas con otras, por medio de cuerdas ó bejucos, (fig. 6.ª) se arrojará un

Fig.ª 6.

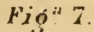


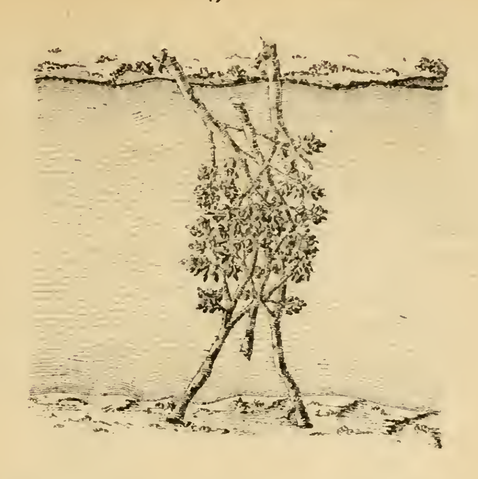
tercer árbol, desde la unión de las copas de los dos primeros á la orilla opuesta, afianzándolo en ella con piquetes, si la velocidad de la corriente lo exigiere, cuya velocidad debe tenerse en cuenta al derribar los árboles, para que, al dejarlos caer agua arriba, el movimiento que les impriman las aguas haga que se entrelacen uno con otro. Si no existieran árboles en la orilla misma del río y hubieren de traerse de otro punto, será conveniente sujetarlos en la orilla con piquetes de madera, que se clavarán junto al extremo de los troncos y en dirección de la corriente.

Si el río tuviere una anchura tal, que el tercer árbol no llegara á tocar en la orilla opuesta (fig. 7.ª), deberá practicarse igual operación á un tiempo en ambas y procurar, aprovechando la fuerza de la corriente, que los terceros árboles enreden bien sus ramas, asegurándolos en todo caso con bejucos ó con cuerdas.

Hechas estas operaciones, se procederá á cortar todos los troncos y ramas que molesten demasiado á los que hayan de pasar y de este modo se obtendrá en poco tiempo un paso fácil y seguro para la infantería, por

más que su duración será poca, pues, á la primera pequeña avenida ó sin ella, sólo obedeciendo á la contínua acción de la corriente, no tardará en desaparecer.

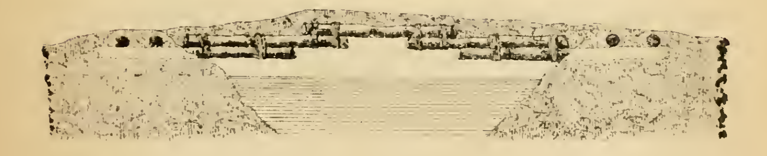

Fig.ª 7.



Puede también efectuarse lo siguiente:

Colóquese horizontalmente una fila de troncos en cada orilla (fig. 8.ª) sujetándola fuertemente, apisonando

Fig.ª 8



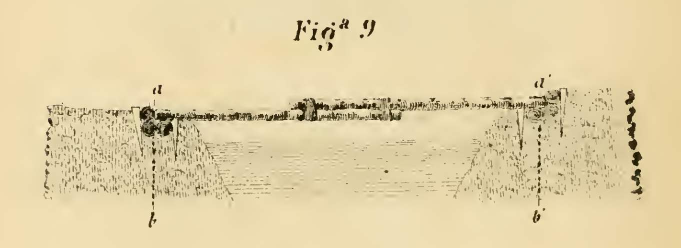
la tierra encima de ella y poniendo algunos troncos y piedras, que servirán de contrapeso; sobre esta fila de maderos, colóquense otras, de manera que cada una sobresalga de la inferior una magnitud igual á su tercera parte, y cuando los extremos de dos filas estén á distancia suficiente para que otros maderos puedan apoyarse en ambas, se colocaran éstos, cubriendo de tierra todo el puente y apisonándolo bien.

Sumergiendo algunos carros, se puede construir un paso en ríos de poco fondo, haciendo de manera que las lanzas se crucen, y apoyando en ellas, fuertemente atadas, árboles ó maderos, éstos servirán de apoyo á los largueros del puente.

Cuando hubiere necesidad de hacer pasar caballerías ó carros por un puente, hay que dar á éste la solidez necesaria, para que pueda verificarse la operación sin peligro de que el paso de las primeras bestias y ruedas destroce el piso del puente é impida continuar pasando á las demás.

En este caso, si el río es suficientemente estrecho para que puedan tenderse troncos de árboles de una á otra orilla ó bien troncos sólidamente atados uno con otro, como indica la (fig. 9.ª) sólo habrá necesidad de

Fig.ª 9

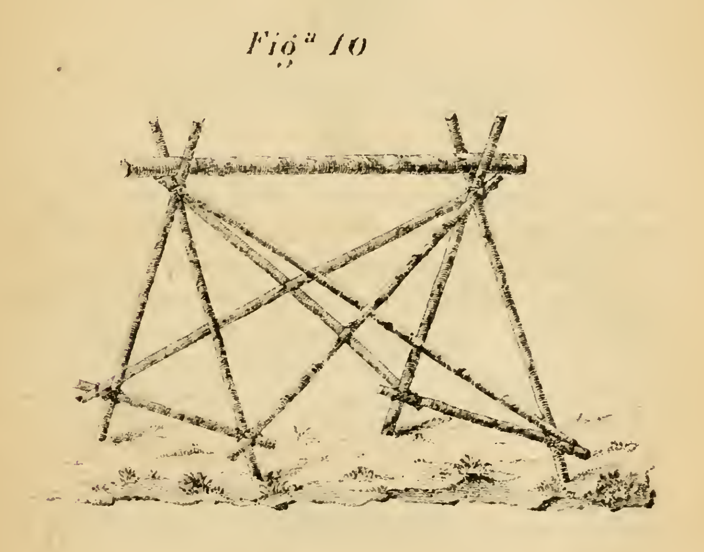


construir un tablero; y para dar al puente la mayor solidez que necesita para soportar mayor peso que el de la infantería, se harán descansar sus extremos en dos troncos de árboles (a a'), que se sujetarán fuertemente con otros cuatro (b b'), por medio de los piquetes necesarios, dando con esto al puente gran fuerza de resistencia y evitando al mismo tiempo que las tierras de las orillas, sobre que apoyan los largueros, se vayan desmoronando y acaben por inutilizar el puente.

La construcción del tablero es fácil, pues se formará con tablas, si las hubiere, ó con troncos delgados, que se enlazarán unos con otros con bejucos ó cuerdas bien fuertes, ligándolos del mismo modo á los largueros, y concluyendo la operación con llenar de ramaje pequeño

los intersticios que quedaren y apisonar, por último, tierra y piedrecillas sobre el tablero, que de este modo quedará en disposición de poder resistir el paso de carros y caballerías.

Cuando el río tuviese tal anchura que los troncos de los árboles no fueran suficientes para apoyarse añadidos, en una y otra orilla, habrá que establecer apoyos intermedios, para que en ellos descansen las vigas del tablero. Para este objeto podrán servir algunos carros, toneles, si los hubiere, ó en su defecto caballetes, cuya construcción se desprende del examen de la fig. 10.ª



Los troncos de árboles que entran en su construcción, aunque no tienen que ser muy gruesos, deben, sin embargo, tener bastante resistencia, para poder soportar las vigas de las cumbreras del caballete, los largueros del puente, el tablero del mismo y el peso de los carros que hayan de atravesarlo.

Cuando el río tuviere mucha profundidad, nos valdremos de cuerpos flotantes, tales como barriles embredos, pellejos, si los hubiese, y en último caso,

construyendo balsas, que deberemos procurar estén formadas con la madera más ligera que hubiere en las inmediaciones. Estas balsas (fig. 11.ª) se sujetarán con

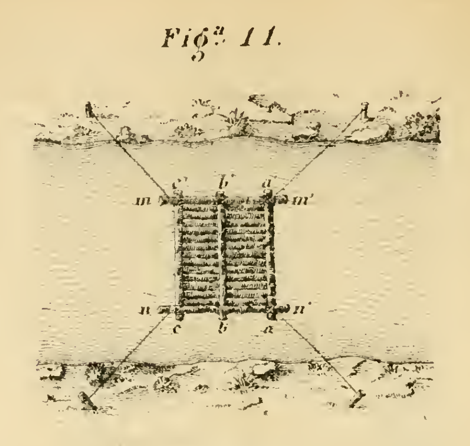
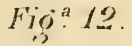
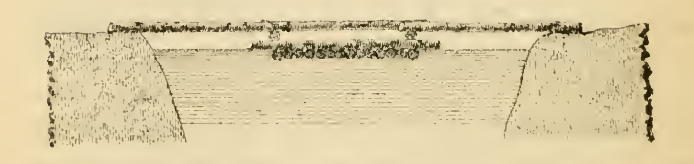


Fig.ª 11.

cuerdas, que partan de sus cuatro ángulos á las dos orillas, y se apoyarán en ella los largueros, sujetándolos á troncos transversales que tendrán los apoyos, teniendo entendido que el tablero se extenderá por encima de éstos, como indica la fig. 12.ª


Fig.ª 12.

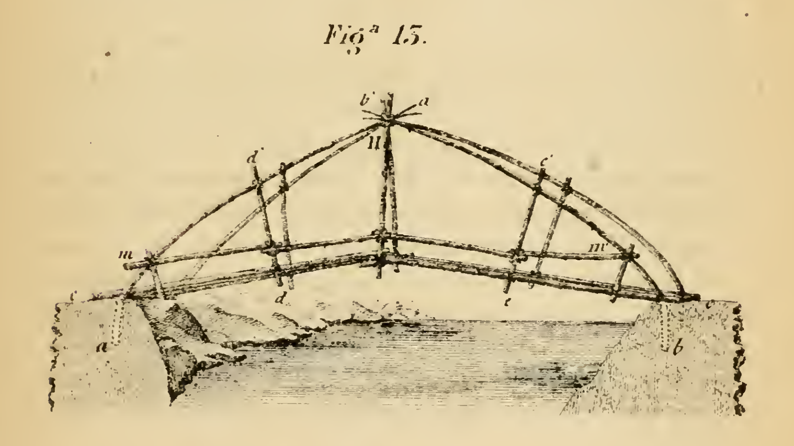


La construcción de las balsas es, por demás, sencilla. Se cortarán maderos un poco mayores que la anchura que se desee dar al puente y se sujetarán fuertemente, unos al lado de otros, por medio de cuerdas ó de bejucos, asegurando luego del mismo modo á ellos, para dar consistencia á la balsa, otros tres troncos (a a') (b b') (c c') (fig. 11.ª), sobre los cuales descansarán dos

más (m m′) (n n′) que servirán para apoyar las soleras del puente. La unión de los primeros maderos debe hacerse en el agua, para que cada uno tome en la balsa la posición más á propósito, á fin de que se aprovechen todas las condiciones flotantes que tenga.

En los países donde abunde el bambú, ó grandes árboles de troncos elásticos, pueden tenderse unos puentes que, por lo sólido é ingenioso de su construcción, merecen conocerse. Se colocan dos grandes bambúes (a a′) (b b′) en las dos orillas del río y se arquean de modo que sus extremos vayan á tocarse, atándolos en seguida fuertemente uno á otro (fig. 13.ª). Practicado

Fig.ª 13.



esto, se tiende de orilla á orilla un largo bambú (c c′) ó dos, unidos con solidez, que por medio de otros bambúes transversales (d d′) (e e′), atados del mismo modo á los anteriores, se unen con los dos primeros, quedando formada una especie de cercha, de resistencia suficiente para el uso á que se la destina. Construyendo después otra idéntica, á una distancia de la primera igual á la anchura que queramos dar al puente, y uniendo fuertemente los vértices en H, no faltará más que cubrir con bambúes, tierra y piedrecillas el espacio que medie entre los largueros (c c′) (h h′), para tener construido un puente, que tendrá hasta carácter de permanente,

sobre todo si las crecidas del río no llegan á dañarle. Para mayor seguridad de los que tengan que cruzarlo, se puede construir un pasamano (m m'), como indica la figura, bien por uno de los costados del puente, bien por ambos.

Tanto para tender estos pasos como para otras necesidades que ocurrirán en la campaña, será preciso conocer aproximadamente la anchura del río, y suponiendo que carezcamos de instrumentos á propósito para calcularla con exactitud, podemos emplear alguno de los medios rápidos que enseña la topografía.

Fácilmente puede ejecutarse lo que sigue: Colóquese el observador á la orilla del río y mire fijamente á cualquiera objeto de la opuesta, permaneciendo en esta forma, sin cerrar los ojos, breves segundos: en seguida hágase un giro rápido, y habiendo una extensión mayor que la anchura del río en el sentido en que se mire, el primer objeto que se fije distintamente en la retina del ojo se encontrará á una distancia del observador, próximamente igual á la que se busca.

Este procedimiento es muy inexacto y sólo servirá cuando, yendo á caballo, se quiera adquirir una rápida idea de la importancia de un río. Para el establecimiento de puentes, es más conveniente emplear otros medios, entre los que son más sencillos los que ponemos á continuación.

Primer medio.—Plántese verticalmente, en la orilla, un palo de altura proporcionada al objeto, hágasele una hendidura en la parte superior, para colocar, formando cruz, otro palo pequeño, de unos 0,^{m}30 de largo y bien recto; diríjase por éste una visual hacia la orilla opuesta; hágase girar el palo mayor, sin separarlo de la vertical, hasta que el extremo menor del pequeño se halle dirigido al suelo. El punto de éste que encuentre la visual dirigida por el palo menor, estará á una distancia del observador, igual á la anchura del río (fig. 14).

Segundo medio.—Tómense dos jalones de 1,^{m}40 y

1,^{m} 00 de longitud próximamente; plántese verticalmente el mayor á una distancia determinada, 4 metros, por ejemplo, de la orilla del río, y el menor junto á ésta; introdúzcase en tierra el mayor, hasta que la visual

Fig.ª 14



que pase por las cabezas de ambos jalones encuentre á la otra orilla: hecho esto, arránquese el jalón pequeño y plántese á 4 metros de distancia del mayor, en un terreno llano, procurando que no entre en tierra más de lo que había entrado antes, y midiendo la distancia que haya entre dicho jalón y el punto en que la visual que pase por las dos cabezas corte al suelo, se tendrá la anchura buscada (fig. 15).

Fig.ª 15.



La velocidad de la corriente influirá notablemente en el uso que queramos hacer de un río, pues, siendo aquélla de 3 metros por segundo, es imposible la navegación, y con mucha menor velocidad, 1,^{m} 56 á 2,^{m} 00, ya el vadearlo es empresa difícil y arriesgada: por esta razón, será conveniente calcularla, y para lograrlo, se empleará un cuerpo cualquiera que flote y un reloj de segundos; contando el número de éstos que tarde el

flotador en recorrer una distancia medida y dividiendo una cantidad por otra, se tendrá la relación que se busca; pero, cuando no tengamos reloj de segundos, podemos emplear uno cualquiera, determinando préviamente el número de cuádruples golpes de la máquina por segundo y haciendo en seguida una operación sencilla, ó bien suspendiendo un péndulo, formado con un bramante de un metro de longitud y una piedra de un clavo ó punta de bayoneta, fija en un árbol, porque dicho péndulo acusará sensiblemente el segundo.

*
* *

Sabido es que los efluvios de los pantanos se suspenden en el aire, alteran sus cualidades y trastornan de tal modo la economía animal, que constituyen un veneno en estado de gas. Según hemos dicho, estas emanaciones, que son mucho más temibles por la noche, son comunes en los países de que nos ocupamos, y es importante su conocimiento y el de sus propiedades, no sólo desde el punto de vista de la sanidad de las tropas, para lo que debe estudiarse si son mal sanos de un modo permanente ó sólo en determinadas estaciones y la clase de enfermedades que desarrollan, sino con relación á las operaciones de la guerra, puesto que existen ciénegas, como los tembladerales de la América del Sur (1), que son terrenos impracticables y peligrosos, donde los jinetes é infantes se exponen á verse sumergidos en un fango sin fondo.

La existencia de los pantanos se nota desde lejos, por ciertos claros que se ven entre las yerbas ó por el color de un verde más vivo de éstas en determinados lugares. También existen en las praderas bajas, cubiertas de yerbas altas y espesas, en las que se distinguen desde lejos manchas de un verde amarillento, aunque, en general, nunca pueden darse señales fijas que deno-

(1) Tembladeras en Cuba.

ten la existencia de estos falsos terrenos, muchas veces situados en medio de espesísimos bosques.

Los pantanos se producen por desbordamiento de los ríos, por las inundaciones que causa el flujo y reflujo del mar, y, lo que es más común, por la abundancia de lluvias en terrenos llanos y bajos, que no dan salida á las aguas.

Algunas veces existen ríos que se pierden, formando inmensos pantanos, permanentes en todas épocas, y otras veces, los terrenos de que hablamos se endurecen bajo la acción del calor del sol y son practicables en las épocas de sequía.

Los terrenos pantanosos suelen estár cruzados por veredas, que serpentean por ellos, salvando los mayores obstáculos, y que sólo son conocidas de los naturales del país; y tan peligroso es lanzarse en ellas, con objeto de intentar atravesar los pantanos, como conveniente hacer un estudio minucioso de su situación, para aprovecharlas en momentos dados. Los paraguayos se resistieron bravamente y derrotaron varias veces á los aliados argentinos y brasileños en la guerra del Paraguay, por haber situado las líneas fortificadas de Rojas delante de un terreno muy pantanoso: al ser tomadas las fortificaciones, los paraguayos se retiraban á una segunda línea, por senderos ocultos entre los pantanos, que algunos oficiales conocían, y desde dicha línea era batida la primera, que no tardaba en ser desocupada, en vista de la imposibilidad de seguir adelante.

Por esto podemos establecer, como principio absoluto, que en un país pantanoso ó inundado, basta tener ocupados y cubiertos los puntos de paso, para estar en completa seguridad; cuyo principio, puesto en práctica, dá una fuerza inmensa al ejército que está á la defensiva, y al que opera ofensivamente, la seguridad completa de exterilizar las ventajas que dicho terreno proporcionaría al enemigo, si lo ocupara, adelantándose á éste y apoderándose de los puntos precisos de paso.

Por estas razones, los antedichos terrenos son muy

convenientes, así como los ríos no vadeables, para apoyar un flanco del ejército invasor, estando á la ofensiva, y para la defensiva sería una magnífica línea de defensa, que, auxiliada por la fortificación, podría llegar á hacerse inexpugnable.

La desecación de los pantanos sería altamente favorable para la salud de las tropas; pero, como ya hemos dicho, siempre que la ocupación no sea estable, no podrán acometerse empresas tan importantes; sólo deberá procurarse huir de establecer campamentos ó poblados en los puntos rodeados por dichos terrenos, y si existe necesidad absoluta de colocarlos en ellos, tratar de abrir algún canal de desagüe á los más próximos, para evitar, en parte, los grandes daños que su vecindad acarrea.

Las ciénegas son charcas grandes llenas de cieno, y se diferencian en esto mismo de los pantanos, que siempre tienen agua. Esta misma distinción hace conocer, desde luego que el paso por las ciénegas será posible las más de las veces, en tanto que por los pantanos rara vez ó ninguna podrá caminarse. Las ciénegas suelen endurecerse en determinadas estaciones y entonces son transitables en cualquier sentido, y lo mismo podrá verificarse cuando el barro que las forme esté muy blando; pero, cuando antes de quedar completamente endurecido, todavía no soporte el peso del cuerpo de un hombre, será imposible caminar sobre él, porque sujetará fuertemente los piés y seguramente hará perder el calzado al que lo intente.

Al tratar de los lugares húmedos y pantanosos, bueno es recordar que en muchos países y particularmente en Africa, existe tal cantidad de sanguijuelas en los arroyos, charcas y pantanos, que es peligroso á veces atravesarlos, sobre todo para quien no vaya bien calzado y no lleve cubiertas las piernas: pueden evitarse las terribles picaduras de dichos animales, cuando se haya de estar expuesto á ellos durante algún tiempo, cubriéndose las piernas con una capa de barro de alguna consistencia.

Es conveniente en dichos parajes, recomendar á los soldados que de noche no beban de bruces en los arroyos ó charcas, sinó que lo practiquen á pequeños sorbos recogiendo el agua en la palma de la mano, pues de este modo se evitarán las desagradables consecuencias que les acarrearían las sanguijuelas, si algunas se deslizaran en sus bocas.

CAPÍTULO II.

Comunicaciones.—Vías fluviales y marítimas.—Caminos.—Ferrocarriles.—Telégrafos eléctricos.—Heliógrafos.—Telégrafos de señales.—Palomas.—Globos.—Claves.

Como las comunicaciones representan un papel tan importante en la guerra, tendremos que procurárnoslas en los paises á donde llevemos esta última, utilizando los recursos que encontremos ó estableciéndolas con nuestros propios elementos, bien de una manera estable, si nuestra dominación ha de ser definitiva ó ha de durar mucho tiempo, bien de un modo accidental, si así no fuere.

Las comunicaciones de que ha de servirse nuestro ejército pueden ser fluviales, marítimas, terrestres, eléctricas y aéreas, y como acabamos de decir, todas ellas pueden establecerse con carácter transitorio ó de perpetuidad, debiendo nosotros ocuparnos exclusivamente de las que se establezcan con el primero, puesto que las que constituyen el segundo se suelen llevar á cabo cuando los paises están sometidos, tranquilos y, por lo tanto, dentro de las condiciones normales de los pueblos, lo que no es pertinente á nuestro objeto.

*
* *

Poco tenemos que decir acerca del servicio que pueden prestarnos los mares costeros y los ríos, para establecer comunicaciones entre las diversas fracciones de nuestro ejército. Los barcos de nuestra escuadra, por el mar, serán los encargados de enlazar las distintas fuerzas que tengan comunicación libre con la costa, y este medio segurísimo rara vez podrá ser inquietado por

el enemigo, á no ser que tuviera, á su vez, barcos de guerra, que pudieran medir sus fuerzas con las de los nuestros.

Las comunicaciones por los ríos no presentan tanta seguridad; es preciso que seamos dueños de ambas orillas á fin de que no ocurran tentivas por parte del enemigo, para apoderarse ó echar á pique nuestras embarcaciones (1). Por estas razones, al organizar convoyes de barcos ó balsas, deberá siempre destinarse un cañonero ó lancha de vapor, armado de una pieza de artillería, provista de dotación de metralla, para que, escoltando á los convoyes que se formen, pueda protegerlos de algún ataque repentino de los enemigos que, burlando nuestra vigilancia, se aposten en la orilla del río para detener ó molestar la marcha del convoy.

Al elegir una vía fluvial para establecer comunicaciones, se tendrá en cuenta que un río será flotable para trenes de balsas únicamente, cuando su profundidad sea, por lo menos, de 0,^{m}60; que la que exigen los barcos más pequeños, tales como botes y lanchas, es la misma; y que para poder considerarlo navegable, es preciso que su profundidad menor sea mayor de un metro y que no tenga saltos de agua, resaltos bruscos y bagíos. Es bueno tener en cuenta la rapidez de la corriente, para establecer el modo de locomoción de los barcos ó balsas del convoy, á cuyo efecto convendrá tener presente lo que hemos dicho en el capítulo anterior y, además, que las pendientes pasadas las cua-

---

(1.) El vapor *Valmaseda*, encargado del racionamiento de la jurisdicción de Bayamo, en la Isla de Cuba, fué objeto de un golpe de mano, por parte de los insurrectos que dominaban la orilla derecha del río Cauto, y sólo á la gran serenidad del maquinista y del timonel, forzando el uno la máquina y dirigiendo el otro el barco con notable acierto por entre los troncos de palmeras que obstruían el río, se debió que pudierá llegar al desembarcadero de Cauto, no sin muchas bajas en su tripulación y una bala de cañón incrustada en un tabique junto á las máquinas.

les dejan de ser los ríos navegables, son las que excedan de $\frac{1}{4.000}$ para vela y de $\frac{1}{2.000}$ para sirga. Los ríos son medios de comunicación preciosos, que nunca se deben despreciar, pues como son caminos que jamás se deterioran por el tránsito, únicamente tendremos que temer en ellos las crecidas repentinas, por el gran número de maderos, árboles y piedras que arrastran; pero esto mismo puede obviarse clavando en el fondo del río, agua arriba y á alguna distancia del último punto de etapa de los convoyes, grandes troncos de árboles, que detengan los objetos más gruesos arrastrados por las inundaciones, los cuales con esta previsión, no irán á chocar contra las embarcaciones que remonten el río.

*
* *

Las vías de comunicación por tierra son muy importantes para un ejército en campaña, pues no solamente son precisas para el desarrollo de las operaciones, sinó también indispensables para tener aseguradas las comunicaciones de todo género con las bases de operaciones, y habrá siempre que mantenerlas en buen estado y con cierto carácter de perpetuidad, á fin de que cualquier accidente no previsto, tal como el desbordamiento de los ríos que arrastre á los puentes, nunca pueda dejar aisladas las columnas y sin comunicación unas con otras.

Regularmente, en los países poco civilizados no encontraremos caminos en buen estado ni con las condiciones suficientes para poder servirnos de ellos sin reparación ninguna, siendo lo más común encontrar anchos senderos, que á veces serán intransitables para la caballería, á no ser en países que, como los de América, ya tienen una ilustración algo superior y se aproximan mucho á los europeos.

Sin embargo, muy escasos serán los territorios en los que no existan vías de comunicación, buenas ó ma-

las, porque apenas habrá pueblo en la tierra que tenga una actividad tan nula que no conozca más horizontes que el que rodea las chozas que habite; pero estos caminos, que de tanto pueden servirnos, para mejorarlos y ponerlos en condiciones de poder ser transitados por nuestra impedimenta y artillería, suelen á veces estar perfectamente disimulados en los paises habitados por pueblos temerosos y refractarios á los extranjeros, por estar construidos aprovechando la dirección de los bosques espesos ó por dejarlos sin concluir, al desembocar en algún terreno despejado ó en la costa, sirviéndose de multitud de senderos, casi imperceptibles, que la vista del europeo apenas podrá distinguir (fig. 16.ª).

Fig.ª 16.



Por esto, el reconocimiento del teatro de la guerra ha de hacerse con suma proligidad y cuidado, para no formar una idea errónea del territorio donde tengamos que operar.

Al establecernos en un país, debe ser objeto de un estudio especial la red de caminos que lo crucen; y, teniendo presentes las condiciones de los pueblos fronterizos, las localidades del país donde se refugian las insurrecciones, las tríbus más belicosas ó las más dispuestas á sublevarse, se tratará de la construcción de grandes vías, que unan dichos puntos con nuestras residencias habituales, con el objeto de que, aprovechando los puntos estratégicos, elegidos en tiempo de paz,

puedan servirnos para las contingencias que tengan lugar en el porvenir.

Así es que, concluida la guerra con cualquier pueblo extraño, vecino de nuestra colonia, cuyo territorio sea muy cubierto y accidentado y presente grandes inconvenientes y obstáculos para una invasión nuestra, deberemos poner una cláusula en el tratado de paz, que nos permita y autorice la construcción de un camino estratégico, desde la frontera nuestra á su capital ó al punto que se juzgue conveniente, y aun, si es posible, obligar al enemigo á construirlo.

Construir los caminos al mismo tiempo que el ejército opera, es indudablemente empresa ardua; pero casi siempre habrá que efectuarlo así, para no perder tiempo con dilaciones, que podrán costarnos muy caras, pues ya sabemos que en esta clase de guerras todas las dificultades aumentan y que no sucede como en Europa, sinó que, por el contrario, el ejército que acomete una campaña de este género tiene que bastarse en todo á sí mismo, llevar cuanto haya de necesitar y hasta construirse los caminos por que ha de marchar.

Los ingleses, al emprender la guerra contra los ashantis, se encontraron con que tenían que combatirlos en un país cortadísimo, cubierto de espesos bosques y sin ningún género de caminos practicables para sus tropas, y procedieron del modo que decimos, pues viendo la imposibilidad de establecer un ferrocarril que llevaban desmontado en varios barcos de su escuadra, construyeron un ancho camino á través de los espesísimos bosques que separan la costa del interior del país, al mismo tiempo que el ejército operaba. No están demás las siguientes noticias relativas á su construcción y al servicio que prestó á las tropas inglesas. El camino fué comenzado á construir por diversos puntos, y los muchos barrancos y arroyos que atravesaba se rellenaron de faginas, como asimismo varios lugares pantanosos, y apisonando fuertemente tierra y piedras pequeñas sobre

ellas, le dieron gran solidez y resistencia; en los arroyos de agua corriente se construyeron puentes con carácter transitorio y se llegó á formar un magnífico camino, que, si bien es verdad estuvo siempre en el mejor estado de conservación, debe atribuirse á que no transitó por él ningún caballo ni animal de carga, pues el clima de aquel país no es favorable para dichos animales, que mueren al poco tiempo de permanecer en él.

Por esto, estaban encargados de los transportes, indígenas, agrupados en compañías afectas á cada una de las etapas ó partes en que se dividió el camino. En cada final de etapa se construyeron un hospital de campaña, como lugar de reposo transitorio para los heridos y enfermos transportados, un fuerte y un campamento, construido todo con los elementos que proporcionaba el país, que es, por cierto, muy rico en maderas.

Como la dificultad de los transportes era tanta que, como hemos dicho, había que hacerlos á la espalda por los indígenas contratados, la Intendencia calculó ser necesarios, para desempeñarlo con desahogo, dos mil hombres; mas, como no se encontró tal número, hubo necesidad de recurrir á las mujeres, formando con ellas cuerpos, como se habían formado con los hombres. Estos cuerpos ó compañías que hacían el servicio, cada uno entre dos puntos fijos de etapa, conducían á los barcos-hospitales los heridos y enfermos que venían del interior y, al regresar, iban cargados de víveres, municiones y medicamentos, consiguiéndose con esto que el ejército estuviera siempre perfectamente atendido, y que los enfermos no sintieran por mucho tiempo la influencia mal sana de los bosques y lugares insalubres. Cada mujer ú hombre llevaba un peso que variaba entre 16 y 30 kilógramos y ganaba un salario de 1'25 pesetas, con un aumento de 0'30 pesetas, en reemplazo de la ración.

Las mujeres y hombres más inteligentes desempeñaban funciones de sargentos; no llevaban peso, vigi-

laban á los demás, y tanto unos como otros, vigilados y vigilantes, estaban muy satisfechos con los sueldos que ganaban y desempeñaban su cometido con gran prontitud y buena voluntad.

Los caminos que tengamos que construir, cuando el país careciere de ellos, han de reunir condiciones apropiadas al uso que deba hacerse de los mismos, teniendo presente que cuatro hombres de frente determinan la anchura necesaria de un camino para que pase un carro, y para que puedan marchar dos, será necesario darle un ancho de 3 ó 4 metros, si bien, cuando el movimiento y los cruces de convoyes de carros sean muchos, el camino debe tener, por lo menos 5 metros de anchura, porque, aunque dos carros no ocupan este espacio, no es difícil que á cada momento ocurran contratiempos de choques de ruedas y atascamientos, que impidirían la circulación; y es bueno también tener presente que, para que un carro tirado por 6 caballos ó mulos pueda hacer una contramarcha en un camino, se necesita que la anchura de éste sea de 7 metros.

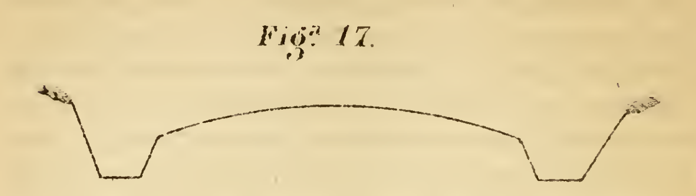
En la construcción de los caminos es casi siempre preciso emplear los materiales que se encuentran en las inmediaciones de ellos, y bueno será saber, al elegirlos, que las piedras calcáreas, silíceas, duras y areniscas, son los mejores materiales para el piso, cuando el camino se construya en un terreno ordinario, que en ciertas épocas del año no forme pantanos y ciénegas. Las piedras muy duras, como son las cuarzosas y las graníticas, serán más á propósito para formar un firme en los terrenos húmedos, debiendo siempre no aceptar para la construcción del camino, sinó en último extremo, las piedras blandas, que se deshacen, rompen en hojas ó absorven la humedad.

La superficie de los caminos militares que se construyan no ha de ser horizontal sinó convexa, con el objeto de que las aguas llovedizas resbalen y el camino se deteriore lo menos posible (fig. 17.ª).

A los lados del camino deben construirse dos fosos,

que sirvan para depósito de materiales, para que corra el agua y aun para el paso de los peatones, y si es posible, se plantarán dos filas de árboles, que sujeten con sus raices los taludes del camino, den sombra á los

Fig.ª 17.



transeuntes y si el país es propenso á grandes nevadas, indiquen la dirección del camino en medio de la nieve. Con el objeto de darle mayor solidez y que no se descomponga el piso con el paso de los carros, puede empedrarse, aunque lo mejor es construir el camino sobre una capa de piedra de 0,^{m}25 de espesor en el centro y de 0,^{m}15 en los extremos, arrojando y apisonando sobre ella tierras calcáreas, que, mojadas después de apisonadas, hacen el papel de mortero.

En las grandes llanuras no hay necesidad de trazar caminos; sin embargo, como los convoyes siguen siempre los surcos y rastros que dejan los anteriores, que señalan por lo general, la distancia más corta, llega á formarse una especie de vía en la llanura, surcada por las profundas hendiduras que dejan los carros y carretas, de las que es preciso huir en las llanuras húmedas, para evitar que se atasquen en ellas los vehículos y no sólo alarguen el tiempo que se emplea en llegar al punto de destino, sinó que pueda suceder que nunca lleguen (1).

---

(1) Los convoyes desde Cauto á Bayamo, á través de la sábana de Punta-Gorda, son célebres en la historia de la guerra de Cuba. Convoy ha habido que tardó quince días en recorrer el trayecto entre ambos puntos, que distan una jornada, y otro que nunca llegó á su destino, quedando las carretas medio sumergidas en el blando suelo de la sábana.

Por mucho cuidado que se tenga con un camino, el contínuo movimiento de carros y animales llega á ponerlo en un estado tal, que suele ser imposible el tránsito: entonces se rellenarán los malos pasos con maderos, piedra y ramaje; se harán desviaciones, para salvar los trozos peores, ó lo que es mejor, si el terreno lo permite, se ideará y trazará otro camino, que aunque sea más largo que el primitivo será indudablemente recorrido en menos tiempo, mientras dure su buen estado. Si, después de recurrir á todos estos medios, los malos caminos no pueden evitarse, entonces no queda más recurso que encargar al cuerpo de ingenieros la construcción de uno, con todo el carácter de permanencia posible, bien cimentado, con el firme correspondiente, los desmontes necesarios, los puentes y alcantarillas que sean precisas y con cuantos accesorios se necesiten, cosas que sólo en este caso podríamos hacer, pues el trazado y construcción de los caminos ordinarios estarán hechos muy á la ligera y sólo con los recursos que podamos procurarnos en las inmediaciones.

Muchas veces, para construir un camino, se procede del modo siguiente: Varios soldados van abriendo en el monte una brecha con sus machetes, dejando, para los que trabajan detrás, los árboles grandes ó pequeños, si los hubiere; el ramaje cortado se arroja dentro del monte á los lados del camino, y se procura que la corta se haga á flor de tierra, con el objeto de que no queden varetas en el suelo, que mortificarían mucho en la marcha á los que caminaran sobre ellas. Los soldados que van detrás derriban á hachazos ó con el machete los árboles que quedan dentro del camino, procurando del mismo modo, que el trozo de tronco cortado no sobresalga mucho de la tierra, y arrojando lo demás sobre las paredes que el monte forma. Detrás de estos trabajadores marchan otros, con los útiles que tengan, arreglando los malos pasos, haciendo algún pequeño desmonte y concluyendo de dar al ca-

mino todas las condiciones de bondad que sean posibles con los elementos de que se disponga.

El trazado no debe en ningún modo imponerse al bosque, antes bien el bosque será el que indique las curvas, cambios de dirección y demás circunstancias que haya de tener, y así los trabajadores que delante de todos van haciendo el trazado procurarán, aunque tengan que hacer varias curvas rápidas (1), no dejar dentro del camino ningún árbol corpulento, lo cual es fácil de conseguir.

En los paises pantanosos, para tener caminos con ciertas condiciones de estabilidad, se construirán calzadas de madera, del modo siguiente: Cuando el terreno no es muy pantanoso, se colocan paralelamente á la dirección del camino cinco ó seis hileras de troncos de árboles, según la anchura que se desée; se deja un intervalo de un metro próximamente entre unos y otros y se cubren todos transversalmente con rodillos ó troncos de madera, de la más dura que se encuentre en las inmediaciones, debiendo tener estos troncos, en lo posible, un diámetro de $0,^{m}15$ á $0,^{m}20$ y una longitud de 6 á 7 metros, si no es menor la anchura que deseamos dar al camino. Para asegurar los rodillos contra las sacudidas de los carros, en el caso de que éstos tengan que pasar por el camino, se superpondrá longitudinalmente y hacia los costados del firme, una hilera de otros rodillos, que se clavarán y asegurarán fuertemente, de trecho en trecho, á los de la calzada.

Cuando el terreno sea demasiado pantanoso, se comienza por colocar, en sentido transversal, troncos de árboles, á dos metros de distancia unos de otros, sobre los que descansarán cinco ó seis hileras de otros troncos, como en el caso anterior, lo que elevará notablemente la calzada, y si esto no fuere suficiente, no ha-

(1) Cuando el camino sea para carros, no podrá verificarse esto tan en absoluto.

brá más remedio que acudir á los puentes de estacas ó caballetes.

Cuando sea difícil procurarse rodillos, se les reemplaza con faginas ó ramaje; pero será conveniente en este caso cubrir el puente con una capa de tierra y piedrecillas, de 0,m20 á 0,m25 de altura, encajonándola entre dos hiladas longitudinales de viguetas ó largueros para que la tierra no se escape y derrame por los costados, al transitar los que pasen por el camino.

También puede habilitarse uno de éstos en terrenos pantanosos, sin emplear árboles, cuya corta exige algún tiempo y cuyo arrastre en número tan elevado como es necesario, ofrece mucha dificutad. Se encorvarán hasta el suelo las ramas más fuertes de los arbustos que crezcan al borde del camino, fijándolas al terreno por medio de piquetes, entrelazándolas entre sí y cubriéndolas en seguida con tierra y piedras para rellenar los intersticios de esta especie de zarzo.

También puede emplearse este sistema de construcción de caminos, y es lo más común, para reparar los malos pasos en los que, por estar muy transitados, sus suelos están blandos, llenos de agua y fango, formando un verdadero pantano.

Cuando el terreno, en el que hubiere de construirse un camino, fuese montañoso y á más de esto desprovisto de vegetación ó escaso de ella, y no pudiesen aprovecharse los árboles y ramas para hacer un trabajo como el que acabamos de indicar, se podrá construir fácilmente un camino siguiendo un sistema muy conocido en los paises montañosos y que consiste en ir colocando en la ladera que ha de atravesar el camino una fila de piedras, de magnitud suficiente para poder ser trasladadas con facilidad y que al mismo tiempo tengan el peso necesario para que no rueden al menor movimiento que se las imprima (fig.ª 18.ª).

Practicado esto, se rellena de tierra, piedras ó ramaje, el espacio que queda entre las piedras y la ladera, ó bien se comienza desde luego á usar del camino mar-

chando por él, tal como está construido, con la seguridad de que, al poco tiempo, las mismas tierras y piedrecillas que se desprenden con el contínuo paso de las personas llegarán á cubrir el antedicho espacio y po-

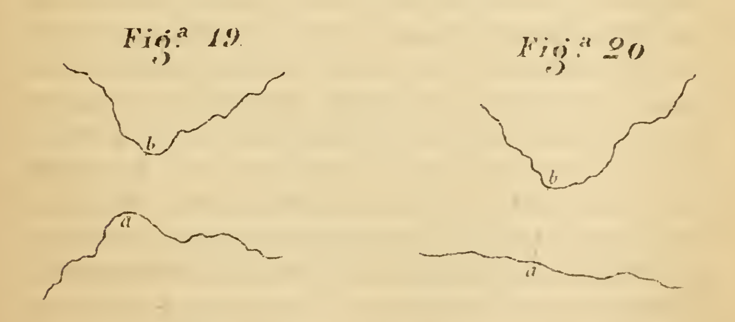

Fig.ª 18.

drá ser transitado por las bestias de carga. Como la anchura de estos caminos depende de la altura de las piedras colocadas en la ladera, claro es que no podrán servir para carros, á no ser que se construya un muro de contención y un desmonte, cuyas tierras servirán para formar el relleno del camino, y desde luego se comprende que esto no podrá verificarse sinó en las montañas de tierra, pues semejante obra en las de roca sería empresa árdua, no disponiendo de todos los elementos que se necesitan para efectuarla con carácter de perpetuidad.

En los terrenos montañosos, la misma naturaleza nos facilita caminos para subir de los valles á las cumbres, pues los arroyos, cuyos lechos regularmente están secos en una época del año, pueden seguirse remontando sus cursos hasta llegar á su origen, y como éste está formado por muchas grandes regatas, nos bastará elegir la que nos convenga para dirigirnos en la dirección que deseemos, y subiendo por ella del mismo modo, podremos llegar hasta la divisoria general de las aguas y descender de las montañas por el lado opuesto, siguiendo el mismo sistema.

Esta idea debe hacerse saber á los soldados que operen en el país; porque, como los poblados, campamentos ó campos, están casi siempre en las inmediaciones de las corrientes de agua, en caso de extraviarse alguno, podrá llegar á un punto habitado bajando sucesivamente por una regata, que le conducirá á un arroyo, éste á un río, y siguiendo el curso del último, bien agua abajo, bien agua arriba, no tardará en encontrarse orientado, ya porque reconozca sitios recorridos por él en otras ocasiones, ya porque llegue á algún puesto ó destacamento.

De la observación del mapa de un país ó del examen de las corrientes de agua que lo crucen, pueden deducirse consecuencias importantes para descubrir la dirección de los caminos, ó para determinar los terrenos más ventajosos que deben atravesar los que construyamos, pues las corrientes de agua que formen recodos bruscos ó pronunciados indican entre ellos una depresión notable del terreno, que siempre se encontrará en la línea *a b* que una los vértices más próximos de los dos ángulos que forman, como se vé en la fig. 19,



y cuando una de las corrientes no presente cambio de dirección notable en la perpendicular *a b*, (fig. 20) bajada á ella desde el vértice del ángulo que la otra forme.

* * *

Siendo indiscutible la conveniencia del empleo de ferrocarriles para el transporte de las tropas y para el abastecimiento de un ejército en campaña, está de más que escribamos lo conveniente que será la construcción de ellos en los paises que nos ocupan, aunque solo sea con carácter transitorio y provisional, cuando los terrenos sobre que tengan que ajustarse sus trazados no exijan grandes trabajos de nivelación, Los ingleses, que son los que más estudios han hecho en las guerras irregulares, rara vez dejan de enviar, con los ejércitos que desembarcan, material suficiente para la construcción de caminos de hierro. Al país de los ashantis, como hemos dicho, enviaron, perfectamente acondicionado en un gran barco de transporte, todo el material suficiente para tender 13 kilómetros de vía; este material se preparó y embarcó en Inglaterra en 15 días y todos los diversos elementos de él estaban en armonía con el objeto del ferrocarril y el tiempo que debía durar la campaña; cada rail pesaba 10 kilógramos; su longitud era de $6,^{m}91$ y habían de descansar sobre traviesas, que también se enviaron, debiendo resultar la línea, después de concluida, con una anchura de $1,^{m}23$. Los servicios que hubiera prestado este camino de hierro habrían sido inmensos; pero la costa occidental del Africa se eleva tan repentinamente hasta llegar á las grandes mesetas centrales, donde está la divisoria de aguas del continente, mucho más próxima al Océano Atlántico que al Indico, que la multitud de cortaduras del terreno y los grandes desniveles que se encontraron no permitieron la construcción del camino de hierro, como hemos apuntado al principio de este capítulo. Esta tentativa no desanimó á los ingleses, y conociendo las inmensas ventajas que tiene un ejército, cuando además de llevar todos los accesorios que le son necesarios, lleva también consigo medios de formar y recorrer rápidamente los caminos principales que hubieren de utilizar, enviaron de nuevo ferrocarriles provisionales al Cabo, donde deben haber prestado servicios de

importancia; pero donde los prestaron inmensos fué en la guerra de Abisinia.

Los rusos también han demostrado la gran ventaja que ofrece á un ejército construirse caminos de hierro á través del país enemigo, abandonando el costoso y difícil sistema de la organización de caravanas de camellos, en sus expediciones incesantes para someter á sus turbulentos vecinos de las regiones trascaspianas. En la expedición reciente, que ha terminado con la destrucción del ejército de los tekkés, han procedido con suma prudencia y lentitud al principio de la campaña, construyendo un ferrocarril á través de las estepas, que hasta ahora se ha visto libre de ser sepultado por las movedizas arenas, según se temía, y que ha servido para asegurar las comunicaciones y efectuar el transporte de las fuerzas que atacaron á Geok-Tepé.

Este ferrocarril se construyó, enviando á la frontera el abundante material que se depositó en los parques al terminar la última guerra de Oriente y con el de una línea de vía estrecha, desmontable y transportable, que se construyó en Francia y en Rusia. Estas líneas transportables son las que deben fijar detenidamente la atención de un gobierno al emprender guerras en paises escasos de comunicaciones, y á su estudio deben dedicarse los ingenieros para tratar de conseguir un sistema sencillo, ligero y económico, que permita, al enviar tropas á un país ingrato, acompañarlas de los caminos que deban seguir.

Como la construcción de una línea estaría exclusivamente á cargo del cuerpo de ingenieros, que tiene sobradamente elementos para efectuarla, y no podrá presentarse el caso de que un oficial ó jefe del ejército sea el encargado de su construcción, pocas palabras diremos á propósito de este asunto. Desde luego, las máquinas que se envíen para emplearse en la línea, deben ser con fogones apropiados para emplear leña, á no ser que la escuadra pueda surtir abundantemente á las locomotoras de carbón de piedra; pues, aunque el

empleo del primer combustible resulta, en general, más caro que el del segundo, no sucederá esto, evidentemente, en los paises donde abundan extraordinariamente las maderas y en los que siempre encontrará provisión de ellas un tren, en cualquier punto del camino que le falte.

Del mismo modo, en estos paises no se hace necesario el envio de traviesas, pues el bosque las facilitará, mucho mejores, quizás, que las que se construyan con maderas de Europa, evitándose también así el acarreo y conducción de ellas, pues regularmente podrán cortarse en el mismo sitio en que se necesiten, y si esto no puede efectuarse, todavía es más conveniente que llevarlas construidas, cortarlas en sitios lejanos del mismo país, y aprovechando las corrientes de agua, hacerlas llegar cerca del punto donde los trabajos tengan lugar.

Los caminos de hierro no se construyen únicamente para conseguir mayor rapidez en las comunicaciones; hay necesidad de servirse de ellos, cuando el terreno que debe atravesar una vía de comunicación no tiene buenas condiciones para permitir el contínuo movimiento de los convoyes, como sucede en los terrenos de ciénegas, pantanosos y blandos. El Austria, que ha tenido que sostener una lucha terrible con las dificultades que le presentaban los caminos de la Bosnia y la Herzegovina, para poder transportar el material que necesitaba su ejército, por sitios donde no existían ni señales de caminos y donde los hombres tenían que ir ayudando contínuamente á los caballos y mulos, ha experimentado algo de los grandes trabajos y contrariedades que sufren las naciones que se ven obligadas á sostener la guerra en los paises no ilustrados del globo, motivados por el transporte del material y de los medios de subsistencia de los ejércitos.

El ejército austriaco vió muchas veces que trozos de algunos kilómetros exigían semanas enteras para ser atravesadas por los convoyes; y estos hechos, á que

nuestros soldados de la isla de Cuba están perfectamente acostumbrados, sin que á nadie se le ocurra otra cosa, para llevar á cabo los convoyes, que desenganchar las yuntas de bueyes de muchas carretas y engancharlas en una sola sucesivamente, golpeando á estos animales y empleando á los soldados para empujar las ruedas, hasta que se consigue hacer salir del barro la carreta atascada; estos hechos, repetimos, despertaron entre los austriacos la idea de sustituir aquel penoso servicio por otro que, con menos incomodidad del soldado, diera mejor resultado, y adoptaron los ferrocarriles portátiles, ensayados y puestos en práctica en los Estados-Unidos, en Inglaterra y en Francia. Como estos caminos de hierro movibles, que se arman y desarman con suma facilidad en muy poco tiempo, tienen un gran porvenir de las guerras futuras, vamos á dar una ligera idea de su modo de ser y manera de servirse de ellos, por más que sean conocidos de los oficiales que por su profesión son los llamados á entender en estos asuntos.

Estos ferrocarriles no exigen más trabajo de preparación que una ligera huella de camino, la que puede practicarse en cualquier terreno, conviniendo más los que no sean duros, antes bien húmedos y pantanosos. El material está compuesto de carriles de hierro ó de acero, de varias longitudes y lo más ligeros posibles, colocados sobre fuertes traviesas laminares; el conjunto puede ser transportado como el material de puentes, y una vez armado el camino, los vehículos pueden ser movidos á brazo, con caballos ó por el vapor.

La colocación de material se efectúa de la manera siguiente: se sitúan las traviesas de lámina sobre la huella del camino y sobre ellas se adaptan los carriles, haciéndose el enlace entre unos y otros mediante un sistema de agujeros y clavos ó pernos, que se corresponden. Todos los carriles tienen una extremidad macho y otra hembra, con lo cual, una parte de cada carril se introduce en el precedente y presenta una

abertura al que le sigue, obteniendo con esto el conjunto una estabilidad suficiente para el uso que ha de hacerse de ellos. Brigadas más ó menos numerosas, provistas de los útiles necesarios, marchan á vanguardia, haciendo la huella, y unos cuantos hombres van detrás de aquéllas, emplazando la vía, habiéndose calculado que, cuatro ó cinco hombres, en una hora pueden tender y asegurar cuatrocientos ó quinientos metros de vía.

Esta se vá desarmando por otros trabajadores, á medida que el tren avanza, si la línea no ha de servir más que para una vez, utilizando los trozos desarmados, para sentarlos de nuevo delante del tren, por lo que se comprende que, no teniendo que ser estable la línea, el material que se empléc será bastante reducido. Los vagones podrán naturalmente tener formas y dimensiones diversas, para que sus ruedas se adapten á los carriles, y los más usados en la actualidad son de dos ejes y cuatro ruedas, lo más próximas entre sí que sea posible; uno de los ejes es fijo y el otro móvil, con lo cual cada vagón se adaptará mejor á las curvas del camino, vencerá las demas dificultades del terreno y evitará el peligro de los descarrilamientos. Deben ser estos vagones los mas ligeros que se puedan construir y todos de las mismas dimensiones, pues, cuando se necesite transportar objetos largos y pesados, como carriles, vigas, piezas de artillería, etc., se pueden unir dos ó tres vagones entre sí, como se suele practicar en los trenes ordinarios.

Como hemos dicho, en los terrenos húmedos es donde será más conveniente establecer estos caminos de hierro, porque las anchas traviesas laminares opondrán una gran resistencia á los hundimientos y podrán con gran facilidad hacerse los transportes, no tan sólo de las provisiones que necesite el ejército, sinó de los heridos y enfermos, que seguramente viajarán con una comodidad y desahogo que de ningún otro modo podrá conseguirse. Los ingleses comprendiendo las

muchas ventajas que reportan estos ferrocarriles, han hecho construir una gran cantidad de las citadas traviesas y carriles, y los han trasladado á la isla de Chipre, donde no existen caminos buenos y los malos no abundan.

*
* *

Las comunicaciones telegráficas son, sin duda de ningún género, las más importantes en una campaña donde no sea posible la rápida y segura comunicación de unas fuerzas con otras por medio de correos ó portadores de noticias, como éstos no sean gente del país, afecta á nuestra causa; y aun este servicio, si se recompensa como merece, pronto llegará á costar grandes cantidades, que excederán en mucho á las que se necesiten para el establecimiento de comunicaciones telegráficas, sin alcanzar tampoco la celeridad que con estas últimas es dado obtener, cosa tan importante para el buen éxito de las operaciones.

Los comunicaciones telegráficas pueden establecerse empleando la electricidad, la luz del sol, ó banderas, faroles, globos, etc.

Las líneas telegráficas eléctricas no presentan en su construcción las dificultades que á primera vista aparecen, ni su conservación, aunque atraviesen el país enemigo, es tan difícil, por más que aparezca imposible. Es preciso pensar en que, por lo común, nuestro enemigo no nos espera ni acepta el combate, como no cuente con fuerzas muy superiores, y, por lo tanto, rara vez usará de nuestras vías principales de comunicación, por temor de encontrarse con fuerzas nuestras, que siempre están caminando por ellas, ya escoltando convoyes, ya efectuando movimientos de un fuerte ó poblado á otro, ya, por último, recorriéndolas, para emprender las operaciones hacia el interior, desde algún punto de ellas, y así, sólo al cruzar dichos caminos, en los que estarán tendidas las líneas telegrá-

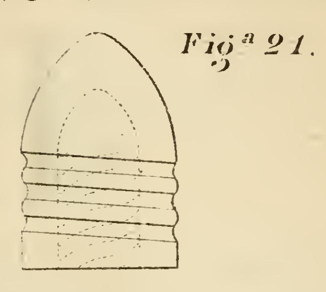
ficas, podrán cortar los alambres y derribar dos ó tres postes, si los hubiere, desperfectos que inmediatamente se hacen notar en las estaciones por la falta de corriente eléctrica, y que son fáciles de remediar por los celadores de las líneas, que las recorren con frecuencia, escoltados por algunos soldados.

La construcción de una línea telegráfica se efectúa fácilmente, á no ser que tenga que llevarse por medio de bosques espesos, en cuyo caso hay que trazar con anterioridad una especie de camino, despojándolo de ramas, arbustos y bejucos en una extensión de tres á cuatro metros, á menos que existan troncos de árboles, que se eleven desahogadamente sobre los mares de verdura que forman las copas de los demás, entrelazadas por las plantas trepadoras, porque entonces, apoyando en ellos los aisladores, podremos evitarnos la construcción del camino ó trocha de que acabamos de hablar, consiguiendo al mismo tiempo que sean más difíciles los cortes de la línea.

En los terrenos desprovistos de árboles habrá necesidad de clavar postes para sujetar en ellos los aisladores: no todas las maderas son á propósito para tal empleo y aunque no podemos entrar en los detalles de la construcción de una línea telegráfica, indicaremos como muy convenientes los postes de madera de pino, que inyectados de sulfato de cobre no son buenos conductores de la electricidad y permiten en los países secos suprimir los aisladores de cristal ó porcelana. En algunos países donde la madera es atacada por los insectos, que hacen en ella grandes destrozos, como sucede en la India, en Australia y en la América del Sur, las líneas telegráficas permanentes suelen construirse empleando postes de hierro.

Cuando las líneas telegráficas hayan de atravesar bosques donde abunden los árboles es preferible servirse de estos á clavar postes para sostener los alambres, pues se consigue una notable economía de dinero, de tiempo y de trabajo.

Los aisladores que se usen en los postes telegráficos pueden ser de cualquiera clase; pero los que hayan de clavarse en los troncos vivos de los árboles tienen que cumplir con ciertas condiciones de resistencia y seguridad. En el primer caso son muy convenientes, y su precio es bastante módico, los aisladores de cristal, de forma tronco-cónica (fig. 21), con un hueco interior con



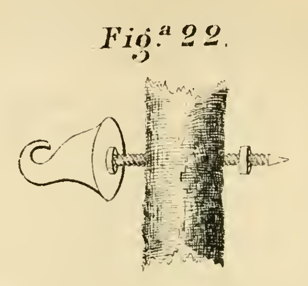
tuerca, que se atornilla y se ajusta perfectamente á un trozo de madera, que vá clavado al poste telegráfico, ó bien se introduce en la misma cabeza de éste, preparada convenientemente. Asimismo pueden emplearse los aisladores de porcelana, que con distintas formas, tienen una espiga, que entra á tornillo en el poste, adquiriendo una seguridad muy grande, pero ni unos ni otros dan buen resultado al clavarlos en los troncos de los árboles porque la sávia de éstos no tarda en arrojarlos, produciéndose así la caida de los alambres.

Más condiciones de estabilidad tienen los aisladores de espiga larga que pueda atravesar de parte á parte los troncos ó ramas gruesas de los árboles, porque atornillando al extremo de la espiga una tuerca pequeña hasta que quede bien ajustado el aislador, se obtendrá gran seguridad para siempre (fig. 22).

Los aisladores deben clavarse en los árboles ó postes á una altura de 4 ó 5 metros, y cuando en uno de los lados del camino, sobre cuyos árboles se vayan sujetando, no se encontrare árbol á propósito para que lo sostenga, se eligirá en el otro lado, no importando

nada que el alambre atraviese el camino, antes bien será conveniente, porque de este modo se evitará que las ramas de los árboles y arbustos descansen sobre él, produciéndose así gran pérdida de electricidad que debilitará mucho la corriente.

Fig.ª 22.



Siendo húmedo el clima donde se trate de construir una línea telegráfica habrá necesidad de emplear aisladores, porque haciendo la humedad muy buenos conductores á los postes donde se apoyan los alambres, la corriente se perdería sin remedio; pero en los países secos, muchas veces podrá evitarse el empleo de dichos aisladores.

Nada más ventajoso en este caso que los postes de bambú, sobre todo, si la línea tiene un solo hilo; su poca conductibilidad hace que baste sujetar los alambres en una hendidura hecha en la parte superior de los postes, y si queremos aumentar sus condiciones aisladoras bastará tener la precaución de cortar los bambúes que crecen rectamente, después de su natural desarrollo y antes de que suba la savia. En la guerra de los ashantis, en la del Paraguay y en la de Abisinia, se emplearon los postes de bambú con excelentes resultados.

La falta de corriente en las estaciones es muchas veces producida por las ramas de los árboles que se apoyan en los alambres de las líneas. Por esta razón es necesario que los reparadores y celadores estén contínuamente recorriéndolas, para limpiar de ramaje las ramas que avanzan hacia los alambres, y bueno será también recomendar á los jefes de columna, que

recorren en sus operaciones los caminos, que cuando vieren algunas enredaderas ú hojas que descansen sobre dichos alambres, ó bien observaren que las plantas trepadoras, subiendo por los árboles ó postes, llegaren á envolverlos, ordenen á algunos soldados de su columna que despojen de todo lo que incomode á la línea, y de este modo, con poco trabajo, se podrá conseguir tenerla en perfecto estado de servicio.

Conviene multiplicar, todo lo que se pueda, el número de estaciones telegráficas y, á ser posible, debería existir una en cada poblado, campamento fijo ó fuerte; y como para cubrir este servicio, sería necesario un número excesivo de oficiales de telégrafos del que quizas se carezca, es muy conveniente instruir á los oficiales y aun á los sargentos, que forman parte de las guarniciones de los poblados y de los fuertes, en la manera de manipular con el aparato Morse, que es el que comunmente se usa. Por esto, creemos no estará demás decir breves palabras, que faciliten á los oficiales del ejército servirse de los antedichos aparatos suponiendo que los oficiales de telégrafos, al entregar é instalar las estaciones, les hayan dado las nociones prácticas indispensables para que sepan producir y detener el movimiento de relojería, abrir y cerrar la corriente, usar los transmutadores y poder cuidar de la alimentación de las pilas.

Sabido ya que un pequeño choque producido con el manipulador, produce un punto en la estación receptora, y que siendo, en vez de choque, un contacto más largo, resulta una raya, será conveniente aprender de memoria la representación de las letras por el sistema Morse, y la de algunas señales convenidas para la inteligencia entre las estaciones, que ponemos á continuación.

LETRAS.		LETRAS.		NÚMEROS.	
a	. —	ñ	— — . — —	1	. — — — —
b	— . . .	o	— — —	2	. . — — —
c	— . — .	ó	— — — .	3	. . . — —
d	— . .	p	. — — .	4	. . . . —
e	.	q	— — . —	5	. . . .
é	. . — . .	r	. — .	6	— . . . .
f	. . — .	s	. . .	7	— — . . .
g	— — .	t	—	8	— — — . .
h	. . . .	u	. . —	9	— — — —
ch	— — — —	ú	. . — —	0	— — — —
i	. .	v	. . . —		
j	. — — —	w	. — —		
k	— . —	x	— . —		
l	. — . .	y	— . — —		
m	— —	z	— — . .		
n	— .				

SIGNOS CONVENCIONALES.

Punto . . . . . .
Coma . — . — . —
Punto y coma — . — . — .
Dos puntos — — — . . .
Punto y aparte . — . — . .
Interrogación ó repetición . . — — . .
Admiración — — . . — —
Apóstrofe . — — — — .
Guión — . . . . —
Paréntesis — . — — . —
Comillas . — . . — .
Subrrayado . . — — . —
Signo de división — — — — — —
Antefirma . . . .
Llamada ó indicación de despacho — . — . — . —
Enterado . . . — .
Error . . . .
Final de transmisión . — . — . — .
Espera . — . . .
Acuse de recepción . — . . — . . — .
Invitación á transmitir — . . . . . — .

CALIFICACIÓN DE LOS DESPACHOS.

Oficial . . — . .
Urgente . . . .
Servicio . — — . .
Particular . — — . — . .

Antes de comenzar la transmisión, la estación que vá á transmitir llama á la que ha de recibir el despacho, y para conseguir esto, cada estación tiene su seña particular, que bien puede ser un cierto número de puntos

y de rayas combinados de la manera que se establezca, ó bien una de las letras del alfabeto; y el que transmita, hará sin cesar la señal que corresponda, hasta que se note movimiento en el aparato, y entonces indicará la estación receptora que está preparada, haciendo oir la misma señal, repetida por ella.

Como con mucha frecuencia, los oficiales del ejército, que deban manejar los aparatos telegráficos, no tendrán gran seguridad en la representación de cada signo y ninguna práctica en manipular, y aun los sargentos, cabos y soldados, que se habiliten como telegrafistas, no tendrán mucha, creemos muy conveniente para las estaciones telegráficas eléctricas militares la adopción del manipulador inventado por el capitán de artillería del ejército francés, Mr. Colomb, por medio del cual puede transmitir despachos cualquier persona, por poca práctica telegráfica que tenga, consiguiéndose al mismo tiempo, que la representación de cada letra por rayas y puntos se reciba clara y distintamente, con perfecta distinción de unas y otros, en la estación receptora, cosa algo difícil de conseguir cuando los telegrafistas no son muy prácticos en el manejo del manipulador ordinario.

En cada estación telegráfica debe haber depósito de alambre y de aisladores y, por lo menos, un reparador ó celador de la línea, que ha de ser plaza montada. Una vez notada la interrupción de corriente, y averiguado entre qué estaciones se encuentra la rotura ó accidente, deberán salir inmediatamente á repararlo los reparadores, ó celadores de ambas estaciones, escoltados ó nó, según la seguridad que se tenga en la tranquilidad de los alrededores, noticias que hubiere ó rastros que se hayan observado.

Los aparatos telegráficos portátiles que usa nuestro cuerpo de ingenieros, tienen un empleo muy importante en las guerras de que hablamos; pues, como regularmente en ella los Generales en Jefe recorren todo el territorio donde se desarrollan, bien operando con algu-

na columna, bien visitando las zonas, si el país estuviese dividido en ellas; les permitirán dar sus órdenes desde cualquier punto del teatro de la guerra donde encuentren un hilo telegráfico. Bastará para ello cortarlo en un cierto punto y unirlo al aparato, que se sitúa en estación en dicho lugar, pudiendo desde luego comunicar con las estaciones de la derecha ó de la izquierda, según el hilo que se sujete al aparato, ó bien con las dos, sujetando á ambos, en cuyo caso hasta podía servirse de la misma corriente que partiese de una de las estaciones.

Existen pequeños aparatos, tales como el de Trouvé, que desempeñarán muy bien este servicio; y como en todos casos no habrá necesidad de llevar alambres conductores, sinó una pequeña cantidad para empalmar los cortes del hilo de la línea, después de servirse de ella, el transporte de dichos aparatos es fácil y mucha la utilidad que reporte.

*
* *

Cuando el teatro de la guerra es un terreno montañoso ó completamente descubierto y pueden elegirse en él puntos altos, visibles recíprocamente, es utilísimo el empleo del heliógrafo, como lo demuestran los grandes servicios que ha prestado en las campañas del Afghanistan y del Zululand y los grandes elogios que de su empleo hacen los generales ingleses Keyes y Ross, por lo mucho que les sirvieron en la expedición contra los Jewakis.

Los heliógrafos se establecen, como hemos dicho, en los puntos altos, y su situación puede ser fija ó variar, siguiendo á las tropas en sus movimientos; y aunque los ejércitos no han adoptado tan útil instrumento, es tal el número de servicios que ha prestado á los ingleses en las últimas campañas, que es de desear se dote á las tropas en operaciones de algún número de ellos, ya que tan brillantes resultados

han dado. Como telégrafo estable y fijo, prestó un servicio inmenso á las fuerzas inglesas bloqueadas en el fuerte Ekowa por los zulús, pues pudieron siempre comunicarse con el de Tenedos, lo cual fué una ventaja inmensa para conseguir el levantamiento del bloqueo. Como telégrafo movible, la guerra del Afghanistan presenta un sin número de casos, en que fueron muy útiles: el mayor Money, que guarnecía el fuerte Dhalipgarb, fué avisado por un centinela de que se veía brillar un espejo hacia la parte de Kost; en seguida mandó colocar un instrumento en posición y de este modo tuvo noticia el general Roberts de que el ataque de los vaciros contra Tank había sido rechazado. La columna de Kandahar no tuvo á su disposición otro medio que el heliógrafo para comunicarse rápidamente desde el desfiladero de Khojak con aquella ciudad, y al marchar el coronel Bidduph sobre Girishk, organizó un servicio con dos espejos, cuyo resultado fué muy satisfactorio.

El heliógrafo es un instrumento provisto de un espejo que refleja, á considerable distancia, un haz de rayos solares, que van á herir la vista de un observador colocado en un sitio determinado. Imprimiendo una sacudida al espejo, se hace desviar de la primera dirección el haz reflejado, produciendo para el observador un intervalo de oscuridad; y se comprende que las apariciones y desapariciones sucesivas del foco luminoso, combinadas entre sí con el tiempo más ó menos largo en que se produzcan, faciliten establecer un completo sistema de señales, pudiendo con gran ventaja adoptarse el alfabeto Morse, para lo cual un rápido reflejo luminoso representará el punto, y un reflejo contínuo durante cierto tiempo, la raya.

Desde luego se comprende la utilidad inmensa que pueden prestar los heliógrafos en un país enemigo que tengamos que ocupar, y en el que, como sucede comunmente, no dominemos más que el terreno que pisan nuestras columnas ó el que sostiene á nuestros fuertes:

estos aparatos pueden asemejarse á una gran línea telegráfica, que no necesita alambres, y cuyos postes están clavados á distancia de varios kilómetros, siendo ellos mismos las estaciones.

La distancia á que pueden usarse los heliógrafos es muy grande: el general Roberts, desde el valle de Khost, pudo comunicarse con Bunoo, que dista de dicho punto 80 kilómetros y medio, sin estación intermedia.

El único inconveniente que tiene el heliógrafo, es el de no poder usarse en los días nublados y en climas nebulosos; pero, como la mayor parte de las guerras de que hablamos tienen lugar en los paises donde las tempestades desaparecen tan rápidamente como se forman, no es razón fundada para que no se dé gran impulso al empleo de un instrumento, auxiliar poderosísimo para el desarrollo de los planes del General en Jefe de un ejército.

* * *

Cuando hubiere que comunicar puntos que no estén á mucha distancia y que, por lo tanto, puedan percibirse desde ellos, con la vista natural ó con ayuda de anteojos, banderas, ó distinguirse colores, se puede transmitir perfectamente, bien empleando el sistema Morse, bien otra combinación cualquiera. El método general de transmisiones del *Manual de señales* del general norte-americano Myer, es el siguiente: Existen dos movimientos, que llamaremos (1) y (2); señales convencionales sirven para indicar que comienza la transmisión, que se concluye, y para distinguir cuando se transmitan letras ó cuando sean cifras, sirviendo las mismas señales en orden inverso, para indicar que la transmisión especial ha concluido.

Del mismo modo, combinaciones convenidas sirven para expresar frases que se refieran á la expedición de telegramas, por ejemplo:

2 1 1 1 2 = esperad un momento.
1 2 2 2 2 = más de prisa.

Las señales se hacen de día por medio de una bandera, sujeta á la extremidad de una percha de 2'45 metros á 3'65 de longitud. La posición de la percha, antes de comenzar á transmitir, es vertical teniendo su extremo inferior á la altura de la cintura, y los movimientos son los siguientes:

(1). Bajar la bandera á la derecha hasta el suelo y volverla á su primera posición.

(2). Ejecutar igual movimiento á la izquierda.

Antes de la transmisión de un despacho, el que ha de transmitir agita la bandera de derecha á izquierda, hasta que el que ha de recibir el telegrama haya contestado; después de lo cual, se comienza la transmisión bajando la bandera á derecha é izquierda, con arreglo á lo siguiente:

LETRAS.	MOVIMIENTOS.	NÚMEROS CORRESPONDIENTES.
a	izquierda — izquierda	2 2
b	izquierda — derecha — derecha — izquierda	2 1 1 2
c	derecha — izquierda — derecha	1 2 1
d	izquierda — izquierda — izquierda	2 2 2
e	derecha — izquierda	1 2
f	izquierda — izquierda — izquierda — derecha	2 2 2 1
g	izquierda — izquierda — derecha — derecha	2 2 1 1
h	derecha — izquierda — izquierda	1 2 2
i	derecha	1
j	derecha — derecha — izquierda — izquierda	1 1 2 2
k	izquierda — derecha — izquierda — derecha	2 1 2 1
l	izquierda — izquierda — derecha	2 2 1
m	derecha — izquierda — izquierda — derecha	1 2 2 1
n	derecha — derecha	1 1
o	izquierda — derecha	2 1
p	derecha — izquierda — derecha — izquierda	1 2 1 2
q	derecha — izquierda — derecha — derecha	1 2 1 1
r	izquierda — derecha — derecha	2 1 1
s	izquierda — derecha — izquierda	2 1 2
t	izquierda	2
u	derecha — derecha — izquierda	1 1 2
v	derecha — izquierda — izquierda — izquierda	1 2 2 2
w	derecha — derecha — izquierda — derecha	1 1 2 1
x	izquierda — derecha — derecha — derecha	2 1 1 1
y	derecha — derecha — derecha	1 1 1
z	izquierda — izquierda — izquierda — izquierda	2 2 2 2

Los movimientos de una letra se ejecutarán sin detención.

Al fin de cada letra, el que transmite se detendrá unos dos segundos dejando la bandera en su posición natural encima de la cabeza: al concluir cada palabra, bajará la bandera al suelo, antes de volver á la posición natural: al final de cada frase, la bajará dos veces, y al terminar el despacho, tres, retirándola en seguida.

La señal de atención se hará agitando continuamente la bandera, como hemos dicho, y la señal de inteligencia se ejecutará bajando tres veces la bandera á la derecha, por movimiento doble, en esta forma:
derecha derecha — derecha derecha — derecha derecha

La señal de repetición es la siguiente:
derecha izquierda derecha — derecha izquierda derecha

Como en la recepción se verían las señales al revés, colocándose frente á frente los que transmiten, será conveniente, para evitar equivocaciones, que el que transmite el telegrama vuelva la espalda al que lo recibe, y así las señales se verán tal como son.

El color de la bandera no es indiferente; siempre deben llevarse tres, una blanca, otra negra y otra encarnada. La primera se empleará cuando se proyecte en un fondo oscuro, la segunda cuando el fondo sea claro y la tercera cuando no tenga un color decidido ó la bandera se destaque sobre la nieve.

Además de las banderas, pueden hacerse señales con varios objetos, que quizas permitan transmitir á mayor distancia.

Pueden emplearse pequeños globos cautivos, que de noche lleven una luz, y los movimientos que se les imprima hacia arriba ó hacia abajo reemplazarán á los que se hacian á la derecha y á la izquierda con las banderas. De noche se puede transmitir, bien con liternas de luz blanca, empleándolas como las banderas, bien con cristales de colores, en cuyo caso, presentando en la linterna cristales blancos, rojos y verdes, ó usando

tres linternas de dichos colores, se puede lograr gran claridad en los telegramas.

Pueden usarse con gran éxito, sobre todo en los reconocimientos, los cohetes y fuegos de color llamados *Fuegos—Costón*, combinando del mismo modo el blanco, el rojo y el verde. Para usar estos fuegos, los cartuchos deben ir ya preparados, y con objeto de evitar equivocaciones, cada uno llevar en su cubierta el número á que corresponde su color, con lo que se podrán elegir fácilmente los correspondientes á las letras que se deséen representar.

Suelen emplearse para llamar la atención de los que han de recibir los telegramas, cohetes de ruido y aun incendios de paja; pero todas estas señales, como se comprende, son más á propósito para establecer comunicaciones en un campo atrincherado, por ejemplo, con los fuertes avanzados, que para basar en ellas el sistema general de comunicaciones telegráficas del país donde se haga la guerra.

*
* *

Cuando se tema que la campaña haya de ser de cierta duración ó cuando sea una insurrección la que tengamos que combatir, será muy conveniente el empleo de las palomas, pues ya hemos visto en las guerras modernas el importante papel que han desempeñado, teniendo á su cargo el servicio de correos. Estos mensajeros, que en una hora recorren más de 50 kilómetros, deben enviarse á los fuertes ó puntos estratégicos desde la capital de la colonia ó punto elegido para centro de operaciones, donde han de haber nacido; por esto, en el momento en que se crea que su empleo en lo futuro puede ser beneficioso, se destinarán varias parejas á un palomar, construido en el punto que se desée, y en cuanto los pichones se hallen en estado de prestar servicio, se enviarán á los puntos céntricos del teatro de la guerra con los que convenga

tener comunicación directa y ésta sea difícil por ocupar el enemigo los campos y los caminos.

*
* *

Los experimentos contínuos que se están verificando en Francia y en Inglaterra, para conseguir la aplicación de los globos aereostáticos á las campañas futuras, hacen adelantar rápidamente la resolución de los problemas que se han propuesto los aereonáutas militares y es indudable que no está lejano el día en que dichos globos sean un auxiliar poderoso para la guerra, no tan sólo para que puedan comunicarse los defensores de una plaza sitiada, sinó como un nuevo medio de practicar reconocimientos. Las experiencias hechas en la escuela de aereonáutas franceses establecida en Meudón, han demostrado que puede organizarse un sistema de señales, por medio de globos, que consiste en arrojar desde el globo elevado materias pulverulentas, de diversa naturaleza, cuyos colores distintos podían fácilmente reconocerse á varios kilómetros de distancia sin auxilio del anteojo.

Inglaterra, que se ha servido de los globos en sus guerras del Afghanistan y del Zululand, ha establecido en el arsenal de Woolwich una comisión de comunicaciones aéreas, en vista de los resultados satisfactorios que obtuvo al emplear los globos en dichas guerras; y en las experiencias que se están haciendo contínuamente, y que no deberíamos perder de vista, se ha llegado á establecer unidades de tren de globos, en las que están incluidos los aparatos productores del gas y todo lo necesario para lanzar un globo al espacio: en las distintas escursiones aéras se han comunicado unos globos con otros, por medio de señales, y aprovechando distintas corrientes de aire, se han movido en direcciones determinadas.

Dicha comisión, formada por oficiales de ingenieros, estudia la confección de telas y redes. Los cables más

á propósito para lanzar los globos, son de media pulgada de diámetro, con grapas de hierro, que pueden resistir una tensión mayor de 3.000 kilógramos.

En dicho arsenal han sido construidos ya cuatro globos y también un horno portátil, para la producción del gas hidrógeno, que con tres retortas que lo acompañan, está dividido en tres partes, que constituyen los accesorios del sistema de globos y que pueden transportarse en los carruajes del tren. El peso de este horno es de 3.302 kilógramos y en veinticuatro horas puede producir gas suficiente para llenar dos globos.

Estos aprovechan las distintas corrientes de aire, para moverse, elevarse y descender, no habiendo necesidad, cuando están elevados, de hacerlos bajar para que se provean de gas, pues hay destinado otro globo, más pequeño, para que lleve gas al que lo necesite.

Desde luego creemos que el problema de la navegación aérea no llegarán á resolverlo estos globos de que tratamos, por la forma y condiciones que tienen; pero, en tanto no se llega á descubrir el verdadero aparato que copie al pájaro, podemos servirnos de los globos cautivos, en distintas ocasiones de la guerra, tales como los reconocimientos de las cordilleras, bosques espesos, etc., con la seguridad de que los resultados que obtengamos compensarán, las más de las veces, los gastos que hayan de hacerse para la instalación y elevación de los aparatos.

*
* *

La importancia de la correspondencia y telegramas secretos, es de todo el mundo conocida y en todas épocas se le ha dado el lugar de preferencia que requiere.

Herodoto cuenta que á un esclavo que debía llevar una noticia reservada, le raparon la cabeza, escribieron en su cráneo lo que se deseaba comunicar y se le hizo partir para su destino, al cabo de algunos días, cuando los cabellos le habían crecido; y Julio César se entendía

reservadamente con sus generales, por medio de escritos, en los que reemplazaba cada letra por la siguiente del alfabeto.

Para comunicarse en campaña, con reserva, pueden emplearse multitud de medios: poniendo entre cada dos letras de una frase una ó varias letras cualesquiera; conviniendo en un alfabeto de signos; comenzando el alfabeto por una letra distinta, que representará la *a* y seguir representándolas sucesivamente, por el orden en que resulten, para lo cual deberá ser conocida de los comunicantes la letra por que se debe empezar; empleando la escritura simpática, escribiendo debajo de una falsa orden, que indique todo lo contrario quizás; y muchos más medios, que la imaginación de los que han de comunicarse puede inventar.

Los indios de América usan un alfabeto secreto, formado por medio de una combinación de nudos en una cuerda, cuya práctica es posible copiar, con probabilidades de buenos resultados, combinando cuentas de color y de metal diferentes, ensartadas á modo de rosario y teniendo cuidado de separar por un nudo cada combinación que represente una letra ó palabra.

Es digna de fijar la atención la siguiente manera de comunicarse. Las dos personas que han de efectuarlo, tendrán dos libros cualesquiera, pero iguales; dos ejemplares de la táctica, por ejemplo. La primera cifra del despacho ó comunicación indicará la página elegida; la segunda, la línea que se escoge: en ella se numerarán todas las letras desde 1 hasta donde alcancen y se trasmite el despacho, indicando las letras de él con los números que le correspondan en dicha línea.

Las claves de cifras, las circulares y aun aquéllas en que una sola cifra puede representar al mismo tiempo una letra, una sílaba y una palabra, necesitan llevar la representación de los signos escrita, y aun la última, que indudablemente reune muchas ventajas, está compuesta de tantas combinaciones, que, para poder descifrar los partes, se necesita llevar contínuamente el li-

bro donde está desarrollada la clave. Todas ellas, como vemos, necesitan llevarse á mano, para poder descifrar, y la pérdida del papel en que vaya escrita, sufrida por el más insignificante jefe de puesto ó de columna, producirá un cambio de clave en todo el territorio. Además de esto, es reconocido por todos que las claves sencillas de números, que son las que comunmente usa nuestro ejército, llegan á no ser tales claves, pues la costumbre de transmitir y de recibir telegramas cifrados, hace que todos los telegrafistas y aun los que no lo son y dedican algún tiempo al examen de las cifras de un telegrama, sepan perfectamente cuanto se quiere ocultar, y descifrado uno sólo, él mismo facilita la clave.

Por esto, somos partidarios de las claves de palabras; y como su mecanismo es tan sencillo y tienen la inmensa ventaja de que, perdidas las claves, los despachos no pueden descifrarse, creemos que deberán adoptarse en las campañas, ya que el contínuo movimiento expone á que las referidas claves se pierdan.

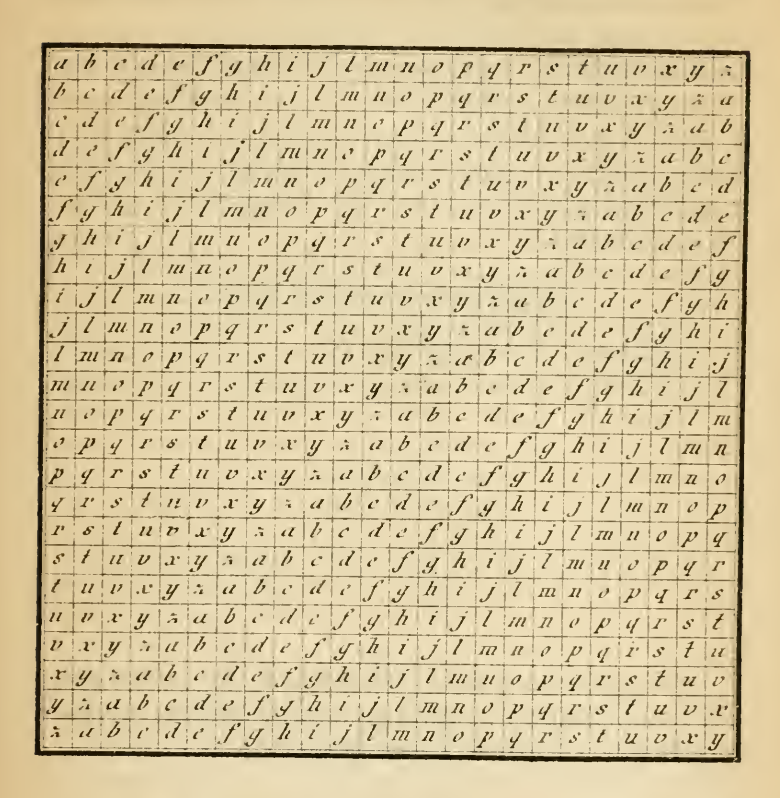
Las claves más sencillas de palabras son las siguientes. La primera, que debe emplearse para los despachos telegráficos, se forma, si se quiere, en el momento de recibir el despacho, del modo que aparece en la página siguiente.

Formado este cuadro, supongamos que la palabra convenida entre el que transmite y el que recibe sea *patria* y queremos comunicar por cifra lo siguiente:

Enemigo numeroso á la vista.

Se buscará en la columna horizontal de la clave la letra *p*, primera de la palabra *patria*, y en la primera columna vertical la letra *e*, primera de *enemigo*, y corriendo por las columnas, como en la tabla de Pitágoras, la letra *t*, que se encuentra en la unión de las dos, será la que se comunicará por el telégrafo; luego se señalará también en la columna horizontal la letra *a*, segunda de *patria*, y en la vertical la *n*, segunda de *enemigo*, y el punto de unión de las dos columnas, que

en este caso es la misma *n*, será la letra que se transmita; así sucesivamente se continuará, hasta concluir las letras de *patria*, en cuyo caso se volverá á empezar de nuevo por la *p*, siguiendo las de la frase que se quiere



a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z
b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a
c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b
d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c
e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d
f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e
g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f
h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g
i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h
j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i
l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j
m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l
n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m
o	p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n
p	q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o
q	r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p
r	s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q
s	t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r
t	u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s
u	v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t
v	x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u
x	y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v
y	z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x
z	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u	v	x	y

comunicar. De este modo, el despacho recibido en la estación receptora será el siguiente:

t n y d r g d n o d n r d s h r t a t i m l i

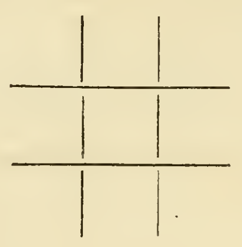
Para descifrarlo, se procederá del modo que sigue: Se buscará en la primera columna horizontal la letra *p*, primera de *patria*, y en la vertical que está debajo de ella la letra *t*, primera del despacho, y recorriendo por la columna horizontal en que está colocada hacia la izquierda, la letra *e*, que se encuentra en la primera co-

lumna vertical, será la primera del despacho que se ha comunicado, y así sucesivamente. Esta clave fué empleada por los defensores de Wicksburg.

La segunda clave, de que hemos hablado, sirve para enviar partes escritos, bien por medio de palomas mensajeras, bien por los correos ó mensajeros. Esta clave es preciso formarla en el momento de transmitir y de recibir, debiendo quemarla cada vez que se forme, para que no pueda deducirse de su examen la palabra convenida entre los comunicantes. Supongamos que ésta sea igualmente *patria*, y que del mismo modo queremos comunicar.

Enemigo numeroso á la vista.

Fórmase el cuadro siguiente:



Colóquese cada una de las letras de la palabra *patria*, al principio de cada una de las distintas divisiones de este encasillado y resultará:

p	*a*	*t*
r	*i*	*a*

Hecho esto, escríbanse todas las letras del alfabeto, menos las que ya están escritas, por pertenecer á la

palabra indicada, de manera que cada una de las letras ocupe sucesivamente la derecha de la que ya está escrita, del modo que sigue,

pblz	*acm*	*tdn*
reo	*ifq*	*ags*
hu	*fv*	*kx*

empezando siempre por la primera casilla.

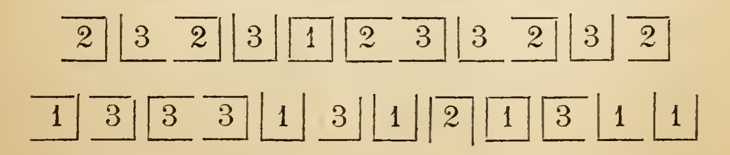
Para cifrar, se efectuará lo siguiente: La primera letra de la frase que se quiere transmitir es *e*, que ocupa el segundo lugar en la casilla cuarta; pues bien, se escribirá en el despacho la primera letra en esta forma:

2

La segunda es *n*, que es la tercera de la tercera casilla, y se escribirá:

3

Así se continuará sucesivamente encerrado cada número dentro de las líneas que lo comprenden en la clave, de manera que la frase que deseamos cifrar quedará escrita del siguiente modo:



Para evitar las repeticiones de los signos que representan las vocales, podemos convenir en repetir las

letras de la palabra convenida, al escribir en la clave el alfabeto, ó bien colocar dos de éstos, en vez de uno, en la forma indicada.

Claro es que, en vez de usar una palabra convenida, podrá emplearse una frase, tanto en una como en otra clave, y esto dará mayor seguridad de que los despachos no serán traducidos, como no sea por los poseedores de la frase.

CAPÍTULO III.

Objeto de los fuertes aislados.—Construcción de un fuerte.—Empalizadas.—Corta y conducción de maderos.—Emplazamiento de baterías.—Disposición interior de los fuertes.—Blockhaus.—Construcción de un blockhaus.—Guarniciones.—Líneas de fuertes.—Condiciones que deben llenar, según el objeto para que se les destina.—Fuertes para asegurar comunicaciones.—Fuertes que forman una línea infranqueable para el enemigo.—Trochas.—Tropas de sostén.—Tropas de exploración.

Todos los militares saben lo que es un blockhaus; pues bien, estas fortificaciones de madera representan un importante papel en las guerras irregulares, porque seguramente bastarán la mayor parte de las veces para resguardar á nuestros soldados y hacer ineficaces las armas ofensivas de los contrarios, suponiendo que no posean artillería ó no puedan trasladarla con facilidad. Estas fortificaciones con sus correspondientes guarniciones son, por lo común, los centinelas de los ejércitos, las guardianas de la tranquilidad en las zonas ó líneas determinadas y hasta la representación de nuestra fuerza y de nuestro poder en las mismas poblaciones enemigas.

Dichos fuertes se sitúan á veces en puntos estratégicos, perfecta y detenidamente elegidos en la frontera de un país, con el objeto, no sólo de detener por algún tiempo, aunque sea poco, las invasiones repentinas, sino para vigilar el territorio extranjero y comunicar á nuestro gobernador ó gobierno superior de la colonia cuanta noticia merezca ser por él conocida. En tales fuertes depositan su confianza los habitantes de los Es-

tados fronterizos de los indios en la república Norte-Americana; y aunque varias veces los salvajes han incendiado algunos y degollado sus guarniciones, poniendo en precipitada fuga á los plantadores, valiéndose de la sorpresa, en muchas ocasiones han servido para rechazar á algunas tríbus revoltosas y siempre para que á su sombra se organicen las columnas que penetran en el territorio de los indios, sosteniéndolas durante el tiempo que operan por el interior del país enemigo.

Estas construcciones pueden ser levantadas en puntos tales, que se protejan mútuamente, en cuyo caso la reunión de todas formará una línea de fuertes, de que luego hablaremos, ó bien pueden estar dotadas de todos los elementos necesarios para bastarse á sí propias, y entonces tendrán que poseer mayores condiciones defensivas que los blockhaus aislados, que vendrán á desempeñar en ellas el papel de reductos de seguridad.

Aunque la construcción de los fuertes está á cargo del cuerpo de ingenieros, que en todas ocasiones sabrá dar á cada uno cuantos elementos de defensa y resistencia sea posible, no deja de ser común en las guerras irregulares que las azarosas complicaciones de la campaña coloquen á cualquier jefe ú oficial en el caso de tener que construirlos, aprovechando los conocimientos generales de fortificación que se aprenden en las academias militares y en las conferencias de oficiales. Por estas razones no creemos que huelgue dar algunas breves explicaciones á propósito del asunto, ciñéndonos en ellas, como en todo, á tener que emplear los elementos que el país pueda proporcionar.

Los fuertes aislados deben establecerse en las alturas pequeñas que se encuentran en los lugares estratégicos, escogidos de antemano, según sea el objeto que deba tener la posición elegida.

El fuerte puede servir de atalaya y vigilante centinela que observe contínuamente el territorio extranjero ó enemigo, en cuyo caso la elección del lugar donde haya

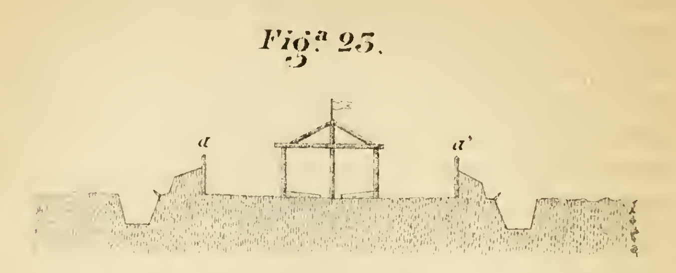
de asentarse ha de hacerse en los puntos culminantes de la frontera ó territorio, subordinando su emplazamiento á que las fuentes, arroyos ó aguadas no estén de él á más distancia que la de un tiro de fusil. El objeto del fuerte puede ser también vigilar una comunicación, bien para resguardarla de los ataques del enemigo, bien para privar á este de ella: entonces deberá situarse en el punto que más condiciones tenga para oponerse al paso del que intente marchar por el camino, ó en aquellos sitios que sean cruceros conocidos ú obligados del enemigo, y construirse en alguna loma ó mediana altura, procurando que no sea dominada á la distaucia del alcance que tengan las armas del contrario. Puede el fuerte, tener por objeto, la protección de un puente, de un vado ó de un punto determinado, y en este caso, claro es que, teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, la atención de los que guarnecen el fuerte ha de estar concentrada en el objeto cuya defensa tengan á su cuidado, y, por lo tanto, la situación de aquel debe subordinarse á la de dicho objeto, procurando que el enemigo no pueda llegar á él sin ser visto, ni que tenga facilidad de ocultarse en sitios donde no pueda ser herido por las balas de la guarnición.

* * *

Claro es que cuando los fuertes estén aislados, les daremos grandes condiciones defensivas, haciendo algún movimiento de tierras; y como no es difícil la construcción de un foso, éste debe ser el primer obstáculo de que se rodée la guarnición, empleando las tierras extraídas en la construcción de un parapeto que dará mayor profundidad al foso y cubrirá mejor á los defensores. A pesar de que muchas veces será imposible construir los fuertes con todos los detalles que expresa la figura 23, los expondremos á continuación, para que, sirviendo como de modelo, procuren ceñirse á él los jefes de

destacamento que tengan que fortificarse, empleando los soldados que estén bajo sus órdenes, los útiles que hayan podido proporcionarse y los elementos que les presten los bosques,

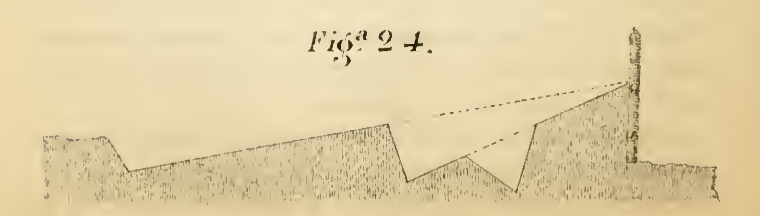
Fig.ª 23.



La forma más aceptable que puede darse á estos fuertes es la de un cuadrado, y aunque son aplicables á su construcción todas las prevenciones que la fortificación hace para la construcción de perfiles, existen algunas que, en razón á los enemigos que tendrémos que batir, no será necesario tener en cuenta.

Si la obra ha de tener foso, para que presente algún obstáculo al asalto del enemigo, deberá contar, por lo menos, dos metros de profundidad y tres de ancho; pero estas magnitudes no son absolutamente indispensables, y pueden ocurrir casos en que, bien por tropezar con piedra á los primeros golpes de pico, bien por otras causas diferentes, no es posible dar al foso profundidad suficiente para que sirva de obstáculo, y entonces es preferible la construcción de dicho foso en la forma que indica la figura 24, en la que se vé la manera cómo podrá ser batido el fondo de él por los fuego de los defensores.

Fig.ª 24.



Si el fuerte puede ser batido por artillería, el espesor del parapeto debe tener de 3 á 4 metros; en caso contrario, con un espesor de $0,^{m}50$ sería suficiente: determinado que sea éste, se plantará á una distancia del foso, algo mayor que el doble del expesor del parapeto, una fila de maderos, dejando de vez en cuando entre ellos, una separación cubierta interiormente por troncos más cortos como indica la fig. 25, y procurando que las aspilleras así formadas disten unas de otras un metro próximamente: practicado esto se comenzará á escavar el foso arrojando todas las tierras contra la



Fig.ª 25.

fila de maderos (a a′) fig. 23 apisonándolas bien y ahondando el foso hasta que el parapeto haya adquirido la consistencia necesaria, y el talud superior de él llegue á la altura de las aspilleras. En la berma, ó si no la hubiere, en la unión del talud de la escarpa con el exterior del parapeto, se clavará una frisa, teniendo cuidado de que no resulte horizontal y de que los maderos que la compongan no estén completamente unidos ni sean de longitud extremada.

Si la penetración de los proyectiles enemigos fuera grande, para garantizar mejor la seguridad de los defensores, puede adosarse á la empalizada otra fila de

troncos, que cubran las uniones de los que la forman, y es casi seguro que los proyectiles de la infantería no penetrarán fácilmente en el interior de una obra defendida de tal modo.

*
* *

Tanto en la construcción de la empalizada y blockhaus como en la de los barracones que sirven para alojamiento de las tropas, depósitos y hospitales, habrán de emplearse los troncos de los árboles que se encuentren más próximos á los lugares donde se lleven á cabo las construcciones, y no creemos que estén demás algunas indicaciones respecto á la manera de llevar al terreno de la práctica lo concerniente á la corta y transporte de los troncos que hayan de emplearse en las referidas construcciones.

Para derribar un árbol, puede hacerse uso de una sierra; pero, como generalmente este instrumento no lo llevarán las columnas, y en cambio abundarán seguramente las hachas y los machetes, de éstos será de los que tendrán que valerse los soldados que estén encargados de la corta de árboles.

Para conseguirla se practicará en cada tronco dos muescas ó mortajas, próximas una á la otra, como indica la figura 26, y á diferente altura, debiendo hacerse la inferior primeramente y en la dirección que se desée que caiga el árbol, después de lo cual no habrá más que atar una cuerda al tronco, á una altura próximamente igual á la tercera parte de la que tenga el árbol, y haciendo una série de esfuerzos varios hombres, que tirarán de la cuerda en la dirección que deba caer el árbol, éste vendrá á tierra con gran facilidad.

Cuando el árbol tenga un diámetro mayor que $0,^{m}$ 50, será necesario usar de la dinamita para poder derribarlo con facilidad, y esto se consiguirá rodeando el tronco, por el sitio que se desée cortar el árbol, con una salchicha de dinamita que, inflamada, produce

la rotura del tronco; teniendo presente, como dato para determinar la cantidad de materia explosiva que hay necesidad de emplear, que, para derribar un árbol cuyo tronco tenga 1,m 60. de diámetro, será suficiente



Figª 26.

fabricar una salchicha que contenga de 4 á 5 kilógramos de dinamita.

También puede derribarse un árbol haciendo uso de la dinamita, sin necesidad de salchicha; bastará para ello abrir con una barrena un agujero en el tronco, de una longitud mayor que la mitad del diámetro de éste, ó dos que se corten en ángulo recto, cuando dicho diámetro fuere mayor de 0,m 60, y rellenando de la sustancia explosiva dichos agujeros hasta la mitad de su longitud, bastará darle fuego para que el árbol caiga al suelo. Puede conseguirse el mismo resultado fijando al tronco un cartucho cilíndrico de dinamita, por el lado hacia donde se desée que el árbol caiga, y haciéndo detonar dicha sustancia; pero habrá necesidad de calcular el peso del cartucho para que produzca el efecto que se desea, según fuere el diámetro del tronco del árbol que se pretenda derribar, lo que se conseguirá fácilmente haciendo uso de la fórmula

$$P = 60\ d^3$$

siendo P el peso del cartucho y d el diámetro del tronco.

Siendo la dinamita una sustancia que á los terribles efectos locales que produce su explosión, hay que

añadir sus resultados instantáneos y la facilidad de su empleo, es de mucha utilidad para las tropas, que sin más elementos ni recursos que los que llevan las columnas, han de bastarse á sí propias, ya para abrirse caminos, ya para fortificarse, ya para cualquiera otro trabajo que obligue á hacer grandes cortas de árboles, movimientos de tierras ó roturas de rocas.

La dinamita, cuyos efectos son cinco veces mayores que los de la pólvora ordinaria, no es más que la glicerina, absorvida por una materia porosa, y suele usarse en cartuchos de 8 á 9 centímetros de largo y 22 de diámetro, por lo general, pudiéndose construir de la magnitud que se deséen, envolviendo la sustancia explosiva en tela impermeable ó en cauchouc. Es bueno tener en cuenta, al emplear la dinamita, que, para obtener con ella una detonación y los efectos de ruptura que se desea cuando se aplica á un árbol ó á una roca, siempre hay que producir su explosión por medio de cápsulas fulminantes, pues al aire libre arde dicha sustancia como la pólvora húmeda, sin que aparezcan sus cualidades explosivas cuando se le dá fuego con una candela; por esta razón, la inflamación de los cartuchos ha de ser producida por medio de una mecha Bickford, en uno de cuyos extremos se adapta una cápsula fulminante: introduciendose la mecha así preparada en la sustancia explosiva que se quiera inflamar y asegurándola á ella fuertemente con ligaduras, no habrá más que dar fuego al extremo libre de la mecha, para que al poco tiempo se produzca la explosión.

La dinamita es una sustancia que debe ser transportada y empleada con suma precaución, pues así como el fuego no producirá en ella otro efecto que el de hacerla arder, como hemos dicho, los golpes y choques con cuerpos duros la hacen detonar fácilmente. Cuando hablemos de los transportes y convoyes, volveremos á tratar de un asunto tan importante como es el de precaver las desgracias que pueden ocurrir al no manejar

una sustancia tan peligrosa con todas las precauciones posibles.

Volviendo al asunto que nos ocupaba, haremos notar que la mayor dificultad para proporcionarse troncos de árboles que sirvan para las construcciones, no está en derribarlos en los sitios donde crecen, sino que presenta una gran suma de trabajo transportarlos desde dichos sitios á los lugares donde deben ser empleados, cuando no se dispone de bestias de carga ó carros suficientes. Por esta razón, ha de procurarse que la construcción de fuertes se lleve á cabo en parajes próximos á los bosques que faciliten los árboles, y cuando no fuere posible conseguir esto, habrá que aprovechar las corrientes de agua, para que ellas conduzcan los maderos que sean necesarios, desde el sitio donde la corta de árboles tenga lugar hasta el punto más próximo á donde haya de construirse el fuerte, y sólo en el caso de que no puedan utilizarse dichas corrientes ni hubiera á disposición de las tropas elementos de transporte, se emplearán á los soldados en llevar los troncos á donde son necesarios. En este caso, deben situarse sucesivamente dos hileras paralelas de troncos, elegidos entre los más iguales, que formando rodillos contínuos desde el sitio de la corta hasta donde alcance su número en dirección al fuerte que se construye, sirvan para que rueden sucesivamente sobre los que estén en el suelo, los últimos cortados, que á su vez serán situados para servir de rodillos á los que van quedando detrás, aprovechando siempre las pendientes para dejarlos deslizar por ellas.

***

Cuando el fuerte hubiere de tener artillería, habremos de emplazarla en barbeta ó en cañonera, según el objeto que esté llamada á desempeñar. Si tiene que batir un punto determinado, tal como un puente ó desfiladero, debe colocarse en la segunda forma, para

lo cual se formarán con maderos en el parapeto, al mismo tiempo que se eleva la estacada, las paredes de la cañonera, dándoles una ligera inclinación para que las detonaciones y trepidaciones del terreno, al hacer los disparos, no produzcan su inmediata caida.

Si la pieza de artillería tuviera que batir varios puntos, como sucedería si el fuerte estuviera construido en un terreno muy despejado, la artillería debe emplazarse á barbeta, lo que exigiría un movimiento grande de tierras; sin embargo, empleando, como en todo cuanto hemos apuntado, los revestimientos de madera, fácilmente podrá elevarse un terraplen, al cual dará acceso una rampa ó varios escalones formados con troncos delgados, elevados sucesivamente del suelo, si la pieza no se ha de mover nunca.

Siendo el terreno que haya de batir una pieza de artillería, de grande extensión, tal como una sábana, por ejemplo, lo más conveniente es construir en el centro del fuerte un torreón de mampostería, si es posible, ó formado con troncos de árboles y tierra, y entonces la pieza podrá ser disparada en todas direcciones.

Este sistema de emplazamiento será muy conveniente emplearlo con las piezas de una línea de fuertes en terreno despejado, porque permitirá colocar á gran distancia unos de otros, estando cada uno protegido por los dos más próximos.

Si se deseara proporcionar flanqueos á las caras del fuerte, se harán en su trazado unas pequeñas salidas en los ángulos, de anchura suficiente para que dos hombres puedan disparar de espaldas uno á otro, resultando de este modo una especie de frentes abaluartados, que serán suficientes para rechazar los ataques de tropas que no posean todos nuestros medios de guerra.

La entrada del fuerte se construye en una de las caras, colocando en frente de ella una fila de maderos, con sus correspondientes aspilleras, que impida á los proyectiles entrar dentro del recinto, y el foso se

cruzará por tablones, que se retirarán por la noche y en caso de ataque.

⁂

En el centro del fuerte se construirá el blockhaus, que servirá de reducto de seguridad y de alojamiento á las tropas; y como regularmente cada puesto estará dotado de provisiones de boca y de guerra para la guarnición que lo defienda ó tendrá que servir de depósito, donde las columnas de operaciones se racionen y además será necesario que existan departamentos para el telégrafo, comandante del fuerte y oficiales, habrá necesidad de construir dentro del recinto, además del blockhaus que servirá exclusivamente para alojar á la tropa, varias casas ó barracas, donde se guarden las provisiones, se instalen los servicios que sean necesarios y sirvan de morada para los oficiales; así es que la distribución del interior del fuerte será hecha según el número de construcciones que hayan de existir dentro de él. En un fuerte independiente, que pueda bastarse á sí mismo, la distribución del interior será la que indica la fig. 27

Estos fuertes que no dejan de ser bastante primitivos, pero que son fáciles de construir, por el poco movimiento de tierras que necesitan, pueden aún simplificarse más: los ingleses, en sus guerras con los ejércitos no civilizados, suelen emplear los llamados por ellos *fuertes de la Nueva-Zelanda*, cuyos fuertes consisten en rodear el emplazamiento del campo ó puesto que se establece, de un parapeto de tierra, de un metro de altura, con foso exterior, clavar una empalizada en el parapeto y algunas frisas en los ángulos y, finalmente, abrir aspilleras en las empalizadas para que los proyectiles enemigos no lleguen á herir á los defensores del fuerte y éstos á su vez disparen á mansalva contra ellos.

En los países productores de algodón puede utilizarse este artículo, cuando exista en grandes cantida-

des, para formar los parapetos de los fuertes, sin necesidad de apelar al movimiento de tierras: para emplear el algodón como defensa, se hace necesario que esté todo lo más prensado y reducido al menor volumen

Fig.ª 27.

1. Barracón de los oficiales.
2. Blockaus donde tiene su alojamiento la guarnición.
3. Telégrafo y habitación del telegrafista.
4. Barracón donde existen las raciones que necesita el destacamento, si no han de racionarse en el fuerte las columnas, ó un número suficiente de ellas si tuvieren que hacerlo, en cuyo caso el factor ó administrador vivirá en dicho barracón.

posible, pues de este modo, con pequeñas cantidades se formarán parapetos resistentes, que no serán atravesados con facilidad por los proyectiles contrarios. Los franceses en Méjico emplearon con gran éxito las balas de algodón, y seguramente darán muy buen resultado, aunque haya precisión de comprarlas al comercio, porque su precio nunca es excesivo en los países productores.

Desde luego suponemos que en los alrededores de

los fuertes no se dejará árbol alguno que pueda ocultar á cualquier enemigo ó impedir con su follaje que la vigilancia se ejerza con eficacia; y en cuanto á la construcción de blockhaus, aunque todo lo concerniente á construcciones está á cargo del cuerpo de ingenieros y lo más conveniente es que se lleven construidos y desarmados, daremos una ligera idea de ella, para que pueda servir de norma á los jefes y oficiales del ejército que se vean precisados á construirlos.

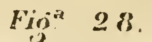
*
* *

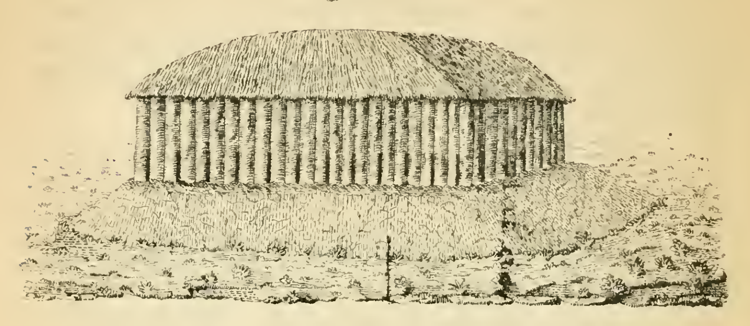
Los blockhaus, como reductos de seguridad ó como fuertes aislados, pueden ser de uno ó de dos pisos y es frecuente que, cuando no tengan que estar dentro de un recinto, sean de los últimos porque tienen que representar un papel más importante. Los de un solo piso varían notablemente en su construcción, según las diversas modificaciones y ventajas que se les han proporcionado; pero, como en las guerras que nos ocupan no tendremos, por lo regular, que temer á enemigos que dispongan de grandes medios de destrucción, puede simplificarse mucho una obra que pocas veces sufrirá el fuego de la artillería.

Los blockhaus ordinarios se componen de una fila de maderos (fig. 28) colocados verticalmente y unidos unos á otros, formando una pared contínua, que formará el trazado que se desée dar á la construcción; en esta pared se abren aspilleras, de tal modo, que queden á 2 metros del suelo, con el objeto de que la banqueta interior que se construya sirva de camastro á los defensores de la obra.

Los troncos que forman las paredes de los blockhaus se apoyarán en soleras, que son otros troncos enterrados en el suelo, cuando la naturaleza de éste no fuese muy consistente y dura, y aun habrá casos en terrenos blandos, húmedos ó pantanosos en que será necesario recurrir á enterrar cajones de arena ó piedra y en últi-

mo extremo á clavar pilotes, sobre los cuales se levantará el blockhaus. Apoyándolos en dos paredes opuestas de éste, se colocan otros troncos que servirán de cumbreras; pero, cuando la distancia que haya entre di-





chas paredes sea mayor de 4 metros, habrá necesidad de colocar *pies derechos* en el interior, para que con los troncos de las paredes sostengan las cumbreras. La cubierta del blockhaus, no siendo temibles los fuegos curvos, podrá ser de zinc; pero, como las más de las veces no será esto posible, habrá que construirla con tablas, hojas de palmera, ramas de ciertos árboles que producen anchas hojas y, en general, con lo que en el país se acostumbre á techar las viviendas ó cabañas. Estas construcciones exigen que se posean herramientas, clavos y algunos elementos, de que no todas las veces podrá disponerse; pero, aunque se careciera de todo y sólo se contara con las hachas ó machetes de los gastadores, podrían construirse los blockhaus, pues todo consistiría en que las paredes y aspilleras quedaran toscamente labradas y en servirse de los fuertes bejucos y enredaderas filamentosas que producen muchos países, para ligar los troncos unos á otros y formar las paredes primeramente y, concluidas éstas, el armazón del techo, análogamente á lo que diremos al hablar de la construcción de los barracones.

Los blockhaus pueden rodearse de un talud de tie-

rra, que cubra las paredes hasta las aspilleras, lo que les dará una gran fuerza defensiva cuando sea obra aislada, pues dificultará la aproximación del enemigo si intentara incendiarlos, único modo de destrucción que podría emplear no poseyendo artillería; pero en este caso es más conveniente, ya que por sí solos han de defender un punto importante, adoptar el blockhaus de pisos, que permite á los soldados molestar, por medio de matacanes, desde el piso superior á los que se acerquen á las paredes del inferior.

En la conquista de la Argelia hicieron los franceses gran uso de unos blockhaus de dos pisos, construidos y numeradas sus piezas en Tolón y armados en la Argelia en el preciso momento de hacer falta. En los Estados Unidos, para preservar á los Estados del Oeste de los repentinos ataques de los indios, en Sumatra, en Abisinia, en Joló y en Cuba se han empleado estos blockhaus con gran éxito; mas, como su construcción habrá de ser dirigida por un oficial de ingenieros, no intentaremos siquiera dar una idea de ellos, ni aunque sea tan ligera como la que hemos dado de los de un solo piso.

*
* *

Dijimos al principio, que los fuertes aislados tenían por objeto ocupar algún punto importante del territorio enemigo; sin embargo, en las guerras de que hablamos, la ocupación de algunos puntos estratégicos apenas producirá resultados, como no se efectúe de tal manera que las tropas puedan recorrer una gran extensión de terreno alrededor del punto que ocupen, es decir, que no se adelantaría gran cosa sin el establecimiento de campos atrincherados ó campamentos permanentes, porque las guarniciones de los pequeños fuertes de que hemos hablado, no podrán tener más que un objeto puramente defensivo y estar, por lo tanto, siempre dispuestas á rechazar al enemigo, sin dejar abandonado ó mal guardado el fuerte que guarnecen, para lanzarse

en persecución ó en busca de los contrarios. Algunas veces será conveniente que estas pequeñas guarniciones aprovechen las salidas, como elementos de defensa y de exploración, y no pudiendo fijarse un límite constante y determinado á la regla de conducta á que ha de sujetarse el jefe de un puesto semejante, siempre deberá pensarse en que su aquella ha de ser dirigida por un principio defensivo, puesto que la ocupación del punto que le esté encomendado no tendrá por objeto batir ó perseguir al enemigo, sinó alguna otra misión, por lo regular muy importante, tal como la conservación de una aguada ó de un puente, la defensa de un río ó de un mal paso, la vigilancia de un territorio ó de una frontera, ó, finalmente, la custodia de un poblado.

Las guarniciones de los fuertes deben sacar todo el partido posible de su situación, estudiar y saber aprovecharse de todos sus medios de defensa, y no demostrar negligencia ó descuido en el examen y conocimiento del terreno que rodee el fuerte en que estén encerradas, para que, una vez llegado el momento de cumplir con su misión, detengan al enemigo, empleando todos los medios posibles, lo entretengan, lo engañen, ganen tiempo y dén aviso por escrito ó por el telégrafo á la fracción de ejército de que dependan.

***

La ocupación de un país es las más de las veces ilusoria, cuando se concreta únicamente al establecimiento de un gran número de fuertes, que aunque se siembren con profusión, apenas impedirán que el enemigo haga sus movimientos y correrías por entre los intervalos que entre ellos existan, á menos que se construyan de tal modo que puedan cruzarse los fuegos de unos á otros, cosa imposible de efectuar, no siendo en un pequeño territorio; pero, á veces, el empleo de líneas de fuertes será conveniente para conseguir un objeto determinado, como sería, por ejemplo, el de guardar

una zona productora ó el de asegurar un camino, para que los convoyes puedan transitarlo libremente, sin necesidad de escolta; aunque siempre deberá procederse con detenimiento en un asunto que acarrea grandes contratiempos, por los inconvenientes que presenta encerrar gran número de tropas en fuertes separados unos de otros. La diseminación de las tropas concluye por enervarlas y por hacerles perder la disciplina y los hábitos que se hayan hecho adquirir á los soldados, sin contar con la fuerza moral que perderán los que lleguen á acostumbrarse á batirse siempre, detrás de las aspilleras. Por otra parte, el enemigo podrá, cuantas veces se le antoje, reunir sus masas y romper una línea tan débilmente guardada, pues los diversos destacamentos que la formen no conseguirán oponer una resistencia seria y serán destruidos en detalle ó contemplarán, convencidos de su impotencia, que los enemigos cruzan por entre ellos sin preocuparse de las escasas bajas que podrán causarle desde las aspilleras.

Por esto debe hacerse una gran distinción entre las líneas de fuertes destinadas á guardar una zona, á localizar la guerra en un punto determinado ó á establecer una valla infranqueable entre dos territorios, y aquéllas que tengan otro objetivo y que, por lo tanto, no importe que el enemigo pueda cruzar tranquilamente por el espacio que media entre cada dos fuertes.

Tanto en uno como en otro caso, las guarniciones que los defiendan serán todo lo más débiles que sea posible, pues, además de que no pasará mucho tiempo sin que sean visitadas por las demás tropas, es preciso procurar que quede el mayor número de hombres para que compongan las columnas de operaciones; en cambio, siempre que se pueda, deberá dotárseles de gran cantidad de artillería, porque ella, y no los fusiles de los escasos soldados que estén encerrados en los fuertes, será la que haga respetable para el enemigo la zona que los rodee.

*
* *

Al establecer una línea de fuertes, con el objeto de asegurar una comunicación, establecer un telégrafo ó con cualquier otro que no sea hacer de ella una valla infranqueable para el enemigo, es preciso estudiar con detención el terreno que ha de ocupar, para elegir los puntos donde los fuertes hayan de ser emplazados, no subordinando el trazado de la línea á la regularidad, sinó aprovechando las ventajas topográficas que el país presente en beneficio del mejor resultado.

Para establecer un telégrafo óptico, es evidente que deberán elegirse los puntos más elevados del terreno, aunque se encuentren muy distantes unos de otros, pues, con tal que puedan verse las señales, todo lo demás importa poco: así es que, si se hiciera uso del heliógrafo, las distancias entre cada dos fuertes podrán ser de algunas leguas; pero, si hubieran de emplearse banderas, dichas distancias tendrían que ser mucho más cortas. Cuando el telégrafo fuere eléctrico, deberá sujetarse la situación de la línea, en terreno llano y despejado, al principio de que no haya ningún poste telegráfico al cual no pueda llegar un proyectil desde alguno de dichos fuertes, cuando quisiera conseguirse una seguridad completa, pues lo más factible será aprovechar los puntos más elevados y hacer recorrer á algunos soldados el trayecto que haya de fuerte á fuerte, para asegurarse del buen estado de la línea telegráfica.

Cuando la línea de fuertes tenga por objeto la defensa de un camino, para que los convoyes puedan recorrerlo con poca ó sin ninguna escolta, es preciso aproximarlos más unos á otros para que su artillería pueda en un momento determinado defender el convoy, si se viera atacado por el enemigo; así es que el alcance de las piezas será el que establecerá la distancia que deba existir entre dichos fuertes. Si la línea tuviere exclusivamente por objeto la exploración del terreno enemigo y conocer cuando éste lo haya cruzado, para acudir con las columnas al punto amenazado ó donde aquél se encuentre, la situación de los fuertes deberá ser tal, que

los soldados que salgan de ellos para reconocer el campo puedan encontrarse con los de los inmediatos, á no muy grande distancia de los mismos. En este caso, deben existir en cada fuerte dos soldados de caballería, por lo menos, que serán los encargados de practicar este servicio de confrontas, comunicándose dos ó tres veces al día con sus compañeros de derecha á izquierda y de este modo se correrán las noticias y los partes de uno á otro extremo de la línea. Este servicio de confrontas debe practicarse con gran escrupulosidad y los soldados que lo lleven á cabo han de darse cuenta unos á otros de los rastros que hayan observado, de los enemigos que hubieren visto y, en general, de las novedades que ocurrieran, teniendo especial cuidado de expresar siempre entre qué fuertes han sido advertidas, á cuyo fin éstos estarán numerados ó habrán sido bautizados con nombres que, á veces, los mismos soldados idean; y con el objeto de que el enemigo no encuentre gran facilidad en sorprender á los que practican dicho servicio, procurarán no efectuar sus confrontas á las mismas horas todos los días, sinó variadas, conviniendo unos puestos con otros, cada día, la del siguiente.

El servicio de confrontas es de inmensa utilidad en las guerras de rastros, es decir, en aquellas guerras en que el enemigo rehuye los encuentros con nuestras columnas y sólo ataca á los hombres aislados ó á las pequeñas partidas, y en las que, para encontrarlo en el corazón de los bosques donde se oculta, es necesario buscar los rastros ó señales de su paso que en el suelo y en el monte deja, para seguirlos contínuamente y llegar á tropezar con más adelante volveremos á tratar de este asunto, cuando tratemos de las operaciones de la guerra.

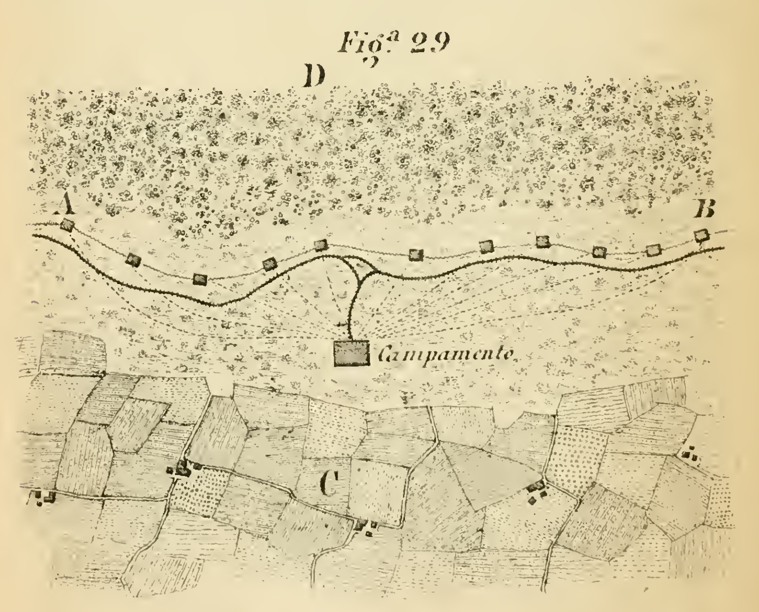
* * *

Cuando una línea de fuertes tenga por objeto exclusivo impedir que el enemigo la atraviese, es preciso combinar con los fuertes, grandes obstáculos y

medios defensivos, y cuantos elementos de transporte hubiere, de manera que en poco tiempo pueda hacerse concurrir á un punto atacado por grandes fuerzas enemigas, columnas dispuestas para tal objeto en ciertos y determinados parajes de la línea. Un ferrocarril, un hilo telegráfico y las defensas que la fortificación aconseja para impedir ó, por lo menos, dificultar el paso del enemigo por alguna zona, son los medios auxiliares de los fuertes.

Supongamos, para fijar las ideas, que haya necesidad de establecer entre los puntos *A* y *B* (fig. 29.) una línea de tal género, bien para librar á la parte productora *C* de los ataques é incursiones del enemigo, bien para localizar la guerra en la región *D* y tratar de organizar el país *C* bajo el reinado de la paz.

Fig.ª 29



Lo primero que deberá efectuarse, si el país está cubierto de vejetación, es abrir una trocha desde *A* hasta *B*, cuya anchura sea mayor de 200 metros y menor de 800; en seguida se procederá á la elección de los puntos donde hayan de edificarse los fuertes.

Estos han de cumplir con la condición de que cada uno vea á los dos entre que se encuentra, pues de este modo, aun suponiendo que el enemigo haya destruido la línea telegráfica eléctrica, podrán los fuertes por medio de señales, comunicar con los puntos donde residan las tropas que han de rechazar el ataque del enemigo.

Elegido el emplazamiento de los fuertes, habrá que designar el punto ó puntos donde residan de ordinario las fuerzas que acabamos de mencionar, puesto que éstas son tan importantes ó más que las obras de fortificación y defensa que se construyan. Si en la misma línea que se trata de establecer hubiere algún poblado ó aldea, fortificado convenientemente, presentará grandes ventajas para tener en él reunidas las tropas, bajo el mando superior del jefe de la línea; pero si así no sucediera, habrá necesidad de construir un campamento permanente ó campo atrincherado en el punto más céntrico de la línea, y desde el cual sea igualmente fácil acudir á todos los puntos de ella.

Al mismo tiempo que se construyen los fuertes y el campamento para las tropas, deberá comenzarse la construcción de la línea férrea que enlazará el último con todos los puntos de la línea que se establece, y la del telégrafo que une á todos los fuertes con el lugar ocupado por el jefe superior. Estas líneas telegráficas pueden construirse de dos maneras, bien ligando cada uno de los fuertes con la estación principal, ó bien uniendo todos ellos con el mismo hilo que termina en la propia estación. El primer sistema, que es el representado en la figura, es más costoso, pero presenta la ventaja de que, el corte de un alambre incomunica solamente el fuerte á que corresponda, sin que pueda absolutamente influir en los demás, por lo que, á no ser que el enemigo disponga de tiempo suficiente para cortar todos los hilos, siempre podremos, casi con certeza, acudir con prontitud al lugar donde las fuerzas hagan falta.

Después de las construcciones que acabamos de ci-

tar, hay necesidad de acumular mayores defensas á vanguardia de la línea, para que no sea fácil un repentino golpe de mano del enemigo y pueda penetrar de improviso en el territorio que tratamos de defender, sinó que tenga necesidad de habérselas con obstáculos que tendrá que destruir á la vista de los fuertes y, por lo tanto, con conocimiento del jefe de la línea. Las defensas que pueden construirse son una empalizada que una los fuertes, pozos de lobo, abrojos, talas, clavos, zanjas, etc., que deberán repartirse con profusión en toda la zona despejada que exista á vanguardia de los fuertes. Mejor que todas estas defensas, sería la construcción de un foso algo profundo, que pudiera llenarse de agua; y aunque la mayor parte de las veces esto no será posible, cuando lo sea es preciso adoptar un tal sistema de defensa, aprovechando las regatas ó arroyos que corran por las inmediaciones de la línea, abriéndoles camino para que llenen con sus aguas las del foso construido, si bien con la precaución de efectuarlo de manera que no sea fácil desaguarlo al enemigo.

La fuerza de tales líneas es inmensa; se necesita de tropas muy bien organizadas y dirigidas para romperlas, como lo prueban las líneas defendidas por los paraguayos, que no pudo traspasar el ejército del Brasil, y la trocha del Júcaro á Morón en nuestra campaña de Cuba, cuando se remediaron faltas gravísimas, de que nos ocuparemos.

Los medios defensivos de una línea de fuertes no son suficientes por sí solos para detener el empuje repentino de un enemigo numeroso, si no puede completarlos la acción de las tropas establecidas á retaguardia de dicha línea; y como podrá suceder que, al presentarse los contrarios, con objeto de forzar el paso, el aviso que llegue desde los fuertes á los puntos donde están situadas las tropas de retaguardia sea tardío, por causa de la rapidez del ataque, y las columnas que se envíen, para contenerlo, tengan que emprender una persecución en el terreno pacificado ó libre de enemigos, lo que

acarreará contrariedades sin cuento, es preciso completar el sistema defensivo de la línea con medios que nos faciliten el conocimiento exacto de lo que sucede en el campo contrario á vanguardia de los fuertes, para en todo caso estar prevenidas las columnas, tener las máquinas y trenes dispuestos, y las tropas embarcadas para acudir con oportunidad á los puntos amenazados.

La exploración, pues, del campo enemigo es lo que completa el sistema defensivo de las líneas que nos ocupán. La invasión de las Villas en la isla de Cuba el año 1874, confirma lo que acabamos de decir y demuestra de un modo claro y palpable la importancia que es necesario conceder á las líneas de fuertes destinadas á guardar una zona productora ó á localizar la guerra. En el mes de Abril de dicho año, la Trocha del Júcaro á Morón, que era una línea compuesta de 15 blockhaus con defensas, tales como empalizadas, zanjas, etc., con una línea telegráfica y un ferrocarril que la recorría en su mayor parte, estaba guarnecida por la 3.ª división del ejército, compuesta de unos 15.000 hombres próximamente. Para guardar y defender la Trocha, se hicieron avanzar, á vanguardia de ella, algunos batallones, con objeto de que no sólo exploraran la vanguardia de la trocha, sinó que contribuyeran á las operaciones del departamento Central, que estaban encomendadas á la 2.ª división, compuesta de unos 19.000 hombres, y del resto de la fuerza se formaron dos brigadas, que se concentraron sobre la Trocha, y á retaguardia de ella, en puntos tales que pudieran acudir en corto tiempo sobre cualquier fuerza enemiga que intentara atravesarla.

No convenía al enemigo el estado de tranquilidad y reconstrucción que se notaba en las Villas á retaguardia de la Trocha, y trató, por cuentos medios pudo, de cruzar esta última, para llevar la intranquilidad y la alarma á los parajes donde la paz comenzaba á ejercer su bienhechora influencia; así es que, ya á fines de Abril, los vigías de los fuertes y los exploradores de vanguardia notaron partidas y grupos pequeños, que

vagaban por los alrededores de la Trocha, tanteando los medios de atravesarla sin ser vistos, cosa nada difícil de conseguir, por ser indivíduos aislados, y así sucedió que, á pesar de la vigilancia de las numerosas guerrillas que á vanguardia de la línea estaban extendidas de costa á costa de la Isla y de los disparos de los soldados de los fuertes, consiguió cruzar la Trocha el cabecilla Pancho Gimenez con una pequeña partida, á la que se unió la de Ramos, que también atravesó la línea por diferentes puntos.

La persecución incesante que hicieron á dichas partidas las fuerzas colocadas á retaguardia de la Trocha fué tan activa, que, á pesar de la fragosidad del terreno, fueron batidas sucesivamente en el río de la Sierra, en las Vegas, Dulcenombre, Derramaderos, Pendengeras, Alacuriges y montes de Canenge, perdiendo los insurrectos muchos hombres y casi todos los caballos, armas y efectos y consiguiéndose que, destrozados y dispersos, desaparecieran las partidas y sus restos fueran á encontrar otras fuerzas á quienes unirse.

Llegada la época de las lluvias, se suspendieron las operaciones activas; los campamentos de las tropas que guarnecían la Trocha y prestaban el servicio de vigilancia estaban convertidos en hospitales; el servicio, por lo tanto, se resintió algo, y el enemigo, que siempre estaba atento y acechando nuestros menores descuidos, concibió un plan atrevido, que llevó á cabo el cabecilla Carrillo, pasando la Trocha con 500 hombres que, reunidos unas veces y fraccionados otras, dieron mucho que hacer á las escasas fuerzas que pudieron enviarse en su persecución, concluyendo sus correrías con un golpe de mano que dieron 200 ginetes sobre Morón, en cuya ciudad penetraron, llevando el pánico á los pueblos inmediatos; sin embargo, dicha partida, no secundada por otras fuerzas, aislada y sin protección alguna, al cabo fué batida y dispersada, restableciéndose el orden en los territorios donde había practicado sus correrías. En esto el Capitán general

de la Isla formó el plan de campaña de invierno y comenzaron las tropas á moverse para ocupar los puntos desde donde debían comenzar sus operaciones; dicho plan estaba subordinado á las fuerzas que desde la Península debían marchar para reforzar aquel ejército; así es que, cuando se creyó á aquellas fuerzas en camino para la Isla, se distribuyeron las que en esta existían en los puntos más á propósito para emprender las operaciones activamente en el departamento Central, quedando, por consiguiente, sin línea de observación la Trocha y con débiles fuerzas de protección hasta la llegada de los refuerzos; mas, como éstos no llegaron, por causas que no son para tratadas en este lugar, el enemigo, que conoció los intentos de nuestro ejército, penetró por diferentes puntos de la Trocha, sembrando el espanto en el territorio de las Villas é incendiando y destruyendo cuanto á su paso se encontraba. Máximo Gómez, el prohombre de los insurrectos y su general más acreditado, efectuó esta invasión á la cabeza de escasas fuerzas; pero, al entrar en un vasto territorio, débilmente guardado, que se entregaba á la árdua tarea de su reconstitución y en el que la confianza había hecho á sus habitantes descuidados, el espanto se difundió con más velocidad que la noticia telegráfica de la invasión llegó á la Habana desde la Trocha; los escasos fuertes con débiles guarniciones que estaban distribuidos en el país cayeron en poder del audaz y vigoroso enemigo, los Ingenios abandonaron sus trabajos; los habitantes del campo corrieron á refugiarse en las poblaciones, y, en tanto, los cañaverales ardían por cien puntos distintos y los simpatizadores con la causa separatista fueron de nuevo á engrosar las filas enemigas, después de habérsenos sometido una vez. El Capitán general de la Isla se vió obligado á cambiar repentinamente de plan de campaña y, en vez de llevar la guerra al departamento Central lleno de bosques vírgenes y de grandes extensiones de terreno inculto, tuvo que resignarse á trasladarla á las Villas, país cul-

tivado, rico y productor, que no llegó á verse pacificado de nuevo hasta el año 1877.

Este ejemplo debe hacernos pensar muy detenidamente que cuando el plan de una campaña se funda en aislar la guerra ó, en general, en establecer una línea que deba ser infranqueable para el enemigo, es preciso no descuidar ni en lo más mínimo, su composición, condiciones y menores detalles, pues la más pequeña falta, la más ligera imprudencia puede costar muy caro como sucedió en Cuba, que la campaña hubiera terminado cuatro ó cinco años antes, sin la brusca entrada de Máximo Gómez en el departamento de las Villas. Por esto volvemos á repetir, que los obstáculos materiales que presenta una línea de fuertes, nunca podrán detener á un enemigo decidido y audaz y que, por lo tanto, la seguridad de dicha línea ha de estar garantizada por las tropas de retaguardia encargadas de acudir con prontitud al lugar amenazado, y por las que deben existir á vanguardia con el único y exclusivo objeto de vigilar el campo enemigo, explorar los movimientos que observe en él, estudiar los rastros y dar cuenta rápida é inmediata de cuanto observe, al fuerte más próximo para que llegue á conocimiento del jefe superior de la línea. Dicho servicio de vanguardia debe ser desempeñado por fuerzas montadas, y como la misión exclusiva de éstas será la de explorar y dar avisos, se encontrarán ventajas con que sean guerrillas, compuestas de hombres habituados á recorrer solos el terreno enemigo, conocedores de los rastros y muy prácticos en el país. Deberá existir prohibición absoluta de que dichas fuerzas se distraigan de su cometido y de que sean empleadas en operaciones que las separen de la zona de vanguardia de la línea de fuertes, aunque sea para efectuar combinaciones y ayudar á las columnas que operen en el territorio enemigo.

Con estas fuerzas, cuyo servicio les hará que siempre estén esparcidas, con los obstáculos materiales que se hayan construido, los cañones de los fuertes y

las tropas de retaguardia, podrá asegurarse que sólo algún enemigo aislado, que con gran astucia y sagacidad pueda aprovechar la oscuridad de la noche para aproximarse á nuestros puestos y salvar los obstáculos que encontrará á su paso, será quien llegue á atravesar una línea que ha de ser perfecta garantía del territorio que tenga á su espalda.

CAPÍTULO IV.

Campos atrincherados y campamentos permanentes.—Obstáculos y defensas.—Disposición y construcción de un campamento permanente.—Construcción de barracones.—Accesorios.—Pozos artesianos.—Fragua.—Pueblos fortificados.—Construcciones portátiles.

Al adoptar el sistema de zonas para dominar un país ó llevar á cabo una campaña, será lo más probable que en los puntos designados para centros de dichas zonas no existan pueblos ni aldeas donde puedan albergarse las tropas cuando no operen y donde estén situados sus almacenes, depósitos y hospitales provisionales ó enfermerías; en este caso y, en general, cuando sea necesario ocupar permanentemente algún punto determinado, será preciso llevar á cabo algunas construcciones que sirvan para el alojamiento de las tropas y colocación de las dependencias, y levantar varias defensas con el objeto de que el descanso de las columnas de operaciones no sea ilusorio, y que cuando éstas salgan al campo, quede siempre su campamento resguardado de un golpe de mano del enemigo.

Estos puntos de permanencia son de imprescindible necesidad si hemos de conservar las fuerzas de nuestros soldados y dulcificar en algo las rudas fatigas que tendrán que soportar, y pueden servir para tropas estables que tengan en ella su centro de operaciones ó ser construidos para señalar los términos de las etapas en una línea de comunicaciones de un ejército, para que en ellos descasen las tropas que la recorran ó para que los convoyes queden resguardados al terminar cada jornada. En la guerra de Cuba hemos construido estos

campamentos en los centros de las zonas en que militarmente estaba dividido el teatro de la guerra, y en ellos no solamente encontraban recursos las tropas que los guarnecían y que operaban por los alrededores, sinó toda columna que obligada por las circunstancias arribaba á ellos. Los ingleses, construyeron en la campaña contra los ashantis una línea de campamentos desde la costa hasta el río Prah, base de sus operaciones; la distancia entre cada dos de ellos era de 17 á 20 kilómetros y cada uno podía albergar cómodamente 1.000 hombres: estaban formados por cabañas de bambú, frescas y espaciosas, con lechos circulares aislados del suelo, existiendo barracones separados para los oficiales, hospital, almacén, cocinas, cuerpo de guardia y letrinas y filtros enormes que hacían potable el agua que sacaban de los pozos que construyeron.

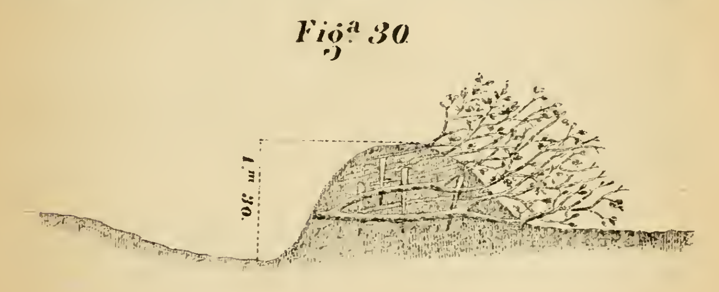
Tanto en un caso como en otro fué imposible encontrar poblados ó aldeas que pudieran servir de puntos de permanencia fija para las tropas; pero aun en el caso de que estas aldeas existieran, no habrá de subordinarse á su situación la elección del centro de cada zona en que el país se divida, pues algunas veces será un grave inconveniente dejar sin ocupar el punto más importante de ellas y establecer los centros en poblados que no reunan condiciones á propósito por sus situaciones ú otras causas, aparte de que vivir con los naturales en sus propias aldeas será un peligro constante, sinó para que las inteligencias con el enemigo motiven un ataque auxiliado por los habitantes del pueblo, para que por lo menos, sepan nuestros contrarios todos los movimientos, entrada y salida de las columnas y estado de las tropas, de los víveres y de las municiones, contribuyendo además las íntimas relaciones con las familias indígenas al relajamiento de la disciplina.

∴

Según sea la importancia del enemigo así se formarán en los puntos de permanencia fija de que hablamos,

campos atrincherados ó campamentos permanentes rodeados únicamente de algunos blockaus ó defensas. En frente de un enemigo numeroso y audaz, será necesaria la construcción de algunos fuertes que se flanqueen mútuamente y que estén ligados entre sí por pozos de lobo, fosos ú otros obstáculos, y en último extremo por un parapeto tala cuya construcción es rápida y sencilla cuando se dispone de gran cantidad de árboles ó arbustos: bastará para ello hacer una gran corta de troncos y ramas y formar una tala ordinaria en la extensión que queramos cubrir; sobre esta tala se sujetarán con piquetes, ramas delgadas algo despojadas de sus hojas (fig. 30.) disponiéndolas de manera que todas las varetas queden hacia el campo enemigo; encima de los

Fig.ª 30



troncos de árboles se arrojará la tierra que se extraiga de un foso interior y se apisonará fuertemente para dar gran consistencia al parapeto, cuya altura no habrá de ser mayor que 1^{m},30, con el objeto de que pueda hacerse fuego por encima de él. Esta clase de parapetos, que los insurrectos de Santo Domingo emplearon con frecuencia, siempre darán muy buenos resultados, pues no solamente resguardan al tirador y presentan un obstáculo al enemigo, sinó que éste puede ser observado en sus movimientos mientras que el ramaje oculta por completo al defensor.

El espacio que medie entre los fuertes puede también cubrirse haciendo uso del alambre, cuando existan árboles ó troncos en los alrededores del campo, pues

bastará unirlos por algunos hilos de suficiente grueso para que obliguen al enemigo á practicar grandes trabajos cuando trate de romperlos (fig. 31); y si

Fig.ª 31.



las inmediaciones de los fuertes se hubieren despejado y no quedasen ni los troncos de los árboles que antes existieran, se clavarán sólidamente, y en desorden, varias filas de piquetes á los que se atarán los alambres; ya sean varios los que unan cada dos piquetes ó troncos, ya sea uno contínuo, que los ligue á todos.

También es posible cubrir los espacios comprendidos entre los fuertes con setos vivos, que son unos cercados de arbustos plantados en tierra y cuyas raíces dan fuerza y vigor al cercado, formando una espesura tanto más difícil de atravesar cuanto más espinosos sean los arbustos que se planten; y, por último, cuando los alrededores del campo sean estériles, llanos y desprovistos de vegetación, habrá que recurrir á los pozos de lobo, fogatas y pozos de tirador que como se sabe, son hoyos practicados en el suelo para uno, dos ó tres hombres, que á gran distancia del campo, practican su servicio y anuncian con disparos la presencia del enemigo, proporcionando á las tropas tiempo suficiente para ponerse en estado de defensa.

Por lo regular bastará construir un blockaus en cada uno de los cuatro ángulos del campamento que se forme, y á este caso nos referiremos, toda vez que aunque haya necesidad de rodear el campo de mayores defen-

sas ó de construir fuertes, en nada variará la disposición general de aquél, ni la situación de los barracones que existan en su interior.

* * *

Las formas más convenientes que deben darse al campamento son las de cuadrado ó rectángulo, así es que si las fuerzas que hayan de ocuparlo son, por ejemplo, un batallón de infantería, un escuadrón de caballería, una sección de artillería, una compañía de ingenieros, varios obreros de administración militar y una sección de transportes, la disposición que puede darse al campamento es la que indica la figura 32.

Para construir y levantar el campamento han de tenerse presente las siguientes noticias:

Los barracones de oficiales tendrán de planta, cuadrados de 5 metros de lado.

Los de tropa, rectángulos de 5 y 18 metros, cuando hayan de ser ocupados por secciones de infantería ó fuerza equivalente.

Los de caballos y mulos, rectángulos de 8 metros de ancho y $0^{m},50$, por cada animal, de largo.

Los almacenes, depósitos, enfermería, cantina, telégrafo y demás dependencias que se construyan, habrán de tener las dimensiones que exijan los servicios que estén llamados á desempeñar, según las especiales condiciones del campo; así es, que si, por ejemplo, ha de servir de punto de racionamiento para las columnas de operaciones y es poco saludable el lugar que ocupa, será necesario dar gran amplitud á los barracones destinados para almacén, enfermería y hospital provisional.

Para mayor desahogo del campo, los barracones distarán entre sí de uno á dos metros, á excepción de los que ocupen los ángulos y los centros de los lados mayores del rectángulo que forman aquéllos; en estos lugares es necesario dejar una separación como de cinco á diez metros, para que fácilmente puedan en-

trar en el campamento las tropas formadas y para acudir con orden á los puntos que fuese necesario, en caso de ataque ó alarma.

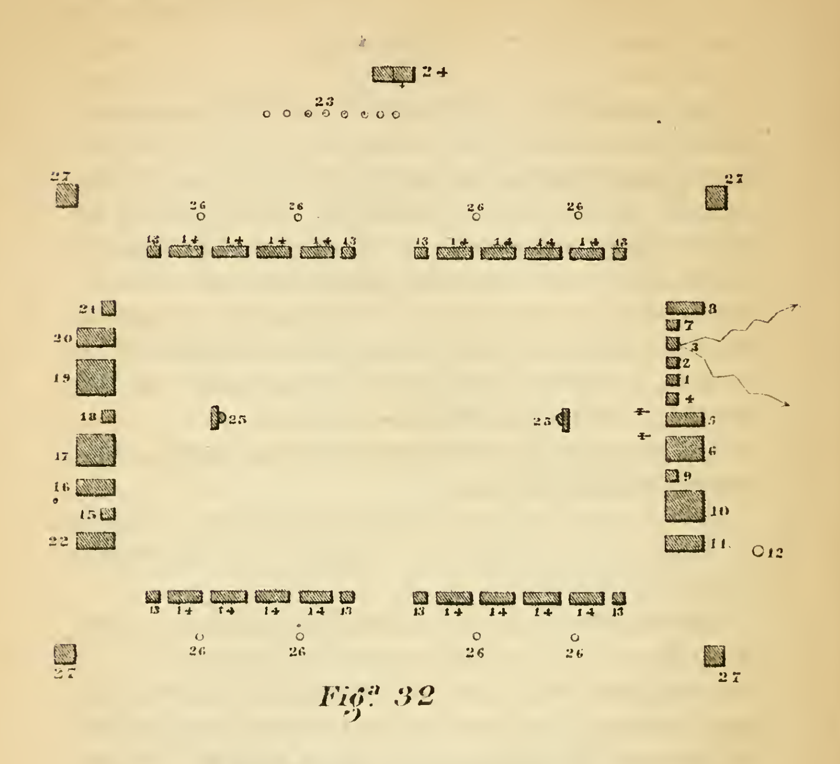


Fig.a 32

Distribución de los barracones.

1.—Jefe superior.
2.—Estado mayor.
3.—Telégrafo.
4.—Oficiales de artillería.
5.—Tropa de artillería.
6.—Ganado de la artillería.
7.—Oficiales de ingenieros.
8.—Tropa de ingenieros.
9.—Guardia de prevención.
10.—Almacén ó depósito.
11.—Obreros de A. M.
12.—Horno.
13.—Oficiales de infantería.
14.—Tropa de infantería.
15.—Oficiales de caballería.
16 —Tropa de caballería.
17.—Ganado de la caballería.
18.—Cantina.
19.—Acémilas y bestias de transportes.
20.—Conductores.
21.—Oficiales de transportes.
22 Enfermería.
23. - Excusados.
24.—Cementerio { católico é indígena.
25.—Pozos y abrevaderos.
26.—Cocinas.
27.—Blockaus.

Con estos datos podrá hacerse fácilmente el trazado del campo empleando piquetes y cuerdas ó trazando en el suelo ligeros surcos que indiquen el emplazamiento de cada barracón. Al propio tiempo que se lleva á cabo este trazado debe procederse á la corta y conducción de maderas, las que se clasificarán en cuanto lleguen al campamento para evitar confusiones al servirse de ellas. Los troncos que hayan de servir para pies derecho y fundamento de las construcciones, los de diámetros un poco menores, que han de ser empleados en cumbreras y tornapuntas, y las varetas delgadas que han de completar el armazón general, así como los bejucos ó enredaderas flexibles y fibrosas que en gran cantidad han de recogerse para ligar los maderos, y los troncos, pencas y hojas, que hayan de servir para cubrir las construcciones, deben clasificarse separadamente para que los constructores puedan adelantar con rapidez en sus trabajos.

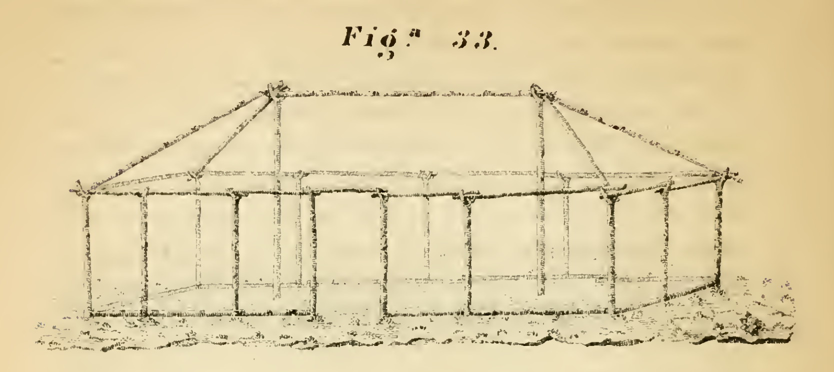
*
* *

La construcción de un barracón es por demás sencilla: se cortarán primeramente los pies derechos que han de formar las paredes, procurando que los más gruesos y resistentes sean los que hayan de estar situados en los ángulos, y se clavarán en el suelo á distancia unos de otros, menor que cuatro metros, introduciéndolos más ó menos en la tierra, hasta que todas las extremidades superiores estén en el mismo plano horizontal y uniendo luego dichas extremidades con otros troncos más delgados (fig. 33) que formarán la parte inferior del techo.

La colocación de estos segundos troncos puede efectuarse de dos maneras, bien apoyándolos en horquetas que tengan los pies derechos, bien atándolos fuertemente en las extremidades de éstos: desde luego el primer sistema es preferible pues dará mayor solidez á la construcción, y para llevarlo á cabo se tendrá cuida-

do, cuando se corten los árboles, de que todos los troncos que hayan de servir para pies derechos estén terminados en horquillas, cosa fácil de conseguir cortando la

Fig.ª 33.



parte superior de los troncos un poco más arriba de alguna de sus bifurcaciones.

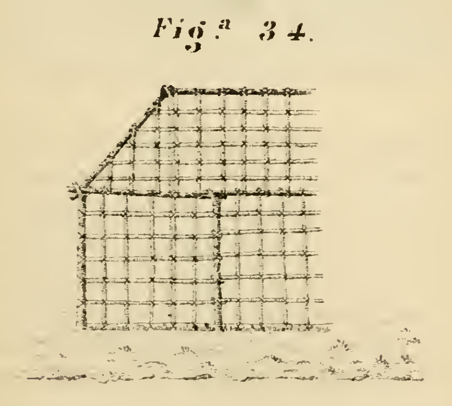
Los bejucos ó filamentos vegetales que sirvan para atar los troncos y varetas, en esta clase de construcciones, han de ser sumamente fibrosos y elásticos, y alcanzar una longitud suficiente para que puedan afirmarse las ligaduras todo lo que se desée. La época ó estado en que deben cortarse los bejucos no es indiferente, y los indígenas nos señalarán las mejores condiciones en que los deberemos cortar para conseguir su máximum de elasticidad y fortaleza. Las ligaduras que se practiquen en los troncos que formen el esqueleto del barracón han de ser bien fuertes para que la sujeción sea grande y la rigidez extrema, pero en las demás que tengan por objeto atar las varetas á los troncos, bastará emplear una ligadura sencilla.

Concluido de construir el esqueleto de las paredes del barracón, se clavarán en el interior de éste y en la recta que una los centros de los lados menores, dos pies derechos, ó varios, si la distancia entre ellos resultare mayor de cuatro metros, que servirán para sostener la cumbrera del techo que será un solo tronco, siempre que existan dos pies derechos únicamente

para sostenerla. Las extremidades de estos pies derechos se unirán con troncos no muy gruesos á los cuatro ángulos superiores del barracón y sujetando otros troncos que descansarán en el suelo, á la parte inferior de los pies derechos que forman las paredes, quedará terminado el armazón ó esqueleto de la construcción.

Para cubrir tanto las paredes como el techo, se atarán varetas no muy delgadas á las cumbreras y á las soleras, no dejando entre cada dos de ellas una distancia mayor de 0m,30 y teniendo cuidado de no colocarlas en el sitio donde haya de dejarse la puerta, que ya deberá estar marcado por dos pies derechos; después se colocará sobre este sistema de varetas otro que las corte perpendicularmente y se atarán con cuidado unas á otras como indica la figura 34, con lo que quedará formada una especie de jaula que no habrá más que

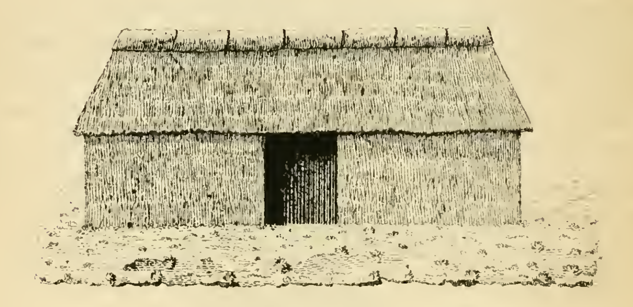
Fig.ª 34.



cubrir con las hojas, pencas, ramas ó yerbas de que se disponga, para que quede terminado el barracón. El cubrir las paredes no presentará dificultad ninguna, teniendo presente que se ha de efectuar siempre la operación de abajo hacia arriba y que las hojas ó yerbas queden sujetas con ligamentos á las varetas, por la parte cortada del árbol ó por las raíces, y para efectuar lo propio con el techo se comenzará la operación del mis-

mo modo por la parte inferior y se colocarán varias tandas de hojas ó yerbas unas encima de otras yendo adelantando poco á poco hacia la cumbrera, en la que se juntarán los cabos de las hojas ó las raíces de las yerbas de ambos lados, siendo necesario para que el agua de las lluvias no se filtre por dicha unión, colocar encima de ella cortezas de árboles, pencas de palmera, hojas anchas y resistentes ó lienzos embreados. De este modo quedará el barracón como indica la figura 35.

Fig.ª 35.



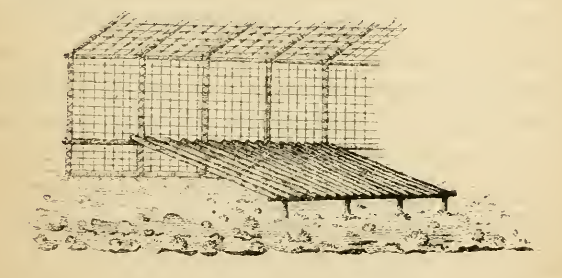
Algunas veces será conveniente no cubrir las paredes de los barracones, sobre todo cuando se trate de alojar en ellos animales y se desée que exista en el interior mucha ventilación; y para ello, no habrá necesidad de cubrir con varetas el espacio que existe entre los pies derechos de las paredes. El cobertizo, así formado, tendrá entrada por cualquier punto, á no ser que se adosen á dichos pies derechos los pesebres, los camastros ó lo que ocupe el interior del barracón para el servicio de los hombres ó de los animales.

Los barracones de paredes cubiertas ó descubiertas han de estar interiormente bien dispuestos y preparados para el uso que haya de hacerse de ellos, así es, que habiendo de servir para alojamiento de tropas no se puede prescindir de construir camastros algo separados del suelo, y si su objeto fuera el de guardar provisiones ó el de servir de cuadras á los animales, será

necesario construir separaciones convenientes en el primer caso y pesebres en el segundo.

Los camastros para la tropa son, sobre todo, de urgente necesidad, porque no existiendo el contacto de los cuerpos con el suelo, se evitan gran número de enfermedades; su construcción puede llevarse á cabo con varetas delgadas en la forma que explicamos al tratar de la higiene de las tropas, ó con maderos gruesos ó tablas que proporcionarán mayor seguridad y duración. Para construirlos de esta manera se clavarán algunos trozos de troncos en el suelo y á una distancia de las paredes, tal, que colocando á lo largo de ellas un camastro contínuo, quede en el centro del barracón una zona libre de $1^{m},50$, espacio suficiente para permitir con desahogo los movimientos de los soldados que lo habiten; en estos troncos se apoyarán otros horizontales que servirán para sostener, en unión con los que de antemano se habrán colocado adosados á las paredes, las tablas ó filas de troncos que formarán la superficie del camastro como se vé en la figura 36.

Fig.ª 36.



El camastro ha de tener una ligera inclinación hacia el interior del barracón y su altura debe ser tal, que la parte que forme la calle que queda en el centro, pueda servir de asiento cómodo á los soldados para dedicarse á sus faenas propias y para sentarse á comer el rancho cuando les plazca.

Las divisiones que hayan de hacerse en los barracones destinados para almacenes, es fácil efectuarlas por el mismo procedimiento que hemos indicado para construir y cubrir las paredes, y en los alojamientos que hayan de servir para cuadras, habrá que colocar, á lo largo de dichas paredes, pesebres corridos cuya construcción exigirá recurrir á las herramientas de carpintería, puesto que es necesario que el interior de ellos presente pocos resaltos y rendijas, que además de incomodar á los caballos, hacen desperdiciar las semillas que se faciliten como pienso; se puede, sin embargo, construir pesebres, sin necesidad de acudir á gran número de herramientas, cuando en el país abunden palmeras ó árboles cuyas cortezas siendo compactas y consistentes, puedan separarse del interior de los troncos con facilidad, pues bastará partir dichos troncos por la mitad á lo largo de sus fibras y ahondar con el hacha, ó los cuchillos, en el interior de ellos para conseguir pesebres de excelentes condiciones, así como se llegan á obtener abrevaderos ahuecando los troncos de los árboles de la misma manera que acabamos de apuntar.

Las enfermerías y hospitales provisionales han de tener también una distribución interior apropiada para el objeto á que se destinan, y se procurará en ellos que, sin existir corrientes de aire, la ventilación sea mucha. Para conseguir esto se dejará sin cubrir la parte superior de las paredes del barracón, como se vé en la figura 37, ó se construirán éstas con varetas en forma de tejido, como indica la figura 38, porque de este modo aunque las varetas se ajusten perfectamente unas á otras, siempre quedarán rendijas é intersticios que permitirán renovarse contínuamente el aire del interior, comprendiéndose, desde luego, que sólo en los climas cálidos y en algunos templados podrán adoptarse tales sistemas de ventilación, pues cuando los fríos sean molestos para los enfermos, habrá que construir ventanas con cristales que puedan abrirse los días que la temperatura lo permita. En estos barracones deben hacerse

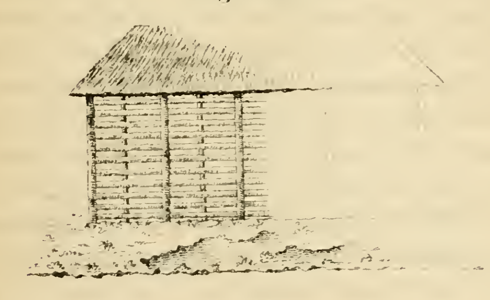
tres divisiones y ocupar la central, que será mucho mayor que las otras, las camas de los enfermos, destinan-

Fig.ª 37



do las otras dos, una para habitación del médico de guardia y enfermeros y otra para sala de operaciones,

Fig.ª 38.



pues el depósito de cadáveres será conveniente establecerlo en otro barracón separado de la enfermería.

*
* *

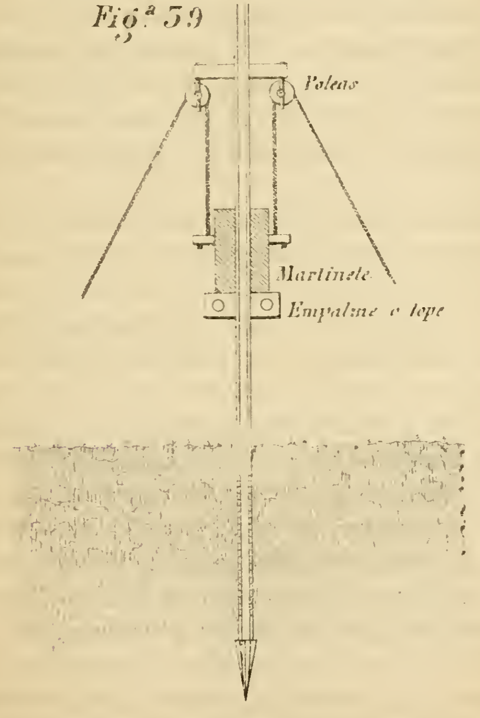
Después de construidos los barracones que hayan de servir para alojamiento de las tropas, cuadras, almacenes y enfermería, habrá necesidad de dotar al campamento de todos los accesorios que sea posible, tales como horno de pan, pozos, abrevaderos, cocinas etc., pudiendo los jefes superiores, según su interés é ingenio, proporcionar á los soldados gran número de comodidades relativas, que les hagan más llevadera la penosa

vida que tendrán que pasar. Tanto en estas obras como en todas las que se practiquen, los jefes deberán emplear á los naturales del país, si tuvieren algunos á sus órdenes, pues nadie mejor que ellos conocerá las propiedades de las maderas de los bosques y de los materiales que se empleen en las construcciones, así como las mejores épocas para cortarlos en el bosque, ni nadie construirá más rápidamente las barracas ó chozas peculiares del país. En todos los puntos del globo pueden los naturales prestar excelentes servicios en este sentido, como lo han prestado en Cuba las compañías de ingenieros de color y como aún lo prestan, en las posesiones holandesas de la Oceanía los soldados indígenas, que ayudados de sus mujeres y usando sólo el machete, construyen en tres ó cuatro días el cuartel que tiene que alojarlos, cuando son destinados á algún punto.

Será necesario despejar los alrededores del campamento de toda la maleza y monte alto que hubiere, para evitar las sorpresas y permitir la circulación del aire, y si el número de tropas que lo ocupe fuere considerable, habrá de elegirse un lugar bastante separado de los barracones para destinarlo á cementerio, teniendo cuidado de situarlo, lo mismo que los excusados, al lado opuesto de los vientos reinantes; y la misma situación tendrán las zanjas que se abran para arrojar en ellas los despojos de los animales muertos, los desperdicios de los ranchos y toda clase de basuras que procedan del campamento. Si por las inmediaciones de éste hubiere alguna corriente de agua, podrá tratarse de introducirla en él, ya que suponemos no habrá sido posible establecer el campo en sus orillas, pues las aguas corrientes serán siempre una garantía de la limpieza y salubridad de la localidad ocupada por las tropas y, á ser posible, si el parecer de los médicos no se opusiere á ello, deberán practicarse en el lecho del río ó arroyo, sinó tuviere gran profundidad, algunas escavaciones con el objeto de formar una especie de alberca ó remanso de agua que servirá de baño para los soldados.

Cuando no hubiese agua en los alrededores del campamento, hay necesidad absoluta de construir pozos que la faciliten, pues sería penosísimo el servicio que se estableciera para surtirse en algún punto lejano, á no ser que se dispusiera de un ferrocarril que abasteciera al campamento del necesario líquido.

Los pozos artesianos son los que resultados más rápidos ofrecen y entre ellos debemos mencionar el inventado por Nortón, que con tanto éxito emplearon los ingleses en la guerra de Abisinia. Consiste en un tubo hueco de hierro fundido (figura 39), cuya extremidad



inferior está perforada por gran número de pequeños agujeros y termina en aguda punta sólida, que por medio de un martinete se introduce en la tierra.

La longitud de este tubo es de 11 pies; su diámetro inferior de 1 $^1/_4$ pulgadas, y los agujeros se extien-

den en seis rectas paralelas que ocupan una extensión de 2 $^{1}/_{2}$ pies.

Forman parte del material del pozo varios tubos del mismo diámetro que el primero, que tienen distintas longitudes (de 3 á 9 pies), terminan en rosca de tornillo y pueden unirse entre sí por medio de anillos de hierro atornillados y soldados. El peso, por pie de tubo, es de 2 $^{3}/_{4}$ libras. El martinete es un trozo de hierro fundido que pesa 75 libras, y que tiene dos asas para las cuerdas que ponen en movimiento el aparato.

Estas cuerdas pasan por dos poleas fijas en el tubo á una altura del suelo próximamente de 6 pies. Sujeta al tubo y atornillada por dos pernos, hay también una pieza de hierro que sirve de tope y sobre la cual golpea el martinete; este tope se coloca á una altura del suelo que varía de 18 á 24 pulgadas, según la calidad del terreno.

Elegido el punto donde ha de establecerse el pozo, se practica en el suelo un agujero, por medio de una palanqueta, teniendo cuidado de que sea perfectamente vertical y se introduce en él el tubo perforador. Dos hombres, trabajando á un tiempo y haciendo un esfuerzo bajo el mismo ángulo, tiran de las cuerdas y dan impulso al martinete, dirigido en su descenso por un tercer hombre que le empuja hacia abajo rectificando su dirección, para que caiga verticalmente sobre el tope de hierro sujeto al tubo. Cuando este tope llega al suelo, se levanta el martinete, se sujetan las poleas á mayor altura y se destornilla dicho tope para darle altura conveniente y continuar la operación.

Durante el descenso del tubo, es necesario fijar la atención en que el tope no resbale, apretando su tornillo al primer indicio que se note.

Cuando el tubo profundice tanto en el terreno, que su extremidad superior no esté suficiente alta para sostener las poleas á la altura conveniente, se le adapta otro tubo, de la manera que hemos indicado anterior-

mente, y de este modo puede hacerse el pozo todo lo profundo que se quiera.

Antes de fijar cada suplemento de tubo, es conveniente sondear el pozo construído, por el interior del tubo ya colocado, para asegurarse de la existencia de agua ó de la naturaleza de las tierras que penetren por los agujeros.

En cuanto aparezca el agua, se adapta al tubo una bomba y se la pone en movimiento. Sucede con frecuencia que el líquido sale turbio al principio, pero al poco tiempo de funcionar la bomba se obtiene claro

Cuando el terreno es blando ó arcilloso suele ensuciarse el tubo y obstruírse los agujeros y es necesario limpiarlo si se quiere obtener buen agua: para conseguirlo, se introduce en el tubo otro de menor diámetro que se adapta á la bomba, se llena de agua el tubo exterior y se hace funcionar aquélla, que de este modo extraerá todas las tierras que obstruyan el pozo.

Para abrir prontamente un pozo, se necesitan cinco hombres; cuatro, alternativamente, para mover el martinete, y el quinto para dirigir al mismo en su descenso y atender al tope y á las poleas.

En un día, abrieron los ingleses tres pozos en Abisinia.

En el primero, á los treinta minutos de trabajo llegóse á profundizar 11 pies, encontrándose agua, aunque poca, y de mala calidad; siguióse trabajando y á los 25 pies se halló copiosa cantidad.

En el segundo pozo se estuvo trabajando con ahinco; transcurrieron treinta y nueve minutos antes de ahondar 9 pies; á la hora y media había perforados 17 pies, y no encontrándose vestigio de agua se abandonó el trabajo.

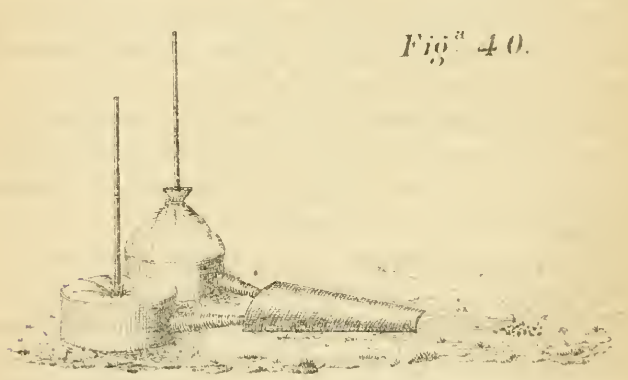
El tercer pozo presentó más facilidades y dió mejores resultados: á los pocos minutos de comenzar á funcionar el aparato se ahondaron 4 pies; llegar hasta el 7.° exigió cuarenta y siete minutos de trabajo, y á las dos horas se alcanzó una profundidad de 18 pies y se

encontraron 4 de agua; siguió funcionando el martinete y á los 22 pies había ya 8 pies de agua. Colocóse entonces la bomba y aquel pozo proporcionó agua excelente á razón de 10 galones por minuto.

*
* *

En todo campamento donde tenga su centro una fuerza de caballería, debe existir fragua, que no sólo servirá para proporcionar herraje para los caballos, sinó que puede muchas veces ser útil en el campamento

La fragua puede ser portátil, construída á propósito para armarla y desarmarla; pero si no existiese ninguna de esta forma puede construírse una que, aunque bastante primitiva, llenará su cometido.



Esta fragua, que es la que emplean los indígenas de casi todo el continente africano, se construye de la siguiente manera: Se clava en el suelo una pieza de hierro ó de barro, en forma de teja, como indica la figura 40; en élla entran dos tubos que están encajados en dos cilindros anchos y huecos que pueden ser dos medias pipas ú otros objetos análogos, y cuyas bases superiores están cubiertas por pieles flojas ó telas, atadas en su centro á dos palos.

La piel tiene que estar bien untada de manteca para que adquiera flexibilidad.

El modo de funcionar este aparato se comprende

fácilmente: no hay más que hacer subir y bajar alternativamente las pieles por medio de los palos que tienen en sus centros, para que se establezca una corriente de aire contínua que permitirá labrar el hierro.

***

Cuando fuera un pueblo el centro de una zona, ó sin serlo hubiere necesidad de fortificarlo, ya para resguardarlo de los ataques del enemigo, ya para establecer en él almacenes y depósitos ó la cabecera de un territorio ocupado militarmente, no tendremos la libertad de acción que cuando construímos un campamento en despoblado; es preciso subordinar cuanto hagamos á la situación del poblado, al objeto para que se le fortifica y á las exigencias de la política. Regularmente, como en las guerras irregulares quizás nunca se decidirá el enemigo á sitiar nuestas fortificaciones y atacarlas para apoderarse de éllas, sinó que preferirá el sistema de hostilizarlas contínuamente, producir alarmas y, en último caso, intentar sorprenderlas por la astucia ó con un rápido golpe de mano, no creemos que se aventurará á presentarse descubiertamente al alcance de los proyectiles de cualquier fuerte ó blockhaus, por lo que bastaría construir algunas de estas obras exteriores si hubiese de fortificarse una población; sin embargo, estos fuertes que serían suficientes para detener al enemigo que tratara de apoderarse de éllos, son impotentes para evitar un golpe de mano de hombres atrevidos que impunemente podrían penetrar en la población, incendiarla, saquearla y escapar luego de élla con rapidez sin que las guarniciones de los fuertes ni aun las tropas que estén alojadas en las casas y cuarteles tengan tiempo para castigar su osadía. Esto lo hemos visto con frecuencia en la guerra de Cuba; Morón, Holguín, Mayarí, Jiguaní, El Caney, Santa Clara y Las Tunas lo atestiguan; las ventajas materiales que los insurrectos conseguían eran nulas, pero el público

se apoderaba de las noticias y á fuerza de comentarlas llegaba á darles proporciones gigantescas.

Es pues necesario evitar estas algaradas por el daño moral que nos causan, y seguramente no podrá conseguirse rodeando de blockhaus ni de fuertes un poblado; como hemos dicho repetidas veces, los fuertes por sí solos de nada sirven, y ya que no se prefiera alcanzar la seguridad por la vigilancia exclusiva de las tropas, es preciso construir defensas más en armonía con los medios de que se han de valer los atacantes é incomunicar completamente el campo con las viviendas, porque aunque sea una débil empalizada la que lleve á efecto esta reparación, en casi todos los casos bastará para imponer respeto á los que intenten entrar en el pueblo que no podrán efectuarlo á caballo, y que sabrán lo fácil que sería cortarles la retirada. Será, por lo tanto, muy conveniente cerrar el poblado, si no construyendo una empalizada, aprovechando, por lo menos, las paredes de las casas, formando barricadas ó levantando muros en las salidas de la población, abriendo aspilleras en los muros del recinto y construyendo en él varios blockhaus ó algún fuerte desde donde, en caso de ser hostil el vecindario, pueda castigársele, y rechazar al enemigo exterior.

El encargado de fortificar y guardar un pueblo, puesto que es conveniente que el mismo que lo fortifique sea el que lo guarde, deberá reconocerlo con sumo cuidado así como sus alrededores y avenidas, fijándose, como es natural, en aquéllas que por lo espeso del bosque, por su dirección ó por cualquier otra causa, sean las que probablemente traiga el enemigo en caso de ataque ó alarma, y después de apreciar todas las condiciones de la localidad, trazará el recinto que siempre ha de procurar no sea tan extenso que resulten insuficientes para defenderlo las tropas destinadas guarnecer la población. Las casas que queden fuera de dicho recinto no habrá necesidad de derribarlas como no estén demasiado próximas á él, porque, como hemos dicho, será muy extraño que el enemigo lleve á acabo un ata-

que á viva fuerza, sobre todo si la guarnición dispone de artillería; ésta ha de colocarse en los puntos que más campo de acción le faciliten y sean al mismo tiempo los más importantes, no descuidando, cuando no se cuente con el apoyo y la amistad del vecindario, situarla en los fuertes ó puntos seguros que impidan perderla por un golpe arriesgado de los enemigos del interior, para, desde éllos, poderla emplear en caso de sublevación ó de auxilio á los del exterior. Si las calles que conducen al campo pueden tapiarse, será conveniente hacerlo, porque facilitará mucho formar un recinto cerrado; pero entonces, si no se construyen algunos torreones que flanqueen á las paredes, habrá que aspillerar las tapias que miren al campo y abrir comunicaciones en las casas que forman el recinto, para que éste pueda ser recorrido con facilidad por las rondas y por las tropas en caso de ataque. En tal caso el número de puertas que comuniquen con el exterior será el menor posible, según sea la importancia del poblado y el género de vida y profesión que tengan los vecinos, pues si éstos se dedican á las labores del campo y no tienen un número excesivo de bestias, pocas puertas serán necesarias para que diariamente salgan y entren cuando se dediquen á sus trabajos; pero si los habitantes poseyeran muchos ganados que por las noches tuvieran que dormir dentro del recinto, para librarlos de las correrías del enemigo, será preciso dejar varias puertas, no solamente para que entren y salgan todos los días, sino para que en caso de alarma puedan con prontitud entrar en la población, si fuera insuficiente para protegerlo en el campo la fuerza destinada á tal objeto.

Se podrá fortificar un poblado rodeándolo de una empalizada contínua semejante á las que hemos dicho se clavan en los fuertes, si bien en algunos casos no habrá necesidad de aspillerarla en toda su extensión porque construyendo garitones salientes en los ángulos del recinto, bastarán para contener al enemigo y flanquear la empalizada. Este sistema de fortificar los

pueblos será preferible cuando dentro de los recintos deban ser guardados por la noche los ganados, porque permitirá fácilmente dejar grandes espacios entre las casas y las empalizadas en los que se tendrán reunidos los animales cuando estén dentro de la población y no habrá, por tanto, necesidad de grandes corrales ni de acostumbrar á las bestias á comer en pesebres. Para llevar á acabo la construcción de la empalizada, se comenzará por trazar su perímetro, que será el de un polígono que envuelva al poblado y cuyos lados no sean excesivamente grandes, para que los garitones que se construyan en los ángulos proporcionen un flanqueo y una defensa eficaz; así es, que si algún lado del polígono resultare mayor de 500 metros, por ejemplo, se dividirá en dos formando tenaza y se colocará un garitón en el ángulo de élla. Después de hecho el trazado se procederá á la corta y conducción de maderas y, por último, á clavar los maderos y formar la estacada como hemos apuntado en el capítulo anterior. La construcción de los garitones es también muy sencilla, pues estarán formados por tres de las paredes de un blockhaus y, como éstos, podrán construírse de dos pisos si la defensa quiere hacerse más eficaz.

Tanto si se fortifica el poblado tapando con tapias las salidas al campo y formando el recinto con paredes de mampostería, como si se construye una empalizada, podrá rodearse el recinto de un foso exterior, cuyas tierras se arrojarán sobre aquél en la misma forma que hemos dicho al tratar de la construcción de fuertes, y huelga decir que los abrojos, pozos de lobo, talas y demás defensas que se construyan contribuirán notablemente á la seguridad del poblado sembrando de éllas todos los puntos que no sean de tránsito para los vecinos y las columnas que entren y salgan.

El jefe militar de un poblado no deberá obligar á trabajar en las fortificaciones de él á los vecinos que voluntariamente no se presten á ello y como le convendrá mucho estar en la mejor armonía con los habitantes,

procurará que todos los servicios que presten se les paguen religiosamente á no ser que el carácter de la guerra fuera tal y la condición de dichos habitantes tan refractaria á nuestra causa, que fuera necesario apelar á medidas de rigor, porque en tal caso uno de los castigos que deben imponerse es el trabajo forzado en las fortificaciones ó en las construcciones que se lleven á cabo. Por lo demás, siempre será preferible á todo, vivir amistosamente con los vecinos de un poblado, pues si llegan á crearse intereses á la sombra de nuestra ocupación, será más difícil la inteligencia entre los enemigos de fuera con los de dentro.

Cuando se ocupe un pueblo algo retirado del teatro de la guerra, podrá alojarse la tropa que lo guarnezca en las casas de él; pero cuando sea de primera línea, esto es, que esté en contacto con el enemigo, será conveniente tener reunida la tropa en un mismo punto, siendo necesario entonces construir un cuartel, que habrá de procurarse esté situado en la plaza central del poblado, sitio designado comunmente para punto de reunión. Además del cuartel es preciso establecer un hospital y un almacén de provisiones y, por lo tanto, se buscarán edificios apropiados para tal objeto ó se construirán, si no los hubiere, grandes barracones con el fin indicado. La magnitud de estos barracones y su disposición interior no puede ser tan sencilla como la de los almacenes y hospitales provisionales de los campamentos permanentes, pues por lo regular los depósitos de los poblados surtirán á los de aquéllos de todo lo necesario, y de aquéllos vendrán los enfermos á reunirse en los hospitales de los poblados. Sería de desear que en la construcción de almacenes se tuviera en cuenta que cada especie ocupara un departamento distinto y que en los hospitales los enfermos de ciertas enfermedades estuvieran separados de los demás, pero como estas construcciones cuando no se transportan desarmadas y se levantan en el sitio que se desee, las lleva á cabo el Cuerpo de ingenieros, nada diremos so-

bre el particular pues es asunto del dominio exclusivo de dicho Cuerpo.

*
* *

Seguramente será preferible que todos los edificios militares que hayan de levantarse en los pueblos ocupados, campamentos y campos atrincherados, se lleven construidos, desarmados y con sus piezas numeradas para que rápidamente puedan armarse en los lugares donde sean necesarios, porque además de la facilidad con que se llevará á cabo tal operación, permitirá dicha práctica que los heridos, enfermos y aprovisionamientos se coloquen desde luego en sitios convenientes, comodos y espaciosos, evitando el hacinamiento de enfermos en las casas y el desorden en los racionamientos y formación de convoyes, puesto que los víveres, municiones etc., estarán mal colocados en las casas que se habiliten para ello, que seguramente no reunirán las mejores condiciones para la conservación y el contínuo movimiento de carga y descarga de las materias que constituyan los depósitos; además de esto, llevar los almacenes y hospitales construídos y desarmados presenta la inmensa ventaja de que cuando las operaciones de la guerra obligan á variar los puntos de racionamiento y los hospitales, bien por haberse conseguido pacificar el territorio, bien por haber avanzado las columnas y quedar otros pueblos en primera línea, se puede, sin gran trabajo, desarmar dichas construcciones y volverlas á levantar en los nuevos puntos que determine el General en Jefe, sin experimentar los inconvenientes que origina tener que construir contínuamente dichos edificios donde se vayan necesitando, y evitándose ocupar por mucho tiempo á una gran parte de los ingenieros, que seguramente hará falta en otro lugar.

El transporte de los hospitales, almacenes, blockhaus y fuertes de madera desarmados, desde un punto á otro del teatro de la guerra es preciso efectuarlo en las mismas condiciones que el de raciones, municio-

nes y efectos necesarios á las tropas, y, por lo tanto, serán aplicables las reglas que apuntaremos cuando hablemos de los convoyes: sólo debemos advertir en este lugar que dichas construcciones han de formar parte de los parques de administración militar y á élla serle responsables los cuerpos y dependencias que las reciban. Respecto á su construcción sólo diremos que quizás sea inconveniente llevarla á cabo en la metrópoli ó fuera del país donde se haga la guerra, porque las maderas que se empleen, al servir en climas diferentes de aquel donde hayan sido preparadas, es posible que se dilaten ó contraigan excesivamente, lo que originaría grandes perjuicios; así es que será preferible emplear en las construcciones de dichos edificios maderas del mismo país donde tengan que servir aquéllos y construirlos, por lo tanto, en él, con lo que se ahorrarán los gastos de transporte que no dejarán de ser crecidos. Es preciso también exigir gran exactitud á los cálculos que se hagan para determinar las dimensiones de dichas construcciones, pues nada es más fácil que después de terminadas resulten insuficientes para dar cabida á cuanto sea menester; esto tiene lugar, sobre todo, con los hospitales, porque nunca puede creerse que una determinada fracción del ejército expedicionario llegue á contar el número tan excesivo de enfermos que á veces cuenta en los climas cálidos. Por esta razón cuando se trate de construir un hospital, es preciso calcular las bajas ordinarias que puedan tener las tropas á las que haya de servir, y construirlo tres veces mayor de lo que resulte de tal cálculo, con la seguridad de que si se desarrollase una epidemia aun sería insuficiente tal magnitud.

CAPITULO V.

Organización de la expedición.—Embarque.—Desembarco no encontrando resistencia.—Desembarco á viva fuerza.—La marina auxiliar del ejército.

Antes de organizar la expedición es necesario determinar el número de hombres que hayan de componerla, teniendo en cuenta las relaciones que deben guardar entre sí unas armas con otras, y no será conveniente fijar cifras precisas sin escuchar antes la opinión del General en Jefe nombrado para mandar las tropas, por lo mismo que ha de ser responsable ante el Gobierno de sus actos en el país adonde se dirija.

La mayor dificultad con que tropiezan las expediciones es su transporte cuando son numerosas, así es que rara vez se ha hecho atravesar los mares de una sola vez á más de 40.000 hombres; el único ejemplo que ofrece la historia moderna es la expedición de los ingleses en 1809 contra la plaza de Amberes; expedición que constaba de 50.000 hombres y 9.000 caballos. En nuestro país podemos considerar que pocas veces habrá necesidad de enviar de una vez más de 25.000 á 30.000 hombres allende los mares, pues aun suponiendo que tuvieran que operar en Marruecos, bastaría ese número para comenzar las operaciones y quizás para llevarlas á feliz término si no nos encontráramos con todo el país hostil; en cuyo caso, los refuerzos no se harían esperar.

El transporte de las tropas tendremos que efectuarlo valiéndonos de la marina mercante que auxiliará poderosamente á nuestros escasos barcos de transportes militares. No pensamos que nos sea necesario sostener

una escuadra de dichos transportes; Inglaterra y Francia son las únicas naciones que las sostienen y á pesar de los excesivos gastos que ocasiona su entretenimiento, casi siempre han tenido que acudir á los barcos del comercio como ha sucedido en la reciente campaña de Túnez. Dichos barcos mercantes, preparados convenientemente, prestarán con seguridad excelentes servicios y el Gobierno podrá utilizarse de éllos de dos maneras: 1.ª A virtud de alguna claúsula que exista en los contratos con las sociedades ó grandes armadores por la que, en caso de necesidad, deben poner sus barcos á disposición del Gobierno para transportar tropas: 2.ª Por medio de alquileres entre los dueños de los barcos y el Gobierno, en cuyo caso podrán también celebrarse contratos con barcos extranjeros, que navegarán con bandera nacional (1).

Reunidos los barcos de transporte en los puertos designados para la reconcentración de las tropas y al mismo tiempo que éstas se reunen y completan su material, es necesario disponer el interior de los buques de la mejor manera posible para el objeto á que se destinan. Los que deban transportar hombres y material pocas transformaciones necesitan; pero los designados para recibir á bordo la caballería, el ganado de arrastre y las acémilas necesitan algunas reformas. Generalmente será necesario llevar el ganado sobre cubierta, construyendo en élla jaulas sólidas, en las que irán encerrados los animales, y hará que tener un exquisito cuidado con la limpieza de los suelos de éllas, procurando el fácil desagüe de los líquidos y extrayendo frecuentemente el fiemo que quede depositado.

La dificultad del transporte del ganado ha hecho que en muchas expediciones se pensase en proveer al ejército expedicionario de los caballos y mulos necesa-

---

(1) La mayor parte de los barcos que transportaron el ejército holandés desde Sumatra al reino Atchim, fueron extranjeros, pagados por término medio á 1.200 francos diarios.

rios, en el país á donde se dirigía ó en otro cercano; pero los fatales resultados que casi siempre ha producido esta práctica, nos mueve á aconsejar, que es preferible llevarlos desde la metrópoli, si bien será necesario reducir en lo posible su número.

Nombrado el General en Jefe é inspirado éste en el pensamiento del Gobierno, la expedición se organizará rápidamente, reconcentrando en uno ó en varios puertos de mar los cuerpos y elementos auxiliares del ejército, cuyo embarque, dirigido por el cuerpo de Estado Mayor, debe hacerse bajo la inmediata vigilancia de los generales, procurándose al repartir la tropa entre los barcos de transporte, que reine el orden más completo, que en una misma embarcación, no vayan fuerzas de distintos cuerpos y que los jefes y oficiales embarquen con los suyos respectivos, á los que acompañarán también sus materiales.

El orden de embarque debe sujetarse á la organización en brigadas y divisiones, que de antemano se tendrá efectuada, debiendo del mismo modo los jefes de éllas y sus estados mayores embarcar en los buques destinados para las fuerzas á que vayan afectos.

Puede suceder muy bien que, como parte del efectivo de la expedición, figuren cuerpos ó fracciones de los ejércitos coloniales, que sean designados para marchar al país enemigo por su condición de estar compuestos de soldados aclimatados en países cuyos climas tengan alguna analogía con el de aquél.

Entonces deberá preceder á la partida de la metrópoli, la orden para que, aprovechando los medios de transporte que se les indiquen, vayan á esperar á la expedición en algún puerto, aunque sea extranjero, en el que tengan que hacer escala los buques que salgan de la metrópoli conduciendo las tropas.

El efectivo de éstas ha de estar en armonía, no tan sólo con los elementos de fuerza que tenga el enemigo, sino con el objetivo de la expedición y clima del país á donde se dirija. La relación que debe existir entre unas

armas y otras ha de señalarse, teniendo en cuenta la extructura y topografía de aquél; pues, así como en los países cubiertos y montuosos la cifra de la infantería ha de ser necesariamente elevada con relación á las demás armas, en aquéllos que son llanos desiertos y escasos de vejetación, la caballería representará un papel importante, pudiendo en uno y otro caso asegurarse que la artillería casi nunca guardará la proporción de cuatro piezas por cada 1.000 hombres, que es la que existe en los ejércitos europeos.

*
* *

Todo lo que se relacione con el detalle del embarque, ha de estar prevenido y ninguna advertencia se dejará para última hora.

Los armamentos y municiones de los soldados serán encajonados cuando la travesía haya de ser algo larga, y colocados precisamente en el mismo barco donde vaya la fuerza á que pertenezcan, y así cada indivíduo no llevará á su cargo durante el viaje más que sus utensilios y efectos de campamento, y como quiera que en los puertos donde se verifiquen los embarques, tendrá lugar una gran aglomeración de fuerzas, y es conveniente que todas las operaciones se practiquen con el mayor orden posible, será necesario que á la llegada de cada cuerpo al punto de embarque, reciba una instrucción del jefe de la plaza ó autoridad superior, en la que se le ordenará la manera de efectuar su alojamiento ó acuartelamiento, la forma en que se ha de verificar la entrega y empaque del armamento y municiones y las disposiciones que hayan de observarse para trasladarles á bordo de los barcos. En dicha instrucción se ordenará que cada cajón ó bulto de armamento y municiones lleve letreros que indiquen el cuerpo, batallón y compañía á que pertenecen y el nombre del barco que haya de recibirlos.

El embarque de las tropas se efectuará con el mayor orden y celeridad posible, procurándose que cada

soldado se provea de tabaco para la travesía y de la ropa limpia que pueda necesitar en élla. La alimentación de la tropa correrá á cargo de los marinos, y los oficiales tendrán derecho á ser admitidos en la mesa de los del barco, ó á que se les abone la ración de armada, distinción que es necesario hacer antes de efectuar el embarque para que puedan proveerse de lo necesario en el caso de tener que comer por su cuenta.

La caballería embarcará tres kilógramos de paja ó heno y otros tantos de avena ó cebada por cada caballo y día de travesía, si llevare sus caballos; y la artillería efectuará otro tanto, embarcándose con élla el ganado que haya de transportar las piezas.

El embarque comenzará por el material de los cuerpos y los caballos y bestias de carga, y cuando quede terminada esta operación empezarán á embarcarse las tropas. Para ello, estando formadas en los muelles, entrarán con el mayor orden en los lanchones y chalanas dispuestas á tal objeto, los que remolcados por las lanchas de vapor ó remolcadores se dirigirán á los barcos respectivos. Se procurará que los lanchones no vayan muy cargados de gente, y un marinero en cada uno de éllos tendrá especial cuidado de evitar las colisiones que puedan ocurrir. Cada remolcador llevará un gallardete igual al del buque á que haya de atracar y á él se dirigirá directamente desde el muelle.

Sin confusión, irán los soldados saltando al barco, una vez llegado á él, pero esperarán para efectuarlo á que se le ordene por el jefe ú oficial encargado del embarque de sus cuerpos respectivos.

Al llegar á bordo, cada soldado recibirá instrucciones precisas que habrá de observar durante la travesía; en éllas se le hará saber el sitio donde tiene que colocar su equipo, el lugar donde ha de colgar su hamaca, si la la llevare, y el punto á donde ha de acudir á la hora del rancho ó en caso de combate é incendio. Se les leerá con frecuencia una orden del cuerpo en la que se exprese claramente que la limpieza y el aseo son esen-

ciales, que está prohibido fumar como no sea sobre cubierta y que no deben usar fósforos, pues constantemente existirá una mecha encendida á cargo de un vigilante. No deberá dejarse á los soldados, durante la travesía, en la ociosidad, que nada bueno puede proporcionarles, antes bien será conveniente pasarles revista de policía, ejercitarlos en movimientos gimnásticos y hacerles algunas explicaciones acerca de la campaña que van á emprender. El servicio de vigilancia se desempeñará con especial cuidado y los oficiales encargados de él, no descansarán de día ni de noche, y procurarán que los soldados no se entreguen á juegos prohibidos, que no hagan uso, con exceso, de las bebidas alcohólicas y que se observen extrictamente todas las prevenciones hechas por los jefes.

El General Jefe de la expedición y el Jefe superior de marina, que debe llevar á su cargo la dirección de la escuadra, han de embarcarse en el mismo buque, porque de este modo se podrán resolver más rápidamente todos los contratiempos que ocurran y facilitará las determinaciones que hayan de tomarse en casos no previstos por el Gobierno.

Los jefes más caracterizados de los barcos que conduzcan la expedición, han de tener instrucciones precisas, para todos los casos que se presenten, para poder obrar cuando por temporales ú otra causa la escuadra se dispersara, y, sobre todo, han de saber, con anterioridad, si los buques deben dirigirse á algún puerto determinado para reunirse unos á otros ó si han de continuar la marcha hacia el paso enemigo y al llegar á él, esperar la reunión de todos ó efectuar el desembarco de las tropas desde luego.

El General en Jefe y el Jefe de Estado Mayor General, deben estar hasta el último momento cerca del Gobierno, para poder conocer y apreciar los sucesos ocurridos en el país enemigo que transmita el telégrafo y modificar en armonía con las noticias recibidas el plan de campaña, el punto del desembarco, el alcance de la

expedición y la política que tengan que desarrollar. Después de embarcados con el ejército que han de dirigir, deberán comunicarse con su Gobierno desde todos los puertos en donde la escuadra de transporte haga escalas, y últimamente cuando lleguen á pisar el país contrario procurarán establecer un sistema de comunicación con su Gobierno, si no poseyesen el telégrafo, que les permita estar enterados de los sucesos que ocurran en el mundo y puedan tener alguna influencia en la campaña.

* * *

Una vez á la vista del país á donde la expedición se dirija, cada barco esperará que el Comandante General de la escuadra ordene la hora y día en que deba acercarse al muelle ó enviar á él, en lanchas destinadas al efecto, á las tropas que conduzcan, y terminado el desembarque, que se efectuará con el mismo orden que el embarque, se procederá á la distribución de los armamentos y municiones y cada cuerpo partirá al momento para el punto que se le designe.

Para efectuar el desembarque, se emplean, además de las embarcaciones ordinarias, chalanas remolcadas por botes de vapor: estas chalanas que pueden transportar 150 hombres, son unas cajas rectangulares de plancha de hierro en cuyas extremidades llevan unas planchas giratorias que sirven de puente para saltar á la playa y de defensa durante la travesía desde el barco hasta la costa. También existen chalanas de acero que se arman y desarman á voluntad, pudiendo transportar 200 hombres, y hace pocos años se ensayó en Inglaterra un proyecto de bote de tela plegada, inventado por M. Berthon, dando excelentes resultados por sus especiales condiciones de ligereza, solidez y poco volumen una vez plegada la tela.

Creemos inútil apuntar que, tanto los embarques como los desembarcos deben presenciarlos oficiales de Estado Mayor previamente autorizados para resolver

en el momento y providenciar en cualquier duda que ocurra.

En las mejores circunstancias, con buena mar y viento favorable, el desembarco de un ejército no se llevará á efecto en menos de seis horas, estando los buques á 1.000 metros de tierra; pero cuando hubiere de practicarse la operación en una costa hostil ó punto ocupado por el enemigo, las circunstancias varían notablemente. Entonces el mando supremo ha de ejercerlo el jefe de la expedición, que, de acuerdo con el de marina, eligirá el punto á propósito para efectuarlo.

Las condiciones que debe tener una playa para efectuar el desembarco están tan bien descritas por el teniente de navío Mr. R. Degony en su *Estudio sobre operaciones combinadas*, que preferimos trasladarlas á continuación, mejor que extractarlas ligeramente.

«1.° El punto elegido para el desembarco debe reunir tales condiciones, que el objeto político ó estratégico propuesto, se realice en todas sus partes.

»2.° En el caso de ser la estación favorable, es preciso además contar con un fondeadero abrigado para la escuadra, sobre el punto del desembarco ó en sus inmediaciones; sin embargo, es evidente que si el ejército, después de desembarcar se apodera, en el acto, de un puerto, está resuelta la cuestión de la manera más plausible: el ejército de Egipto operó de esta suerte al apoderarse de Alejandría el día mismo en que desembarcó. Tocante á las exigencias de la táctica, vemos que muchas playas abordables, presentan á la fuerza de desembarco una curva, cuya convexidad hacia el interior del terreno tiene graves inconvenientes puesto que en el momento de poner el pie en tierra se recibiría el fuego del enemigo, á la vez por los flancos y por el frente.

»3.° Se elegirá una playa cuya convexidad sea muy saliente hacia la mar, siendo preferible una punta que pueda cañonearse por los fuegos convergentes de los buques que protegen la operación, condición que sin

duda es tan ventajosa para el reembarco como para el desembarco. El ideal en esta clase de playas es una lengua de arena de alguna anchura, en forma de península, en cuya extremidad saliente haya peñas ó dunas ó un relieve cualquiera en los que se puede formar un reducto. Por último, ambas costas de la península deberán tener condiciones náuticas propias para que los buques de guerra aborden á aquéllas, de manera que puedan cruzar sus fuegos en toda la extensión de la expresada península: la de Sidi-Ferruch donde desembarcó el ejército al mando del general de Bourmont, en 1830, es el prototipo del paraje en cuestión. Tenía, sin embargo, la desventaja de hallarse dominada por alturas que se extienden á lo largo de la costa, desventaja que, en virtud del alcance de la artillería moderna, sería más sensible que hace cincuenta años: además, el fondeadero de la susodicha bahía es nada más que regular; aunque era en el mes de Junio, el almirante Duperre, tuvo que mantenerse con su escuadra, á la vela, á los pocos días de haberse efectuado el desemco de las tropas. El istmo ni deberá ser de mucha extensión, ni muy angosto, porque estas circunstancias favorecerían la defensa, impidiendo el despliegue de las fuerzas de desembarco; pero como quiera que sea la playa elegida, debe tener salidas fáciles para internarse en el país: el enemigo conseguiría su objeto al atacar á un ejército comprometido en desfiladeros, marchando por carreteras que no pudiera oponer á aquél más que cabezas de columnas. Una playa, en que á lo largo de la orilla del mar haya arboleda espesa será siempre peligrosa.

4.ª »La playa deberá presentar á la vez condiciones de fácil acceso y una superficie adecuada para el despliegue del ejército; tendrá además salidas para internarse en el país. Los aluviones que arrastran los ríos forman en sus bocas puntas cenegosas que no se elegirán si no existe una necesidad apremiante, aunque puede citarse un caso de esta especie que ocurrió cuan-

do la expedición de China desembarcó en los fangales de Sch Tang; bien es verdad que tan sólo tuvo que luchar con chinos mal aconsejados que se empeñaron en no salir de sus fuertes durante este período crítico para sus adversarios.

»Estas ciénagas son por lo común en extremo insalubres, y aun en el caso de que el ejército pase por ellas rápidamente con el fin de contar con una base de operaciones más sólida, no habrá dejado de contraer en su marcha, los gérmenes de enfermedades peligrosas; estas mismas exigencias que se nos presentan no dejan de ser imperiosas, respecto á que es de absoluta necesidad que el paraje del desembarco tenga las debidas condiciones de salubridad. Se nos puede objetar, citando la expedición de Méjico, pero allí no teníamos en donde eligir, pues había la certeza de encontrar la fiebre amarilla, ya fuera en Veracruz, en Tamaulipas ó en Matamoros; no es menos evidente que la playa del desembarco está destinada á servir de base del depósito y de plaza fuerte para el ejército, siendo preciso, además, que los individuos de tropa que la ocupen no estén expuestos á perecer en élla miserablemente ó á que los atacados de calenturas atesten los transportes (hospitales), tan necesarios para repatriar á los heridos; de los marinos no hablo, porque á contar de este malhadado Méjico, está visto que viven sedentariamente durante las epidemias, como las salamandras en el fuego.

»El agua abundante y buena, es uno de los primeros elementos para tener salud, y el que se halle á la mano es otro de los requisitos que han de concurrir en una buena elección; en todas las playas desembocan algún arroyo ó río, así es que el agua potable deberá hallarse á regular distancia de la desembocadura de aquéllos; es necesario, sin embargo, prever el caso de que se asaltase el campo atrincherado al hallarse completamente cercado; más adelante veremos, al tratar de la construcción de este campo, los medios muy sencillos que se emplean, tales como algibes, cajas de agua provinientes de la

escuadra para evitar la escasez de aquélla, toda vez que la de las cacimbas hechas en la playa sale salobre.

»5.° Se procurará no desembarçar en aluviones pantanosos, y, en general, en cualquier playa insalubre: debiendo tener además la elegida, aguada. Últimamente haremos constar la ventaja que resulta de haber próximo al lugar del desembarco un islote, en el cual se construirán el reducto, el fuerte central del campo atrincherado de la playa y el hospital provisional: en el expresado islote se establecerán los repuestos de carbón para la escuadra y los almacenes de depósito para la pólvora.»

El reconocimiento del lugar donde haya de efectuarse el desembarco, cuando no fuese un puerto conocido, es importante y estará á cargo de la marina de guerra y el detalle de la operación á los oficiales de Estado Mayor de las diversas fracciones en que se divida el ejército.

Si el enemigo no estuviese presente ó no pudiera molestar á las tropas en el momento de desembarcar, todo el secreto de la operación consistirá en poner en tierra el mayor número de hombres posible, en el menor espacio de tiempo, y como se llevarán lanchones á propósito para el desembarco, cada soldado después de recibir á bordo su armamento municiones y dos días de ración, se trasladará á las lanchas, y al llegar á tierra, formará rapidamente con su compañía y tomará posiciones según le indique el jefe más caracterizado que se encuentre en tierra.

Se prevendrá á los soldados que se coloquen por partes iguales á ambos lados de las lanchas y que se sienten, si fuere posible, sin moverse para nada. También se le advertirá que lleven sus fusiles entre las piernas y que coloquen las cananas ó bolsas de municiones delante del cuerpo para que puedan apretarse bien unos contra otros. Las primeras compañías que salten á tierra ocuparán los puntos más elevados de la costa, quedando una de reserva á la que se irán uniendo las

nuevas tropas que vayan desembarcando. El primer batallón que llegue á formarse en la playa adelantará hacia el interior del país y cubrirá el terreno suficiente para que se forme el primer campamento de la expedición, se instalen los almacenes y se dispongan todos los servicios. La rapidez en el desembarco es lo que más se ha de procurar porque circunstancias imprevistas pueden retardar la operación y sería expuesto dejar un pequeño número de tropas abandonadas en la playa de un país hostil.

Es urgente también establecer comunicaciones entre las tropas que están en posición y las que van formando en la playa, y entre éstas y la escuadra, y en casos determinados levantar algunas pequeñas defensas alrededor de las fuerzas desembarcadas.

Bajo la dirección de los oficiales de Estado Mayor, se despejará el terreno necesario para instalar el campamento, se organizará éste, se construirán las rampas necesarias para el paso de la artillería y se instalarán los almacenes necesarios.

Después de la infantería, se procederá á desembarcar la artillería, á menos que el General en Jefe deseara disponer, lo más pronto posible, de alguna caballería, en cuyo caso se desembarcará ésta.

El desembarque de la artillería debe comenzarse por poner en tierra el material y los artilleros, y á seguida los caballos ó mulos, á no ser que estuvieran embarcados separadamente en distintos barcos, en cuyo caso puede hacerse la operación simultáneamente.

La caballería desembarcará, llevando cada soldado su caballo, montura y equipo. Los caballos y mulos embarcarán en las chalanas ó en balsas formadas con lanchas unidas por medio de tablones sobre los que será conveniente establecer una baranda de madera para evitar que, con la inquietud natural de los animales, alguno de éllos ó algún hombre caiga al mar.

Una vez en tierra la mayor parte de la expedición, desembarcará el General en Jefe con todo su cuartel

general y encontrará á sus tropas en los puntos designados por él de antemano, procediéndose entonces á desembarcar el resto de la expedición, las raciones, municiones, equipajes etc., comenzando por las municiones de los cuerpos, si fuere probable un ataque del enemigo. Para facilitar esta operación se construirá un muelle provisional y se clavarán en tierra algunos banderines ó gallardetes que señalen los distintos puntos á donde deban dirigirse las fracciones de tropa, y ganado ó material que vaya desembarcando.

Algunas playas mueren en el mar tan suavemente, que las chalanas y botes cargados de tropa pueden varar antes de llegar á tierra firme, como aconteció á los franceses al desembarcar en Sfax, y en tal caso debe disponerse de barriles vacíos para formar balsas que puedan llegar lo más cerca posible de tierra, desde cuyo punto, siempre que el agua no llegue á la cintura, saltarán de éllas los soldados y marcharán hacia la costa.

Si el punto del desembarco ha de servir de base de operaciones para la campaña que se vá á emprender, es necesario desde el primer momento comenzar el estudio y construcción de un campo atrincherado, que servirá para establecer en él los grandes almacenes, depósitos y hospitales del ejército y para asegurar la retirada y reembarque de las tropas en caso de descalabro; pero siempre que se pueda será preferible apoderarse de algún puerto ó ciudad enemiga del litoral, efectuando una marcha rápida sobre élla y combinando el ataque por mar con el que las tropas ejecuten por la parte de tierra.

En la campaña de la Argelia, los franceses trazaron en el itsmo de la península de Sidi-Ferruch, una línea de fortificaciones de campaña, rodeada de un foso y defendida con cañones, que sirvió de base y apoyo á las tropas que penetraron en el interior del país.

En la expedición á Egipto, Bonaparte desembarcó en la costa, á catorce kilómetros de Alejandría, 3.000 hombres al mando de Kleber, que sorprendieron á la

ciudad, una de cuyas puertas, derribada á hachazos por Marmont, facilitó la entrada de la pequeña columna que se apoderó de la población, practicándose luego el desembarco del resto de las tropas con la mayor seguridad y orden.

La posesión del campo atrincherado que se levante en la playa enemiga es importante para nosotros. Dice el teniente de navío Mr. Degony á propósito de esto: «La posesión no disputada de este paraje de la costa enemiga reportará igualmente á la marina grandes ventajas; tendrá en él un parque de carbón alimentado por los buques destinados á tal objeto, sus enfermos encontrarán en tierra hospitales en mejores condiciones que abordo, y en ellos esperarán que los transportes-hospitales puedan repatriarlos. Esta playa llegará á ser el centro del crucero y el punto en el cual los buques de combate se reunirán para abastecerse de víveres y descansar de las fatigas del mar: si la rada ofrece algún abrigo contra los vientos de fuera, la situación, de muy precaria podrá llegar á ser en extremo soportable: en los puntos convenientes se situarán muertos y hasta se construirá un pequeño puerto para los buques ligeros si se prevé que la ocupación pueda ser duradera. Deberá también pensarse en el caso de que la escuadra de combate se viera obligada á alejarse y, por tanto, se pondrá la rada en condiciones de defensa contra los ataques de los buques enemigos; no habrá tiempo para construir baterías de carácter permanente, ni menos aún para artillarlas con piezas de grueso calibre, pero cañones de menos poder, bien cubiertos por espaldones, dominando la rada desde algún punto saliente, bastarán para mantener á distancia los cruceros enemigos: en cuanto á los buques de gran porte sólo podrán ser rechazados con guarda-costas acorazados y con *Thornycrofts*: estos torpederos serán también muy útiles para la defensa de la playa, que á todo trance debe quedar en nuestro poder. Si la entrade de la rada es angosta, reunirá ventajas especiales

para la defensa, siendo fácil fondear en la pasa algunos torpedos durmientes, después que el ejército haya desembarcado.»

*
* *

Tratemos ahora de los desembarcos á viva fuerza. Las dificultades aumentan en este caso considerablemente, pues á la operación de llevar tropas á la playa, que de por sí es propensa á producir grandes desordenes, hay que aumentar el peligro de que las primeras que desembarquen puedan ser arrojadas al mar, la dificultad de marchar combatiendo al descubierto por un suelo de arena ó de fango y lo propenso que es para relajar la moral de las tropas un desastre en la primera operación de guerra que practiquen.

Es preciso, al efectuar un desembarco á viva fuerza, que el punto elegido para llevarlo á cabo reuna condiciones propias para ello, como las reuniría un ángulo saliente cuando el terreno fuera bajo, y una playa que sirviera de desembocadura á un río no vadeable. En el primer caso los barcos de guerra podrían barrer con sus cañones el espacio de tierra que avance hacia el mar, despejarlo de enemigos y destruir cuantas obras de defensa se hubieren levantado, y en el segundo se tendría indeciso al enemigo por no saber en qué playa habíamos de desembarcar, y teniendo la precaución de destrozar con nuestra artillería los puentes balsas, etc., que tuviese para pasar el río, podríamos caer con nuestras fuerzas sobre la playa que conceptuáramos menos defendida. A pesar de esto los desembarcos á viva fuerza siempre serán difíciles. Unas veces será conveniente hacer saltar á tierra una pequeña fuerza, en sitio distinto al del desembarco, que atacando de revés á las tropas que defiendan la playa, faciliten sentar el pie en ella á las tropas expedicionarias. Otras, quizá, convenga aprovechar la niebla ó esperar á que las sombras de la noche oculten nuestros propósitos; pero es necesario tener tal suma de pre-

cauciones y haber previsto tantas contingencias, que rara vez podrá coronar el éxito una empresa semejante, á no ser que teniendo todo dispuesto, se empiece á poner en práctica la operación á las cuatro de la mañana, porque entonces, al comenzar á amanecer podrán haberse desembarcado algunas fuerzas que quizás sean suficientes para contenenr al enemigo y hacer, por lo tanto, que el desembarque de las demás se verifique en las mejores condiciones; sin embargo, á pesar de las grandes dificultades con que se tropezará la mayor parte de las veces al efectuar los desembarcos á viva fuerza, la energía, el genio, el orden y la disciplina proporcionarán grandes probabilidades de éxito, que serán aumentadas cuando los enemigos no posean potentes medios de defensa y de destrucción.

El detalle de la operación puede ser el siguiente:

Se formarán tres líneas de ataque con todos los lanchones y chalanas disponibles, á vanguardia de las cuales marcharán embarcaciones de poco calado, armadas de piezas ligeras y de ametralladoras que constantemente inundarán la playa de proyectiles.

La vanguardia de las tropas ocupará la primera línea, las fuerzas de sostén la segunda, y la tercera, la reserva. La distancia que separe á los transportes de la costa han de salvarla las chalanas, en el menor espacio de tiempo posible, á fuerza de remos ó á remolque de las lanchas de vapor, y los soldados que las tripulen resistirán el fuego enemigo, sin moverse demasiado y sin hacer uso de sus armas, pues si establece el combate desde las lanchas, sería fácil que éstas zozobraran á causa de los movimientos bruscos que tendrían lugar. Una vez en tierra la vanguardia, atacará rápidamente, al arma blanca, al enemigo, si estuviere en la misma playa ó tomará posiciones, reforzada sucesivamente por las fuerzas de sostén y de reserva, y se mantendrá á la defensiva hasta que, habiendo en tierra el suficiente número de hombres, ordene el ataque el General en Jefe ó jefe del desembarco.

El movimiento de avance de las chalupas, chalanas, lanchones y lanchas de vapor, será también apoyado por los fuegos de los buques de guerra, convenientemente situados para ofender todo lo posible al enemigo y no causar daño á nuestras tropas.

Cuando no fuera posible hacer bajar á los soldados desde la cubierta de los buques á las lanchas, fuera del alcance de los proyectiles contrarios, deberá practicarse la operación bajando los hombres á las lanchas por el costado de los buques opuesto á la costa, pues de este modo no estarán expuestos al fuego en el momento de bajar por las escalas y tendrán tiempo para prepararse antes de atravesar la distancia que los separe de tierra.

Será muy conveniente, que fuera de los fuegos enemigos, se establezca un transporte ó barco á propósito, donde se instalará un hospital de sangre, al que serán conducidos los heridos que tengamos en la costa ó en las lanchas, para que en el desgraciado caso de reembarque, no se entorpezca tan difícil operación, con el transporte de ellos, ni surja la terrible necesidad de dejarlos abandonados en el país enemigo.

En Santo Domingo, nuestras tropas tuvieron necesidad de apoderarse de Monte-Cristy, foco principal de la insurrección y puerto de mar que permitía á nuestros enemigos la comunicación con el exterior, y fué nombrada una expedición con aquel objeto, que al fondear en las aguas del puerto rebelde fueron recibidas con los fuegos que partían de las posiciones enemigas. Inmediatamente se lanzaron al agua diez lanchas y botes con algunas piezas de artillería y los soldados que cupieron en ellos; detrás de estas ligeras embarcaciones marcharon á la costa grandes lanchones, llevados allí con tal objeto, ocupados por el resto de las tropas. Las primeras fuerzas que pusieron el pie en la playa, sin haber disparado un tiro, se desplegaron en guerrilla y rechazando al enemigo, tomaron posiciones y protegieron el desembarque de todo el material.

En Sumatra, los holandeses después de haber hecho maniobrar á la escuadra que transportaba su ejército, llamando la atención de sus enemigos sobre diversos puntos, concentraron los fuegos de los cañones sobre el elegido para el desembarco. Noventa pequeñas embarcaciones remolcadas por lanchas de vapor, avanzaron hacia la playa conduciendo batallón y medio de infantería; la larga línea que formaban, iba protegida en sus alas por seis grandes chalupas de guerra y delante de ella marchaban varios barcos que, deteniéndose á unos 2.500 pasos de la costa, rompieron el fuego sobre el enemigo que estaba atrincherado y oculto. Las lanchas de vapor pudieron aproximarse hasta 1.000 metros de la orilla y allí dejaron á los lanchones que á fuerza de remos y bajo la protección de los fuegos de las alas, se aproximaron á la costa. Saltaron finalmente á ella los soldados, arremetieron con el arma blanca á sus contrarios y les arrebataron sus atrincheramientos de arena, cuya posesión permitió continuar el desembarco con gran orden y tranquilidad y construir en la playa algunos atrincheramientos, sin los cuales no hubieran podido los holandeses resistir el vigoroso ataque que sufrieron á los pocos días.

En Alejandría, han demostrado recientemente los ingleses, que es más cómodo antes de efectuar desembarcos á viva fuerza, arrasar con los cañones de los buques todos los elementos de defensa y acción que tenga el enemigo. Allí, los ingleses barrieron con sus fuegos las baterías egipcias, hicieron saltar los cañones, huir á la guarnición, y sólo cuando el ejército regular la había abandonado y no quedaban en las calles más que hordas de incendiarios y ladrones, que tuvieron tiempo suficiente para saquear y dar fuego á la ciudad, fué cuando el almirante inglés hizo desembarcar tropas que, sin riesgo de ningún género, se apoderaron de ella.

*
* *

No sólo en los desembarcos es importantísima la misión de la marina de guerra. Es un poderoso auxiliar, del que no es posible prescindir al organizar una expedición, no solamente por los grandes elementos que puede prestar para el transporte de las tropas, sino por la protección que ejerce sobre los barcos mercantes que aquéllas ocupen y el auxilio y ayuda que con sus fuegos, movimientos y desembarcos ofrece al ejército que opere en tierra.

No necesitamos hacer ver la importancia de estas funciones porque seguramente estará en la conciencia de todos. Como transportes, pueden emplearse los barcos de la escuadra, si no para efectuar el de toda una expedición á un país lejano, porque este asunto debe estar completamente resuelto apelando á transportes y barcos mercantes, para ayudar poderosamente al ejército transportando fracciones de él á puntos determinados del territorio enemigo, ya sea para que las fuerzas transportadas comiencen sus operaciones desde dichos puntos, ya por tratarse de algún movimiento combinado. Es claro, que si el General en Jefe no dispone de algunos buques de guerra en un país que tenga costas, no le será posible desarrollar sus planes con tanta libertad y con tantos elementos como disponiendo de ellos, puesto que su pensamiento en este caso, no tendrá que fijarse únicamente en el territorio que pisa, sinó que podrá abarcar toda ó gran parte del país enemigo para hacerlo entrar en sus planes y combinar de este modo los movimientos de las columnas que partan de donde él se encuentre, con las que haga transportar á puntos convenientes de la costa ó del interior si existieran en el país ríos navegables.

En cuanto á la conveniencia de que los barcos de la escuadra, acompañen y escolten á los mercantes ó transportes que conduzcan tropas, está demás que procuremos hacerla sentir, porque se comprende que un ejérco que lleva todos los elementos necesarios y que representa un gasto enorme para la metrópoli, no será

envíado indefenso, sin que pueda obrar en caso de ataque por parte de alguna Nación interesada en perjudicarnos, que otra cosa no es llevar muchos miles de hombres encerrados en débiles cascos que no puedan oponer resistencia á los buques de guerra que los atacaran. No debemos olvidar las galeras y navíos que nos han apresado en alta mar las naciones que cubrían sus piraterías con la política, y sí pensar, que siempre existirá alguna potencia á quien le contraríe nuestro engrandecimiento y que, aun á trueque de una guerra, puede atreverse á destrozar nuestras expediciones, si las hacemos atravesar los mares insuficientemente custodiadas.

En el curso de una campaña, la marina ayuda al ejército, con sus propios elementos, ya cañoneando al enemigo en combinación con las fuerzas de tierra, ó guardándoles un flanco en las marchas que hagan paralelas á las costas, ya haciendo desembarcos ó bloqueando el litoral para que no pueda llegar al enemigo auxilio exterior y, hasta si es posible, privarlo por completo de su comercio. De este modo la marina será el complemento del ejército, si bien es verdad que, para prestar el máximo de cooperación, es preciso que posea barcos con condiciones especiales para cada uno de los servicios que pueden prestar.

Así, creemos que la escuadra que acompañe á una expedición ha de llevar, además de los grandes buques blindados, propios para los combates en alta mar y los bombardeos de los punto fortificados, un abundante material de cañoneros que puedan recorrer las costas, y de chalupas de vapor que sirvan para remontar los ríos, siendo conveniente en ciertos casos que estas chalupas puedan ser desmontadas, para que cuando existan ríos ó lagos navegables en el interior del país, acompañen con sus dotaciones á las columnas del ejército en los movimientos que practiquen.

En el momento en que la guerra estalle entre la metrópoli y algún país marítimo, deberán existir en

las aguas de éste ó en algún otro punto próximo ligado con la metrópoli por el telégrafo, algunos buques de guerra para bloquear las costas enemigas, en tanto que se prepara, embarca y transporta la expedición. De este modo, además del daño material y efecto moral que se causa al enemigo, se conseguirá que el comercio extranjero ó alguna nación interesada, no provea impunemente de armas y municiones á nuestros contrarios. Este comercio debe á toda costa evitarse, por los grandes perjuicios que indudablemente nos reportaría, sin que nunca podamos admitir, ni como hipótesis, que una guerra de este género deje de aprovecharla el comercio, porque existen naciones que con tal de ganar una libra esterlina, no reparará en medios y procurará dar salida á todas las grandes existencias particulares que tenga de armas, como lo prueba el hecho de que hasta los naturales del Afghanistan, del Zululand y de toda el Africa, están perfectamente surtidos de fusiles de tiro rápido salidos de los talleres ingleses.

Inútil nos parece consignar que la marina ha de estar subordinada y á las órdenes del General en Jefe de la expedición, pues siempre deberemos huir de la separación de mandos, que tan funestos resultados ha dado en donde quiera que ha existido; pero como los Generales en Jefe no podrán apreciar con todo el acierto necesario, las condiciones en que se encuentren los buques para cooperar á los movimientos que intente llevar á cabo, será muy conveniente que á su lado se encuentre una persona que le ilustre en todo cuanto á la Marina se refiera, y, por lo tanto, que le acompañe en su Cuartel General un Jefe superior de la Armada, que podrá ser el Comandante general de la escuadra que forme parte de la expedición. Este Jefe, con presencia de los datos que tenga y adquiera de las costas y ríos del país enemigo, marcará terminantemente las obligaciones de cada comandante de buque, distribuyendo los cañoneros según los fines que se proponga el General en Jefe, del que nunca se separará. Es preferible que lo acompa-

ñe siempre, aunque sea al interior del país, para enterares mejor de los servicios que tengan que desempeñar los barcos de guerra, que no que quede embarcado lejos de dicho General, cuya manera de pensar y planes no podrá apreciar. Con esto se consigue, además, que en todas las ocasiones en que haya necesidad de emplear á la Marina, esté presente el Jefe superior de ella, que apreciará las órdenes dadas á los comandantes de buques, juzgando si son factibles ó no, dadas las condiciones especiales en que se encuentren unos y otros.

CAPÍTULO VI.

Planes de campaña.—Operaciones por las costas.—Invasión.—Columnas de operaciones.—Ocupación Militar.—Zonas.—Ocupación permanente.

Vamos á tratar ahora de los distintos planes ó sistemas de campaña que puede desarrollar el General en Jefe de un ejército expedicionario, después que el plan general de la guerra y el objetivo de ella estén perfectamente determinados por él mismo, por el Gobernador de la colonia, si lo hubiese, ó lo que es más común, por el Gobierno de la Nación.

Desde luego, dicho plan de campaña, que nunca deberá imponerse por los segundos al primero, debe estar subordinado en todo el objeto de la expedición; en analogía con el carácter del país y el del enemigo y con los recursos de éste en hombres, caballos, dinero y abastecimientos de todo género; en relación con el número de soldados que compongan nuestro ejército, y siempre precedido del estudio formal de las campañas que anteriormente hayan tenido lugar en el país de que se trate, para aprovecharnos, con la experiencia de los resultados, de lo que sea conveniente y beneficioso para nuestros proyectos.

Las operaciones que tengamos que efectuar pueden subordinarse á diversos sistemas de guerra, que serán resultado de los objetos de las expediciones y que podemos reducir á los siguientes:

Operaciones por las costas.

Invasión desde un punto de ellas al interior.
Columnas de operaciones.
Ocupación militar.

∴

El fin principal de las operaciones por las costas es casi siempre apoderarse de algún punto determinado de ellas, como objetivo de la guerra ó como base de operaciones para marchar al interior, pues descartamos el caso en que la marina de guerra sea la encargada de bloquear ó castigar el litoral del país, sin hacer desembarcos. Cuando llegue el momento de proceder activamente y sea un puerto de mar ó punto cercano á la costa nuestro objetivo, por ser la capital del enemigo ó por otra causa cualquiera; si está resguardado de un golpe de mano y existen grandes dificultades para efectuar un desembarco á viva fuerza, deberemos hacer saltar á tierra nuestros batallones en un punto á propósito, algo distante de él, punto que haremos desconocer al enemigo, haciendo maniobrar á los barcos de la escuadra y atrayendo su atención hacia otro lejano. Desde el punto del desembarco emprenderemos las operaciones, teniendo siempre un flanco cubierto, pues, aunque las condiciones topográficas de los terrenos que tengamos que recorrer nos obliguen algunas veces á separarnos de la costa, nuestros contrarios nunca interpondrán fuerzas de consideración entre nosotros y nuestros buques; así es que la seguridad de nuestra marcha irá garantizada únicamente por una columna destacada de la principal, que marchará paralelamente á ésta, ó, lo que es mejor, por fuertes flanqueos á distancia variable, según sea la topografía del país y el modo de guerrear del enemigo, pues si éste es aficionado al empleo de grandes masas, los flanqueos deben ir más distantes de la columna que cuando los enemigos guerreen aisladamente y lleven su audacia al extremo de introducirse entre una y otros. En este caso, además de que

la escuadra protegerá eficazmente la marcha y operaciones del ejército, como sucedió en la guerra esclavista de los Estados Unidos, donde la marina federal además de hacer numerosos desembarcos y remontar los grandes ríos á retaguardia del enemigo, transportaba los aprovisionamientos, el material, los enfermos y los heridos; además de esto, decimos, nos facilitará notablemente nuestros movimientos, porque las fuerzas pueden ir desembarazadas de su impedimenta, que será transportada por los buques hasta el punto de la costa objetivo de la marcha.

* * *

Regularmente, el apoderarse de la capital del país enmigo será el objetivo de nuestras operaciones; y cuando aquélla se encuentre situada en el interior, tendremos necesidad de emprender una campaña de invasión, cuyos detalles deben estar previstos con tanto más cuidado, cuanto que mientras más nos alejemos de nuestra escuadra, más aumentarán las dificultades y los peligros que nos rodeen.

También nos obligará á efectuar una campaña de invasión el enemigo, si adopta el plan generalmente puesto en práctica por casi todos los pueblos que cuentan con defensas naturales en sus territorios, tales como desiertos, montañas, ríos caudalosos, etc., que, con el objeto de debilitar al ejército invasor y aprovecharse de las considerables ventajas que dan las posiciones al que las elige, lo atraen hacia el interior, donde el clima, las enfermedades y los difíciles medios de transporte son sus auxiliares poderosos, y donde los invasores tienen que luchar con dificultades inmensas, como lucharon los rusos en Khiva y los ingleses en el Afghanistan, no siendo extraño que para darnos á entender nuestro enemigo que es fácil de vencer y que sus medios de defensa son impotentes ante nuestra organización y fuerza, abandone, hasta sin defenderlas,

las fortificaciones costeras ó fronterizas, haciéndonos caer en un lazo, al emprender una campaña en el interior, sin el conocimiento ni elementos necesarios para efectuarla, antes bien engañados y engreidos con los fáciles triunfos que acabáramos de conseguir. Por esto no nos cansaremos de repetir, que si la previsión, el genio y la prudencia son necesarios en las guerras de Europa, lo son mucho más en éstas, que, al emprenderlas, casi nunca tendremos una idea exacta y perfectamente clara del país en que vamos á operar y del enemigo á quien hemos de combatir.

Ocupémonos, pues, en estudiar la guerra de invasión. Esta puede efectuarse por una ó varias columnas, según las condiciones topográficas, climatológicas y locales del país invadido, aunque, siempre que sea posible, deberá hacerse en una sola, cuando el efectivo de fuerzas no sea suficiente para formar varias que, llevando su impedimenta, puedan bastarse á sí mismas; pues, por lo regular, las comunicaciones y protecciones de unas á otras serán muy difíciles. Faltas muy graves han cometido los ingleses en la última invasión del Afghanistan, en este sentido. Su ejército penetró en tres columnas, por tres distintos puntos, bastante distantes unos de otros; pero la del centro, mandada por el general Roberts era tan pequeña y el desorden de su marcha tan grande, que sólo á la poca decisión de los afghanos se debe que no hubiera sido exterminada. El inmenso convoy de caballos, mulos, camellos y elefantes casi siempre iba solo con una pequeña retaguardia, porque el efectivo de la columna no permitía dotarla con la correspondiente, y marchaba ocupando una extensión de más de seis kilómetros, estando las alturas coronadas de enemigos. La columna no podía ser socorrida por la de la derecha ni por la de la izquierda; de una la separaba la distancia; de otra, una cadena infranqueable de montañas; y si, como era de presumir, no quedó sepultada en aquellos horribles desfiladeros, donde blanqueaban aún los huesos de sus compatriotas del

año 1842, debe atribuirse únicamente á la casualidad, acontecimiento al cual nada debe dejarse confíado en ninguna campaña y mucho menos en las de que tratamos (1).

Sin embargo, el general inglés Sir-Garnet Wolseley, en la guerra de los Ashantis, sin motivo alguno que ostensiblemente lo justificara, quizás cometió una falta estratégica al dividir sus fuerzas en tres columnas para invadir el país, tanto más, cuanto que dos de ellas estaban formadas, casi en su totalidad, por indígenas; pero calculó perfectamente, conociendo al enemigo, que éste se dividiría del mismo modo, para atender á los puntos amenazados, y el éxito más brillante coronó la operación: cada jefe feudal quiso defender su territorio, y el general inglés, con un núcleo grande de fuerzas europeas y naturales del país, batió parcialmente á las enemigas.

Los rusos también en las expediciones de Khiva y Khokhan divieron el ejército invasor en varias columnas, para atravesar las estepas, obligados por la necesidad de procurarse agua suficiente, y cruzaron los extensos arenales sujetando su marcha á los lugares de aguada, consiguiendo un triunfo completo sobre el enemigo.

A pesar de estos ejemplos que acabamos de citar, no deberemos admitir, como regla general, la conveniencia de dividir el ejército en varias columnas, á no ser que se basten todas á sí mismas; pues, en el primero, el general inglés consiguió la victoria por haber adoptado el enemigo igual procedimiento de división de fuerzas, al ver amenazados varios puntos del territorio, y en el segundo, las expediciones rusas fueron terminadas felizmente, porque las columnas, si no eran lo

(1) El efectivo de las tres columnas que penetraron en el Afghanistan fué el siguiente:

Columna	de Khyber.	16.384 hombres.	48	piezas	de	artillería.
Idem.	de Kurum.	5.766 id.	24	id.	de	id.
Idem.	de Quettah.	12.590 id.	66	id.	de	id.

suficiente para operar independientemente, eran lo bastante fuertes para hacer respetar su marcha colocándose á la defensiva en caso extremo, como llegó á suceder con alguna de ellas, que tuvo que marchar en cuadro, para rechazar á la numerosa caballería enemiga, que se oponía á su paso.

Quizás el enemigo, queriendo dividir nuestras fuerzas para efectuar una reunión rápida y caer sobre algunas de nuestras columnas, fraccione su ejército; pero, como en el sistema de guerra de que tratamos, nuestro objetivo será casi siempre marchar hasta la capital del país contrario y, dueño nuestro ejército de ella, imponer las condiciones que se deseen á los vencidos, si éstos antes no solicitan la paz, no debemos caer en aquel lazo y sólo dividir nuestras fuerzas, cuando á la proximidad de nuestro objetivo, sea conveniente para los movimientos tácticos.

Ahora bien; cuando el efectivo de nuestro ejército sea tal, que pueda dividirse en varias columnas que, como hemos dicho, puedan bastarse á sí mismas, nada será tan conveniente como dicha división estratégica, por prestarse á múltiples combinaciones, facilitar la campaña y acelerar su terminación, pudiendo el General en Jefe contar con mayores elementos y recursos para organizar previamente un plan general de invasión y desarrollar en mayor escala sus talentos militares. En este caso, como hemos dicho, serán muy difíciles, y generalmente imposibles, las protecciones de unas columnas á otras y no exentas de peligros las comunicaciones entre ellas, que la mayor parte de las veces no podrán efectuarse; por tal razón, los generales ó comandantes de columna recibirán instrucciones completas y detalladas del General en Jefe, y con presencia del mapa del país, si lo hubiere, se les señalará las etapas que hayan de hacer. En el caso probable de que no exista ningún mapa, se formará el esqueleto de éste por las noticias que faciliten los naturales, de la manera que hemos dicho al tratar del

servicio que presta el cuerpo de E. M., ó se destinarán á las columnas como guías, los hombres del país que hubieran conferenciado con el General en Jefe, facilitándole cuantas noticias supieran. La penetración, el talento y la prudencia de los generales serán las que marquen hasta qué punto pueden confiarse á un guía y, en el caso de emplearlos, deben elegirse con sumo cuidado, prefiriéndose aquéllos que tengan algún resentimiento con sus compatriotas, resentimiento que deberá avivarse con tacto, para sacar de él todo el partido posible.

Ya se efectúe la invasión con una columna, ya se lleve á cabo con varias, las prescripciones que deberán observarse serán las mismas. Siempre ha de preverse la posibilidad de un descalabro y de una retirada; y como en este caso las dificultades de las operaciones no disminuirán, sino que, por el contrario, se harán mucho mayores, deberemos dejar escalonadas en pos de nuestra marcha fuerzas suficientes, en atrincheramientos provisionales, si la duración de la expedición no ha de ser larga, ó lo que es más conveniente, construir fuertes que jalonen nuestra línea de comunicaciones, sin la seguridad de la cual ninguna columna debe penetrar en el interior de un país. A la vista de todo el mundo está la desastrosa retirada del ejército inglés, que ya en otra ocasión hemos citado, cuando pretendió marchar desde Cabul á la frontera de la India. No sólo el carecer de línea de comunicaciones motivó el que llegaran á faltarles hasta las municiones, sinó que los 16.000 hombres que entraron en los terribles desfiladeros, quedaron tendidos en horrible reguero de cadáveres, por no contar el ejército inglés en su retirada con puntos de apoyo, en los cuales se hubiera reorganizado la columna, bajo la protección del fuego de los cañones de los fuertes.

En caso de que el país esté muy poblado y existan aldeas ó pueblos en el itinerario de la marcha, ésta debe efectuarse de población en población, dejando en

cada una de ellas una fuerza suficiente que se fortificará para defenderse en caso de ataque, pero cuando el país sea tan despoblado y salvaje que no existan ni agrupaciones de casas ó chozas, deberemos dejar establecida á retaguardia de la columna una línea de fuertes, fáciles de construir en los paises donde abunde la madera, ó llevar construídos varios blockhaus, que se armen en el momento, en el caso de que el país sea árido y desierto ó no abunden en él las maderas necesarias.

***

Cuando el objetivo de la guerra no es un punto determinado del territorio enemigo, como sucede al tratar de sojuzgar un país ó de vencer una insurrección, puede nombrarse un número determinado de columnas que, independientes unas de otras, tengan por objeto deshacer las partidas enemigas y hacerse conocer y respetar en todo el país. Desde luego, la composición de estas columnas y el número de hombres que hayan de formarlas han de estar en relación con las fuerzas que estén destinadas á batir, pudiendo efectuarse una subdivisión sucesiva y gradual en ellas, cuando á causa de la contínua persecución, el enemigo se disperse. Esta dislocación de fuerzas es el último acto de la conquista militar ó reducción por la fuerza, que deba hacer nuestro ejército, porque, estando el enemigo deshecho y disperso, las pequeñas columnas serán las que continuando la persecución hasta el corazón de los bosques, terminen la lucha armada.

La fuerza moral que tengamos sobre el enemigo y el estado de organización en que éste se encuentre, influirán poderosamente, al designar los efectivos de las columnas; y, aunque en la ciencia militar los principios no pueden ser absolutos y sólo sirven para que, como norma de conducta, se amolden á las circunstancias, expresaremos en breves líneas las consideraciones que han de tenerse en cuenta al organizar diferentes co-

lumnas que recorran el país, independientemente unas de otras, para dominarlo y extender la influencia de nuestras armas por todo el territorio ó para batir las partidas armadas que vagan por el teatro de la guerra, cuando los pueblos no emplean en su defensa, como es lo frecuente, el sistema de la concentración de sus fuerzas militares y las líneas y posiciones. El efectivo de cada columna, como hemos dicho, ha de estar en relación con los que tengan las partidas enemigas de más importancia, sin que por esto creamos, ni por un momento, que el número de hombres deba ser igual, porque las ventajas que posea nuestro ejército en inteligencia, disciplina y medios de guerra, sobre los enemigos, serán tantas, que, comunmente, pequeñas fracciones de aquél podrán tener á raya y áun derrotar á considerables fuerzas contrarias.

No son raros en la historia de las guerras irregulares, los casos en que un pequeño número de soldados disciplinados, aguerridos y decididos han batido á un número excesivo de tropas enemigas, en las que infinidad de causas, como el pánico, la superstición, el miedo á nuestra artillería y otras varias hacen gran impresión, que ayuda poderosamente á nuestras armas.

Un notable ejemplo de esto tenemos en la historia de la conquista del Perú. Doscientos soldados nuestros, fueron sitiados en Cuzco por el Inca Manco-Capac, á la cabeza de unos 200.000 indios: forzados á retirarse de casa en casa nuestros compatriotas, llegaron hasta la plaza de la población y se fortificaron en un vasto palacio que en ella había, desde donde se defendieron bizarramente, ofendiendo á sus contrarios con el fuego de sus culebrinas y mosquetes. Muchos habían ya perecido; se aproximaba el momento en que llegarían á faltar las municiones, y todos esperaban una muerte segura, cuando supieron que los indios preparaban un nuevo ataque, durante el cual intentarían prender fuego al palacio. Entonces nuestros compatriotas tomaron una resolución heróica; se confesaron, abrazá-

ronse unos á otros y decidieron morir como valientes acuchillando al enemigo. Lanzaron los ginetes sus caballos á galope por las estrechas calles de Cuzco, y los de á pie les siguieron á la carrera, combatiendo como leones: los indios, sorprendidos, retrocedieron, y pronto nuestros valientes soldados quedaron dueños de la población, dudando, después del combate, de lo que habían hecho y de su propio valor, y creyendo firmemente en la intervención divina. El Inca, desanimado por el mal éxito de una jornada en que un puñado de españoles había batido á un número tan considerable de indios creyó, llorando, que el Sol su padre, le abandonaba, y se retiró con su ejército. En memoria de aquella defensa heróica, levantaron nuestros soldados una capilla, que aún existe en la plaza de Cuzco, y la bautizaron con el nombre de «El Triunfo.»

Debe tenerse también presente al formar las columnas de operaciones, si, siendo éstas numerosas, pueden fácilmente prestarse protección en casos determinados, ya por avisos que se manden de unas á otras, ya obedeciendo todas á la consigna de acudir á donde oyeren fuego, porque, en caso de que esto pueda verificarse, podremos disminuir el efectivo de cada una, con tal de aumentar el número de ellas. También ha de tenerse en cuenta el máximum de distancia á que han de retirarse las columnas de los puestos, líneas ó campamentos, para reforzarlas convenientemente, cuando aquélla sea excesiva, y pensar en el número de raciones que puedan transportar las bestias de carga, para dar á las columnas libertad en sus movimientos y no obligarlas á retroceder con demasiada frecuencia para proveerse en los almacenes ó depósitos, pues de este modo las operaciones no serán activas y se paralizarán periódicamente, imposibilitando las persecuciones.

La formación de las columnas debe subordinarse al carácter del pueblo al que hagamos la guerra, á su sistema de combatir y á los medios de resistencia con que cuente; pero, sobre todo, lo que más ha de estudiarse es

la extructura y conformación especial del teatro de la guerra. En los países abiertos y poco quebrados, la caballería prestará grandes servicios; pero en los cubiertos de bosques, á veces vírgenes, y surcados por barrancos profundos ó sierras escarpadas, será la infantería la única que debemos emplear, porque para el hombre á pie no existe terreno inaccesible; y aunque casi siempre, si queremos dar movilidad á las columnas, tendremos que prescindir de la artillería; en caso de emplearla, daremos dotación de baterías montadas á las columnas de caballería, y de montaña á las de infantería.

Estas columnas de operaciones deben procurarse su abastecimiento, recalando en puntos donde estén establecidos los depósitos de víveres y municiones, para lo cual se elegirán puntos estratégicos en los que, bien guardados, existan dichos depósitos y hospitales provisionales, donde se curen los enfermos no graves y los heridos leves, que, al cabo de algún tiempo, puedan volver á incorporarse á sus columnas. En dichos hospitales se organizarán convoyes con los enfermos y heridos que necesiten una delicada asistencia, para que, convenientemente escoltados, marchen cuando sea posible, á los hospitales permanentes, establecidos en puntos sanos, elegidos, para dicho objeto, algo distantes del teatro de la guerra, si fuere posible.

Para evitar que las columnas de operaciones tengan que abandonar sus objetivos y suspender sus movimientos para ir á racionarse á los depósitos, pueden nombrarse una ó varias columnas de racionamiento, que, concurriendo con las que operan á sitios determinados y en épocas fijas ó variables, les faciliten los víveres y municiones necesarios, recojan sus heridos y enfermos y les entreguen los que, ya restablecidos en los hospitales, vuelvan á encontrarse en estado de tomar parte en las operaciones. Si las columnas que operan tienen acémilas ó medios de transporte, las épocas de los racionamientos pueden señalarse algo distantes

unas de otras, teniendo presente, al envíar las raciones, que toda fuerza que opere veinte ó treinta días, por ejemplo, necesitará llevarlas para un tercio más de este tiempo; pero cuando las columnas operen sin acémilas y sea necesario que los soldados lleven á la espalda las raciones, las épocas del racionamiento no deben distar unas de otras, á lo sumo, más de cinco días, porque no debe abusarse de poner á los soldados á media ración y hacer durar las que se lleven más tiempo del señalado, pues, en las guerras de que tratamos, la buena alimentación del soldado es lo principal, y de ella viene á depender casi siempre el buen ó mal éxito que se alcanza; por esto, y para que las columnas de operaciones tengan movilidad suficiente y estén bien alimentadas, sin sufrir exceso de fatiga, las encargadas del racionamiento deben procurar encontrarse con las primeras cada tres ó cuatro días, llevándoles los víveres y municiones necesarios, en acémilas ó caballos de la caballería, y en caso de que el terreno donde se opere no sea accesible á bestias de carga, transportándolas á la espalda los mismos soldados de la columna que racione. Cuando el terreno sea á propósito para la caballería, el racionamiento puede efectuarlo ésta con gran rapidez y seguridad, llevando cada soldado en la grupa y perilla de su caballo el número de raciones suficiente para que, entre todos, se reunan las necesarias para la columna á que vayan destinadas, procurándose siempre no cargar con exceso á los caballos, que, por otra parte, deben ir aligerados de los efectos del equipo que no sean necesarios para una marcha de uno ó dos días.

***

Tratemos ahora de la ocupación militar. Esta puede ser accidental y durar el tiempo que se emplee en las operaciones, con el objeto de conseguir la paz y lograr el objetivo de la guerra, retirándose luego las fuerzas del país ocupado, ó ser permanente á semejanza

de las que hacían las legiones romanas en Africa, para conseguir que después de la guerra, el país se organice bajo la protección de la fuerza armada, retirando ésta cuando se haya conseguido el completo arraigo de la dominación, ó no retirándola nunca, en cuyo caso quedará la colonia ó país, sometido á una organización y régimen militar.

Tratemos primeramente de la ocupación desde el punto de vista de las operaciones, y luego hablaremos brevemente de la ocupación militar de un país dominado.

Parece á primera vista, que diseminando un ejército en un gran número de fuertes, pueden ocuparse perfectamente multitud de puntos interesantes y estratégicos, y aun dominar completamente provincias y países extensos con un pequeño número de tropas, y esto esto es un error. De lo primero que tenemos que huir, al tratar de ocupar un territorio, es de encerrar fuerzas, pequeñas ó grandes, en fuertes que, por lo mismo que sus guarniciones están obligadas á defenderlos, no tienen otro radio de acción que el alcance de los fusiles de sus defensores, y éstos, con seguridad, podrán dormir tranquilos, pues el enemigo no ha de ser tan incauto que vaya á atacar puestos fortificados que en nada le molestan y donde tiene prisioneras á las tropas que los guarnecen. El número de soldados que ocupe cada fuerte tendría que ser muy pequeño, para que pudieran establecerse muchos, y, por lo tanto, las salidas serían imposibles; los soldados se acostumbrarían á no batirse, ó á hacerlo desde las aspilleras, con lo cual perderían indudablemente mucha fuerza moral y la ocupación del país sería ilusoria, por más que hubiéramos multiplicado los fuertes, Estos, como hemos dicho en otro lugar, deben sólo emplarse para la seguridad de una línea de comunicaciones, de una frontera ó zona productiva, y, en general, para aislar una localidad determinada y librarla de las excursiones del enemigo, y esto después de combinar grandes defensas que for-

talezcan la línea, aunque siempre huyendo del sistema de emplear muchos soldados en guarniciones de puestos fortificados, no sólo por los motivos que hemos dicho sinó para evitar las enfermedades que origina la inacción.

*
* *

La ocupación militar de un país ha de estar, por lo tanto, basada en el movimento de las tropas, y para ello será necesario dividir el territorio en un cierto número de zonas, cada una de las cuales tendrá un centro situado estratégicamente en ella, centro que puede ser un pueblo enemigo convenientemente fortificado, un campo atrincherado ó un campamento permanente.

La magnitud de cada zona y el número de ellas dependerán del efectivo de fuerzas que tengamos, y, al tratar de designarlas y señalar sus límites, se tendrán muy en cuenta las diversas localidades del país que pretendamos ocupar, fijando bien la atención en las comarcas de donde hayan partido las insurrecciones y en las que se hayan alentado y cuenten grandes simpatías ó sean más belicosos sus habitantes, así como también aquéllas que más pruebas de adhesión hayan dado á nuestra causa, para, en uno ó en otro caso, señalar las fuerzas en armonía con los elementos que puedan resultar contrarios en las zonas que se les confíen.

Á la división del territorio en zonas, precederá el estudio general de la configuración del país; porque, habiendo, por ejemplo, terrenos muy llanos y despejados, y comarcas montañosas y cubiertas, es de suma importancia determinar zonas montuosas y llanas, en vez de zonas en parte llanas y en parte montuosas, por la distinta dotación de tropas que han de tener unas y otras, y para evitar, en lo posible, la confusión de armas y de cuerpos, logrando con esto que no existan en la misma zona jefes de igual graduación, como suce-

dería, por ejemplo, al señalar como tropas de ocupación, un batallón de infantería y un escuadrón suelto, mandado, por lo común, por un teniente coronel.

Por estas razones, es conveniente que los jefes de las zonas sean jefes de cuerpo y que las zonas las ocupen fuerzas de los cuerpos respectivos, dándoles en todo caso algunas auxiliares de otras armas, que sean mandadas por oficiales ó jefes de menor graduación que los primeros. En este supuesto, nada será tan conveniente como las zonas de batallón, por más que el efectivo de las tropas que guarnezca cada una haya de estar en relación con los elementos de que disponga el enemigo, con el número y fuerza de sus partidas, con la mayor ó menor facilidad que tengan para reconcentrarse, y con multitud de causas locales, que habrá de apreciar el General en Jefe.

Antes que el enemigo esté quebrantado, y cuando todavía pueda disponer de masas y fuerzas de consideración, no será prudente subdividir el batallón, como no sea para las operaciones que se efectúen dentro de la zona; pero una vez deshechos los grandes grupos de enemigos y habiendo conseguido la subdivisión de sus partidas que, en razón á la persecución incensante, no podrán reunirse impunemente en ningún punto, será muy conveniente subdividir á nuestra vez, nuestras fuerzas, para lo cual dentro de la zona del batallón se establecerán zonas de compañía, y casi podríamos asegurar que si el enemigo nos deja llevar á efecto esta subdivisión, y aun la de zonas de secciones, la insurrección ó la guerra poco tardará en terminar completamente, porque los enemigos, ya dispersos, que no vayan á prestar su sumisión á nuestros campamentos ó puestos, serán cazados por nuestros soldados en el fondo de los bosques donde se oculten.

A cada zona de batallón debe señalársele el número de piezas de artillería que se juzgue necesario y aunque en la mayor parte de las operaciones rápidas que se ejecutan diariamente dentro de la zona será inconve-

niente llevar artillería, ésta prestará grandes servicios, aunque no sea más que para la guardia, seguridad y defensa de los campamentos ó campos atrincherados que existan en los centros de las zonas. Igualmente debe asignarse á cada una de éstas una dotación de caballería, para que preste el servicio de descubiertas, confrontas, correos etc.; pero si la topografía del país fuera tal que existieran terrenos llanos y extensos, donde la caballería pudiera maniobrar con entera libertad, es preferible tenerla reunida por cuerpos y hacer desempeñar su servicio, en las zonas de batallón, por guerrillas montadas. En este caso las zonas que ocupe la caballería serán zonas de regimiento ó escuadrón y los jefes de éstos serán jefes de las zonas, con las mismas atribuciones é igual servicio que los de las de batallón, debiendo dotárseles en caso de ser posible, como ya hemos indicado en otro lugar, con baterías montadas, pues, de hacerlo de otro modo, quedarían las piezas siempre encerradas en el campamento ó quitarían á la caballería su principal condición, cual es la celeridad en sus movimientos, siempre que las acompañara.

La elección del centro de la zona no debe ser arbitraria; ha de llenar ciertas condiciones, para que la ocupación produzca buen resultado. Dentro del campo atrincherado ó campamento que forme el centro, debe encontrarse todo lo que sea necesario para las tropas que hayan de vivir en él y bueno será recordar que la causa principal del desastre sufrido por los ingleses en el Afghanistán el año 1842, fué que, á parte de la mala elección de su campo atrincherado, se encontraba fuera de él el depósito general de víveres y de municiones, que no tardó en caer en poder de sus enemigos, una vez rotas las hostilidades. El punto elegido no debe estar dominado por ninguna altura situada á la distancia del alcance de las armas de nuestros contrarios, y desde él ha de poderse observar la mayor extensión de terreno, sin que queramos decir con esto que se elijan

las crestas de las montañas, donde experimentaríamos desventajas é incomodidades enormes Se procurará también que en los alrededores del centro de la zona existan pastos para el ganado, porque, no habiéndolos sino distantes, tendríamos que emplear diariamente una fuerza considerable en el servicio de forrajes ó pastoreo que haría indudablemente languidecer la actividad de las operaciones en el territorio de la zona; pero la principal condición con que han de elegirse los centros, es con la de que haya agua corriente en sus inmediaciones, procurando, si es posible, hacerla pasar por el interior del campo.

Como éste suele formarse, por lo común, con grandes barracones, que sirven de alojamiento á las tropas, y de almacenes de depósito, cabañas separadas para oficiales é infinidad de otras construcciones necesarias, y todas ellas se llevarán á cabo con los elementos que proporcione el país, es conveniente situar los centros de zona cerca de los lugares donde se críen los árboles, palmeras ó cañaverales que produzcan los materiales de construcción necesarios, con el fin de evitar penosos arrastres y el destino de fuerzas de protección para los cortadores, que, si están próximos al campo, no es fácil que sean inquietados en sus trabajos.

Debe evitarse establecer los centros en las inmediaciones de sitios pantanosos, á no ser que fácilmente puedan desecarse, aprovechando los desniveles del terreno, así como huirse de los lugares insalubres, propensos á enfermedades, sin ventilación ó cubiertos de árboles cuyas emanaciones sean dañosas, árboles que suelen existir con frecuencia en los países tropicales.

Se procurará también evitar el establecimiento de los centros de zona en puntos infestados de insectos incómodos, tales como mosquitos, hormigas y otros varios, que es imposible extinguir y que hacen más intolerable la vida penosa y ruda del soldado en estas campañas, añadiendo un sufrimiento más á los muchos que padece, cuando, cansado y extenuado de fatiga, vuelve

á su campamento á intentar gozar de algunas horas de descanso.

Dividido el territorio en zonas, los jefes de éstas pueden entenderse directamente con el General en Jefe, ó bien, si el país ocupado es demasiado extenso, reunirse varias bajo el mando de un coronel, brigadier ó general, que será el que dé impulso á las operaciones recorriendo las zonas que estén bajo su mando. De esta manera se establece una división territorial en completa analogía con la organización del ejército de ocupación, puesto que la reunión de dos zonas formará la media brigada, la de varias de éstas la brigada, y así sucesivamente aparecerán divisiones, que ocuparán extensas porciones de territorio constituyendo comandancias generales. Sin embargo, no siempre será conveniente extremar esta organización, porque, como las guerras irregulares son, las más de las veces, guerras de iniciativa particular, ha de darse en ellas la mayor independencia posible á los jefes directos de las fuerzas, para desarrollar el estímulo y aumentar la satisfacción. Por esta razón será conveniente, con frecuencia, que entre los jefes de las zonas y el General en Jefe sólo exista la autoridad de los jefes de brigada, que, con mayores atribuciones que los primeros, puedan obrar y resolver en el momento sobre cualquier asunto que ocurriese. Algunas veces, aun estando el país organizado en grandes circunscripciones militares, será necesario dar mayor independencia al jefe que ocupe alguna zona importante y determinada, autorizándolo para entenderse directamente con el General en Jefe; pero estas autorizaciones especiales no deben prodigarse si el país está organizado en aquella forma, que, desde luego, demuestra que dicho General tiene á su cargo infinidad de asuntos de más transcendencia que los pequeños detalles de organización y de las operaciones. En el Khanato de Khokan, ocupado militarmente por la Rusia, el gobernador general representa la autoridad civil y militar más elevada, los jefes de los círculos, con los suplentes

y todos los oficiales, le están inmediatamente subordinados, y las atribuciones de los primeros son tan latas, que pueden, en caso de necesidad, declarar su círculo en estado de sitio, y entonces todos los oficiales que dependen de él están directamente bajo sus órdenes.

Cada centro de zona ha de estar abundantemente provisto de vituallas y municiones para un cierto tiempo, y para conseguir esto, deben dedicarse las fuerzas que los guarnecen á conducir de vez en cuando, convoyes, desde los almacenes de depósito del ejército, ó desde centros vecinos, que, á su vez tomarán las raciones de los inmediatos, y así sucesivamente hasta llegar á los depósitos generales, que estarán situados en los puntos más próximos á los centros de zonas, si bien las condiciones de los países de que tratamos obligarán, quizás, á situarlos lo más cerca que sea posible de las costas. En los antedichos centros deberán establecerse enfermerías de cuerpo, que sólo enviarán á los hospitales los enfermos ó heridos de curación larga ó de alguna gravedad, aprovechando para ello la época de los convoyes, según diremos más adelante.

*
* *

La ocupación militar pacífica estará basada en los mismos principios que acabamos de exponer. Puede ocuparse completamente todo el territorio ó bien una parte de él, la más expuesta, por ejemplo, á las invasiones de un enemigo exterior, y en este caso las fuerzas que ocupen las zonas fronterizas serán la vanguardia, el abrigo y la protección de las colonias agrícolas que se establezcan en el país dominado y su seguridad más completa. A pesar de que las tropas no han de emplearse en constantes operaciones, debe procederse con suma prudencia al tratar de disminuir los efectivos de las fuerzas que ocupen las zonas, adoptando medidas de precaución, construyendo fuertes permanentes, campos atrincherados en buenas condiciones, líneas de fuertes, y sobre todo, dejando bien

guardadas y expeditas las líneas de comunicaciones, para lo que se trabajará con ardor, una vez conseguida la paz, abriendo caminos generales accesibles para las tres armas, y estableciendo líneas telegráficas que liguen todos los puntos ocupados por las tropas y dando carácter permanente á las provisionales que se hayan construido en la época de la guerra.

No por haber concluido la lucha armada deberemos confiar completamente en la buena fé y sumisión del enemigo; muchas veces ha sucedido que nuestros contrarios sometidos en apariencia, esperan un descuido en nuestra vigilancia y organización, para dar atrevidos golpes de mano, que llegan hasta á reavivar la guerra. Recordamos á propósito de esto, que en una de las expediciones rusas á Khiva, al cabo de dos meses de marchas penosas y trabajos inmensos, llegaron las tropas á la capital, y después de batir á los khivianos y obligar al Khan á que firmara un tratado de paz, se dispersaron en destacamentos por el país, para efectuar la ocupación y vivir más fácilmente. La confianza y el abandono reinaron pronto entre los rusos, sin sospechar que los naturales del país se levantaran de repente y los asesinaran, como sucedió, no quedando ningún destacamento que no fuera pasado á cuchillo por los feroces khivianos, que tan humildes parecían al ajustar el tratado de paz.

Así, en los países ocupados por gentes guerreras y revoltosas, incapaces de resistir en campo abierto, pero nunca sometidas completamente, es necesario desplegar una vigilancia y atención extraordinarias. Las tropas, víveres y municiones deben estar siempre preparados y en relación con lo imprevisto que pueda ocurrir, pues de repente pueden estallar rebeliones que hay necesidad absoluta de reprimir en su origen y ahogar al nacer, para que no tengan eco en las demás comarcas del país sometido.

Para concluir diremos, que cuando se encuentre algo retirado de nuestros puntos de permanencia defini-

tiva el país que se haya de ocupar por un cierto tiempo ó á perpetuidad, deberemos tener un especial cuidado en conservar en todo tiempo bien expedita, libre y defendida nuestra línea de comunicaciones, acordándonos de que el ejército inglés destruido en el Afghanistan, del que tantas veces hemos hablado, estaba en Cabul completamente aislado y sin comunicaciones seguras con la India, y que, por lo tanto, será bueno pensar en el descalabro que sufrió, para evitar que en circunstancias parecidas pueda sucedernos otro semejante.

CAPÍTULO VII.

Importancia de la estrategia.—Operaciones en territorios montañosos.—Id. en los cubiertos de selvas y bosques.—Id. en los despejados.—Id. en los pantanosos.—Vigilancia en las montañas, llanuras, ríos y costas.

Sea cualquiera el sistema de guerra que se emplee para conseguir la conquista ó sumisión de un país, por lo general, las tropas no ejecutarán otra cosa que marchas ofensivas, ya forme todo el ejército expedicionario una sola columna que tenga por objetivo apoderarse de la capital enemiga ó de un punto determinado del país contrario, ya las operaciones sean efectuadas por diversas columnas, resultado del fraccionamiento de las tropas.

En el primer caso, el General en Jefe llevará bajo su inmediato mando á todo el ejército unido ó fraccionado en varias unidades orgánicas que marcharán en combinación, y en el segundo los jefes de zona ó de columna, con entera independencia en cuanto concierna al detalle de las operaciones, operarán de una manera análoga, formando con las tropas de que disponen una sola columna encargada de la persecución del enemigo y vigilancia del territorio encomendado á su cuidado ú organizando varias parciales que, en combinación ó aisladas, tenga igual misión; pero en uno y otro caso, en razón á los grandes obstáculos materiales que presentan los países no civilizados, pocas veces será posible desplegar en un momento preciso todas nuestras ventajas tácticas y elementos de fuerza. Nuestros enemigos, que impunemente podrán llegar hasta ofender-

nos con sus armas blancas sin que tengamos noticia de sus proximidad, que unas veces nos atacarán por los flancos, y otras por la retaguardia sin que nuestras fuerzas consigan desenvolverse en los estrechos senderos de los bosques ó de las montañas, harán, en parte, impotente la notable superioridad que sobre ellos tendremos en armamento, organización y conocimientos tácticos. Esto explica porqué son tan comunes los reveses que experimentan las tropas regulares al sostener compañas irregulares en terrenos cubiertos ó montañosos.

Puesto que perdemos en parte nuestras ventajas tácticas sobre el enemigo en el momento del choque, tendremos que recurrir á la estrategia, pero no para combinar operaciones que tengan por objeto envolver ó caer sobre los ejércitos enemigos, porque perderíamos el tiempo, sino para apoderarnos de puntos importantes; y en vez de confíar todo el éxito de nuestra empresa á la suerte de los combates, procurar siempre que exista un objetivo determinado que no sea la vigilancia de una zona ó territorio, arreglar los movimientos de las columnas de manera que el enemigo se vea burlado en sus intentos, cuando pretenda mortificar nuestras marchas y hacerlas difíciles por el gran número de heridos que nos cause sin combate, procurando adquirir gran fuerza moral, que será el resultado de los movimientos estratégicos, para ellos quizás desconocidos.

Los ejércitos poco civilazados sólo se baten bien cuando cuentan con seguras líneas de retirada, y así, se les ve con frecuencia abandonar fortísimas posiciones en cuanto conocen que un enemigo intenta envolverlos. Ejemplo reciente tenemos de esto en la guerra del Tonkín; los franceses han operado estratégicamente contra los chinos y tonkineses y han conseguido sus más brillantes victorias sin tener necesidad de forzarlas líneas enemigas, ocupando fuertes y poblaciones, y recogiendo numeroso botín de artillería abandonados por sus contrarios, sin experimentar gran número de bajas.

Al penetrar en países cubiertos de selvas ó de montañas, es conveniente formar varias columnas, suficientemente fuertes para que cada una pueda bastarse á sí propia, y las combinaciones estratégicas que se efectúen, que estarán en relación con la facilidad que haya para atravesar el país y con los objetivos de las operaciones, conseguirán seguramente mayores y más rápidos resultados que si, buscando siempre los puntos ocupados por el enemigo, nos proponemos conseguir nuestro objeto por medio de combates. Podremos cruzar en todos sentidos un país, batiendo siempre á sus defensores; mas para reducirlos, para obligarlos á aceptar nuestra dominación, es preciso desgraciadamente, algunas veces, destruirlos por completo ó atacar á sus intereses.

Nuestras rápidas marchas y victorias apenas dejarán impresión en sus ánimos; es necesario que nos apoderemos de sus almacenes de granos y viandas, de sus zonas productoras, de sus poblados, de sus recolecciones y hasta de sus familias; y para conseguir esto, sería completamente inocente quererlo lograr batiendo contínuamente al enemigo con la esperanza de encontrar sus recursos y sus familias en el mismo terreno que defienden: regularmente, tanto unos como otros, cambiarán de lugar, y una de las prácticas del enemigo será distraer la atención hacia puntos distantes de aquellos donde existe lo que queremos arrebatarle.

La estrategia es, pues, la que nos ha de proporcionar conseguir los resultados que apetecemos; la combinación de columnas, los movimientos ocultos y aparentemente sin importancia, las grandes marchas en direcciones divergentes de varias columas, en fin, cuantos resortes puedan ponerse en juego para distraer la atención y engañar á nuestros enemigos, producirán excelentes resultados, en gentes que, poco versadas en la ciencia de la guerra, verán burladas sus apreciaciones sin gran trabajo por nuestra parte: con todo, lo volvemos á repetir, es necesario no emplear los principios estratégicos contra las masas enemigas,

como sistema, y muchas veces también serán infructuosos contra tribus que tengan gran movilidad, porque son muy raros los casos en que las combinaciones de columnas y las operaciones estratégicas lleguen á conseguir, como en Europa, rodear un ejército ó encerrarlo en una plaza y hacerlo capitular.

* * *

Desde luego se comprende que dichas operaciones no podrán efectuarse sino en los países donde sea fácil ocultar por algún tiempo los movimientos de las tropas: á propósito de esto dice el Mariscal Bugeaud en sus apuntes sobre la manera de hacer la guerra en Argelia: «En las montañas es donde únicamente representa un importante papel la estrategia. Las dificultades del terreno hacen de aquellos teatros de operaciones una sucesión contínua de terribles posiciones, que son las que dán á sus habitantes el arrojo suficiente para oponerse al paso de nuestras columnas y hasta para atacarlas. No huyen á grandes distancias como los árabes, y si alguna vez que otra combaten de frente, se arrojan como ellos por todos lados sobre los flancos y retaguardias de nuestras tropas, cuando éstas entran en los estrechos senderos que no permiten á las vanguardias acudir en auxilio de las retaguardias. Es preciso, pues, maniobrar de manera que se eviten en cuanto sea posible tales inconvenientes. Allí, se pierden muchas de las ventajas de la táctica, porque no se puede combatir sino en tiradores. La dirección de las columnas, por lo tanto, nos debe hacer ganar lo que la configuración del suelo nos haya hecho perder. Es preciso ser muy fuerte para penetrar en las grandes cordilleras, no precisamente por temor á sus defensores, sinó por la forma de los terrenos, y cuando sea posible se formarán varias columnas para que, protegiéndose mútuamente, puedan tener inquieto al enemigo y envolver las posiciones donde podrían oponérsenos de frente ó desde las que podrían atacarnos los flancos y la retaguardia.»

En los terrenos montañosos es, pues donde nos darán grandes resultados la estrategia. Napoleón dice en sus memorias «En las montañas se encuentran un gran número de posiciones extremadamente fuertes por sí solas, que debemos guardarnos de atacar. El genio de la guerra consiste en ocupar posiciones sobre los flancos ó retaguardia de las del enemigo, y de este modo no dejarle más alternativa que evacuarlas sin combate para tomar otras más á retaguardia ó salir de ellas para atacarnos. Aun en la guerra ofensiva, el arte consiste en no tener más que combates defensivos y en obligar al enemigo á salir de sus posiciones para combatir».

El estudio de los sistemas orográficos nos dará, por lo tanto, el medio de practicar movimientos que obliguen al enemigo á combatir en los puntos donde nos convenga.

Al tratar de la manera de operar en las montañas se dividen las opiniones de los escritores militares que han hablado de este asunto; unos pretenden, que la posesión de las crestas conduce á la de los valles y otros, por el contrario, consignan que la posesión de los segundos, lleva á la de los primeros. Aunque existen muchos argumentos en contra de cada uno de estos principios sólo señalaremos los siguientes: ocupando las crestas, la dificultad para subsistir en ellas es inmensa: posesionándose de los valles, el enemigo hará desde las cumbres, que nuestros movimientos sean sumamente difíciles y expuestos. Napoleón asegura que el dueño de los valles es dueño del país; pero como ningún principio es absoluto en la guerra, lo más conveniente será aprovechar crestas y valles según los movimientos que tengamos que efectuar, teniendo presente que los puntos de permanencia fija, tales como campos atrincherados, campamentos, fuertes etc., deben siempre establecerse en las laderas ó en los valles de las grandes montañas, que será donde se encontrará agua, sin la cual no tendrá condiciones de estabilidad

ningún punto ocupado, y que si se tratara de alguna determinada operación, que no tuviere por objeto la dominación completa del país, se deberá marchar por las divisorias, con el objeto de dar rapidez á la operación y que el enemigo no pueda impedirla parapetándose en fortísimas posiciones.

Hemos dicho que la guerra en los terrenos montañosos, es más favorable para los que estén á la defensiva que para los que tomen la ofensiva, pero esto, es sólo en los movimientos tácticos cuando el asaltante no tiene libertad para escoger muchos puntos de ataque y no en los movimientos estratégicos, porque en éstos, el que ataca, conociendo bien el sistema orográfico del país, la naturaleza y disposición de las montañas, y la dirección y profundidad de los valles, puede libremente escoger el camino que más favorezca á su intento y obligar al enemigo á salir de las posiciones que haya elegido, para acudir á la defensa de otro punto del territorio donde quizás las condiciones especiales del terreno, equilibren las fuerzas del asaltante y del defensor.

En lo alto de las cordilleras, muchas veces se encuentran grandes llanuras ó mesetas; llegar á ellas, es, para quien ataca, la victoria, y por esta razón su primer intento será hacer subir una columna á quellos parajes. Esto podrá conseguirse por medio de movimientos tácticos, combatiendo en las vertientes de las montañas y escalando á viva fuerza sus faldas; pero como en todo terreno montañoso existen grandes espacios por los que el asaltante, retirado algún tanto del enemigo puede caminar sin riesgo de ninguna especie, puesto que estará desenfilado de las líneas contrarias, es claro que un movimiento envolvente, practicado en esta forma hará alcanzar el resultado apetecido con pocas pérdidas y con gran seguridad.

En las comarcas montañosas, los caminos suelen remontar los grandes arroyos, así es que será una ventaja inmensa en una invasión, que la dirección de los

valles, sea paralela á la de la marcha de las tropas, pues remontando los grandes valles se llegará seguramente á la divisoria general por el camino más cómodo y practicable, y podrá conseguirse que el ejército lleve consigo su impedimenta, cosa apenas posible de efectuar, cuando la marcha lleve una dirección perpendicular ú oblícua á los valles, por las contínuas y grandes pendientes que habrá que subir y bajar.

Cuando sólo se tratare de atravesar un país montañoso, para caer sobre zonas fértiles ocultas por él, con el fin de apoderarse de algún punto importante ó efectuar otra operación cualquiera que no implique tener que vivir y operar durante mucho tiempo en las montañas, las ventajas de la estrategia resaltan notablemente. Nuestros movimientos, antes de iniciar la dirección de la marcha, traerán seguramente inquieto al enemigo y si en la combinación que ideemos somos lo suficientemente reservados y sagaces, nuestros contrarios, no sabiendo con certeza el punto que hemos de elegir para efectuar el paso, subdividirán seguramente sus fuerzas para vigilar todos los caminos, pues no es aventurado suponer que nuestro enemigo no esté muy versado en el arte de la guerra y no haga la defensa de una cadena de montañas con arreglo á las prevenciones generales de establecer reservas estratégicas y tácticas, ni que carezca de grandes medios de comunicación para reunir todas sus fuerzas con rapidez al aviso de uno de sus puestos avanzados.

Es un ejemplo notable, del paso de montañas, el ejecutado por el general San Martín en la guerra de la independencia de Chile. Sabido es que la cordillera de los Andes separa el antiguo Gobierno de Buenos Aires, hoy República Argentina, de Chile: cuando las colonias americanas empezaron á proclamarse independientes, el general San Martín fué encargado por el Gobierno separatista de Buenos-Aires del mando de los territorios de Mendoza, San Juan y San Luis, es decir de los que confinaban con Chile, que aun estaba en nuestro

poder. Nuestro ejército acudió apresuradamente á tomar posiciones en la cordillera de los Andes para impedir que el general enemigo, pasara al territorio de Chile y levantara el país en contra nuestra; pero adoptando un sistema peligroso para la causa que defendían, nuestras fuerzas se dividieron en ocho grupos que se escalonaron desde la Concepción hasta Aconcagua, es decir, ocupando una línea tan extensa que por necesidad había de ser débil en todos sus puntos. San Martín con escasos recursos y con un ejército de cuatro mil hombres, compuesto en su mayor parte de emigrados y desertores chilenos, no se atrevió á presentar batalla á nuestras tropas y acudió á los movimientos y combinaciones estratégicas para engañar nuestra atención y penetrar en Chile. Trató secretamente con los indios Puelches, que simpatizaban con nuestra causa, para obtener de ellos el libre paso por su país, con la idea de que dichos indios pusieran en conocimiento de nuestras tropas su pretensión, como efectivamente sucedió; al mismo tiempo hizo saber á las tropas que estaban establecidas en Mendoza, que intentaba marchar directamente á Santiago por el desfiladero de Patos, el más inaccesible y difícil de atravesar de toda la cordillera, pensando, con razón, que el Gobierno de Chile consideraría aquella noticia como falsa, propagada únicamente para atraer á dicho punto la mayor parte de las fuerzas.

Después de esta preparación diplomática, por decirlo así, el General San Martín, dirigió un destacamento de sus tropas sobre Coquimbo, otro sobre Talca y otros dos encargados de hacer demostraciones sobre Turicú y sobre Santiago, por el desfiladero de Uspollata, marchando él con el grueso de sus fuerzas por el desfiladero de Patos, que en razón á las dificultades que presentaba, suponía débilmente guardado. Efectivamente, así sucedió; su pequeño ejército franqueó las altísimas montañas sin encontrar la menor resistencia, y si bien las tropas insurrectas sostuvieron terribles luchas con

la Naturaleza y hubo necesidad de emplear gran energía y hacer cuantiosos sacrificios para transportar los bagajes y la artillería, llegó, por último, San Martín á pisar los valles de Chile, habiéndose dejado en el desfiladero 4.980 mulos y 3.400 caballos. Los patriotas facilitaron recursos al tan destrozado como exíguo ejército, y gracias á tan eficaz ayuda pudo marchar inmediatamente sobre Santiago, cuya pérdida, por nuestra parte, fué la señal del fin de la dominación española en Chile. Inútil es decir que nuestro ejército engañado por el enemigo, disperso por las órdenes de sus jefes y sin la iniciativa necesaria á tropas que pelean en las montañas, no pudo, aunque individualmente se llevaron á cabo actos heróicos de bravura, contener el torrente impetuoso de la opinión apoyada por las tropas que mandaba un general inteligente, activo y victorioso.

* * *

Los terrenos cubiertos de selvas y bosques, donde los movimientos de las tropas pueden ocultarse al enemigo, son también á propósito para efectuar movimientos y combinaciones estratégicas que nos proporcionen el triunfo sobre el contrario ó alcanzar el objetivo de la campaña, quitando á ésta el carácter de una penosa y larga marcha ofensiva, inquietada siempre por enemigos aislados, ó de un contínuo combate en el que la dificultad de los transportes hará cada vez más difíciles nuestros movimientos. Para esto es preciso, antes que nada, poseer algún conocimiento del territorio, que pocas veces podrá adquirirse como en las montañas por el examen de la dirección de las divisorias y vaguadas; es necesario, pues, contar con algún plano, que aunque construido por referencias y noticias, nos dé alguna luz y podamos apreciar los informes de los guías y prácticos de que dispongamos.

Es fácil, en tales terrenos, que las columnas se

desorienten y aun poseyendo magníficos planos, y estando perfectamente enterados los jefes de los movimientos que hayan de ejecutar, es posible que al encontrarse unos separados de otros, sin más horizonte que el follaje que los rodea á pocos metros de distancia, sin encontrar hilos de agua corriente que les indiquen la dirección de las aguas, y sin otro auxilio que la brújula, el mapa y un guía, es posible, decimos, que las columnas se extravíen y que, haciendo fracasar las combinaciones estratégicas, corran el peligro de no poderse reunir unas á otras como no fuera retrocediendo y guiándose por los mismos rastros que hayan dejado. Asimismo, aun después de chocar con el enemigo, aunque el combate nos haya puesto en contacto con él, nada le será más fácil que estravíar nuestra dirección, atrayéndonos á los puntos que desee si nos empeñamos en seguir su rastro, que á lo mejor aparecerá quizás borrado completamente; así es, que la separación de las fuerzas que atraviesen tales terrenos sólo debe efectuarse cuando se conozca perfectamente el país ó cuando habiéndose dividido este en zonas, cada columna esté destinada á operar en terreno distinto y separada é independientemente unas de otras.

Si los bosques son claros y pueden las columnas recorrerlos en todas direcciones, los caminos nada significarán y las operaciones se llevarán á cabo como si el teatro de la guerra fuera una extensa llanura ó terrenos accesibles y despejados. Entonces, auxiliándose de la brújula, podrán las columnas reunirse próximamente en determinados puntos, siendo posible, por lo tanto, efectuar operaciones y combinaciones estratégicas, engañar al enemigo haciéndole dudar cuando trate de conocer el objeto de nuestros movimientos, y disponer, por lo tanto, de una gran libertad de acción; pero si los bosques son espesos y hacen necesario, para abrirse paso por ellos, las hachas y los machetes, los caminos y sendas que existan tendrán un valor y una importancia inmensos.

Los puntos en que se corten dos ó más caminos serán puntos estratégicos que deberemos ocupar permanentemente si tratamos de someter el país, ó con carácter transitorio para la seguridad de nuestras comunicaciones y movimientos, si sólo pretendemos atravesarlo.

Algunas veces, la principal defensa de un territorio es la dificultad de penetrar hasta el corazón de él, por estar cubierto de bosques y selvas impenetrables que hacen necesario á un ejército la construcción de caminos ó senderos, y entonces la invasión ó marcha ofensiva ha de efectuarse precisamente en una sola columna, que combata con el enemigo cuantas veces se presente sea en la vanguardia, en la retaguardia ó en los flancos, y que luche con la naturaleza para abrirse paso á través del cortinaje verde que se oponga á su marcha. Sin embargo, antes de decidirse una columna á construir un camino semejante, debe reconocer minuciosamente todo el linde de la selva ó todo el litoral del país, porque quizás se encuentren á poca distancia del sitio designado para comenzar á abrir un camino, alguna senda ó vereda formada por el paso de los naturales, los ganados ó las fieras, ó algún arroyo de escasa ó ninguna agua, cuyo lecho pueda servir de camino á las tropas que lo remonten.

***

En los terrenos llanos, desprovistos de bosques y de grandes obstáculos, las combinaciones estratégicas son muy difíciles, si queremos que el enemigo no adivine nuestros propósitos desde el principio de las operaciones, y como las condiciones de dichos terrenos, antes que perjudicarnos, nos favorecerán, porque podremos desplegar todos nuestros elementos de fuerza y superioridad táctica, no habrá necesidad de emplear grandes movimientos estratégicos cuando queramos conseguir rápidamente un objeto determinado y concreto, como

sería el apoderarnos de la capital enemiga, puesto que lo lograremos seguramente efectuando una marcha ofensiva, tan rápida como lo permitan las condiciones del país que tengamos que atravesar.

En terrenos llanos y despejados, el combate es, pues, el que nos ha de proporcionar la victoria, y como, por otra parte, en dichos terrenos escasearán, por lo común, los lugares de aguada y los puntos á propósito para vivaquear, no se podrá disponer de muchas líneas para efectuar nuestros movimientos y para engañar á los contrarios respecto los verdaderos objetivos de nuestras operaciones; así es, que en tales territorios las marchas ofensivas constituirán el mejor sistema de operaciones, llevando las tropas, como diremos en otro lugar, en disposición de poderlas desplegar cuando convenga.

Si el país es árido, arenoso y seco, es evidente que nuestros movimientos tienen que sujetarse á estrechos límites; no tendremos la facultad de movernos á nuestro albedrío, y siempre los lugares de aguada marcarán los puntos por donde deban pasar nuestras tropas; así es, que si en el país existieran corrientes de agua será de gran interés para nosotros operar marchando en su misma direccion; pero si no fuera posible efectuarlo así, porque las corrientes de agua no nos condujeran al lugar objetivo de nuestras operaciones, será preciso tener en cuenta los sitios donde exista agua corriente ó estancada, para envíar tropas ligeras ó caballería á apoderarse de ellos, desde el principio de la campaña, con orden de fortificarse rápidamente en los puntos que lleguen á arrebatar al enemigo, ó para envíar del mismo modo fuerzas que sucesivamente los conquisten con anticipación suficiente para que nuestros contrarios no puedan desecar las aguadas ó envenenarlas. De esto deducimos que cuando las corrientes de agua tengan una dirección paralela á la que nuestras columnas deban llevar, será conveniente hacer marchar á éstas á lo largo de aquéllas; pero cuando la

dirección de las mismas sea perpendicular ú oblícua á la dirección de la marcha, habrá necesidad de arreglar los movimientos y jornadas de manera que las tropas vivaqueen á la orilla de alguno de los cursos de agua que hubieran de atravesar durante su marcha, sin que haya necesidad entonces de envíar tropas á apoderarse de dichas aguadas, porque siendo de aguas corrientes, no podrá el enemigo envenenarlas fácilmente ni desvíar el curso de los arroyos sin gran trabajo.

Lo principal en los países que consideramos, después de tener asegurada el agua, es la manera de subsistir, pues es presumible que no se encontrarán grandes ni pequeños recursos en las llanuras donde no existen aldeas ni poblados. Todo cuanto el ejército necesite deberá llevarlo consigo, y como por mucho que se acopie y se haga transportar por las bestias de carga, apenas bastará para un corto tiempo, surge en seguida la necesidad de organizar convoyes, que desde nuestra frontera, base de operaciones ó punto de la costa en que hayamos desembarcado, lleven á donde las columnas operen, todo cuanto éstas necesiten para su sostenimiento. Estos convoyes, seguramente, no bastarán cuando el ejército sea un poco numeroso, y presentarán desde luego el primero y principal obstáculo para el logro de nuestra empresa, así es que aventurarse un ejército á emprender una campaña en país inculto y deshabitado, sin haber meditado mucho anteriormente sobre la mejor manera de subsistir, es exponerse á una catástrofe segura, como la de los rusos el año 1879, al comenzar sus operaciones contra los tekkés; es exponerse, internándose en tales países, á caer en el vacío, á no encontrar un punto de apoyo, á desaparecer. Los vencedores de Turquía vieron con asombro que un pueblo nómada, sin civilización, sin organización militar, deshizo las columnas que pretendieron someter al Khan de Merv, y comprendiendo una vez más que para hacer la guerra en las regiones trascaspianas que ocupan sus belicosos vecinos, no es po-

sible envíar únicamente un cuerpo de tropas, sino que es necesario establecer seguras bases de operaciones, líneas de racionamiento, y caminos que permitan hacer llegar hasta el ejército combatiente las vituallas que necesite á través de las estepas formadas por arenas movedizas, dieron el mando del ejército encargado de someter á los tekkés al general Skobelew, que después de establecer su base de operaciones en la frontera rusa, procedió á la construcción de un ferrocarril que sirviera para el transporte de los víveres necesarios, lo que contribuyó no poco á que alcanzara el popular y bravo general una de sus más legítimas glorias.

***

En los terrenos húmedos y pantanosos, las combinaciones estratégicas son muy difíciles; si existen en ellos caminos, serán muy contados, perfectamente conocidos por nuestros contrarios, y poco á propósito para ser transitados contínuamente; así es, que será imposible ó muy difícil por lo menos, establecer las comunicaciones á través de ellos, porque quizás sólo el paso del ejército los deje en tan mal estado, que no permita el de los convoyes que marchen detrás. Estos terrenos son tan poco á propósito para las combinaciones estratégicas, como para los movimientos tácticos, y como además la salud de los soldados se resentirá notablemente al poco tiempo de operar en ellos, todo aconseja que se huya en lo posible de llevar la guerra á semejantes sitios. Cuando los acontecimientos obliguen á operar en localidades tan malsanas y peligrosas, deberemos hacerlo cruzando las llanuras húmedas ó pantanosas con la mayor celeridad posible. Si el espíritu de la resistencia de un pueblo se alberga en tales territorios, si dominado todo el país á excepción de aquellos lugares, hay necesidad de penetrar en ellos para concluir de reducir al enemigo, deberán las columnas marchar por dichas llanuras, eligiendo antes buenos puntos de apoyo en la

parte seca y sana de ellas, que servirán de centros á las tropas, y no permitiendo que los mismos soldados operen durante mucho tiempo en terrenos tan insalubres, sino procurando que todos alternen en este penoso servicio.

En semejante caso, teniendo el ejército que operar en un territorio cruzado por un número muy escaso de caminos, es evidente que los puntos que es necesario ocupar, serán las encrucijadas ó bifurcaciones de aquéllos, y aunque la ocupación permanente tiene la gran desventaja de proporcionar gran número de enfermos á los hospitales, no podremos abandonar en absoluto tal sistema, pues quizás convenga la construcción de fuertes que obliguen al enemigo á permanecer en determinadas zonas, consiguiéndose con esto, batirlo parcialmente, y asegurarse, una vez concluida la campaña, de que no queda ningún indivíduo que no esté sometido á nuestra autoridad, ó prisionero.

*
* *

Como repetidamente hemos dicho, en las guerras que estudiamos, la ofensiva debe ser siempre nuestra; no es posible pensar en que puede conquistarse un país ó vencer una insurrección permaneciendo á la defensiva, aunque no sea absoluta; sin embargo, unas veces por tener fronteras comunes con países donde arda la guerra, otras por la precisión de estar prevenidos para sofocar en su origen las insurrecciones en los terrenos que ocupemos, otras, por último, cuando, rota la paz entre algunos elementos de un país que dominemos ó protejamos, sea conveniente á nuestros intereses, permanecer pasivos ante la lucha, y estar preparados por si los veleidosos resultados de la guerra exigen nuestra participación, tendremos que encontrarnos en situaciones defensivas ó más bien *expectativas,* en las que habremos de ejercer una vigilancia grande sobre todo lo

que pueda ocurrir, para que nuestros intereses no lleguen á resentirse en lo más mínimo.

En los países montañosos, en los cubiertos de bosques ó de pantanos, y en aquellos cuya frontera fuese un curso de agua no vadeable, es evidente que los puntos en que las líneas de comunicación atraviesen las fronteras serán los que con más cuidado deberemos guardar y proteger, para que no pudiendo ser sorprendidos ni conquistados por un golpe de mano de un enemigo exterior ó interior, nos faciliten elementos que sirvan de base para la concentración en un momento dado, de las fuerzas que en circunstancias normales ocupen los distintos puntos del país. En este supuesto, es evidente que dichos puntos, así como aquellos que sean cruceros de varios caminos, deben ser ocupados permanentemente, construyéndose en ellos obras de fortificación que permitan el establecimiento de almacenes con provisiones de boca y guerra, y la dotación de una guarnición que corresponda á la importancia del punto y á las existencias que se tengan depositadas en él. Un sistema de fuertes bien estudiado y perfectamente acorde con la naturaleza y configuración del terreno, será firme garantía para nuestros intereses, y para que en momentos de guerra ó de revueltas, no seamos sorprendidos por nuestros enemigos exteriores ó interiores, lo que nos asegurará, por lo tanto, la victoria sobre ellos.

Cuando estalle la guerra en un país vecino ó en una zona del territorio dominado, en cuyo caso todos nuestros esfuerzos deben ser dirigidos á localizar su acción devastadora, no podremos contentarnos con dejar á los fuertes exclusivamente el encargo de vigilar por la tranquilidad del territorio que dominan, es necesario entonces movilizar las tropas, llamar á las reservas si las hubiere, y formar un ejército de observación que impida que los azares de la guerra hagan teatro de ella el terreno neutral ó invada zonas que deben verse completamente libres de tal calamidad.

Los fuertes y puntos ocupados han de servir de apoyo á las tropas que tengan la misión de vigilar una frontera ó línea de observación, y como suponemos que el país estará perfectamente estudiado cuando llegue este caso, podrán desde el primer momento marchar las tropas á ocupar los puntos convenientes, que serán determinados por la naturaleza del terreno y la mucha ó poca abundancia de comunicaciones.

Cuando tengamos que defender ó hacer respetar una frontera que corra á lo largo de una cadena de montañas, es preciso huir en absoluto del sistema de acordonar las tropas y hacerlas ocupar una gran extensión de terreno. El caso que antes hemos citado nos debe servir de ejemplo, pues la facilidad con que el general San Martín atravesó la cordillera de los Andes, fué debida á la diseminación de nuestras fuerzas.

Como el papel que en este caso nos tocará representar será el de una espectativa absoluta, es claro que no podremos efectuar movimientos ofensivos que son la principal base de la defensa en un terreno montañoso; tendremos, pues, que situar en los puntos por donde los extraños puedan penetrar en el país que defendamos, atalayas, destacamentos ó grupos poco numerosos, que dependerán de las reservas tácticas situadas en los fuertes y puntos ocupados, y á retaguardia de éstos, reservas estratégicas colocadas convenientemente en campamentos, poblados ó ciudades próximas, prontas siempre á acudir á los puntos donde su presencia fuere necesaria.

Todos los puntos ocupados por las tropas han de estar en comunicación telegráfica con el General ó Jefe encargado de la vigilancia del territorio, y en cuanto los comandantes de las reservas tácticas tengan conocimiento por sus puestos avanzados, de que alguna fuerza extraña intenta penetrar en el país, lo pondrán en conocimiento de dicho jefe superior, quien hará maniobrar á las reservas estratégicas, según las noticias que hubiere recibido, para detener la invasión ó proteger á las tropas de primera y segunda línea.

Inútil es decir, porque es lógico y natural, que las atalayas y puestos avanzados, que regularmente serán de infantería, han de ocupar los puntos más elevados de las montañas ó aquellos desde los que se descubran con más claridad los caminos que franquean la frontera ó línea ocupada por las tropas.

En los terrenos llanos, la vigilancia se establecerá de una manera distinta, puesto que no podremos situar vigías que nos anuncien con gran anticipación la proximidad del enemigo, á no ser que empleemos globos cautivos y aun esto sólo nos serviría durante el día. Las reservas tácticas y estratégicas se dispondrán siempre del mismo modo que en las montañas, pero el servicio avanzado tendrá que desempeñarlo la caballería, estableciendo una línea de pequeños grupos de ginetes, que diariamente recorrerán una extensión de terreno, determinada para cada grupo, de manera que se encuentren unos á otros y se dén conocimiento de las novedades observadas. Estos grupos, en el momento que vieren al enemigo cruzar la línea ocupada por ellos ó dedujeren por los rastros que la ha cruzado ya, correrán á dar noticia de ello al puesto ó fuerte de que dependan y de éstos partirá el aviso telegráfico al jefe encargado de la vigilancia del territorio.

Si la vigilancia hubiera de ejercerse á lo largo de un río ó de una sucesión de pantanos, que pudieran cruzarse por varias partes, habrá que emplear del mismo modo el sistema de las confrontas de infantería ó caballería, según fuese la naturaleza del terreno. De noche, será conveniente, en los ríos, envíar á la orilla opuesta, patrullas ó grupos de soldados para que vigilen los caminos que conducen á los vados, si los ríos fueran vadeables sólo por determinados puntos, y en los pantanos, hacer avanzar por los caminos que los crucen, algunos ginetes para observar si el enemigo efectúa movimientos que indiquen su decisión de verificar el paso.

La vigilancia de las costas debe estar á cargo de la

marina de guerra; pero si el ejército recibiera la orden de efectuarla, porque faltaren barcos á propósito ó por otra causa, tendrá que estudiar con detención los puntos más favorables para un desembarco, y próximos á ellos establecerá sus reservas tácticas, situando las estratégicas en el interior del país, de modo que se pueda con ellas acudir fácil y prontamente á todos los puntos de la costa. Las reservas tácticas enviarán pequeños destacamentos, que serán relevados todos los días, á los islotes, dunas y cabos que avancen hacia el mar, añadiendo á este servicio el de patrullas en lanchas á la mayor distancia que se pueda de la costa. El servicio de confrontas en la playa, nos podrá hacer saber que el enemigo está desembarcando, ó que ha desembarcado ya, y como es una gran ventaja para nosotros conocer los proyectos del enemigo antes de que los lleve á efecto, es preferible prescindir de las confrontas y dar mayor importancia al servicio de patrullas en lanchas y al de vigías, que por medio de señales nos anuncien los propósitos ó la aparición de la escuadra enemiga. De noche ó cuando haya niebla, deberán recorrer la costa, patrullas, al mismo tiempo que las de las lanchas registran el mar.

El jefe encargado de la defensa de una costa debe tener grandes atribuciones para resolver los asuntos que se originen por la presencia de barcos mercantes enemigos, amigos ó neutrales. Deberá, por lo tanto, prohibir á las embarcaciones desconocidas acercarse, y señalará los puntos á donde puedan llegar, mediante un previo reconocimiento; y del mismo modo no dejará partir ninguna sin haberla autorizado antes para ello.

Si la escuadra cooperase á la defensa de la costa, se dispondrá con ella un sistema de señales que permitan reconocer los barcos de noche ó de día y se procurará con el mayor interés que una equivocación ó descuido no pueda originar conflictos.

CAPITULO VIII.

Marchas ofensivas.—Ejércitos indígenas.—Prevenciones hechas al ejército anglo-indio.— Marcha en varias columnas.—Vanguardia.—Retaguardia.—Impedimenta— Acemileros y cargadores.—Frente de una columna.—Fondo.—Fraccionamiento de una columna.—Orden de la marcha.—Marcha del ejército ruso en la expedicion al Khanato de Kokhand.

No necesitaremos esforzarnos mucho para mostrar la notabilísima diferencia que existe entre las marchas, por países cultos, de un ejército bien organizado y las que lleva á cabo otro igual, allí donde aun no ha penetrado la luz de la civilización. El uno, en sus marchas estratégicas no se vé expuesto á ataques rápidos é inesperados del enemigo, y en las tácticas siempre tiene tiempo suficiente para disponer su orden de batalla, establecer sus ambulancias y desplegar todos sus elementos de fuerza; en los pueblos que encuentra á su paso, hallan los soldados cómodo alojamiento y recursos que les facilita la administración militar, viéndose privado pocas veces de sus ranchos ordinarios y teniendo, por lo común, la libertad de emplear su dinero en multitud de cosas que le hacen algo agradable la vida de campaña; los caminos que recorra dicho ejército, serán carreteras ó estarán en el buen estado relativo que suelen estar los caminos en las naciones civilizadas, y en los pueblos y aldeas la tropa encontrará gente con quien conversar y distraer la imaginación del pensamiento de la guerra. El otro ejército, el que combate en un país inhospitalario ó salvaje, se verá obligado á marchar por sendas ó caminos que él mismo

vaya abriendo ó por desiertos arenales; además del temor natural á las enfermedades que el clima produzca, vendrá á aumentar su intranquilidad la idea de que el enemigo puede atacarle de repente, sin darle tiempo para desarrollar sus fuerzas; por lo común, no encontrará aldea ni pueblo alguno, y tendrá que dormir á la intemperie; si ha de comer, le será preciso llevar consigo su comida, así es, que rara vez podrá probar los víveres frescos; sus convoyes é impedimentas serán numerosos; las columnas, que muchas veces tendrán que marchar á la desfilada, ofrecerán un fondo excesivo y siendo débiles en todos sus puntos, el enemigo podrá cortarlas fácilmente; por el contrario, otras veces será preciso marchar en formación compacta para rechazar las cargas de la caballería contraria.

Por esto, las reglas y prevenciones que se den sobre la manera de efectuar las marchas, han de ser observadas estrictamente en las campañas irregulares, pues el menor descuido, la falta más pequeña es á veces origen de grandes desgracias. Es preciso siempre inspirarse en la idea de que el enemigo puede aparecer de repente, y que debemos recibirle bien apercibidos para poderlo derrotar; de suerte que la formación de las columnas debe determinarse con arreglo á las condiciones de los caminos y de las costumbres guerreras del enemigo, teniendo, además, presente que todas las marchas serán ofensivas.

***

Al disponer la marcha de una columna, hay que contar si existen en ella tropas indígenas, porque aunque desde el punto de vista de los principios militares, en nada deberemos variar las reglas que se dicten para la seguridad de la marcha, á veces será imposible sujetar completamente á nuestras costumbres y manera de hacer las cosas, á las tropas cuya organización, necesidades y condiciones se diferencien mucho de las nuestras.

Será imposible imponer la regularidad y orden que tienen los ejércitos europeos, á tropas que, como las de la India, por ejemplo, están acostumbradas á una manera de ser especial. Los ejércitos en marcha, ofrecen en aquel país un aspecto tan variado como pintoresco (*): los asiáticos, y como ellos otros pueblos, aunque están obligados á la obediencia más absoluta, y aunque su condición de siervos ha borrado en ellos el sentimiento de la independencia, conservan, sin embargo, un resto de ella en los detalles de sus vidas privadas; asalariados en su mayor parte por jefes que no se preocupan de sus necesidades, tienen ellos que procurar cubrirlas, y de esto proviene la multitud de mercaderes y cantineros que siguen á dichos ejércitos. Poco antes de hacer el alto de la noche, los vendedores se adelantan, hacen arrodillarse á los camellos, los descargan y levantan las tiendas, formando con ellas una larga calle; allí se venden no solamente los víveres que cada soldado compra particularmente, sino los objetos procedentes del saqueo ó que constituyen las existencias de los comerciantes, y en medio de aquella calle un oficial que desempeña las funciones de cuartelmaestre, proclama en alta voz el orden de marcha para el siguiente día. Formado el campo, la caballería se encarga del servicio de vigilancia, estableciendo centinelas, y antes de que despunte el alba se ponen en movimiento las tropas para emprender la marcha. La infantería parte la primera, la caballería le sigue algunas horas más tarde, después que los caballos han comido el pienso, y la artillería marcha detrás de ella; á continuación de ésta va el soberano ó jefe superior de las tropas, rodeado de sus estandartes, caballos, mujeres y bayaderas, y seguido de una inmensa multitud de

---

(*) Aun en las tropas indígenas organizadas por los ingleses, se nota alguna tendencia al desorden, en las marchas, y á la costumbre de que acompañen á los ejércitos multitud de personas no combatientes.

mercaderes, cantineros, mujeres, niños, caballos, camellos, elefantes y carros.

Se comprende, desde luego, que si tuviéramos que efectuar marchas por terreno enemigo en compañía de tropas indígenas acostumbradas á este desorden, habría necesidad de establecer una separación completa entre dichas gentes y nuestros soldados, ó tratar de corregir los defectos más capitales si no fuera posible separarnos de ellas; sin embargo, aunque podamos corregir mucho la desordenada manera de marchar de dichos ejércitos, señalando en la columna un lugar determinado á todos los acompañantes que haya precisión de tolerar, como se practica en los ejércitos mejicanos con las mujeres que los acompañan, siempre será más prudente mantenernos en completa separación de aquellas tropas, no solamente porque nuestros soldados, aunque la disciplina sea severa, se desmoralizarían algún tanto, sino porque siempre es conveniente tener reunido y en disposición de combatir, el núcleo mejor organizado de la columna, que es el que está llamado á darle ejemplo y consistencia.

*
* *

Los ingleses en sus campañas del Asia, á pesar del duro escarmiento que sufrieron en el Afghanistan el año 1842, se ven obligados á llevar una impedimenta excesivamente numerosa; al estallar de nuevo la guerra con el mismo país en 1878, luchando con el recuerdo de la anterior, se atrevieron á introducir grandes reformas en el equipaje y servidumbre que sus ejércitos solían llevar.

El peso de material de campamento que únicamente se permitió llevar, fué:

Oficial General, 200 libras (*)

Jefe de Cuerpo y de servicio, 150.

(*) Una libra inglesa equivale á 452 gramos.

Oficial europeo de cualquier graduación, 80.

Oficial indígena, 40.

Dos tiendas para cada compañía indígena de 75 hombres y una por cada 22 soldados ingleses.

Las ambulancias se dispusieron á razón de una tienda por cada ocho enfermos ingleses, y otra por cada 12 enfermos indígenas, calculando el número total de ellos, á razón del 10 por 100 del efectivo de las tropas.

Se concedió además una tienda para el *mess*, por grupo de ocho oficiales, y varias para el personal de *camp-followers* (criados ó acompañamiento), á razón de una por cada 50 hombres.

De bagajes personales, se permitieron los siguientes pesos:

Oficial General, 160 libras.

Jefe de Cuerpo ó de servicio, 110.

Oficial europeo, 80.

Oficial indígena, 40.

Soldado europeo, 30.

Soldado indígena, 20.

Cada oficial tuvo derecho al transporte de 80 libras por el concepto de útiles de cocina.

Además cada compañía inglesa y cada *troop* (medio escuadrón) de caballería, pudo llevar 240 libras por el mismo concepto, y 160 las tropas del país.

El número de los *camp-followers* fué reducido considerablemente, pues cada oficial montado no tuvo más derecho que á un ordenanza y dos criados por cada caballo reglamentario; los oficiales no montados, á cuatro sirvientes por cada tres de ellos, además de sus ordenanzas, y los oficiales indígenas, á un criado para cada dos.

A la compañía inglesa se le asignaron cuatro cocineros, y á la indígena, dos, existiendo además dos acarreadores de agua, conductores de un par de bueyes, por cada una de las primeras, y uno solo con su buey correspondiente para las segundas.

A las tropas montadas se les concedió un segador,

un palafrenero por cada caballo de la caballería, y un *groom* por cada 10 caballos de tropa, porque el soldado inglés de caballería, habitualmente no dá el pienso á su caballo.

Ultimamente, las tropas inglesas fueron provistas, en la relación de una por cada 10 hombres, de literas, llamadas *dhoolies*, que exigen cada una seis hombres para su transporte; á las literas para las tropas indígenas, aunque fueron en la misma proporción que la anteriores, sólo se le asignaban cuatro hombres á cada una, para su transporte.

A esta inmensa multitud de criados, palafreneros, segadores, muleteros, camilleros, etc., hay que añadir, lo que en la India se llama el *bazaar*, es decir, una reunión de mercaderes, cantineros y vendedores ambulantes y el gran número de familias de soldados que se agregan á los ejércitos.

Mucho tenemos que agradecer á nuestras costumbres, á nuestra organización, á nuestras necesidades y á nuestra sobriedad, cuando pensamos que un ejército anglo-indio, en el que el número de la gente inútil excede en mucho al de los combatientes, necesita esa impedimenta asombrosa, y un ejército hispano-filipino, por ejemplo, no necesita más que fusiles para hacer fuego al enemigo, y sacos de lona para llevar á la espalda las raciones.

Esta es la causa de los contínuos descalabros que sufre Inglaterra. El coronel ruso *Soboleff*, en sus *Estudios sobre la guerra afghana*, dice, á propósito del paso del desfiladero de Koorum por la columna del general Roberts, lo siguiente: (1) «La formación de la

(1) Esta columna compuesta de una batería de montaña de 4 piezas, y dos batallones y medio de infantería, llevaba, habiendo reducido mucho los equipajes, 420 camellos y 620 mulos con cuatro días de víveres. Sorprendida la retaguardia, la mayor parte de los conductores se dieron á la fuga y los camellos y mulos, asustados, fueron cogidos en su mayor parte por los afghanos.

El general Roberts tardó mucho tiempo en saber la noticia, pues marchaba á la cabeza de la columna.

columna, era contraria á todas las reglas de la táctica. Las tropas marchaban delante y el convoy, lejos, detrás de ellas, protegido por una débil escolta. Esto fué lo que motivó que el enemigo llegara á colocarse entre el convoy y las tropas, que pasando el desfiladero las primeras, salieron de él, en tanto que el convoy permanecía aun dentro.»

Nosotros creemos que la causa principal de aquel desastre, como la de todos los que han sufrido y sufrirán los ingleses, es la excesiva impedimenta que llevan sus ejércitos, cuya existencia ninguna grave necesidad justifica, pues si tan necesarias son para los orientales ciertas comodidades y auxilios á que están acostumbrados, no vemos sean precisas á oficiales y soldados europeos, conocedores de que el estado de guerra es excepcional, y de que es un deber sacrificar las comodidades y el bienestar en aras de los sagrados intereses de la patria.

Por estas razones, creemos, que cuando tengamos que marchar unidos á contingentes indígenas, cuyas costumbres difieran mucho de las nuestras, será conveniente efectuar la marcha en dos ó varias columnas para mantener alguna separación entre nuestras tropas y las auxiliares; pero si éstas estuvieran organizadas por nosotros y mandadas por jefes de nuestro ejército, deberá procurarse que poco á poco se vayan acostumbrando á la rigidez de nuestros principios militares, y á las prevenciones generales que ordenan nuestros movimientos.

* * *

No solamente para evitar el contacto con las tropas indígenas es bueno adoptar el sistema de marchar en varias columnas, sino que se practicará lo propio, cuando la columna única que se formare con todas las tropas, resulte excesivamente profunda por el número de hombres que la compusieren ó porque las condiciones del camino que tenga que seguir, obliguen á mar-

char con poco fondo, pues de no hacerlo así, nos expondremos á grandes contrariedades y molestias, sin que esto nos reporte beneficio alguno.

Las columnas excesivamente profundas, hacen que nunca se llegue temprano al punto designado para acampar, y que la tropa experimente mucha fatiga con las oscilaciones y detenciones que se producen, perdiendo un tiempo precioso que podría aprovechar para el descanso. La vanguardia irá seguramente á gran distancia de la retaguardia; para cerrar los claros, habrá siempre que apresurar el paso, lo que hará que los soldados lleguen estenuados al campamento ó lugar de la acción, y en un momento dado, no se podrá disponer sino de un pequeño número de fuerzas.

Sin embargo, pocas veces podrán marchar varias columnas, yendo todas ligadas entre sí, como no sea en los desiertos, sábanas ó pampas y en los países algo civilizados, donde existan gran número de caminos; así es que lo mejor será dar á cada una de dichas columnas, cierta independencia relativa, haciendo de modo que se concilien la formación de ellas y la protección de unas á otras, por más que no marchen á la vista del general, comandante ó jefe superior de todas.

Generalmente, la marcha en tres columnas presentará grandes ventajas cuando existan caminos no muy distantes unos de otros, que permitan á todas marchar en la misma dirección; entonces, las columnas de derecha é izquierda irán flanqueando á la central, en la que marcharán la gruesa artillería, los bagajes é impedimentas. Una marcha de este género efectuó el general Wolseley, en su movimiento ofensivo hacia la capital de los ashantis; dió, en efecto, el mando de dos columnas indígenas á dos oficiales europeos para que, operando por los flancos de la columna principal, evitaran que fuese cortada su línea de comunicaciones. Cerca ya el enemigo, y con el objeto de no ser envuelto por éste, ordenó la marcha de todas sus tropas de tal manera, que formaban una especie de cuadro: la

columna central, compuesta de tropas inglesas, marchó á vanguardia por el sendero principal, las columnas de indígenas, abriéndose camino en el monte, marcharon por derecha é izquierda algo retrasadas de la columna central, y la reserva, ocupando la retaguardia, formaba la cuarta cara del cuadro, si así puede llamarse á la disposición que tenían las tropas. La seguridad que con tales precauciones se adquirió y la protección eficaz de unas fuerzas á otras, hicieron que los ashantis fueran retrocediendo, entregando el terreno palmo á palmo y adoptando un frente tan extenso, que cuando las tropas inglesas descubrieron la capital enemiga, sólo tuvieron que batir á una pequeña parte del ejército contrario.

*
* *

Vamos, pues, á concretarnos al estudio de la marcha de una sola columna, puesto que las prevenciones generales que se hagan para ella, no variarán absolutamente en nada, cuando el ejército se subdivida en varias para marchar aisladamente por distintos caminos.

Ninguna columna, por pequeña que sea, debe marchar sin llevar sus correspondientes vanguardia y retaguardia.

La vanguardia de una columna en una marcha ofensiva es tan importante, como lo es la retaguardia en una retirada, aunque su manera de obrar es bien distinta. Una vanguardia, bien dirigida, puede hacer una larga resistencia, ocasionando al enemigo gran pérdida de tiempo para los proyectos que tuviere, puesto que no podrá despreciarla y llevar adelante su intento; no solamente servirá para avisar á la columna, dando la voz de alarma, y para detener un momento el empuje del enemigo, sino que muchas veces podrá engañar á éste, simulando ó llevando á cabo una retirada sobre puntos diferentes del que ocupe la cabeza de la columna, facilitando que ésta ataque de flanco á

las tropas contrarias; otras veces, disfrazándose, podrá llevar á cabo empresas arriesgadas ó detendrá al enemigo con dilaciones y conversaciones en tanto que la columna organiza el ataque, y otra, por último, hará prisioneros á los indivíduos aislados ó en pequeños grupos que encuentre en su camino, los cuales regularmente serán espías ó exploradores enemigos.

La fuerza que componga la vanguardia ha de guardar armonía con la total de la columna, y como el servicio que tiene que desempeñar exige una atención grande y no está exento de mayores incomodidades que el que corresponde al resto de las tropas, es necesario que el número de soldados que la formen no sea muy excesivo para que, practicándose dicho servicio descansadamente, haya mayores probalidades de que se cumple bien. Generalmente, en las guerras europeas, se asigna á la vanguardia una fuerza que no excede en ningun caso del tercio de la columna; pero en las campañas irregulares no debe nunca elevarse á tal número. En efecto, cuando una columna en las guerras regulares marcha con intención de encontrar al enemigo, la vanguardia tiene por misión al encontrarlo, atacarlo vigorosamente y obligarlo á combatir en el terreno y en las condiciones que convengan á su columna, y, como dice el general Lewal, su verdadera regla de conducta ha de ser la iniciativa, la provocación, la audacia, la ofensiva y no la defensiva y la timidez; pero en las campañas en que el enemigo casi nunca presenta batallas campales, sino que su principal defensa consiste en los golpes de mano ó en confíar á la superioridad del número lo que no puede encargar á su valor, á su inteligencia militar ó á sus armamentos, no será conveniente nunca sostener tiroteos, ni entablar acción sin la seguridad de que, desplegando un gran número de fuerzas, se le pueda envolver, destruir ó hacer gran número de prisioneros. Es preciso no olvidar que un pueblo civilizado demandará la paz en cuanto vea sus fuerzas militares destruidas en los campos de

batalla; pero que un pueblo ignorante y sin las comodidades que la vida moderna proporciona, no la solicitará ó no la admitirá mientras no le privemos de todos los elementos con que cuente para hacernos daño, así es, que en este caso, las derrotas campales nada significarán, cien veces rechazaremos á sus soldados y otras cien volverán á atacarnos de nuevo. Lo importante es, pues, atraerlos á combates serios, decisivos, en los que se vean envueltos, destrozados y prisioneros; de otro modo la guerra se hará interminable.

Creemos, por lo tanto, que las vanguardias de las columnas en las guerras que nos ocupan han de tener por principal misión la de avisar la presencia del enemigo y la de engañarlo repecto las fuerzas que marchen detrás de ellas, así es que, no siendo su cargo especial el combate, el número de hombres que las compongan no ha de ser grande.

Si en la columna que marche hubiere guerrillas del país ó tropas indígenas, ellas han de ser la vanguardia perpetuamente, porque de este modo adquirirán una gran seguridad y practica en tal servicio, y podrán efectuarse sorpresas mucho mejor que si fueran nuestros soldados los primeros que encontraran al enemigo.

En cuanto á la composición de la vanguardia ha de estar sujeta á la clase de terrenos que haya que atravesar y al enemigo que se tenga que batir; cuando el país sea montañoso y cubierto de vegetación, la vanguardia estará exclusivamente compuesta de infantería, y cuando el camino que se siga no se encuentre en buen estado, marchará con ella alguna fuerza de ingenieros, llevando una acémila cargada con los útiles necesarios, para que arreglen los malos pasos antes de llegar á ellos la columna si fuera posible; la caballería formará en cambio la vanguardia, cuando el terreno sea despejado ó reuna condiciones para que los jinetes puedan combatir con el enemigo si éste les acometiera; pero sólo en casos muy especiales marchará artillería, por las razones que dejamos expuestas, no excediendo en

todo caso de dos el número de piezas que vayan en dicha vanguardia y esto cuando el enemigo reuna tales condiciones que sea necesarios los cañones para detener su empuje ó cuando el objeto de la marcha sea abrirnos paso para llegar á un punto determinado, siempre que la naturaleza del camino permita á las piezas situarse de manera que dejen franco el paso á las tropas.

La vanguardia marchará á una distancia proporcionada del resto de la columna; distancia que ha de determinar el terreno que esta recorra y la facilidad que tenga para poder prestar socorro rápidamente á aquélla. En los terrenos despejados la distancia será grande, así como en los cubiertos pequeña; si bien es preciso no lo sea tanto que la misión especial de la vanguardia no pueda cumplirse.

Como hemos dicho, al llegar á los malos pasos los ingenieros deben dedicarse á la recomposición y arreglo del camino, y como la vanguardia no ha de quedar en dichos puntos para esperar á que se le una la columna, proseguirá su marcha dejando alguna fuerza protegiendo á los trabajadores hasta que de la columna parta la orden para que haga alto. En estas órdenes, como en todas las que se den, pocas veces será prudente emplear los toques de corneta; es preferible en todos casos envíar un oficial ó usar los toques de pito, en todos los movimientos que se tengan que efectuar. Para esto, se hará entender á las tropas la significación de las diversas combinaciones que se ejecuten, y se prevendrá á los comandantes de compañía ó á todos los oficiales, que repitan los toques que oigan para que, de este modo, toda la columna pueda enterarse de la orden que se haya dado.

Para los movimientos que tienen lugar en una marcha pueden adoptarse los siguientes toques de pito.

Estando la tropa parada:

Un toque rápido.—Emprender la marcha.
Tres toques idem.—Descanso.

Un toque prolongado.—Preparación para marchar.

Estando la tropa marchando:

Un toque rápido.—Acelerar el paso
Dos toques idem.—Hacer alto.

Al hacer alto la columna, la vanguardia tomará posiciones y explorará las avenidas del camino. Si éste cruzara un bosque y á poca distancia del sitio donde se haya hecho alto hubiere algún claro ó llanura despejada, la vanguardia en vez de detenerse al oir el toque de alto, marchará hasta llegar á aquel claro y permanecerá emboscada en la linde del bosque hasta que se le ordene otra cosa.

Cuando siguiendo una dirección determinada por los guías que llevare la vanguardia, ésta encontrase alguna bifurcación de la senda ó camino que se siga, deberá dejar un soldado en dicho punto para advertir á los demás, ó tapar con ramaje, yerbas ó troncos el camino que no se deba seguir, á fin de que la columna no dude cuál sea la dirección que lleva su vanguardia y para que los claros que se forman en aquélla, no motiven que algunas tropas se extravíen equivocando la dirección que lleven las que les preceden.

***

La retaguardia en las marchas, aunque sean ofensivas, tienen gran importancia en las guerras irregulares, porque el enemigo puede atacar á las columnas lo mismo por vanguardia que por los flancos ó retaguardia; así es, que debe formar ésta un número de hombres tal, que baste para contener el empuje del enemigo hasta que se desplieguen las demás fuerzas de la columna. Esta será organizada de tal modo que en caso de ser atacada por cualquier punto, siempre pueda contener el ataque una fracción destinada á dicho objeto.

Los flancos, sobre no ser los puntos más favorables para los ataques decididos del enemigo, cuando el país sea muy cubierto y tenga pocos caminos, irán guardados por los flanqueos que se juzguen necesarios; así es que las tropas de vanguardia y de retaguardia han de ser las destinadas á contener la mayor parte de los ataques enemigos.

La retaguardia, en el momento de ser atacada, elegirá las mejores posiciones que pueda en sus alrededores, embistiendo al enemigo y conquistando, si necesario fuere, algún punto importante, porque su papel no ha de ser exclusivamente defensivo; pero cuando solamente fuera molestada por algunos enemigos aislados que siguiendo á la columna ocultos en el monte ó por el mismo camino, dispararan sus fusiles sobre ella, es práctica conveniente dejar alguna fuerza emboscada que, acometiendo rápidamente á los que incomodan á la columna, los escarmiente ó haga prisioneros.

La retaguardia vigilará constantemente que ningún indivíduo de la columna quede detrás de élla. Recordamos haber presenciado en la campaña de Cuba un hecho que justifica lo que aconsejamos. Una columna practicaba una operación en las inmediaciones del río Cauto, y en terrenos donde hacía mucho tiempo que las tropas no habían penetrado; el suelo estaba cubierto de numerosos rastros; las víandas y los bohíos abundaban; sin embargo, los insurrectos y sus familias avisados por el *fotuto* (1) habían desaparecido: de pronto dos hombres armados salen del monte y se mezclan con los soldados de la columna, sin que nadie notara su presencia, pues iban tan haraposamente vestidos como nuestros guerrilleros; ambos, emprendieron sosegadamente la marcha hacia la retaguardia y los soldados de ésta, al ver que se quedaban detrás les preguntaron.—¿Dónde vais?—Somos dos guías de la columna

(1) Especie de cuerno, cuyo sonido significaba entre los insurrectos la presencia de nuestras columnas.

y volvemos á Cauto, dijeron ellos. La retaguardia siguió adelante y á los pocos minutos dos disparos á quemarropa le hizo conocer la audacia de aquellos insurrectos, que tan de cerca nos habían contado y examinado.

***

Cuando la impedimenta de un ejército ó columna no pueda marchar seguramente por algún río próximo y paralelo á la dirección de la marcha, habrá forzosamente que llevarla con las tropas, pues aunque embarazará mucho á la columna, es imposible prescindir de ella, á no ser en alguna operación rápida que dure poco tiempo y siempre que los soldados puedan llevar á la espalda las raciones y municiones necesarias.

Si una columna no tiene centro determinado en el país donde opere, la impedimenta será mucho más numerosa que si aquélla operara en una zona ó localidad donde cuente con un punto de ocupación permanente en el que pueda dejar la mayor parte de los equipajes, efectos de campamento y provisiones de boca y guerra no necesarias hasta que se consuman las que en un pequeño número de acémilas ó cargadores puedan llevar.

Ya dijimos al hablar de los medios de transporte, que los elementos de que podremos disponer serán carros, bestias de carga ó cargadores, y estos mismos serán los que tendrán que transportar las raciones, municiones y efectos que necesita una columna.

El lugar que ha de ocupar en ésta la impedimenta, será el que menos amenazado esté de un ataque repentino del enemigo, y con el objeto de que en tal caso pueda desplegarse la mayor parte de las fuerzas que formen la columna, el sitio que ocupe la impedimenta en marchas á la desfilada, estará delante de las tropas que formen la retaguardia y en las que se efectúen en terrenos llanos, en un punto central de modo que esté protegida por todos lados, para que no le sea fácil al

enemigo, que con movimientos rápidos podrá envolver la columna, apoderarse de los recursos de ésta.

Siempre habrá un jefe ú oficial encargado de la impedimenta y contínuamente vigilará que no se detengan los carros, animales ó cargadores y que su formación sea lo más compacta posible, no permitiendo que los efectos pertenecientes á un cuerpo se confundan con los de otro, para que al llegar al campamento cada uno pueda rápidamente hacerse cargo de lo suyo.

Cuando en las columnas se lleven reses, si éstas pertenecen á administración militar, podrán marchar todas juntas á retaguardia de las cargas, mas si pertenecieran á los cuerpos, su sitio, en la impedimenta, será donde vayan los efectos pertenecientes á ellos para que sean mejor vigiladas por la fuerza que custodie las cargas, y para que los espantos, no produzcan tanto desorden como producirían yendo todo el ganado unido. Dicha fuerza, será la guardia de prevención del cuerpo á que pertenezca y marchará reunida á la vista y bajo la dirección de su oficial, detrás de las acémilas, carros ó cargadores pertenecientes á aquel cuerpo. Los soldados de estas escoltas, serán los únicos á quienes se permitirá marchar reunidos á la impedimenta, excepto los enfermos ó heridos que por orden expresa del jefe de la columna, sean autorizados á montar en las bestias de carga ó á ser conducidos en camillas ó hamacas por los cargadores; ni los asistentes, ni los músicos, ni nadie que pueda hacer uso de sus armas ó tenga lugar designado en el cuerpo á que pertenezca, se mezclará con los conductores de bestias, cargadores ó escoltas, porque marchando por cuenta propia, ni estarán en sus puestos de combate ó donde tengan sus jefes naturales, si la columna tuviera que defenderse, ni en la impedimenta podrá ejercerse sobre ellos acción alguna, no sirviendo más que de rémora y estorbo para la defensa del convoy.

A pesar de que siempre ha de procurarse que en las columnas vaya el menor número posible de hombres

desarmados, cuya presencia es siempre un obstáculo para todo, cada animal de carga será conducido por un hombre, pues de este modo se conséguirá que al llegar las tropas al campamento, cada acémila marche rápidamente á incorporarse al cuerpo ó fracción á que pertenezca, y que cuando los animales caigan ó se descompongan sus cargas, puedan ayudarse mútuamente los conductores de ellos para que la marcha no se detenga.

El sistema que en nuestras guerras hemos empleado, que consiste en nombrar soldados de los cuerpos para que desempeñen el servicio de conductores ó acemileros, debe desecharse en absoluto, siempre que dispongamos de naturales del país ó de forzados remunerados en sus servicios ú obligados á practicarlos. Fundamos nuestro aserto, en que los acemileros, además de dejar grandes claros en las filas de su batallón, son hombres completamente inútiles en una marcha para todo lo que no sea conducir sus acémilas, por más que se les obligue á no separarse de los fusiles, porque es imposible en los momentos de fuego, disparar contra el enemigo y contener, apaciguar y sujetar al animal, que seguramente se asustará y tratará de huir; dichas armas harán falta en las compañías y serán en la impedimenta no sólo inútiles, sino embarazosas y perjudiciales: además, el servicio que presta el acemilero es penosísimo; aunque se gratifique al soldado que lo desempeñe, nunca se encontrará quien voluntariamentelo desee, como no sea al principio de la campaña, cuando aún no se conocen las fatigas y penalidades propias de aquel cargo, y es inhumano condenar á un servicio que á todos repugna, á los mejores soldados, que siempre los más robustos é inteligentes suelen ser los elegidos.

Todo el que conozca la guerra de Cuba, no podrá menos de recordar á aquellos hombres, héroes oscuros, que con el humilde nombre de acemileros, eran los soldados que más penalidades sufrían. Cuando con su

fusil á la espalda y el ronzal de su acémila en la mano, caminaban por barrizales cuyo fango les llegaba á la rodilla, en tanto que sus compañeros, los soldados de filas, saltaban de piedra en piedra, de tronco en tronco, sorteando los charcos profundos y abriéndose camino por el monte donde el suelo estaba más consistente, cuando á duras penas podían hacer marchar por el espeso barro á sus caballerías, tirando de los ronzales con toda su fuerza, hundiéndose en un hoyo y tropezando en las raíces que cubrían el suelo, no era extraño verlos caer revueltos con los animales en el fango, que quedaba cubierto de judías ó de galletas. Entonces los desgraciados acemileros, dejaban sus armas en el suelo y armándose de paciencia, aparejaban y cargaban de nuevo á las bestias, que una vez en marcha, no tardaban en caer de nuevo arrastrando á sus conductores; y al cabo éstos, llenos de barro desde la cabeza hasta los pies, llegaban extenuados de fatiga al campamento, excitando las risas de los demás soldados. En el campamento, antes de tratar de su propia alimentación, se veían obligados á ocuparse en la de sus acémilas, y cuando los soldados despertaban á la mañana siguiente para emprender la marcha de nuevo, ya los acemileros habían dado pienso á sus bestias y las habían aparejado y cargado.

Al tratar de aquellos hombres, nadie parecía conocer los excesivos trabajos que desempeñaban; cuando los convoyes se atascaban y el barro llegaba á las rodillas de los animales, cuando las cargas se caían y las raciones se esparcían por el fango, cuando las acémilas aparecían llenas de mataduras, causadas por el excesivo peso de la carga, cuando los sacos se rompían y las galletas quedaban sembradas en el camino, cuando las espinas de los bejucos desgarraban las cubiertas impermeables y las raciones se mojaban, no parecía que tales percances tuvieran otra causa sino el descuido y la indolencia de los acemileros. ¡Pobres víctimas que á veces preferían ser atacados por las fiebres é ingresar

en los incómodos hospitales á arrastrar una existencia tan miserable!

Es preciso, pues, librar á nuestros soldados de estos sufrimientos excesivos y conseguir á toda costa, reclutándolos ú obligándolos, que los naturales del país ó gentes extrañas al Ejército, desempeñen el servicio de conductores y el de cargadores, aún más penoso, sino pudiesen aclimatarse en el teatro de las operaciones los animales de carga.

Algunas naciones, en las circunstancias de que hablamos, cuidan, hasta con exceso, de sus soldados, rodeándolos de todas las comodidades posibles y ahorrándoles cuantas fatigas pueden para que su salud no decaiga en lo más mínimo y sus espíritus no se abatan.

Ya dijimos en otro lugar que los ingleses en la costa occidental de Africa emplearon gran número de indígenas en la organización de sus convoyes; pues bien, además, el medio batallón inglés que marchó á vanguardia antes de establecer el sistema de convoyes y campamentos que hemos mencionado, fué acompañado de 600 indígenas, de los cuales 240 llevaban las hamacas y los restantes los demás efectos de campamento y las provisiones de boca y guerra. Los soldados ingleses sólo llevaban los fusiles, 70 cartuchos por plaza, las cantimploras, los filtros para el agua y los sacos casi vacíos.

Los holandeses en Sumatra también se sirvieron de los cargadores. Las impedimentas estaban formadas por naturales del país que llevaban las raciones, las municiones de los soldados y los equipajes de los oficiales, en la proporción de 8,7 cargadores para cada cuatro oficiales y 100 soldados europeos, y de 6,89 para igual número y clase de tropas indígenas.

Nuestro ejército, en cambio, en todas sus campañas, casi siempre se ha bastado á sí propio hasta un extremo que parece increible. En Filipinas se han llevado á cabo expediciones donde durante grandes trayectos ha sido

necesario á los soldados cargar sobre sus hombros las cureñas, las cajas de municiones y las piezas de artillería de montaña. En Cuba las tropas han operado la mayor parte de las veces sin acémilas, y siempre sin tiendas ni abrigos de ningún género. El único impermeable que tenían era una manta de algodón que se empapaba de agua cuando llovía y que secaban los soldados con el calor de sus cuerpos cuando dormían envueltos en ellas por la noche á la intemperie; y cuando los batallones, que después de pacificar el territorio de las Villas parecían compañías, marcharon al departamento Oriental, el más montuoso de la Isla, se llegó á ordenar que en las columnas de operaciones, no solamente no marcharan acémilas sino tampoco caballos de jefes y oficiales. De este modo pudo ser batido el enemigo en sus casi inaccesibles guaridas y se terminó la insurrección más formidable y potente que registran los anales de las colonias.

No pretendemos que se acostumbre á nuestros soldados á las exageradas comodidades que rodean á los ingleses en campaña, pero bueno es que pensemos un poco en lo mucho que vale la vida de un hombre á quien el deber obliga á combatir en apartados climas por la causa de su patria.

Por esto pensamos, que á excepción de expediciones cortas y rápidas, y sólo como casos muy particulares, toda columna de operaciones ha de llevar una impedimenta que, aunque reducida todo lo posible, facilite y garantice la alimentación y salubridad de las tropas.

La impedimenta, como decíamos antes, debe ir en la columna muy unida y compacta; si alguna bestia cayera al suelo ó tirase su carga, las demás no detendrán su marcha; la bestia caida será levantada por su conductor, auxiliado por algún otro si fuera necesario, y se procurará que se incorpore al puesto que antes llevaba en el primer alto que haga la columna. Para obligar al acemilero á esta práctica podrá quedar con él algún cabo ó oldado de la guardia de prevención ó

escolta de las acémilas del cuerpo á que pertenezca la que se haya retrasado.

En los altos que la columna efectúe, la impedimenta se reconcentrará sobre el mismo camino, apartando un poco de él á los animales para que quede paso libre y pueda ser transitado por los que tengan precisión de tomar alguna cosa de las que vayan cargadas. Sólo cuando se haga el alto del rancho, las acémilas marcharán á unirse con sus cuerpos respectivos, como si se tratara de acampar, y aunque serán descargadas, no se les quitarán los bastes ó aparejos hasta el término de la jornada.

Cuando la columna marche por terrenos llanos y despejados, la impedimenta formará de manera que vaya muy reunida en el sitio que se le designe, y observará todas las prescripciones que dejamos apuntadas para el buen orden de la marcha.

*
* *

El frente de una columna en movimiento, ha de ser el mayor posible, á menos que marche por grandes llanuras ó desiertos, en cuyo caso, la formación que adopte, será completamente distinta de la que lleve cuando atraviese selvas ó terrenos montañosos. Sin embargo, pocas veces convendrá que exceda del que resulte de la formación de á cuatro en la infantería y caballería, lo que supone, que la anchura del camino sea mayor de cinco metros. Tal disposición creemos debe ser recomendada en las marchas, siempre que se pueda, porque reune varias ventajas, entre las que se encuentra la no poco importante de disminuir notablemente el fondo de la columna; mas como hemos de tener en cuenta que nos referimos á las marchas ejecutadas en un país donde, seguramente, los caminos estarán en malísimo estado, creemos que la formación de las tropas en la marcha ha de ser tal, que permita marchar por los dos bordes del camino, yendo en dos hileras ó en cuatro, dos por cada lado; sin embargo,

esta disposición, tiene el inconveniente de prestarse á que los oficiales, que marchan en el centro de las hileras, se agrupen, mezclándose los de unas fracciones con los de otras, y esta tendencia á separarse de sus puestos es necesario corregirla siempre.

El jefe de estado mayor de la columna se informará antes de que se señale el orden de formación que han de seguir las tropas, de las condiciones en que se encuentra el camino, procurando conocer su anchura, para participar cuantas noticias pueda al comandante de la columna; éste, según los informes que reciba, ordenará la formación conveniente para que en la marcha no tengan lugar grandes detenciones, y cuando existiere algun trayecto que se estrechara demasiado, podrá designar la entrada del paraje estrecho como lugar de descanso para hacer los ranchos, con el objeto de que al emprender de nuevo la marcha, pueda adoptarse distinta formación.

Aunque el fondo de una columna dependerá del mayor ó menor número de hombres y animales que la compongan, es necesario fijar constantemente nuestra atención en reducirlo cuanto sea posible, llevando la columna compacta y unida para que no se produzcan claros en ella y siempre esté bajo el inmediato mando, vigilancia y dirección de su jefe.

Este debe siempre tener conocimiento del desarrollo natural de la columna que manda para exigir á los comandantes de los cuerpos ó fracciones la responsabilidad necesaria, cuando aquélla se alargase demasiado, y para subdividirla en varias, si creyera que su excesiva longitud pudiera perjudicar el éxito de las operaciones. El jefe de estado mayor apreciará dicho desarrollo observando que la columna á pie firme tendrá un fondo igual á la cantidad que resulte de multiplicar $1^{m}40$ (longitud de dos filas en batalla) por la cuarta parte del efectivo para la infantería, si la formación fuera de á cuatro, ó por la mitad si lo fuera de á dos, y $3^{m}25$ (longitud de dos filas en batalla) por iguales números para

la caballería, según fuere su formación. Estos cálculos ofrecerán resultados mucho menores que las verdaderas longitudes de las columnas en marcha; los claros que se producen por la detención de algunos soldados, por la caida de alguna acémila, ó por otra causa cualquiera, son suficientes, para que dichas magnitudes se dupliquen.

Los claros producidos inevitablemente en la marcha, son causa de apresuramientos y dilaciones dentro de la columna, que cansan, más que nada, á los soldados, y para evitar la gran longitud que producen en ella, es por lo que señalan los reglamentos un máximun en el alargamiento ó desarrollo (1) de las columnas en marcha; pero, ya que no podamos señalar un límite al que adquieran las columnas que marchen por malos caminos, por sendas que atraviesen pantanos ó por arenales fatigosos, habrá que prevenir y ordenar terminantemente á los jefes de los cuerpos y de las fracciones de tropa, que procuren siempre, á toda costa, evitar se alarguen excesivamente las distancias de las fuerzas que lleven á sus órdenes.

Así como en las pequeñas columnas suele suceder, que cuando las tropas que marchan en cabeza, llevan un paso moderado, las de retaguardia van corriendo, en las grandes columnas sucede lo contrario; marchando la vanguardia al paso natural y ordinario, las tropas del centro y de la retaguardia, tendrán unas veces que acortar el paso, y otras, que permanecer paradas durante algún tiempo, hasta que los soldados que las preceden, dejan espacio suficiente para poder marchar. Por esta razón, cuando la columna sea numerosa, ya por formarla el ejército expedicionario entero, que se vea obligado á marchar por el mismo camino, ya por

(1) El reglamento alemán no autoriza más que $\frac{1}{10}$: el italiano $\frac{1}{4}$, y el francés $\frac{1}{5}$, de la longitud que ocupe la columna en correcta formación.

otra causa, y sea posible subdividir las tropas sin que peligre su seguridad, convendrá dividir la columna total en dos ó más, que marchen á alguna distancia unas de otras, pudiendo cada una caminar como si estuviese aislada. Con esto se consigue que en vez de una larga columna contínua, propensa á grandes detenciones y fatigas, que se vea obligada á efectuar jornadas muy cortas y lentas, tendríamos una serie de grupos de tropas escalonados con orden, exentos de detenciones innecesarias y de fatigas inútiles, y todos, en caso de ataque por parte del enemigo, prontos á auxiliarse y protegerse con gran desembarazo y facilidad.

Ningún cuerpo de tropas superior á una brigada, debe, por lo tanto, formar una columna única de marcha, y aun dentro de ella deben los batallones tener cierta independencia para evitar fatigas inútiles á los soldados.

En los países montañosos, cubiertos de espesos bosques, arboledas ó pantanos, la infantería marchará en cabeza, por ser la que con más facilidad puede rechazar ataques repentinos del enemigo, y dar lugar á que la columna se reconcentre y se pueda disponer de todas las fuerzas que la formen; después de la infantería marchará la artillería, luego la caballería y detrás de esta la impedimenta y las fuerzas que constituyan la retaguardia.

Cuando la marcha se efectúe por terrenos que permitan el despliegue de las tropas, y contando con que siempre deben estar dispuestas para rechazar al enemigo, es necesario que vayan de tal modo, que fácilmente puedan presentar seria resistencia en cualquier punto donde fueran atacadas.

Supongamos, para fijar las ideas, que la columna que efectúe una marcha ofensiva, esté compuesta de cuatro batallones, cuatro escuadrones, cuatro piezas de artillería y de todas las fuerzas y bagajes que le correspondan.

Los órdenes de marcha, según sea el terreno que se atraviese, podrán ser los siguientes:

En terrenos cubiertos y montañosos que obliguen á marchar á la desfilada.



1.—Extrema vanguardia.

2.—Vanguardia formada por guerrillas ó por una compañía del primer batallón.

3.—Medio batallón del primero de infantería.

4.—Compañía de ingenieros.

5.—Cuartel general.

6.—Medio batallón del segundo de infantería.

7.—Artillería.

8.—Caballería.

9.—Tercer batallón de infantería.

10.—Impedimenta, parques y guardias de prevención.

11.—Rebaño.

12.—Medio batallón del cuarto de infantería.

13.—Retaguardia, formada por guerrillas ó por una compañía del cuarto batallón.

El medio batallón del primero de infantería, no aparece en la columna porque se supone irá flanqueándola á distancia conveniente, pero en el caso de que no puedan efectuarse flanqueos ó no fueren necesarios, dicho medio batallón se situará después del cuartel general, pasando entonces las dos piezas de artillería á vanguardia del segundo batallón.

En terrenos despejados que permitan maniobrar á las tropas.

En estos terrenos, los batallones marcharán en filas de á cuatro, con cierta independencia entre sí, aprovechando los anchos senderos ó las direcciones más practicables. En tal caso, la exploración estará á cargo de la caballería, que hará este servicio á gran distancia de la columna, y la impedimenta marchará por el camino más á propósito que encuentre á su frente y también con cierta independencia relativa. Pero cuando se anunciase la presencia del enemigo, sobre todo si fueran grandes masas de caballería, la marcha en formación de combate podrá efectuarse de la manera siguiente:

Fig.ª 42

1.—Extrema vanguardia.—2.—Vanguardia formada por guerrillas ó por una compañía de uno de los batallones.—3.—Cuartel general.—4.—Compañía de ingenieros.—5.—Artillería.—6.—Batallones de infantería.—7.—Caballería.—8.—Impedimenta, parques y guardias de prevención.—9.—Rebaño.

***

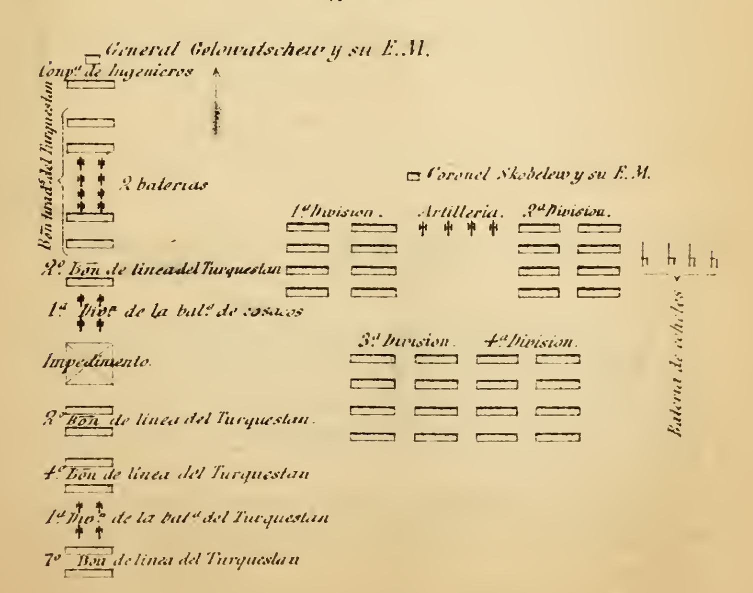
Al tratar de las marchas ofensivas en terreno enemigo, no podemos menos de hacer mención, por la enseñanza provechosa que encierra, de una de las jornadas que los rusos efectuaron desde la frontera de su nación hasta la ciudad de Makhran en el khanato de Kokhand, jornada que llevaron á cabo sin perder un solo hombre.

Obligado á marchar con un extenso frente, en vista de las numerosas masas de caballería que reunió el enemigo, el ejército ruso dejó el vivac del campo de Kokhand al despuntar el alba del día 1.° de Setiembre de 1875, y vivaqueó por la noche cerca Obkhoureke, sin haber encontrado al enemigo.

El día 2, la infantería se puso en marcha hacia Makhran; la caballería con una división de artillería y la batería de cohetes, formó una segunda columna á la derecha de la principal y á la altura de la infantería.

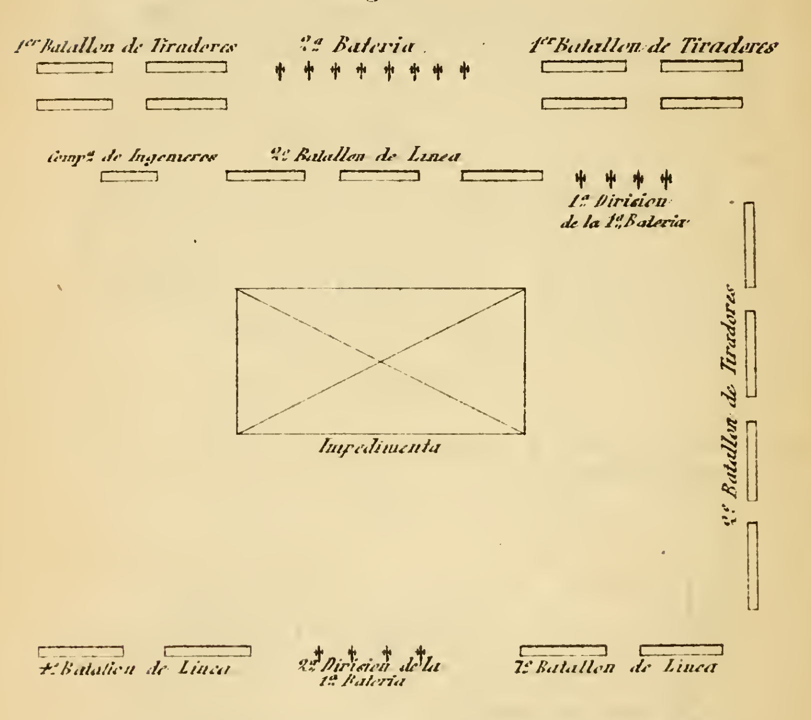
La formación adoptada fué la siguiente:

Fig.ª 43



Las primeras partidas enemigas empezaron á mostrarse por la derecha de la columna rusa á 6 verstas (1) de Obkhoureke. El general Kauffmann, comandante en jefe de la expedición, hizo tomar á la infantería la formación de combate y continuó su marcha en la forma incómoda que indicamos á continuación, obligado por las circunstancias:

Figª 44



El terreno que el cuerpo expedicionario atravesaba era ligeramente ondulado y descendía en pendientes surcadas por profundos barrancos; pendientes que nacían en las montañas y llegaban hasta la orilla izquierda del río Sir-Daría.

Hacia las ocho de la mañana, un fuego bastante vivo se empeñó entre los numerosos grupos de la caballería

(1) La versta rusa equivale á 1,067 kilómetros.

enemiga, y la 3.ª y 4.ª división de cosacos. El entonces coronel Skobelew, no quiso perseguir al enemigo, con objeto de conservar las fuerzas de sus hombres y caballos para el combate decisivo, que según las suposiciones tendría lugar al día siguiente.

El enemigo, sin embargo, renovó los ataques, arrojando sucesivamente masas de ginetes sobre el flanco derecho y retaguardia de la caballería rusa; pero la columna se limitó á una resistencia puramente defensiva.

Durante este tiempo la infantería rusa habia llegado á la aldea de Karatchkoum, donde se tenía intención de pernoctar; pero se encontró con que el enemigo había desvíado los arroyos y no había agua. Esta contrariedad, hizo decidir al general Kauffmann, á hacer vivaquear á sus tropas en la orilla del Sir-Daría, distante una versta y media al Norte de la aldea.

La caballería, para llegar y unirse á la columna de infantería, tenía que atravesar barrancos de pendientes rápidas y escarpadas, y en esta operación fué protegida por dos compañías, que desde las casas de Karatchkoum, hicieron experimentar al enemigo pérdidas sensibles.

En cuanto la caballería hubo pasado los barrancos, estas dos compañías se retiraron incorporándose al vivac.

En esta marcha, que no fué más que un contínuo combate de caballería, que comenzó á las ocho de la mañana y concluyó á la una de la tarde, el enemigo, á pesar de las considerables fuerzas que desplegó, no impidió el movimiento, ni deshizo la columna, ni en ella causó un herido ni un muerto. La artillería consumió 10 granadas, los cosacos 7 cohetes y 1.860 cartuchos, y la infantería 935, lo que prueba la disciplina y buen espíritu de aquellas tropas, y la manera magistral de llevar á cabo la operación.

CAPITULO IX.

Duración de la marcha.—Aguadas.—Descansos.—Marchas por los bosques.—Marchas por las montañas.—Pasos de arenales.—Pasos de ciénegas.—Pasos de rios.—Marchas forzadas.—Marchas por la noche.—Las marchas en la India.

La duración común de una marcha en los países civilizados, no puede darnos idea aproximada de la que tienen las que se efectúan en territorios incultos, donde no existen aldeas ni pueblos, lo suficiente próximos, para servir de término á las jornadas. A menudo, una columna en marcha tendrá que acampar para pasar las noches en lugares despoblados y salvajes, donde faltará algunas veces el agua y todos los recursos que produzca el país y puedan servir para alimentar á los soldados; pero, como regla general, debe hacerse una gran distinción entre las primeras marchas que efectúen unas tropas, al principio de una campaña, y las que lleven á cabo después de estar acostumbradas al país en que operen y á andar por terrenos unas veces blandos, como los arenosos y pantanosos, otras veces duros, como los formados por las rocas de las montañas, y otras por caminos cubiertos de raíces y bejucos, entre los cuales, mientras no se adquiere alguna práctica, se enredan los pies, produciendo excesiva fatiga; por esto creemos que las primeras marchas que se efectúen en un país de tal género, han de ser más cortas y pausadas, que las que se practiquen después de algún tiempo de campaña.

Cuando las tropas estén acostumbradas á marchar, puede calcularse aproximadamente, por medio de la

observación, el tiempo que emplearán en recorrer una distancia determinada, puesto que no habrá más que tomar la media proporcional de los tiempos que emplée una determinada columna, en recorrer varias veces el mismo camino; pero, como la varia naturaleza del terreno ha de influir notablemente en este cálculo, es claro que ha de tenerse muy en cuenta.

En los terrenos cubiertos de bejucos, enredaderas y raíces, y en los pantanosos, dependerá la celeridad de la marcha de la mayor ó menor cantidad de entorpecimientos que en ella se encuentren; pero en los países montañosos, puede servir de datos importantes los principios de que, para subir una pendiente de 1.000 pies de altura, es necesario una hora de camino (1), y que en los terrenos arenosos se necesita un tiempo doble del que sería necesario para recorrer una determinada distancia por un suelo duro y firme.

Como la naturaleza del terreno tiene esta influencia tan directa en los movimientos de las tropas, volvemos á repetir que es importante ó, por mejor decir, necesario, que un ejército conozca el país donde ha de operar, pues con este conocimiento podrá calcularse de antemano, aproximadamente, el tiempo que los indivíduos aislados y las columnas, tardarán en recorrer longitudes determinadas, si se tiene presente que cuando el camino sea firme, llano y suficientemente ancho, la temperatura templada y el viento suave, pueden aceptarse las siguientes relaciones entre las distancias recorridas y los tiempos empleados en recorrerlas:

Un hombre á pie anda 5 kilómetros por hora; á caballo empleará de 42 á 50 minutos, si marcha al paso, y de 19 á 23, si lo hace al trote.

Una columna de infantería anda 5 kilómetros, empleando de 66 á 73 minutos; una de caballería los recorre en 39, y una batería montada en 70, si los sir-

---

(1) Esto es independiente de la distancia horizontal, que es preciso tener en cuenta cuando sea grande.

vientes no suben á los carros y piezas, pues en este caso puede marchar como la caballería.

Las marchas en países fríos ó templados pueden efectuarse sujetándolas al principio de que las tropas han de ponerse en movimiento á la hora conveniente, para que lleguen á establecer su campamento nocturno antes de ponerse el sol; pero en los países cálidos, es preciso tratar de evitar las molestias que el fuerte calor de las primeras horas de la tarde causará á las tropas, y por lo tanto, es conveniente disponer la marcha de manera que las horas de mayor calor las pasen los soldados descansando á la sombra, si posible fuera. Para conseguir esto, puede una columna efectuar la marcha de dos maneras: poniéndose en camino antes de amanecer y acampar definitivamente á las doce del día, ó emprendiendo la marcha al salir el sol, hacer alto á las diez de la mañana y volver á ponerse en camino á las tres de la tarde, para acampar definitivamente poco antes de ponerse el sol.

Ambas maneras de efectuar la marcha tienen inconvenientes y ventajas; la primera, obliga á levantar el campo cuando apenas se vé, lo que es origen de confusiones; las cargas no podrán sujetarse bien sobre las acémilas, ni podrá fácilmente formarse la columna para marchar, puesto que todo estará alumbrado por la claridad de las hogueras; los soldados no podrán tomar el café, á no ser que la orden de levantar el campo, sea dada con demasiada anticipación, y, por último, se obligará al soldado á caminar muchas horas sin comer el rancho, lo que hace que aunque aquéllas sean las más frescas de la mañana, el soldado esté falto de fuerzas para terminar la jornada: la segunda manera de efectuar la marcha, tiene la desventaja de que el descanso de diez de la mañana á tres de la tarde, es las más de las veces ilusorio; el soldado no podrá dormir ni apenas descansar, puesto que todos los útiles de campamento no podrán ser empleados en un descanso tan corto, no podrá levantar sus tiendas, si las lleva, ni po-

drá hacer otra cosa que tenderse en el suelo, donde le incomodarán el calor, las moscas y los mosquitos; es cierto que podrá tomar dasahogadamente el café por la mañana y comer el primer rancho á buena hora, pero estará también mayor tiempo sin disfrutar de las pequeñas comodidades que puede proporcionarle el campamento definitivo.

En la Isla de Cuba, donde nuestros jefes aprendierón la manera más acertada de marchar en climas cálidos, se efectuaban las marchas dejando los campamentos al amanecer, después que el soldado había tomado café; se caminaba hasta las once ó las doce, á cuya hora se comía el primer rancho, y después de dos ó tres horas de descanso, se emprendía de nuevo la marcha para acampar antes de que se ocultara el sol; sin embargo, esta manera de efectuar las marchas, deja poco descanso al soldado, y sólo las excelentes é inmejorables condiciones del nuestro, han permitido que durante diez años haya podido estar sujeto á un régimen semejante, en las contínuas marchas que ha efectuado á través de los bosques vírgenes de la Isla de Cuba.

Creemos que el mejor sistema de marchar será aquél por medio del cual, recorriendo mayor extensión de camino en cada jornada, se proporcione á las tropas mayor descanso efectivo, y siempre teniendo presente que en todo caso ha de procurarse que los soldados coman dos ranchos.

*
* *

El agua es lo más necesario en un campamento, y como sólo en último extremo se debe llevar provisión de ella, es claro que las jornadas que efectúe una columna han de estar determinadas por las distancias que hubiere de unas aguadas á otras. Esto, unido á que siempre es preciso llegar al lugar donde haya de acamparse, con luz suficiente para establecer el servicio de seguridad, examinar las condiciones del campo y

señalar los sitios donde deban situarse los cuerpos, hace que la duración de las jornadas no pueda ser arbitraria sino determinada por tales condiciones y, en general, bastante cortas, comparadas con las que se pueden efectuar en Europa.

En los países muy abundantes de agua, habrá indudablemente mayor libertad de acción para señalar mayor ó menor extension á las jornadas que ejecuten las tropas, como también podrán efectuarse operaciones más independientes y desahogadas que cuando las aguadas son pocas ó escasas; pero cuando esto último suceda, se podrán combinar los movimientos de las columnas, de modo que al llegar la noche retrocedan, avancen ó salgan de la dirección conveniente, para buscar el agua ó bien se llevará provisión de ella en la impedimenta. A pesar de lo incómodo que esto sería, si en la columna marchasen animales de carga, no está demás que consignemos la necesidad absoluta que hay de llevar agua cuando no se supiere con certeza que se ha de encontrar en el camino.

Los camellos, por ejemplo, que abundan en los lugares donde escasea el agua, pueden llevar dos odres, de un hectólitro de capacidad cada uno, y seguramente, cuando se utilicen dichos animales, se conseguirá varíar los movimientos de las columnas ocultándolas del enemigo que, por lo regular, al poco tiempo de observar nuestras operaciones, se acostumbra á vernos siempre acampar en las aguadas.

Sin embargo, el conocimiento de éstas es muy importante y necesario para el Jefe que mande una columna, y á ello se dedicará con empeño desde el momento en que llegue al teatro de sus operaciones, debiendo siempre que no pueda confirmar en seguida las noticias que en el país adquiera sobre la existencia de agua en ciertos puntos, ó cuando no le fuera posible adquirir ninguna, llevar agua en la impedimenta en tanto que se explora el terreno y se descubren algunas aguadas, aunque nunca llevándola en mayor cantidad

que la necesaria para dar ración de ella durante tres días á los hombres y animales que compongan la columna, pues si trascurrido este tiempo no se hubiera encontrado agua, será necesario desistir de la operación ó establecer un servicio permanente de racionamiento.

Si se temiera que el enemigo pudiera inutilizar las aguadas que no fuesen de agua corriente, cegando ó envenenando los pozos ó fuentes, deberá el jefe de la columna destacar fuerzas ligeras que se apoderen de dichos puntos y esperen en ellos, guardándolos, la llegada de las tropas. Según fuere la naturaleza del terreno y el modo de combatir de sus habitantes, así será la fuerza destinada á este servicio; en los paises cubiertos podrán marchar las guerrillas afectas á la columna, á no ser que el enemigo tuviera mucha consistencia y dispusiera de grandes masas de hombres, en cuyo caso, sería más prudente envíar un batallón además de las guerrillas y una ó dos piezas de artillería de montaña, pero si el terreno fuese despejado, la caballería de la columna será la que destacándose de ella, se adelante á apoderarse de las aguadas, acompañada, si es posible, de alguna artillería montada, siempre que el enemigo no haya adoptado el sistema de batirse aisladamente, sino el de confíar el éxito á los combates ó á los choques de grandes masas.

Puede también suceder, sobre todo en los países donde el agua escasea, que los manantiales sean escasos y durante la estancia de la tropa en sus inmediaciones no produzcan agua suficiente, y entonces, antes que poner á las tropas y á los animales á ración de agua, distribuyéndola proporcionalmente á la que produzca el manantial, será mejor dividir las fuerzas en dos ó más columnas que utilicen otras aguadas ó que vayan llegando sucesivamente á la única que hubiere, dejando tiempo suficiente para que el manantial produzca la necesaria.

Será, por lo tanto, conveniente que el oficial de estado mayor encargado de practicar un reconocimiento,

efectúe el aforo de las aguadas que encuentre, lo que fácilmente podrá practicar del siguiente modo: se llena una cantimplora ó balde de agua hasta los bordes, y se cuenta el número de segundos ó minutos que tarde en llenarse; es claro que multiplicando dicho número por la relación que existe entre la hora y el número de minutos ó segundos transcurridos, se tendrá el número de baldes que el manantial puede llenar en una hora: sabiendo pues, el número de ellos que la columna necesita, ó el de litros, por ejemplo, que contiene uno, se podrá fácilmente calcular si el manantial producirá agua suficiente para toda la columna, en el tiempo que ésta acampe á sus inmediaciones, teniendo en cuenta que cada hombre necesita de 3 á 4 litros de agua diarios para beber, hacer los ranchos y lavarse, y que cada animal, por término medio, consume 16 litros.

*
* *

Una columna en marcha, deja por lo regular su campamento al despuntar el día, después de haber tomado el café los soldados que la componen, y según los principios generales sobre las marchas, es preciso ordenar un cierto número de altos ó paradas que, dando gran desahogo y descanso á los soldados, les reanima, y hacen que les parezca la jornada más corta. Estos altos que para las marchas por buenos caminos, están precisados en los reglamentos europeos (con expresión del tiempo de descanso y del que debe trascurrir de unos á otros), en los países donde los caminos están en mal estado, donde abundan los malos pasos, los desfiladeros, los pantanos y los arroyos, deben concederse á las tropas, después de pasar dichos obstáculos, con el objeto de que la columna, que por precisión sufrirá una dilatación grande, se reuna y reconcentre para emprender de nuevo la marcha.

Los pequeños descansos, de los que no se debe abusar, han de durar por lo menos cinco minutos, que

se contarán á partir del momento en que la retaguardia se haya reconcentrando á la columna, puesto que de otro modo, casi siempre sucederá, que en tanto que las tropas de vanguardia descansan durante todos los altos, las de retaguardia no harán más que estrechar las distancias, sin disfrutar de igual beneficio.

Estos pequeños descansos deben aprovecharse para reconcentrar la columna, y han de ser ordenados de manera, que sin necesidad de tocar alto para que toda aquélla cese de marchar, detenga el movimiento la cabeza al mandato del jefe, y conforme las distintas fuerzas vayan tomando su distancia, irán haciendo alto, dando aviso con la corneta, el pito ó por medio de un oficial, el jefe más caracterizado de la retaguardia, que será el jefe de ella, para que el de la columna sepa el momento en que la retaguardia ha cesado de andar, y se ha unido á lo restante de las tropas.

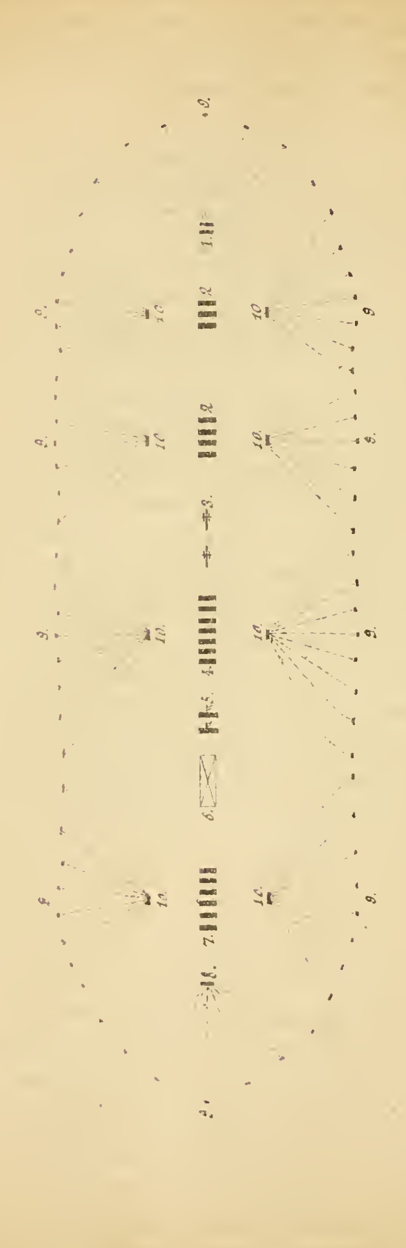
Además de los descansos, que como hemos dicho, han de darse á una columna, después de atravesar algún mal paso, hay que conceder un alto de diez minutos á la media hora de haber dejado el campamento, y el gran alto del medio día, que durará unas dos horas, durante el cual, los soldados comerán un rancho ó las viandas que lleven, los oficiales almorzarán y todos descansarán, para continuar luego la marcha hasta el campamento de la noche. Se deduce, por lo tanto, que debiéndose llegar á dicho lugar con luz suficiente, el alto del medio día ha de tener lugar cuando se haya vencido la mayor parte de la jornada, y, por lo tanto, cuando ya no falte más que la tercera parte de ella.

Durante los pequeños altos, la vanguardia y la retaguardia de la columna, redoblarán su vigilancia dando la vista al campo, y á las demás tropas, aunque se les recomendará que se sienten en el suelo sin perder su formación, no se les permitirá bajo ningún concepto, que abandonen sus armas; pero en el gran alto del medio día, ó cuando fuere necesario detener el movimiento de la marcha, por cualquier motivo que no fuese

la aparición del enemigo, se permitirá á los soldados mayor libertad, pudiendo marchar de un lado á otro, pero sin salir del lugar que ocupe su cuerpo, ni mezclarse con los soldados de otro.

En este caso, la columna permanecerá sobre el camino; y en los terrenos despejados, las guerrillas y flanqueos y, sobre todo, la caballería, serán los guardianes de su seguridad, estableciendo un servicio avanzado en los caminos y avenidas, ocupando los puntos más altos ó aquéllos desde donde se descubra más terreno, procurando no sujetar la situación de los puestos á disposiciones regulares ó simétricas, sino aprovechando la estructura especial del terreno para obtener mayores ventajas en la vigilancia; pero cuando el terreno fuese muy quebrado ó cubierto de vegetación, cada cuerpo ó fracción de él cubrirán con exploradores sus flancos respectivos, á excepción de la artillería y caballería, que permanecerán unidas sobre el camino; estos exploradores pertenecerán á la misma fracción de tropas que hayan de cubrir, así es, que no se emplearán ni las guerrillas afectas á la columna, ni ninguna otra fuerza especial, para evitar las dilaciones y dificultades que originaría una práctica semejante.

El servicio de seguridad que desplegará la columna en este último caso, será el señalado en la siguiente figura:



1.—Vanguardia.—2.—Batallón de vanguardia.—3.— Artillería.—4.—Batallón del centro.—5.—Caballería.—6.—Impedimenta.—7.—Batallón de retaguardia.—8.— Retaguardia.—9.—Guerrillas destacadas de la columna.—10.—Reservas de dichas guerrillas.

Todos los soldados, á excepción de los desplegados en guerrillas, sus reservas y los que componen la vanguardia y retaguardia de la columna, podrán, como hemos dicho, descansar en la forma que se les antoje, sin dejar en ningún caso su fusil de la mano, aunque se sienten ó se acuesten en el suelo, atentos siempre al toque de pito que indique la preparación para marchar; pero cuando la espesura del bosque obligue á la columna á marchará la desfilada de á dos, al hacer alto, cada una de las hileras dará frente al monte, sin soltar los soldados sus armas de la mano y estando atentos á cuanto pueda ocurrir en el bosque. En los grandes altos, la tropa podrá comer las viandas que lleve en su morral, ó bien se hará adelantar á las acémilas de los cuerpos y se prepararán los ranchos, y para que la fuerza que preste el servicio de seguridad pueda comerlos, se relevará por otra que ya lo haya comido, en cuanto concluya.

Aunque las marchas por medio de los bosques y de los terrenos cubiertos de vegetación pueden considerarse como efectúadas por un contínuo desfiladero, como se tropezará con grandes dificultades para ocupar de antemano los puntos que más probabilidades ofrezcan de que el enemigo se apodere de ellos para ofender á la columna, nos contentaremos, si es posible, con llevar flanqueos por derecha é izquierda, que marchen por dentro del monte, al mismo tiempo que la columna, ó aprovechando las veredas y sendas que la gente conocedora del país les indiquen. Estos flanqueos cuyo número y fuerza siempre estarán en relación con la importancia de la columna, los efectuarán, por regla general, las guerrillas afectas á ella, debiendo llevar siempre cada una un guía seguro y experimentado, sino hubiere entre los guerrilleros alguno que conozca bien el país, y pueda por lo tanto, guíar á la fuerza de que forma parte. Los flanqueos no han de marchar tan cerca de la columna, que al ser sorprendidos por el enemigo sean rechazados sobre ésta, y no le dé tiempo para disponer convenientemente de las fuerzas que la

compongan, viéndose envuelta desde el principio del fuego, con las guerrillas ó fuerzas flanqueadoras: tampoco deben marchar tan lejos, que puedan situarse algunos tiradores enemigos entre la columna y los flanqueos, y haciendo fuego sobre una y sobre otros provocar un sensible y desastroso combate entre dichas fuerzas.

Por estas razones, cuando el enemigo combata empleando grandes masas, los flanqueos han de marchar bastante retirados, aunque siempre en la zona de protección de la columna, para que el choque y aun la derrota y retirada que sufran, no tengan influencia en las tropas flanqueadas y éstas tengan tiempo para prepararse y combatir; pero si el enemigo tiene la costumbre de pelear aisladamente ó por grupos, y es aficionado á las emboscadas y á los golpes de mano, entonces los flanqueos marcharán cerca de la columna para evitar que alguien se interponga entre ellos y ésta.

Siempre ha de calcularse la dirección que lleven los flanqueos, pues nada es más sencillo que equivocarse al sentir que disparan sobre la columna ó al ver por algún lugar salir inesperadamente una fuerza armada que, sobre todo si está compuesta de hijos del país, será fácil confundir con alguna partida enemiga.

En los terrenos cubiertos de árboles y vegetación, suelen existir á veces grandes claros, por medio de los cuales, corre el camino que debe seguir una columna, y será una gran imprudencia de ésta aventurarse á salir al descubierto, sin asegurarse antes de que en la linde opuesta á la que ella deja, no existen enemigos, pues podría encontrarse atacada de repente por fuegos convergentes, que la pondrían en gran aprieto. Es pues, necesario, cuando la vanguardia de una columna llegue á un gran claro del bosque, que haga alto y se reconcentre toda la columna en el camino, en tanto que los flanqueos de derecha é izquierda ú otros nombrados al efecto, envuelvan el claro del bosque caminando por el monte hasta que uniéndose ambos, se

convenzan de que el enemigo no está emboscado en la espesura.

Cuando el bosque que deba atravesar una columna carezca de caminos y sendas, y sea preciso que los ingenieros, gastadores ó soldados que se destinen para ello, tengan que abrirlos, es evidente que si se tiene toda la columna en tren de marcha, los soldados con todos sus enseres á la espalda y las acémilas cargadas, se molestará inútilmente á las tropas, que se verán obligadas á permanecer á pie firme encajonadas en el trozo de camino que se haya abierto, sin que reporte ninguna ventaja mantenerlas en tal situación, pues más conveniente sería no levantar los campamentos hasta que el camino que se abre, llegue á algún lugar apropiado para acampar, al que se trasladarán las tropas, marchando así sucesivamente por etapas cortas, que fatigarán bien poco á los hombres y á los animales. En tal caso habrá que nombrar una fuerza de protección, para que los trabajadores puedan dedicarse con entera libertad á sus trabajos, y mantener el servicio de seguridad en el campamento, tanto de día como de noche. Las fuerzas de protección deberán estar divididas en dos partes; una formada á la inmediación de los que trabajan, servirá de reserva á la otra, que vigilará en los alrededores del sitio del trabajo, avanzando por dentro del monte como mejor pueda, al mismo tiempo que avanzan la corta de árboles y el arreglo del camino.

Cuando esto suceda ó cuando los bosques de derecha é izquierda de un camino sean tan impenetrables que no permitan avanzar á los soldados á través de ellos, sino á costa de excesivos trabajos, habrá que prescindir de llevar flanqueos, puesto que en vez de proteger á la columna, ésta será la que tenga que subordinar su marcha y ofrecer protección á los flanqueos, cuyos movimientos durarán mucho ó quizás serán irrealizables. En caso semejante, tampoco es de temer un ataque rudo por parte del enemigo, puesto que luchará

con iguales inconvenientes, para moverse y trasladarse de un punto á otro á través de bosques tan espesos; mas para hacer esta conclusión, es preciso que el jefe de la columna se cerciore perfectamente, y adquiera la certeza de que en una gran extensión de terreno el bosque es compacto y unido, pues si estuviera el camino rodeado á corta distancia por llanuras ó terrenos practicables, en ellos deberán operar los flanqueos, de cuyo servicio no podrá prescindirse, si se desea la seguridad de la columna.

* * *

Cuando el país en que se opere sea montañoso y puedan elegirse puntos dominantes, que aseguren la marcha de la columna por los desfiladeros que forman las montañas, deben envíarse tropas que los ocupen; á propósito de la manera como debe practicarse este servicio, dice el mariscal Bugeaud lo siguiente:

«Antes de penetrar en un desfiladero formado por montañas abruptas ó llenas de vegetación, creemos que es preciso colocar á vanguardia las tropas destinadas á prestar el servicio de retaguardia. El comandante de la columna las escalonará sucesivamente por compañías ó medias compañías, y á veces por fracciones más considerables, en los puntos de derecha é izquierda que dominen el desfiladero. Supongamos que sean dos batallones las fuerzas nombradas para formar la retaguardia, y preparar de este modo el paso de la columna, para que no sea hostilizada con disparos en sus flancos ó en su retaguardia, ni pueda el enemigo precipitarse sobre algún punto de la larga hilera de hombres y acémilas que marcharán de á uno por un estrecho y abrupto sendero.»

«Los dos batallones escalonados, como hemos dicho, cubrirán regularmente una legua de desfiladero. En cuanto los primeros escalones de la retaguardia hayan sido colocados, podrá la columna ponerse en movimiento y penetrar en la garganta. Los kábilas que, desde

los primeros disparos hechos por algunos de los suyos, llegan de todas partes, encuentran las posiciones ocupadas, son recibidos á tiros, y no se atreverán á penetrar por los intervalos de los escalones para atacar á la columna que desfila, porque temerán verse cogidos de revés por las tropas escalonadas.»

«El comandante de la retaguardia deberá permanecer con los primeros escalones que se hayan colocado, y, una vez rebasados éstos por la columna, los hará descender y formar sucesivamente en el fondo de la garganta para constituir la retaguardia. Cuando la cabeza de la columna haya dejado atrás el último escalón, el comandante en jefe de ella la hará hacer alto y la formará en masa. El comandante de la retaguardia, que habrá reunido todos los escalones, se unirá con ellos á la columna y los hará marchar hasta la cabeza de ella, para comenzar de nuevo la misma operación, á no ser que el comandante en jefe designe para ello otros batallones y haga ocupar á los primeros sus puestos en la columna.

«Se comprenderá bien la razón que existe para que los distintos escalones, á medida que dejan sus posiciones, no marchen por los flancos de la columna cubriendo el desfiladero.»

«Por lo pronto esto sería inútil, puesto que siempre existirán otros escalones más adelantados, cuya protección será mayor que la de los hombres que marchen en una hilera á través de los numerosos accidentes del terreno; pero aun existe otra razón más poderosa, cual es, la de que los soldados se fatigarían sucesivamente al atravesar gran número de barrancos y al escalar pendientes muy rápidas, retardando la marcha de la columna, que se vería obligada á esperarlos, mientras que con el método indicado apenas habrá pérdida de tiempo, sobre todo, si después de algunos minutos de descanso, el comandante en jefe envía batallones de la cabeza á escalonar otra legua del desfiladero.»

«Este método tiene la sanción de la experiencia; varias veces nuestras columnas conducidas en esta

forma, han atravesado los más peligrosos desfiladeros, sin experimentar ninguna pérdida ó teniéndolas en pequeño número, en tanto que el enemigo las contaba numerosas, cuando trataba de conquistar las posiciones ocupadas de antemano por las tropas escalonadas.»

»Se vé fácilmente que cuando una columna está flanqueada á poca distancia por columnas que marchan por las crestas, no tendrá necesidad de emplear el método anterior, puesto que sus flancos estarán perfectamente cubiertos; pero siempre que una columna marche aislada, ó las que vayan á sus flancos se alejaran mucho, es prudente emplearlo aun cuando no se haya notado la presencia del enemigo.»

«Muchas veces nos ha sucedido no notar la menor apariencia de un ataque y aun ver á los kábilas, que sin armas, venían á conversar familiarmente con los soldados, y un instante después la retaguardia de la columna era vivamente atacada. Es preciso pues estar siempre prevenidos, no descuidarse nunca y operar siempre como si se estuviera en presencia de un enemigo poderoso.»

Poco podremos añadir á lo que dice el ilustre y experimentado duque de Isly; haremos notar, no obstante, la conveniencia de que las tropas que ocupen posiciones para asegurar la marcha de la columna, dejen únicamente cuatro ó cinco hombres en su parte más visible para que sepan nuestras tropas las alturas que estén ocupadas, debiendo lo restante de la fuerza mantenerse oculta en la falda de la posición ó en algún pliegue del terreno, con lo que se conseguirá presentar muy poco blanco, y que si el enemigo se atreviera á atacar á la pequeña fuerza que vé, salga de su empresa duramente escarmentado.

En las marchas por las montañas será también conveniente reconcentrar la columna en los puntos culminantes, como son, por ejemplo, aquéllos en que los caminos atraviesan las divisorias y con mucha más razón si ha sido atacada por el enemigo mientras caminaba,

porque de este modo pueden remediarse los desórdenes que el combate introduzca, dando al mismo tiempo ocasión al Jefe superior para que desde el punto culminante pueda reconocer el terreno y tener en cuenta los caminos que lo crucen para adoptar las mejores resoluciones al emprenderde nuevo la marcha.

* * *

La columna que tuviera que atravesar arenales ó desiertos se verá obligada, como es de suponer, á llevar el agua suficiente para la marcha, y el jefe de ella, calculando las etapas que han de hacerse, procurará acortarlas y disminuir la velocidad del paso para que no sea tanta la fatiga que experimente la tropa al marchar sobre la arena. Asimismo ordenará que la caballería, los animales de carga y los rebaños, si fuera posible, salgan de la columna y se coloquen al lado contrario de donde venga el viento, para que los infantes no se vean molestados por el polvo que levanten los animales; esta misma prevención se hará á todos los jefes, oficiales y ordenanzas que sean plazas montadas.

* * *

Como hemos dicho en otro lugar, en los países llanos y de terrenos bajos, suele suceder con mucha frecuencia que las lluvias ó los desbordamientos de los ríos producen grandes pantanos y ciénagas que presentarán también muchas dificultades para la marcha, puesto que los indivíduos que caminen á pie tendrán que hacerlo por medio de un barro á veces compacto y pegajoso que les impedirá andar como no sea muy despacio y con grandes trabajos y precauciones.

La marcha á través de estos terrenos se facilita algo cuando las ciénagas son de formación reciente y el barro líquido que las forma tiene poca consistencia, á no ser que existan hoyos profundos ó surcos formados

por el paso de las bestias, que no se manifiesten en la superficie ó bien que haya tembladeras, en cuyo caso la columna no deberá arriesgarse por caminos semejantes antes de haberlos reconocido y señalado en ellos la faja ó senda de terreno firme por la que pueda marcharse sin peligro; pero cuando por la acción del sol ó por otra causa el barro y el cieno que forman las ciénagas estuviere, aunque blando, algo endurecido, la marcha será fatigosa y lenta en extremo, y sucederá seguramente que al salir del mal paso una gran parte de los soldados de la columna habrán quedado descalzos, dejando sus zapatos enterrados en el compacto barro.

Los animales de carga, para atravesar tales terrenos, tienen que efectuar movimientos bruscos y violentos, lo que produce que las cargas se caigan ó que ellos mismos vayan al suelo, y en tal caso sólo á fuerza de grandes trabajos podrán ser levantados y cargados de nuevo; además, como las cargas no pueden ser sujetas tan bien como si los conductores y acemileros pisasen sobre un suelo firme, quedan siempre flojas y mal acondicionadas y esto es causa de que con frecuencia vuelvan á caer de nuevo.

Por estas razones creemos que el paso de las ciénagas y pantanos, debe salir de las condiciones generales de la marcha, y como los soldados en el momento en que se encuentren atravesando dichos terrenos apenas podrán hacer uso de sus armas á no ser desde el lugar en que el barro los sujeta, y tampoco podrán acudir con prontitud adonde fuere necesaria su presencia, deberá el Jefe de la columna escalonar tropas en toda la extensión del mal paso, del mismo modo que hemos indicado al tratar de pasar un desfiladero. Las tropas escalonadas á pie firme, y desde los puntos en que se hallaren, contendrán y rechazarán al enemigo si éste intentare atacar á la columna en el crítico instante del paso peligroso.

Si la infantería pudiera marchar por los bordes del

camino, introduciéndose en la espesura del bosque, si lo hubiere, con el fin de buscar un terreno algo más firme y aprovechar los troncos de los árboles derribados, las piedras ó las ramas para marchar por ellas, deberá hacerlo; pero la artillería, la impedimenta y la caballería seguirán su marcha por el centro del camino. procurando que cuando el barro sea muy compacto cada bestia ponga los pies en los hoyos que dejen los de la bestia anterior; la misma precaución observarán los infantes cuando el barro aprisione sus pies, para no perder el calzado; pero cuando la infantería no pueda bordear el terreno encenagado, deberá ser la primera que lo atraviese; á ella seguirá la artillería y la impedimenta, siendo la caballería la última que lo verifique.

Una vez pasado dicho terreno, los soldados procurarán lavarse los pies y los zapatos, si hubiere algún arroyuelo cercano, y después de reconcentrada la columna se continuará la marcha. Esta detención puede aprovecharse, si no hubiere otros malos terrenos que atravesar, para dar el descanso del medio día, pues si hubiese sido largo el trayecto que las tropas recorrieran tan penosamente, los soldados se encontrarán extenuados al concluirlo y el rancho y el descanso reanimarán sus abatidas fuerzas para proseguir el camino; así es, que será más conveniente anticipar la hora de dicho descanso, que continuar marchando hasta que llegue la acostumbrada de ordinario

*
* *

Conocidas son de todos los militares las reglas á que debe sujetarse una columna para el paso de los ríos y arroyos vadeables. Si se conoce el vado, la vanguardia cruzará aceleradamente el río y tomará posiciones en la opuesta orilla, avanzando de tal modo que quede espacio entre ella y el río para que puedan formarse las

tropas que marchen delante de la impedimenta. Si no hubiere vado conocido, el jefe de la columna dispondrá que varios jinetes desplegados en ala, llevando cada uno una larga percha ó rama de un árbol, entren en el río. Con dicha percha ó rama los jinetes irán sondeando en dirección á la opuesta orilla, antes de que sus caballos dén un paso hacia adelante, y si el vado existe, pronto alguno de los jinetes llegará á aquélla, con lo que quedará determinada la dirección del vado.

El jefe de la vanguardia podrá por sí conocer la existencia de dicho vado, cuando siguiendo un camino hasta la orilla del río, viera aparecer su continuación por la margen opuesta, ó descubriera agua abajo ó agua arriba alguna senda en ella que terminara en el río, si bien debe tener cuidado de no equivocar la continuación del camino que traiga la columna, con alguna senda ó trocha por donde en la orilla opuesta bajen las fieras ó los ganados á beber agua, pues en tal caso, el vado quizás no exista; mas como es de suponer que una columna no se aventure, sino rara vez, á emprender operaciones sin llevar guías, buenos ó malos, éstos indicarán los vados, que no pueden dejar de conocer en países donde no existan puentes ni otros medios de atravesar los ríos.

En algunos de éstos, y en ciertos países, suelen encontrarse caimanes, en tan gran número, que no deberá aventurarse ningún soldado á penetrar en el agua sin procurar ahuyentarlos, pues aunque el ruido que producirá la marcha y el paso de la columna, bastará á veces para hacerlos huir, puede suceder, no obstante, que bien por ser una pequeña partida la que atraviese el río, bien indivíduos sueltos, como serían los exploradores, bien los primeros hombres de una vanguardia, que alguno se viera atacado por dichos animales. Por esto, al llegar á un río donde se tema puedan existir tales anfibios, han de arrojarse grandes piedras al agua y hacer algún ruido entrando los caballos en ella, para que si hubiere alguno, abandone el lugar del vado. La

existencia de dichos animales suelen anunciarla los perros que van en las columnas, pues como son sus enemigos mortales, apenas los olfatean, se muestran inquietos, van y vienen por la orilla, y no se atreven á arrojarse al agua.

Así como de los caimanes, hay que resguardarse también de las sanguijuelas, que suelen abundar en cantidades verdaderamente extraordinarias en algunos arroyos de Africa, y según hemos dicho en otro lugar, podrá suceder hasta que tengan que tomarse algunas precauciones para atravesar dichos lugares.

Los vados, como nadie ignora, deben tener á lo más un metro de agua para que pueda usarlos la infantería, 1,30 para la caballería y 0,65 para la artillería; y en cuanto á la forma en que una columna han de cruzarlos, podemos establecer las prevenciones siguientes: Si fueren de extensión suficiente, para que permitieren el paso de varias fracciones de la columna á la vez, la artillería y bagajes primero, y la caballería después, deberán verificarlo agua abajo del sitio por donde lo ejecute la infantería; mas si lo estrecho de ellos, no permitiere tal cosa, entonces deberá pasar primero la infantería, luego la artillería y las acémilas, y, por último, la caballería que es la que más desarregla el piso.

Si el agua no tuviere gran altura, ó no llevara gran velocidad en su corriente, cada indivíduo, cuando le toque el turno á la compañía, escuadra ó fracción á que pertenezca, deberá lanzarse al agua y buscar su paso aisladamente, reuniéndose luego á sus compañeros en la orilla opuesta, mas si la profundidad del agua fuese mucha, ó la corriente veloz, deberá atravesarse el vado en distinta forma. Antes de que la infantería entre en el agua, se colocarán alguuos jinetes agua arriba del vado para que rompan la fuerza de la corriente, y agua abajo para recoger á los soldados que puedan ser arrastrados por ella; efectuado esto, los hombres que vayan á pie, entrarán en una ó dos hileras en el agua, muy despacio, dándose unos á otros la

mano y mirando siempre á la orilla opuesta; la caballería marchará del mismo modo, en hilera llevando cada soldado su caballo con la cabeza algo vuelta hacia la corriente y á la altura de la silla del que le precede, teniendo cuidado de dejar para los últimos los caballos más inquietos. Las acémilas y sus conductores pasarán también entre filas de jinetes como la infantería, formando una sola hilera, y la artillería, si fuese de montaña, del mismo modo, y siendo montada, con los sirvientes cogidos á los mulos, carros, cureñas y cañones, si el fondo del río no fuera lo suficientemente compacto y duro para que pudieran pasar montados en ellos.

Después de pasar la mayor parte de la columna, el jefe de ella hará avanzar á la vanguardia á fin de que resulte espacio suficiente entre ella y el río para que puedan reunirse todas las tropas; después se podrá, según hemos dicho, dar un pequeño descanso durante el cual se pondrán los zapatos los soldados que se los hubiesen quitado, ó los limpiarán quitándoles las piedrecillas que se hayan introducido en ellos, si los hubiese conservado puestos.

El paso de los ríos no vadeable, sabido es que se efectúa por medio de puentes militares, contínuos ó volantes, y conocidos son del mismo modo las precauciones minuciosas y el orden que hay que adoptar para evitar los accidentes terribles que pueden suceder. En los contínuos, la infantería debe desfilar con un frente menor de cuatro hombres, rompiendo el paso, silenciosamente y sin el más leve desorden; la caballería pie á tierra y llevando los jinetes á sus caballos de la brida, en dos hileras, sin detenerse un momento ni hacer trotar á los caballos, y llevando de tres á cuatro metros de distancia de uno á otro. Del mismo modo pasarán las acémilas y la artillería de montaña, y en cuanto á la montada debe observarse la regla de que los carros y piezas, pasen siempre uno á uno á veinte pasos de distancia y precisamente al paso; sólo cuando se sintiera

crujir el puente, deberá castigarse á los caballos para que lo acaben de pasar lo más rápidamente posible. Si el puente fuese volante, no habrá nunca que cargarlo con el máximun de peso que pueda soportar; los oficiales de ingenieros, deberán determinar el número de hombres ó de animales que pueda transportarse en cada viaje, y á los soldados se hará la más expresiva recomendación de que no se muevan del sitio en que se hayan colocado al embarcarse en la balsa, y que en caso de peligro, permanezcan sobre ella el tiempo que puedan, agarrándose á los fíadores, cuerdas ó maderos, hasta que llegue á ellos el auxilio que inmediatamente se dispondrá desde la orilla.

Tanto en un caso como en otro, el lugar adonde desembarquen las tropas, debe siempre permanecer completamente libre; las fracciones que atraviesen el río, en el momento de llegar á la orilla opuesta, marcharán rápidamente al punto que se les designe para reunirse á su cuerpo. Por esto, el jefe de estado mayor de la columna, será de los primeros que crucen el río, y situándose á la cabeza del puente, ordenará á cada fracción de tropas, el lugar donde debe colocarse para que el movimiento no se detenga.

*
* *

Hemos dicho en otro lugar de este capítulo, que no es posible señalar la magnitud de las jornadas que lleve á cabo una columna en marcha, porque las condiciones especiales de los terrenos que tenga que atravesar, influirán poderosamente en ellas; ésto, que desde luego se comprende, pues las tropas no marcharán por carreteras ni por buenos caminos como en Europa, sino unas veces por bosques espesos, otras por terrenos húmedos y blandos, otras por arenales, y á veces también por caminos bastante practicables, nos hace deducir que no podemos considerar en absoluto como marchas forzadas, aquéllas en que se emplea poco tiempo en

llevarlas á cabo, á pesar de ser grande el terreno recorrido. El general Roberts, ha efectuado, en la última guerra del Afghanistan, una brillante marcha continuada durante veintitres días á la cabeza de 10.000 hombres combatientes y un numeroso ejército de acompañantes desde Cabul á Candahar, á través de un país difícil y hostil, alcanzando una velocidad media en la marcha de 19 kilómetros diarios, sin que pueda considerarse dicha marcha como forzada á pesar de que en Europa se considere que las tropas que operen durante varios días seguidos, caminarán bien, si andan 16 kilómetros cada uno de ellos.

Las marchas forzadas, pues, no las determinarán en absoluto ni la distancia que tenga que recorrer la columna ni el tiempo empleado en recorrerla; hay que tener en cuenta las dificultades materiales que presente el terreno y las demás, locales del país donde se opere, así es que una marcha podrá ser forzada cuando una columna tenga que caminar contínuamente sobre pantanos ó por bosques vírgenes en los que haya que abrirse paso, aunque recorra poca extensión de terreno y no lo será la que efectúe una tropa por un terreno duro y despejado aunque la distancia que recorra sea tres veces mayor que la anterior. La suma de trabajo que tenga que vencer una columna será, por lo tanto, la que determine cuando las marchas sean forzadas ó no, y como no es posible abusar de las fuerzas del hombre sin que su salud se resienta y su energía se debilite, es conveniente que nos fijemos en lo que podrá exigirse como máximun á una tropa en operaciones.

Algunos ejemplos servirán para fijar la atención y adquirir un juicio exacto sobre tal asunto, mucho mejor que todas cuantas reglas y preceptos se puedan expresar.

Durante la guerra del Transwaal, el general Word ejecutó una correría para reconocer el distrito de Utrecht. Atravesó el Búfalo con 100 húsares, y se internó en el país en tanto que dos compañías de infantería

quedaron en el río para proteger su retirada. Después de andar 30 kilómetros, desde las doce de la noche á las seis de la mañana, volvieron todas las tropas al campamento de donde partieron habiendo caminado 60 kilómetros en todo un día.

En la expedición á Egipto en 1798, después de entregada Alejandría el 5 de Julio, ordenó Bonaparte á Desaix la ocupación rápida de Damanhour, con el objeto de hacer un reconocimiento y de sorprender al ejército de Mourad-Bey con tan brusco movimiento, y dicho general con su división franqueó en una sola jornada, al día siguiente, 56 kilómetros, y se estableció en Damanhour. Puede compararse esta marcha de 56 kilómetros con la efectuada últimamente por los ingleses, que partieron de Ismalia el 24 de Agosto y no se apoderaron de Tell-el-Kebir hasta el 13 de Setiembre, estando distantes ambos puntos 43 kilómetros.

En Argelia, durante la última insurrección, han tenido lugar marchas rápidas y forzadas, coronadas por el éxito, alcanzando una velocidad de 54 y 56 kilómetros diarios.

En la campaña franco prusiana la 18ª división alemana, desde el día 29 de Octubre al 7 de Noviembre, anduvo á razón de 45 kilómetros al día, yendo los soldados pesadamente cargados, y una compañía francesa después de Wisemburgo, efectuó una marcha continuada de cuarenta y una hora y media, empleando once en los descansos.

Sin embargo, merced á las especiales circunstancias que los soldados españoles reunen, nuestras campañas carlista y cubana, pueden ser modelos para probar la resistencia de las tropas, pues á excepción de algunas operaciones llevadas á cabo en el Norte, tanto una como otra no han sido más que campañas de persecución, cuyo fundamento eran las marchas forzadas y rápidas, llevadas hasta un extremo que parecería increible á no ser reconocido por todos.

En la campaña carlista, sobre todo en el Centro y en

Cataluña, las columnas no descansaban sino breves horas en los pueblos donde pernoctaban, y nunca se dió el caso de fechar dos partes en el mismo punto; las tropas marchaban desde el amanecer hasta la caida de la tarde, y muchas veces era bien entrada la noche cuando llegaban para alojarse á los pueblos, sobre todo si había sido encontrado el enemigo.

En la guerra de Cuba la fatiga se duplicaba, pues además de andar contínuamente á razón de diez leguas diarias (55 kilómetros), el terreno que las columnas atravesaban era á veces pantanoso, y á veces cubierto de selvas vírgenes en las que había que ir abriendo camino y los soldados operaban bajo la acción de lluvias torrenciales y del calor abrasador de los trópicos.

Tanto en una como en otra campaña, demostraron los soldados españoles su mucha resistencia y sobriedad y las brillantes cualidades que reunen para llevar á cabo campañas de persecución, pudiendo asegurarse que la salud de nuestras tropas no decaerá, aunque por espacio de meses y aun de años se les haga marchar desde que empieza á amanecer, hasta que el sol se haya ocultado en el horizonte.

Como las marchas forzadas siempre tienen un objetivo apremiante, deben verificarse evitando toda especie de dilaciones, dando pocos descansos á las tropas y á veces ninguno, y como esto originará en la columna grandes claros y un desarrollo excesivo, hay que contar con que al llegar la vanguardia de ella al punto donde hagan falta las fuerzas, no se podrá disponer sino de una pequeña parte de la columna, lo que podrá acarrear contrariedades si no bastase para llevar á cabo la operación que se desee. Se vé desde luego, que empleando estas marchas forzadas, ó mejor dicho, desordenadas y rápidas, será imposible guardar los principios generales que deben observarse en las marchas de las tropas, y esto puede ser origen de graves consecuencias; de suerte, que sólo en casos muy extremos y apu-

rados, cuando de otra manera no pueda conjurarse un inminente peligro, deberán emplearse las marchas rápidas, pues siempre que para acudir prontamente á un punto determinado, bastase acelerar la marcha ordinaria, escasear los descansos á las tropas, llegar después de retirado el sol á los campamentos y hasta marchar de noche, será preferible practicar todo esto junto, á caminar precipitadamente, yendo el jefe á la cabeza de la columna é imprimiéndole su impaciencia, no acordándose para nada de la retaguardia, que ciertamente quedará á gran distancia sobre el camino, ocupado de seguro por soldados dispersos y rezagados, caballos y acémilas formando un larguísimo cordón, sin cohesión ni fuerza de resistencia de ningún género.

La columna que haya de efectuar marchas forzadas, habrá de despojarse de cuantos elementos puedan ocasionarle dilaciones; así es, que la impedimenta se dejará en un sitio seguro, cargando á la espalda, los soldados de infantería, los víveres necesarios ó dándolos á los de caballería, que en vez de todas las prendas de su equipo y montura podrán llevar repartidas las raciones que necesite la columna durante la expedición. Del mismo modo, siempre que no haya necesidad imperiosa de llevar artillería deberá despojarse de ella la columna, dejándola como la impedimenta en paraje seguro y bien custodiado, pues seguramente los mulos, si fuese de montaña, ó los carruajes, si fuese montada, causarán algunas detenciones en la marcha, á no ser que hubiese espacio suficiente para que esta última pueda marchar sin incomodar á la gente de á pie, llevándola en tal caso aligerada todo lo posible.

*
* *

En los países que no sean perfectamente conocidos por las tropas que en ellos operan, será muy expuesto efectuar marchas por la noche y aun en el caso de que todos los caminos y veredas que crucen un territorio

sean conocidos por las tropas, nunca debe fundarse un sistema de operaciones en los movimientos efectuados de noche, porque aunque conozcamos mucho el terreno, más, seguramente, lo conocerá nuestro enemigo y podrá sorprendernos y atacarnos inesperadamente por grande que sea nuestra vigilancia y exploración. Es preciso convencerse que, en general, nos será imposible efectuar movimientos dirigidos á sorprender á nuestros contrarios; casi siempre seremos nosotros los sorprendidos, á no ser que el país se preste tan poco á las emboscadas y á los golpes de mano, que nos encontremos en él en las mismas condiciones que los naturales del país. Sólo alguna pequeña fuerza abarcada por la mirada de su jefe, que la lleve toda bajo su inmediata vigilancia, podrá efectuar de noche alguna operación atrevida que el éxito corone.

Las marchas de noche, pues, no deberán efectuarlas grandes columnas, á no ser en casos muy especiales, tales como cuando tuvieren que acudir tropas con prontitud á un punto determinado ó cuando fuere necesario abandonar una posición en la que las fuerzas estuvieran comprometidas, no siéndoles posible abrirse paso á través del enemigo; pero cuando las marchas no tuvieran por inmediato objetivo el choque con el contrario, sino el de avanzar en una dirección determinada para ponerse en contacto con él, quizás sean algunas veces convenientes las marchas de noche, sobre todo si con ellas se evitan incomodidades al soldado.

En el momento de levantar el campo, es verdad que se originarán grandes confusiones; pero no es menos cierto que será de gran conveniencia para las tropas evitarles las molestias del excesivo calor é intensa luz solar que existen durante el día en muchos países. Por esta razón, por la naturaleza del terreno, temperatura y otras causas locales influyentes en la salud de las tropas, pueden aconsejarse en momentos determinados las marchas de noche.

Cuando hayan de practicarse, pueden llevarse á

cabo de dos maneras; ostensiblemente, sin cuidado de que el enemigo se entere de nuestros movimientos, ó sigilosamente para ocultarlos. En el primer caso es posible adoptar muchas más precauciones que en el segundo, para evitar los inconvenientes originados por la oscuridad, y como no temeremos revelar nuestra presencia, se pueden emplear los toques de corneta para ordenar movimientos y llamar á las fracciones y soldados que se extravíen y aun hacer caminar delante de las compañías soldados con faroles encendidos que indiquen la dirección de la marcha, á semejanza de lo que practicaba el general Napier en la India, haciendo preceder por la noche á las tropas inglesas, de cierto número de elefantes portadores de faroles de varios colores.

Estas marchas, no pueden llevarse á efecto con la celeridad de las que se ejecutan de día, ni la duración de las jornadas puede ser tan larga, puesto que fatigan al soldado cuatro veces más que durante el día aunque no haga un calor excesivo; además de esto, se originan de noche muchas dilaciones, la tropa anda más despacio y con cierto temor, y como llegue á extraviarse alguna fracción de la columna, siempre será difícil su pronta incorporación.

Es muy conveniente en estas marchas explicar á los jefes, capitanes y subalternos de la columna, la dirección que se pretende seguir, el objeto del movimiento que se efectúa, los obstáculos que han de presentarse en el camino, y cuanto conduzca á iluminarles con la luz de la razón y del entendimiento ya que les ha de faltar la verdadera luz para poder apreciar con la vista todas aquellas circunstancias. Los oficiales, por su parte, instruirán del mismo modo á los soldados y les harán conocer alguna constelación, tal como la Osa Mayor, en el hemisferio Norte, y la Cruz del Sur en el hemisferio Sur, para que en caso de que se estravíe alguno, pueda aproximadamente seguir marchando en la misma dirección que lo hace la columna, volverse al campamento de que haya partido, ó dirigirse á algún punto ocupado por

nuestras tropas, encargándoles particularmente que no se separen por ningún pretexto de las filas, y que en los claros que se suelen formar en la columna, nunca pierdan de vista las luces que marchen á la cabeza de sus compañías ó á sus compañeros que inmediatamente les precedan, pues aunque la noche esté muy oscura siempre se distinguirán los bultos á algunos pasos de distancia.

Los portadores de los faroles, si se llevasen, han de ser los que más cuidado deben tener en la marcha, por que si uno de ellos se estraviase causaría el cambio de la dirección de todo el resto de la columna; por esta razón los comandantes de las fracciones que lleven faroles, deben marchar siempre á su lado y vigilar contínuamente á los que los conducen, para que no dejen claro alguno entre ellos y los soldados que les precedan.

Los faroles que lleven las compañías deben ser de distinto color para cuerpos diferentes, porque de este modo, los oficiales ú ordenanzas encargados de trasmitir alguna orden á un cuerpo determinado, podrán correr directamente á donde vieren la luz cuyo color corresponda á dicha cuerpo, ó detenerse al verla si retrocedieran hacia la retaguardia de la columna. Con esto se conseguirá, también, que los soldados que se hayan extravíado ó salido de su puesto en la columna, puedan, en caso de incorporarse á ésta, acudir al lugar que en ella ocupe su cuerpo, verificando su presentación en él.

Si presentan grandes inconvenientes las marchas de noche, y están expuestas á un sin número de accidentes inevitables, cuando no importe que el enemigo tenga noticias de nuestros movimientos, se comprenderá fácilmente los que se originarán cuando sea necesario ocultarlos á nuestros contrarios y en ello estribe principalmente el éxito de una operación.

Entonces no se podrán emplear luces, cornetas ni pitos, y hasta se hará necesario prohibir á todos los indivíduos de la columna que hablen y fumen. Será ne-

cesario ordenar que no se lleve nada que pueda producir ruido, que se sujeten bien las fiambreras y cantimploras, que los soldados de caballería, si llevaran sable, procuren que no hagan ruido al chocar con la montura, y que los estribos no produzcan tampoco ruido alguno. Serán prohibidas todas las conversaciones, las órdenes se darán en voz baja y no se permitirá por ningún concepto que vayan perros con la columna.

Al emprender la marcha, el jefe debe señalar un punto ó lugar que sirva de reunión á los que se estravíen, y á poca distancia del sitio de partida mandará hacer alto, no volviendo á marchar de nuevo hasta que se convenza de que toda la columna esté reunida. Cada dos horas de marcha deberá hacerse un alto para que la columna se reconcentre y se sepa si algún soldado ó fracción de tropas se ha estravíado, no deteniéndose mucho tiempo en buscar á los que se encuentren en este caso, cuando la necesidad que motive la marcha sea urgente, como es de suponer.

En los altos de la marcha, es cuando debe desplegarse mayor vigilancia por los oficiales y clases para que ningún soldado se quede rezagado por haberse dormido ó por otra causa, y las fuerzas que formen la retaguardia de la columna serán las encargadas de registrar y reconocer los matorrales y lindes del camino para que ningún individuo quede detrás de ellas.

Una columna que marche de noche sigilosamente, no debe llevar vanguardia, retaguardia ni flanqueos, á no ser que camine por un terreno tan conocido para los soldados que sea imposible se extravíen las fuerzas, ó cuando se disponga de guías tan prácticos y experimentados que ni aun de noche equivoquen el camino. Para esto es necesario proveer de guías á todas las fracciones de alguna importancia que existan en la columna, y que los jefes de ellas lleven algunos, precisamente á su lado, á pie para que no se duerman y cuando tuvieren necesidad de ir montados, se procurará que lo sean en caballos blancos ó tordos muy claros, y que un

sargento ó cabo vigile á cada guía para evitar que el sueño se apodere de él y que tomando una falsa dirección extravíe á la columna.

El Jefe de E M. de ésta, la recorrerá contínuamente para asegurarse de que no existe algún gran claro que pueda motivar la división de ella; en caso de que lo encuentre lo comunicará con su ordenanza al jefe superior de quien dependa para que ordene la detención de la marcha, y él, acompañado de un ginete, ó de algunos soldados de los últimos del trozo de columna que haya quedado de retaguardia, retrocederá por el camino hasta encontrar las fuerzas que falten. Si no las encontrase, será necesario hacer explorar el terreno por algunos guerrilleros del país, acostumbrados á vivir en el campo y que conozcan los ruidos que se oyen por la noche, para que puedan conocer el que produzcan los pasos de las fuerzas extravíadas. Cuando este medio fuera ineficaz y la parte de columna extravíada no pareciera, juzgará el Jefe de las tropas si le quedan ó no suficientes para acometer y terminar con éxito la empresa que le esté encomendada, porque si así no fuese habrá que renunciar á ella, encender fogatas, tocar las cornetas, y acampar esperando á que se incorporen las fuerzas extravíadas.

Se comprende desde luego la importancia de que el jefe de la columna tenga inmediato conocimiento de haberse producido algún gran claro en ella, para que deteniendo en seguida el movimiento, puedan las fuerzas rezagadas incorporarse; por esto será muy conveniente que cada jefe de fracción, algo importante, lleve un ordenanza de caballería que pueda transmitir rápidamente el aviso de cualquier novedad á la cabeza de la columna ó donde esté el jefe de ésta, pero se prohibirá terminantemente que en casos tales se haga correr la voz, porque además de que esto producirá gran ruido, regularmente las noticias llegarán desfiguradas al punto de su destino. En caso de que la columna tuviera que vadear algun río, el jefe de ella después de haberlo

hecho reconocer, mandará oficiales ú ordenanzas á los jefes de los cuerpos ó fracciones de las tropas, para que éstos adviertan á los soldados la operación que se va á practicar, y dispondrá, aunque el río lleve muy poca agua, que se escalonen soldados de caballería que marquen la dirección del vado.

Puede suceder que una columna se vea obligada á operar de noche durante varios días, y como se tratará de ocultar, en lo posible, sus movimientos al enemigo, será preciso que en los campamentos que se hagan durante el día, se observe el mayor silencio y no se encienda lumbre, porque una de las cosas que más indica á los que están acostumbrados á vivir en el campo, la presencia de gente, es el olor del humo, que perciben á grandes distancias; para evitar encender lumbre será preciso que la columna, antes de partir, haya hecho provisión suficiente de carne cocida y que cuando los enfermos ó heridos necesiten bebidas ó tisanas, se preparen éstas con lámparas de alcohol, que se llevarán prevenidas para semejantes casos al emprender tales operaciones.

Ultimamente, si durante la marcha de una columna por la noche, algunos enemigos aislados, disparasen sobre ella desde la espesura del monte ó desde algún pico, las tropas no deben en ninguna forma contestar á semejante agresión, antes bien detener todo movimiento y arrojarse al suelo los soldados para que los enemigos duden ó recelen de la existencia de fuerza en un sitio donde es de suponer no la esperan, porque no tan sólo fracasaría el objeto de la operación alarmando á los enemigos más distantes con un vivo tiroteo, sino que las confusiones que se originan en un combate de noche son tales, que siempre debemos procurar huir de ellas.

*
* *

Como complemento á cuanto hemos expuesto sobre marchas, creemos que no huelga extractar en este lu-

gar un estudio titulado *Marching In India* (Las marchas en la India), puesto que nos dará ocasión para conocer la índole y necesidades del soldado inglés, su aptitud para las marchas, y podremos, por lo tanto, hacer comparaciones, que seguramente no serán desfavorables á nuestros soldados.

Por regla general, en la India se hacen las marchas de noche ó cuando más de madrugada, con lo que se termina la jornada en el momento en que el calor llega al máximo de su intensidad. No es posible, por otra parte, sentar reglas, por haberse de tener en cuenta cada día la temperatura, la naturaleza del país que se ha de atravesar, y la distancia que se debe recorrer.

Por esto, se hace habitualmente de noche la larga jornada de 25 millas (40 kilómetros), que separa á Nihal-Ka-Gote de Barshori en el desierto de Scindia, ahorrándose así las tropas los sufrimientos que ocasionan el calor, la intensa luz del sol y la reflexión producida por la arena.

Una tropa de infantería seguida de sus bagajes hace esta jornada en diez horas; emprendiendo la marcha á las seis de la tarde, se llega al punto de etapa á las primeras horas del día siguiente. Cuando hay luna puede hacerse una larga jornada de noche, sin gran fatiga.

En las largas jornadas ordinarias de 10 á 12 millas (16 á 19 kilómetros), se emprende el movimiento, generalmente, un poco antes de salir el sol; sin embargo, esta práctica ofrece un grave inconveniente cuando no hay luna, puesto que es preciso disponerlo todo, levantar las tiendas, empaquetarlas, cargar los camellos y demás acémilas, en medio de una completa oscuridad. Imposible es hallar, para describir esta operación, palabras suceptibles de dar al lector una idea fiel de semejante espectáculo. Los camellos gruñen, riñen y gimen; los caballos, los *póneys* y las mulas, relinchan, rebuznan y lanzan agudos gritos; los camelleros alborotan y chapurran en indostán; añádese á todo esto los roncos juramentos proferidos en inglés por los soldados

que, medio dormidos aún, procuran en vano, á la temblorosa luz de la linterna reglamentaria, amarrar sus fardos sobre un camello perezoso.

Es sumamente difícil sentar reglas precisas sobre la formación de marcha de un ejército en la India, porque la longitud de la columna depende de la clase de tropas y de los convoyes, del número de caminos utilizados y de la configuración del país que se atraviesa.

En una columna en marcha por un sólo camino, se calcula en números redondos una yarda ($0^m,91$) por dos soldados de infantería ó uno de caballería, y 20 yardas (18^m, 20) por cada cañón ó carro. Las mulas que se emplean en el transporte de las baterías de montaña pueden considerarse como caballería, y por cada acémila deben contarse más dos yardas (1^m, 82.) Aplicando estas cifras á la columna del general Roberts que constaba próximamente de 2.836 europeos 7.157 indígenas, 8.000 sirvientes 2.000 caballos, 750 mulas de artillería y 1.125 acémilas, y suponiendo que marche por un sólo camino se llega á una extensión de cerca de 7 millas (11 k^m. 260.)

Tropas numerosas en marcha por un sólo camino, rara vez podrán hacer más de dos millas y cuarto (3 kilómetros 600) por hora, incluyendo los altos.

Si la cabeza de la columna se pone en marcha á las tres de la madrugada para salvar una distancia de 15 millas (25 kilómetros), estará el sol muy alto en el horizonte antes de que la retaguardia haya llegado á su destino. Es costumbre hacer un alto de cinco minutos cada hora y al mediar la jornada otro alto de una hora ó bien altos de media hora á la cuarta parte, la mitad y las tres cuartas partes de la jornada. Por lo demás la duración de los altos depende, sobre todo, de las condiciones de la localidad. Como regla general puede decirse que para una división de tropas de todas armas, una distancia de 12 á 15 millas constituye una buena jornada ordinaria; de 15 á 20 millas una jornada larga, y pasando de 20 se considera la marcha forzada. Una

sola marcha de 20 y aun de 30 millas, no basta para quebrantar un ejército de un modo serio, pero varias jornadas sucesivas de esa longitud son muy penosas para hombres y animales, á menos que tengan un excelente espíritu y esté perfectamente dirigido. No hay duda que existen ejemplos verdaderamente extraordinarios de marchas rápidas, tales son las famosas de más de 30 millas efectuadas durante tres días consecutivos y gracias á los cuales pudo Napoleón llevar en socorro de Dresde un ejército en disposición de batirse; pero una marcha de 30 millas en Europa y una de igual longitud en la India son cosas muy diferentes. El ejército del Indus, mandado por Lord Kuase en la expedición de 1839, salió de Candahar el 27 de Junio y llegó á Kehelat-i-Ghilzai el 4 de Julio, habiendo recorrido 88 millas en ocho días ó sea 11 millas diarias. Volvió á emprender la marcha el 6 de Julio y llegó á Gazni el 21 del mismo mes, después de una detención de dos días en el camino; en total, 144 millas en dieciseis días ó 9 millas diarias por término medio Después del asalto y toma de Gazni, emprendió nuevamente la marcha el ejército el 30 de Julio, llegando á Cábul el 6 de Agosto, después de un día de descanso, lo que da 84 millas en ocho días ó sean 10 y media por día.

Fué, pues, recorrida la distancia total de 316 millas en treinta y dos días de marcha, incluyendo los tres de descanso, lo que dá un termino medio de 10 millas (16 kilómetros) diarios. Este ejemplo confirma que con un ejército numeroso que marche constantemente, rara vez pueden hacerse más de 10 á 11 millas por día.

La obligación de reunir sobre la línea de marcha los abastecimientos y el forraje necesarios para la alimentación de las tropas y del ganado, constituye una de las mayores dificultades de una marcha no interrumpida. Tomemos, para que sirva de ejemplo, el cuerpo expedicionario del general Roberts, cuyo efectivo hemos consignado anteriormente.

Las tropas de la India tienen derecho habitualmente

en campaña á las raciones que se expresan á continuación:

Europeos: carne, una libra (1); pan, una libra y 1/4, ó galleta una libra; arroz ó harina, cuatro onzas; azúcar, tres onzas; té 3/4 de onza: sal, dos onzas y tres adarmes: patatas ó legumbres, diez onzas: una copa de ron.

Tropas indígenas: Atta (harina de trigo), dos libras; dhall (2) 1/4 de libra; ghee (grasa) 1/8 de libra, sal, dos onzas y tres adarmes.

Los sirvientes reciben la misma ración que los soldados indígenas, si bien sólo tienen derecho á media ración de grasa.

Caballos: ocho libras de gram (grano) y 12 libras de yerba.

Mulas y animales del tren; cuatro libras de grano y ocho de yerba.

Suponiendo ración entera, se necesitaba, por consiguiente, para todo el cuerpo del general Roberts, un acopio que en números redondos, puede evaluarse en 2.900 libras de carne (ó sea 70 carneros del país;) 900 panes de á cuatro libras ó 25 quintales de galleta; 710 libras de arroz; 530 de azúcar; 133 de thé; 750 de sal; 1.800 de legumbres; 90 galones de ron; 14 toneladas de flor de trigo; una tonelada y 3/4 de dhall; 1.400 libras de grasa; 12 toneladas de grano y 8 toneladas de yerba.

Estos datos bastan para hacer comprender lo árduo que es proveer cada día á la alimentación de un ejército inglés.

La carga ordinaria de una mula ó de un poney es de dos *maunds* ó 160 libras. Eran precisos, por consiguiente, 430 de estos animales, sólo para el transporte de los víveres necesarios para el contingente europeo durante una marcha de treinta días. La reunión de las tonela-

---

(1) La libra inglesa vale 453,6 gramos, la onza 28 gramos, el adarme 1'8 gramos; la tonelada 1,1016 kilos.

(2) El dhall es un arbusto de la India que contiene materia azucarada.

das de harina, de grano y de yerba que exige el consumo diario, emplea mucho tiempo, aun cuando no se trate más que de sacar esas vituallas de un depósito de la administración militar, donde estén almacenadas en grandes cantidades, ó de un convoy que siga al ejército y sea abastecido desde la base de operaciones ó por el país que se deja á retaguardia. Pero cuando hay que procurarse las vituallas por medio de forrajeadores y cuando no se puede recurrir al país que se acaba de recorrer, entonces aumentan las dificultades. Sin embargo, y por lo que á la columna del general Roberts se refiere, no hubo que preocuparse demasiado por la cuestión de víveres, porque este hábil general recibió los avisos de sir Donald Stewart que recientemente había recorrido aquellas comarcas con un cuerpo de ejército, y pudo facilitar las indicaciones más exactas sobre los recursos que ofrece el país comprendido entre Cabul y Candahar. Añadiremos á esto, que el territorio es excesivamente rico en cereales y en ganados, y que no hay en el mundo mejores forrajeadores que un diestro *gomastah* (agente indígena de la administración.)

Un soldado que se ha puesto en marcha á las tres de la madrugada, y que no puede instalarse en el campamento ó en el vivac hasta las doce ó la una de la tarde, no tendría, evidentemente, paciencia para esperar á que sus raciones fuesen reunidas por los cuidados de los forrajeadores ó traidas por las acémilas que siguen á la columna, así es que para asegurar á hombres y animales una alimentación conveniente durante una marcha contínua, es preciso que cada soldado y cada bestia lleve cuando menos un día de víveres encima. En general, no se transporta la yerba porque presentaría un volumen excesivo; pero fácilmente puede hacerse que cada animal lleve sobre sí, además de su carga, algunos días de pienso en grano. Estas raciones se consumen durante la jornada y se las reemplaza cada noche. Pero la imprevisión del soldado inglés en este punto es harto conocida y se necesita una vigilancia y

un cuidado contínuo para impedir que derroche ó tire estas provisiones durante la marcha.

En tiempo de paz, el soldado inglés se encuentra perfectamente alimentado. Diariamente, á las doce y media, halla delante de sí sin siquiera haberse tomado el trabajo de pensar en ello, un plato caliente y bien condimentado. ¿Está descontento de su comida? Pues va á quejarse, se atiende á sus quejas con complacencia y si verdaderamente ha sufrido algún perjuicio, se hace de modo que la cosa no se reproduzca.

A un lado tiene pimienta, sal y mostaza y además pan y patatas á discrección, por lo cual, de ningún modo piensa nunca en economizar sus provisiones ó hacer que le duren el mayor tiempo posible. Mira un pedazo de pan con el desprecio del hombre bien alimentado, y en cuanto á los mendrugos y á las patatas frías son alimentos que ni aun merecen fijar su atención. Así es, que hasta el instante en que la ruda privación se deja sentir, rechaza con disgusto una ración de pan y de carne que haya llevado encima, en pleno sol, por espacio de diez horas, y con frecuencia sucede que tira la mayor parte de ella.

Hallar un medio conveniente para transportar las raciones de marcha, y determinar qué víveres sufren mejor este medio de transporte, son cuestiones que se imponen de un modo absoluto.

Un pedazo de pan y otro de carne fiambre, sacudidos uno contra otro en un saco de lienzo, por espacio de diez ó doce horas, forman una opípara comida para un hombre que ha hecho una larga jornada, sazonada, en ocasiones, con una hora de combate. Y, sin embargo, si se quiere que el soldado inglés continúe siendo un combatiente vigoroso, hay que cuidar que su estómago no esté vacío, por lo que es necesario de todo punto no sólo que conduzca sobre sí sus víveres, sino también que los estime.

Es igualmente preciso darle los medios de llevar consigo una cantidad de agua suficiente. La botella

para agua (water bottell) de modelo italiano que las tropas usan en Inglaterra, no conviene en un clima tan cálido como el de la India, porque la madera con que está fabricada dicha botella estallaría y se abriría bajo la influencia del calor húmedo.

Se la sustituye en aquellas regiones con el frasco ordinario de agua de seltz, forrado de cuero, y colgado á la espalda por medio de una correa ó tirante; este modelo parece ser susceptible de perfeccionamiento.

Un frasco de éstos, no contiene bastante líquido para una larga marcha; además, puede romperse ó abollarse y, por último, su forma no es de cómodo uso para el soldado de caballería. La cantimplora de estaño forrado de tela, que lleva ordinariamente el soldado indígena, nos parece muy preferible.

CAPÍTULO X.

Hora de acampar, y elección de campamento.—Agua y leña.—Etapas fijas.—Condiciones de un campamento.—Manera de acampar.—Servicio de vigilancia.—Servicio de seguridad.—Guardias.—Alarmas.—Levantar el campo.

Hemos dicho que la duración de la marcha de una columna debe, ante todo, sujetarse á que ésta llegue al punto designado para acampar (1) antes de ocultarse el sol, principio que han de observar en absoluto todas las fuerzas en campaña, y doblemente las que lleven tiendas, ó aquéllas que, por ser poco numerosas y el enemigo atrevido, necesiten efectuar algunos trabajos elementales de atrincheramiento, como lo practican los norte americanos cuando guerrean con los indios, que suelen detener la marcha y establecer sus campamentos á las tres de la tarde, atrincherándose ligeramente para pasar la noche.

La designación del sitio donde debe acampar una columna, corresponde al jefe de ella; el señalar los puestos que han de ocupar las distintas fracciones que la

(1) Acampar es alojar en tiendas ó barracas un ejército ó tropa; sin embargo, á pesar de que muchas veces las fuerzas que lleven á cabo campañas como las que nos ocupan, no usarán tiendas y tendrán que vivaquear en medio de las llanuras ó de los bosques, para facilitar el relato, aplicaremos las palabras acampar y campamento, indistintamente, cuando las tropas se detengan en un punto para pasar la noche, hacer los ranchos ú otra causa semejante, lleven tiendas ó nó.

compongan y el establecer el servicio de seguridad, al jefe de estado mayor de la misma. Por esta razón, el jefe de estado mayor, antes de llegar al lugar designado para establecer el campamento, se adelantará con la vanguardia y con los ayudantes de los cuerpos, y una vez en él, practicará un reconocimiento en sus alrededores, indicará á cada ayudante el lugar que tenga que ocupar su cuerpo respectivo, examinará la aguada y tomará en cuenta las alturas, caminos ó puntos importantes que deban ser ocupados.

Cuando la columna recorra un terreno conocido y el lugar señalado para acampar haya servido varias veces para el propio objeto, esta operación se reduce notablemente: los cuerpos sabrán de antemano los sitios donde han de colocarse, y el jefe de estado mayor no tendrá más que nombrar el servicio que haya de prestarse en el campamento; pero cuando el terreno sea desconocido, el jefe de la columna, llegada que sea la hora de detener la marcha, encargará al de estado mayor que practique un reconocimiento á vanguardia, y en último caso á derecha é izquierda, y que elija el lugar donde pueda establecerse el campamento; y como lo primero que debe encontrarse en él es el agua, será conveniente cuando se aproxime la hora de acampar, distraer las fuerzas de la dirección y objeto que lleve la columna, para buscar alguna aguada si los guías y prácticos del país no la indicasen desde luego.

Se comprende sin gran esfuerzo, que el jefe de estado mayor de la columna no podrá practicar un largo reconocimiento de los alrededores del sitio designado para acampar, antes que la columna llegue á él; pero á pesar del poco tiempo de que disponga, es necesario que se fije en los puntos más importantes y condiciones más esenciales del terreno para establecer el servicio de seguridad en cuanto las tropas hayan entrado en el campamento, y que pare su atención en la importancia de la aguada, pues si ésta no es abundante, lo primero que es necesario practicar, será establecer una

guardia en ella que no permita á nadie sacar agua hasta que lo ordene el jefe de la columna.

⁂

Tan necesaria como el agua es la leña en los campamentos, puesto que sin ella no es posible hacer los ranchos. Cuando el país está cubierto de bosques, el cocomandante de la columna no tendrá que preocuparse por la falta de combustible; pero cuando así no fuere, habrá que pensar de antemano en los medios que hayan de emplearse para que los soldados puedan hacer sus ranchos. Sólo cuando hubiere que atravesar desiertos de arena ó grandes llanuras que produzcan únicamente yerbas raquíticas, habrá necesidad de disponer que las tropas lleven carne cocida, ó que se provean con anticipación de lámparas de alcohol, suficientemente grandes, ó de provisión de leña; en último caso, debe hacerse que se practiquen excavaciones en el suelo, pues á veces se suelen encontrar raíces útiles para aquel objeto. En otros terrenos existirán, por lo regular, raíces, yerbas de cierta consistencia, árboles ó palmeras que sirvan de combustible, y como los desiertos y llanuras incultas casi nunca serán los teatros permanentes de las operaciones, sino serán territorios cruzados por las columnas que marchen en dirección de puntos ocupados por el enemigo, en los que no pueden faltar los principales elementos para la vida, claro es que rara vez se preocupará un jefe de columna por no encontrar durante varios días el combustible necesario.

Puede suceder que el lugar donde deba establecerse el campamento sea una llanura desprovista de vegetación, pero que durante la marcha la columna hubiera atravesado algún bosque ó lugar donde abundara leña, y también que el sitio designado para acampar carezca de agua por más que en el país abunde; en estos casos, el jefe de la columna ordenará á sus soldados que al pasar por los lugares donde exista agua y leña, y

cuando esté próxima la hora de acampar, se llenen los baldes de las compañías y las cantimploras de los que las lleven, y que algunos indivíduos de cada fracción cojan sobre la marcha trozos de leña, prefiriendo la que se encuentre seca por el suelo á la que pueda cortarse de los árboles verdes.

Cuando no existiera agua ni leña en el mismo lugar donde se acampe, pero que ambas cosas las hubiera próximas y no fuera posible variar el sitio del campamento para no perder ciertas condiciones defensivas, deberá establecerse una fuerte guardia en el sitio de aguada ó en el que esté la leña, después de lo cual podrá autorizarse á los soldados para que vayan á buscar una ú otra, pero con la condición terminante de que no abandonen, por nada ni para nada, sus fusiles, porque sin estas precauciones y siendo imposible contener á los soldados que de noche, tal vez burlando la vigilancia de los centinelas, irán fuera del campo á buscar agua y leña, es fácil que el enemigo pueda cazarlos impunemente, hacerlos prisioneros y quitarles sus armamentos y la vida.

*
* *

Como creemos haber dicho en otro lugar, las aguadas son permanentes ó variables; esto debe tenerse muy en cuenta cuando la columna encargada de recorrer una zona determinada tenga la costumbre de acampar siempre en los mismos puntos, puesto que puede suceder que unas veces encuentre agua en el campamento y otras no; por más que donde haya existido en algún tiempo, puede llegarse á obtener haciendo una excavación en el mismo lugar. Sin embargo, nosotros creemos que por grandes que sean las ventajas de acampar siempre en los mismos lugares, existen también tales inconvenientes que merece pensarse con atención lo que se haya de practicar.

Una columna encargada de perseguir al enemigo en

una zona determinada, al poco tiempo de recorrerla habrá marcado en ella ciertos puntos de etapa, que serán regularmente las mejores aguadas que existan en los bosques, y las marchas de las columnas se reducirán, por mucha variedad que quiera darles el jefe de ellas, á recorrer los terrenos que unan unos puntos de etapa con otros. Estas tienen las ventajas siguientes: habrá la seguridad completa de encontrar agua y leña en los campamentos; existirá una facilidad grande para cubrir el servicio de seguridad; los jefes de las fuerzas que operen sabrán de antemano las dificultades que se encontrarán al siguiente día, cada vez que se establezca un campamento; en caso de ataque todas las guardias y todos los soldados sabrán perfectamente dónde se encontrarán las fuerzas que les apoyan, las guardias colindantes, los retenes, los oficiales y el jefe de la columna; el campamento podrá estar perfectamente estudiado y, por lo tanto, el servicio de seguridad será completo; pero en cambio las desventajas son grandes: el enemigo conocerá perfectamente los lugares donde comunmente pasamos las noches, y no se inquietará al vernos caminar en una dirección determidada, puesto que sabe á donde vamos á parar; podrá siempre que se le antoje acudir de noche á nuestro campamento é incomodarnos con sus disparos, puesto que conocerá perfectamente los lugares ocupados por las guardias, y, por último, sabrá que si lo perseguimos, con variar de dirección próximamente á la hora de acampar, estará libre de caer en nuestras manos, puesto que nosotros iremos á buscar el sitio del campamento acostumbrado, más próximo, para pasar la noche y continuar la persecución al siguiente día; por lo mismo que el terreno será conocido, las tropas se descuidarán algo en sus diversos cometidos, los jefes no vigilarán tanto la situación de las guardias y el establecimiento del servicio de seguridad, puesto que están seguros de que las fracciones de la columna saben llenarlo; si la columna nunca ha sido sorprendida

en el campamento, renacerá de tal modo la confianza que todos los servicios se resentirán y sólo un ataque del enemigo, que podrá tener un desenlace funesto, advertirá al jefe de la columna su descuido y el de sus soldados. Llena está la historia de la guerra de Cuba de hechos semejantes; apenas el descuido, la confianza y la vigilancia escasa se ha apoderado de una columna, cuando un golpe de mano de los insurrectos ha hecho conocer que en la guerra siempre debemos estar prevenidos, y mucho más en aquellas campañas dirigidas contra enemigos que viven en los bosques, que siempre nos rodean y cuyos triunfos, si consiguen algunos, están basadas en la sorpresa y en la celada.

Por estas razones, creemos que no tan sólo cuando se vaya en seguimiento del enemigo es indispensable sacrificar algunas comodidades que pudiera proporcionarnos otro campamento y establecerlo en el punto en que la columna se encuentre poco antes de ponerse el sol, sino que aunque las fuerzas que operen en una zona no noten la proximidad de sus contrarios, aunque el cometido de ellas sea únicamente recorrer el país para evitar que en él se establezcan enemigos, deberán elegirse campamentos distintos aunque se recorra repetidas veces el mismo territorio; de este modo la vigilancia se hará más activa, las precauciones más numerosas y el temor natural que siempre infunde lo desconocido nacerá seguramente tanto en los jefes como en los soldados; todo lo cual proporcionará indudablemente mayores seguridades de que en caso de ataque por parte del enemigo la defensa será eficaz, pues todos estarán preparados para ella.

* * *

Aparte de esto, los mejores lugares para establecer campamentos son las orillas de los arroyos; en ellas, aunque el terreno no esté cubierto de bosques, siempre se encontrarán árboles y arbustos que proporcionarán

leña para los ranchos, piquetes y estacas para las tiendas ó abrigos, si se llevan, y en los que se podrán colgar las hamacas. Cuando se establezcan campamentos en tales sitios, y en la marcha del siguiente día haya necesidad de atravesar el arroyo, deberá hacerse acampar la mayor parte de las fuerzas en la margen opuesta á la que se haya llegado siguiendo el curso natural de la marcha, dejando en la otra una fuerza suficiente para cubrir el servicio de seguridad por aquella parte, pues de este modo se conseguirá que al emprender la marcha al siguiente día, no comiencen los soldados la jornada mojándose los pies; pero cuando no hubiere necesidad de atravesar el arroyo para proseguir la marcha, se enviará entonces á la margen opuesta la fuerza que deba por aquel lado cubrir el servicio de seguridad, acampando todo lo restante de la columna en la margen á que llegó caminando.

Si el arroyo no fuese vadeable en las inmediaciones del punto donde se piense establecer el campamento, ó si éste se estableciera junto á un río caudaloso, pero cuyas orillas estuvieran bastante próximas para que el enemigo pueda alcanzar con sus armas de una á otra, sólo cuando exista gran número de lanchas ó grandes balsas, deberá envíarse fuerza á la margen opuesta, porque de otro modo podría suceder que se viera comprometida por el ataque de un enemigo numeroso, sin que el resto de la columna pueda acudir velozmente en su auxilio. En tal caso, será más conveniente retirar de la orilla el campamento hasta una distancia mayor que el alcance de las armas de los contrarios, y considerar el río ó el arroyo como una aguada que se encuentra fuera del campamento, dejando en la orilla una pequeña fuerza que, con sus disparos, pueda ahuyentar á los enemigos que se embosquen en la opuesta con ánimo de molestar á los soldados que lleguen al río á buscar agua, todo lo cual puede ahorrarse cuando la corriente sea tan ancha que los proyectiles enemigos no lleguen á cruzarla, pues entonces las tropas pueden permane-

cer en la misma orilla sin temer ningún ataque por aquel lado, á no ser que lo verificase el enemigo valiéndose de canoas, balsas ó lanchas, lo que no es muy probable.

La buena situación de un campamento implica también que á la distancia del alcance de las armas que usen los enemigos, no se encuentre ningún punto que lo domine, ni ninguna choza ó poblado que no fueren ocupados por nuestras tropas, y como esto llevaría consigo el empleo de mayor número de fuerzas de servicio, y podría perjudicarnos notablemente, es preferibles incendiar las cabañas, ó chozas que lo rodearan con el objeto de evitar que el enemigo, deslizándose á su abrigo, ataque bruscamente á nuestras guardias de seguridad y á nuestros centinelas, ó moleste con sus disparos á la fuerza que descansa en el campamento.

*
* *

La extensión de éste ha de ser proporcionada al número de hombres que compongan la columna; muy reducido, unas fracciones se incomodarán á otras, los animales producirán desórdenes que afectarán quizás hasta á las guardias de seguridad y en un momento de alarma la confusión sería inmensa; muy extenso, obligará á nombrar un excesivo número de soldados de servicio, fatigándolos notablemente.

No debe pretenderse sujetar todas las cuestiones y asuntos militares á la exacta y precisa condición que llevan en sí los números, y por eso no trataremos de calcular la superficie que será necesaria por cada hombre para el desahogo y comodidad de un campamento, por más que algún autor ha señalado la de 400 metros cuadrados cuando en la columna existiere infantería, caballería, artillería é impedimenta; creemos que el golpe de vista, y más que nada la costumbre, harán que los oficiales de estado mayor de las columnas elijan una extensión de terreno apropiada para satisfacer las exigencias de un buen campamento, como también aconsejamos que una vez establecidas las tropas en él,

no debe variarse de lugar ninguna fracción de ellas después de haber acampado definitivamente, porque esto originaría confusiones y una gran molestia para los soldados.

La disposición más conveniente que pueden adoptar las tropas para acampar es formando cuadro, y para que al llegar las fuerzas al lugar designado para establecer el campamento no existan vacilaciones ni dudas de ningún género respecto al sitio que haya de ocupar cada fracción de la columna, el jefe de estado mayor de ella, después de haber practicado el reconocimiento del campo y de haberse formado una idea exacta de él, calculará la dirección de las caras del cuadro que han de formar las tropas para aprovechar del mejor modo las condiciones topográficas del terreno y, como hemos dicho, indicará á cada ayudante el lugar fijo que haya de ocupar un cuerpo, para que al llegar al campamento se dirija directamente á él y ocupe de este modo prontamente el espacio que le corresponda; evitándose así confusiones y dilaciones en el interior del campo. Con esto no queremos decir que en absoluto es necesario acampar en dicha forma; pueden existir obstáculos naturales insuperables para el enemigo, tales como anchos ríos invadeables, y lagos, en cuyo caso el campamento se apoyará en ellos; y puede ocurrir también que el sitio dêsignado para acampar sea una selva tan espesa é impenetrable, que cueste mucho trabajo y mucho tiempo hacer claros en ella para dar al campamento la forma regular del cuadro; en este caso, será más conveniente amoldar la forma á las exigencias del terreno y si después de reconocidos los bosques que nos rodean, adquirimos el convencimiento de que el enemigo no podrá llegar hasta nosotros, á través de ellos, sin que se vea obligado á abrirse camino cortando los arbustos, bejucos, etc., que formen la selva, podremos descuidar algo la parte de campamento que linde con dicha espesura, y extender las tropas por los claros y caminos teniéndolas reconcentradas en lo posible;

pero cuando el bosque fuere practicable para el enemigo, por más que no lo fuere para nosotros, no deben de ningún modo extenderse las tropas para acampar sin orden ni concierto, sino será preciso que los ingenieros y los gastadores de los cuerpos abran en el monte anchas vías para que comunicándose unas fuerzas con otras, sea fácil en un momento dado acudir á un punto determinado con la mayor parte de la columna, y para procurar que las tropas acampadas formen recinto, con lo que se dará mayor unidad á la defensa y se evitará que el enemigo llegue impunemente hasta el centro del campamento.

En la siguiente figura exponemos la disposición que puede adoptar una columna para acampar en un terreno cubierto, practicable para el enemigo:



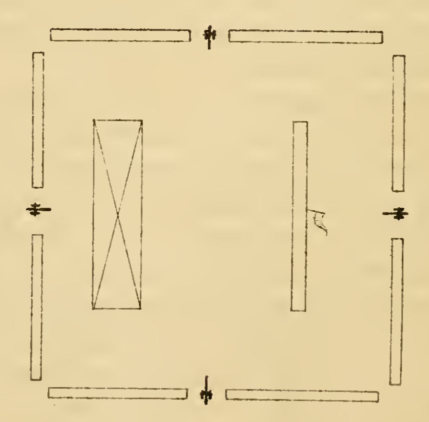
A=.Bosque.—B.=Claro practicado en él por los ingenieros y gastadores.—C.= Arroyuelo que sirve de aguada.—a= 1.er Batallón.—b=2.° Batallón.—c=3.er Batallón.—d= 4.° Batallón.—e=Artillería.—f=Impedimenta.—g=Caballería.—h=Jefe de la columna y su estado mayor.

Para conseguir despejar un poco de ramas y árboles el interior del campamento, ya que es imposible ordenar á los ingenieros y gastadores que lo efectúen completamente, porque esto supone un trabajo largo y penoso, mandará el jefe de la columna que toda la leña que se necesite para los ranchos y las hogueras, se corte en el interior del campo, prohibiendo efectuarlo fuera y castigando al que lo intente, pues de este modo entre los rancheros, los soldados de guardia y los asistentes, despejarán rápidamente el interior del campamento, sobre todo si se construyen algunos camastros con las ramas de los árboles ó arbustos, para preservarse de la humedad.

En los terrenos no cubiertos de bosques siempre será conveniente acampar en cuadro, dentro del cual se situará la impedimenta, la artillería y los ganados que lleve la columna. Para acampar en esta forma se designará á cada cuerpo ó fracción de la columna unas de las caras del cuadro, de manera que el jefe de dicha fracción ó cuerpo, situándose en su centro, pueda vigilarla constantemente; de este modo se consigue también que el servicio se preste con más regularidad, como diremos más adelante.

Si la columna llevare caballería, y la infantería no fuere escasa, nunca deberá señalarse á la primera, para acampar, una de las caras del cuadro, cuando el terreno que tuviese á su frente no fuese á propósito para el empleo de dicha arma, debiendo, en tal caso, ser situada detrás de la cara ocupada por la infantería que menos probabilidades tenga de ser atacada; pero si la fuerza de infantería no fuese lo suficiente numerosa para cubrir el frente de la caballería, podrá destinarse ésta para formar una de las caras del cuadro siempre que los jinetes tuvieran carabinas y en un momento de apuro, pudieran, por lo tanto, defender su frente de un ataque imprevisto del enemigo, pues si la caballería no llevara armas de fuego, de ningún modo es prudente señalarle como lugar para que acampe una de dichas caras.

Cuando se tuviere que acampar en terrenos llanos, extensos, sin vegetación, favorables al empleo de la caballería, y el enemigo poseyese gran número de jinetes, deberá tenerse muy en cuenta el tiempo que necesitará la columna para ponerse en estado de defensa y poder rechazar al enemigo; en este caso se procurará, sobre todo, que entre las caras del cuadro que forme la infantería acampada, queden grandes claros que faciliten la salida de nuestra caballería en el momento que los jinetes puedan saltar á caballo, lo que efectuarán mientras las guardias se repliegan y la infantería recibe al enemigo con sus fuegos. Para prevenir este caso será conveniente colocar á la artillería de manera que, teniendo las piezas cargadas, pueda en el primer momento contener el ímpetu del enemigo con sus disparos, y ésto se conseguirá haciéndola acampar por piezas ó secciones en los ángulos ó en cada una de las caras del cuadro, al lado de la infantería, en la forma que indica la figura siguiente.



Esto es en la inteligencia de que la columna tenga escasa caballería y el enemigo tan osado que se atreva á atacar formalmente nuestros campamentos por la noche, pues de otro modo nunca debe colocarse la caba-

llería dentro del cuadro que forman las tropas porque pueden ocasionarse grandes alarmas y confusiones. Los caballos que se suelten durante la noche corriendo en distintas direcciones por el centro del campamento introduciendo el desorden entre las bestias de la impedimenta, asustando á los soñolientos soldados y dando origen á un pánico general, lograrán quizás producir graves conflictos. Así es que si hubiere mucha caballería será conveniente hacerla acampar por separado ó dejarle una ó dos de las caras del cuadro, siendo en este caso dos opuestas para que la infantería esté próxima á ambas y pueda protegerlas en caso apurado.

Cuando no se teman ataques formales del enemigo ó éste no pueda tampoco presentarnos de repente un crecido número de fuerzas, podrá acamparse en el mismo orden de marcha que se lleve, formando los batallones en columna de compañías con las filas abiertas, la caballería en columna de secciones tomando cada jinete una distancia de un metro del que tiene á su lado, y la artillería en columna de secciones ó de baterías.

Tanto en este caso como cuando se acampe en cuadro ó en otra forma cualquiera, el jefe de estado mayor procurará que la fuerza destinada á servir de vanguardia, al siguiente día, se coloque lo más adelante posible sobre el camino que se haya de seguir, y que las tropas dispuestas para el servicio de retaguardia se sitúen en el punto más retirado de la anterior con el objeto de que se facilite el movimiento al emprender la marcha y que sabiendo cada fracción el lugar que ha de ocupar durante ella, no haya dudas ni vacilaciones que retarden el instante de ponerse la columna en movimiento.

El campo se establecerá con prontitud y sin vacilación de ningún género con el objeto de que los ranchos puedan comenzarse á preparar en seguida y que las tropas se entreguen pronto al descanso, pero ningún soldado abandonará su puesto de formación, ningún jinete

echará pie á tierra, ningún artillero se preparará á descargar ó desenganchar, ni ninguna acémila será descargada hasta que lo ordene el jefe de la columna, que lo hará cuando cada tropa esté situada en el puesto que le corresponda y después que el jefe de estado mayor le haya dado parte de quedar establecido el servicio de seguridad. Ordenado que sea el descanso, las acémilas de los cuerpos marcharán á reunirse á ellos, se descargarán y encendiéndose lumbre, se pondrán los ranchos. Los soldados de infantería si tuviesen tiendas, abrigos, cubiertas ó hamacas, se dedicarán á colocarlos sin salirse de la línea que le haya marcado el capitán de su compañía, y según se les prevenga formarán pabellones con sus fusiles ó los conservarán sin soltarlos nunca de la mano ó teniéndolos siempre á su inmediación. El soldado de caballería y el de artillería procederán á establecer sus caballos y mulas en la forma que se les haya ordenado por sus jefes. El mejor sistema de hacer pasar la noche en el campamento á unos y á otros es el de las cuerdas y trabas: consiste este sistema en establecer una cuerda en el suelo sujeta con piquetes de madera ó atada á los árboles en toda la longitud del terreno designado para los caballos, á cuya cuerda van atadas travas preparadas de antemano que sujeta cada una á un caballo por uno de sus pies delanteros, pues se ha observado que los caballos trabados de un sólo pie están menos incómodos, y de igual manera seguros, que cuando lo están de los dos. Colocados los caballos se les dará pienso y se dedicarán los hombres á sus ocupaciones naturales. Las acémilas y animales de carga serán descargados por sus conductores bajo la vigilancia del oficial encargado de la impedimenta, quien procurará que los efectos de carga y raciones se coloquen con orden y gran esmero en sitio á propósito, y vigilará que los conductores de animales den á éstos su correspondiente pienso, les quiten los bastes y aparejos y los aten bien á los árboles ó á una cuerda, á semejanza de lo que practica la caballería, debiendo darse gran prefe-

rencia á vigilar el cumplimiento de esta orden, pues los animales que se sueltan por la noche pueden producir alarmas muy serias en el campo.

El jefe de la columna y el de estado mayor recorrerán el campamento poco después de establecido, para cerciorarse por sí propios de que cuantas prevenciones hayan hecho han sido cumplidas exactamente, además de recibir el parte que los jefes de los cuerpos darán después de haber acampado las fuerzas que mandan.

*
* *

Dentro del campamento ha de existir el mayor orden y regularidad, y fuera de él una gran vigilancia y atención á todo lo que proceda del terreno enemigo; por esto se nombrarán dos servicios importantes: uno de vigilancia que ejercerá su acción dentro del campamento, y otro de seguridad que vigilará por la de las tropas, además de no permitir que ningún soldado ni indivíduo de la columna salga de la línea que forman las guardias sin orden precisa del jefe superior, comunicada por su jefe de estado mayor directamente. quien acompañará hasta la línea de centinelas á la persona ó personas que deban salir del campo.

El servicio de vigilancia lo formarán los oficiales de cuarto que cada cuerpo ó fracción nombre, un jefe ó capitán que se llamará de campamento, el sostén de la artillería y la guardia de prevención.

El capitán ó jefe de campamento vigilará toda la noche las guardias interiores y exteriores y recibirá el parte que le den los oficiales de cuarto entrantes y salientes; unos de comenzar á desempeñar sus servicios y otros de haberlo terminado. Si en la columna existieran muchos jefes, siempre se nombrará uno, por turno riguroso, para que desempeñe este servicio; pero cuando fueren pocos los que haya en la columna, serán los capitanes de ella los encargados de prestarlo, y cuando, por último, el número de unos y otros fuese escaso, lo

practicarán juntos y hasta auxiliados por algunos tenientes, puesto que la mejor garantía para que servicio tan importante se llene con toda formalidad, es que existan muchos que lo desempeñen, para que no tengan que pasar la noche en vela, con demasiada frecuencia, las mismas personas. El jefe ó capitán de campamento debe ser el primero que sepa cualquier novedad que en el mismo ocurra, por lo tanto á él darán parte los comandantes de guardias y de puestos de cuantas merezcan ser conocidas, y para evitar las confusiones que se originarán si los encargados de llevarle las noticias que hubiera, anduviesen de un lado para otro, buscándole, será conveniente que se establezca junto á la guardia de prevención y que todos los comandantes de guardias independientes hagan conocer á uno de sus soldados el lugar donde aquélla esté situada.

El sostén de la artillería será una fuerza que ha de establecerse al lado de las piezas como garantía de su seguridad y custodia; esta fuerza mantendrá un vigilante únicamente y su cometido especial será guardar la artillería é impedir que en un desesperado ataque por parte de un enemigo, que consiga romper el cordón de guardias y centinelas y penetrar en el interior del campamento, lleguen las piezas á caer en su poder. Los soldados que formen dicho sostén podrán, sin embargo, dormir, siempre que conserven sus fusiles á su lado, pues es necesario que, al menor aviso de los vigilantes, toda la fuerza que lo forme pueda ponerse inmediatamente en estado de defensa. Además del sostén de la artillería se nombrará otra fuerza de servicio dentro del campamento, que podremos llamar guardia de prevención; esta fuerza vigilará para que en el interior del campo exista el mayor orden y se guarde un profundo silencio por la noche y tendrá el encargo de avisar por la madrugada á los retenes de los cuerpos para que los rancheros se levanten y hagan el café que ha de tomar la tropa antes de emprender la marcha.

Esta fuerza, que será la primera que con el jefe ó comandante de campamento acuda al lugar donde se notase la intención de atacar por parte del enemigo, ejercerá de noche una exquisita vigilancia reconociendo á cuantas personas vean andar por el campamento y serán las encargadas de la aprehensión de cualquier enemigo que, habiendo conseguido burlar la vigilancia de las guardias y centinelas, haya podido penetrar dentro del campo, bien para examinarlo y reconocerlo, bien con intenciones criminales.

∴

El jefe ó capitán de capamento será también el jefe del servicio de seguridad, y para que las tropas puedan entregarse descuidadamente al descanso, es preciso que haya completa confianza en dicho servicio, que se establecerá alrededor del campamento. Algunas veces, cuando por ejemplo, quiera sostenerse una columna en una determinada posición por algún tiempo, y la fuerza que la componga sea escasa ó haya destacado una parte de ella con algún objeto, quedando la restante guardando el puesto, será quizas necesario efectuar algunos trabajos que aumenten las condiciones defensivas de la posición. Las talas, los alambres, los movimientos de tierra y las empalizadas, en último caso, serán los medios de que se servirán las tropas para resguardarse de un enemigo atrevido é impetuoso. En nuestras campañas de Joló cuando se temía de noche un ataque del enemigo se llegaba á cercar el campamento ó el frente amenazado con una especie de empalizada con garitones de trecho en trecho para procurarse mayor vigilancia; pero cuando los campamentos sean únicamente para pasar una noche, como lo que interesa más que nada es que el soldado descanse, no es posible levantar defensas que empleen en su construcción más fuerza que la que entra de servicio; por eso á excepción de algunas talas y cruzamientos de alambre para tapar al-

guna senda ó camino, toda la defensa del campo debe estar basada en la vigilancia de las centinelas y en la serenidad y arrojo de las guardias.

El servicio de seguridad será establecido, como hemos dicho anteriormente, por el jefe de estado mayor de la columna, y como los cuerpos no deben deshacer sus formaciones en los lugares que se les designen para acampar, hasta después que se haya establecido dicho servicio, designará cada cuerpo, al llegar á dichos lugares, la fuerza que haya de prestarlo. Será conveniente que en vez de nombrarse un cuerpo determinado para cubrir el servicio de que hablamos, cada fracción cubra el frente que ocupe; de este modo habrá más dependencia entre las guardias y los frentes que cubran y al levantar el campo no se originarán confusiones cuando traten de incorporarse las fuerzas de servicio á los cuerpos á que pertenezcan.

El servicio de seguridad no puede establecerse del mismo modo en terrenos llanos y extensos y en los que están cubiertos de bosques. En el primer caso, durante el día, bastará ocupar algunas pequeñas elevaciones con parejas de caballería algo distantes del campamento, ó emplear puestos de dicha arma que vigilen á gran distancia del mismo, cuando no existiese ninguna altura que permita descubrir un gran horizonte, y de noche se situarán guardias de infantería bastante retiradas del campo que á su vez destacarán centinelas y escuchas. En los terrenos cubiertos, siempre que desde algunos puntos dominantes pueda descubrirse una gran extensión del terreno que rodee al campamento, bastará de día establecer vigías, que dependan de los retenes, para asegurar el servicio de vigilancia; pero de noche, dichos vigías deberán retirarse y entonces se establecerá el servicio de guardias y centinelas en la forma que hemos indicado anteriormente.

Es conveniente emplear de servicio la menor fuerza posible, en cuanto permita la condición precisa de que el campamento esté completamente resguardado y

vigilados los alrededores, teniendo en cuenta que las avanzadas y guardias no han de estar muy próximas á las fuerzas acampadas, porque podrían originarse grandes trastornos en caso de que el enemigo las arrollara antes de estar dispuestas para la defensa las tropas que cubren.

*
* *

El establecimiento, pues, de las guardias, ha de depender de la manera de combatir que tenga el enemigo, de la mayor ó menor cantidad de caballería con que cuente, de que las centinelas sean de infantería ó de caballería y del tiempo que las tropas acampadas necesiten para ponerse en estado de defensa. Contando con que la caballería enemiga puede recorrer al galope 300 metros por minuto, y que la infantería necesita cinco para ponerse en estado de defensa, es preciso que ésta sea avisada con seis minutos de anticipación para que rompa el fuego cuando el enemigo se encuentre á 300 metros, así es, que se deberá recibir el aviso cuando la caballería contraria se encuentre á 1.800 metros de ella. De día podrá distinguirse la caballería á 600 metros, y, por lo tanto, las centinelas se colocarán á 1.200 del campamento, lo que implica que las guardias puedan situarse á 1.000. De noche ó en caso de niebla, puede oirse el paso de la caballería á la distancia de 500 metros, y así, las centinelas deberán colocarse á 1.300 de las tropas. Este cálculo, sin embargo, no es completamente exacto como sucede con todos los que pretenden sujetar á números los asuntos de la guerra; la distancia á que pueda oirse la caballería dependerá naturalmente de las influencias atmosféricas, dirección de los vientos y naturaleza del terreno, porque siendo, generalmente, las noches serenas muy raras, el menor soplo de viento hace disminuir la extensión y exactitud de los sonidos, los terrenos arenosos ó cubiertos de praderas apagan el que producen las pisadas, y las influencias de la atmósfera y el aislamiento de los centinelas hace que las ima-

ginaciones de éstos se encuentren muy exaltadas durante la noche, todo lo cual hace necesario que el oido de los escuchas esté muy acostumbrado á apreciar distancias por los ruidos que oiga, ó que se den mayores ó menores límites de los señalados á la distancia que deba existir entre las fuerzas y las guardias, teniendo en cuenta cuantas circunstancias pueden ocurrir.

Se ha creido durante mucho tiempo en la conveniencia de que por la noche las guardias y centinelas se aproximen al campamento, pues de esta manera, sin fatigar excesivamente á las tropas, se llega á establecer un cordón de centinelas que ningún enemigo puede franquear sin ser visto; pero es sumamente expuesto este procedimiento cuando se combata con un enemigo animoso y emprendedor. Será posible para él formar grandes masas de tropas á pocos centenares de pasos de nuestras centinelas y aproximarlas en silencio á éstas hasta que sean descubiertas, y entonces si se lanzan á la carrera sobre nuestro campamento, seguramente llegarán á él revueltas con nuestras guardias, ó, por lo menos, lo encontrarán á su llegada en el desorden que precede á la formación de hombres apenas despiertos que no se saben dar cuenta aun de lo que pasa. El desenlace puede ser fatal, la carnicería espantosa, y cuando el enemigo se retire, el cuadro que presente al campamento, desconsolador.

El mariscal Bugeaud fué el primero que indicó la necesidad de hacer avanzar de noche el servicio de seguridad.

En una ocasión vió uno de sus campamentos sorprendido por los árabes; él mismo tuvo que ir despertando á sus soldados para rechazar el ataque, y viendo que aquel desgraciado suceso reconocía por causa la proximidad á que se encontraban los puestos avanzados, del campamento, comprendió la necesidad de establecerlos á grandes distancias, y así lo ordenó al ejército de la Argelia.

Por esto creemos que el servicio de seguridad que se

practique de noche en los países desprovistos de bosques espesos, ha de adelantarse hacia el campo enemigo todo lo posible, aunque los diversos puestos no tengan la inmediata dependencia entre si que tuvieran durante el día, y con el objeto de tener mayores garantías de seguridad, dichos puestos se situarán en los caminos, senderos, pasos ó puntos probables por donde pueda aparecer el enemigo, que si pretende efectuar un ataque al campamento durante la noche, tendrá que llegar á él por algún camino ó vereda conocida ó dirección determinada, á no ser que el lugar del campamento fuere una extensa llanura practicable en todos sentidos; en este caso, centinelas de caballería establecidos á vanguardia de los de infantería podrán dar un aviso rápido en el momento en que vean aparecer las masas contrarias.

A primera vista, el sistema de adelantar las guardias parece propenso á que éstas sean sorprendidas por el enemigo, y acuchilladas antes de que otras tropas puedan llegar en su socorro, pero si se adquiere la costumbre de no establecer el servicio de noche cuando aun alumbra la luz del día, se evitarán tales contratiempos puesto que el enemigo sólo podrá dirigirse en la oscuridad, sobre las guardias que pasan la noche en un punto muy marcado y en el que las haya visto de día ó sobre las que encienden fuegos ó producen ruidos en el sitio que se les designe de noche.

En ningún otro caso podrá el enemigo llegar cautelosamente hasta una guardia y sorprenderla, y lo más probable será que si intenta alguna empresa sea sorprendido por aquélla, puesto que no la esperará encontrar en el sitio en que esté situada.

Si el enemigo carece de caballería nos será permitido acercar las guardias y centinelas al campamento, puesto que, en último caso, el ataque no puede ser tan rápido é impetuoso como si lo verificase la caballería, y podremos, por lo general, contar con que los ataques á nuestros campamentos por un enemigo que no posea

muchas fuerzas montadas, apenas tendrán otro objeto que mantenernos en una contínua alarma.

No por esto deberá creerse que no es conveniente situar las avanzadas y guardias lejos de las fuerzas acampadas; al contrario, aun de noche deberá mantenerse el servicio á gran distancia, si bien con la precaución de hacer mudar de sitio á las tropas de servicio, para evitar que algún enemigo, después de reconocer cautelosamente nuestros puestos durante el día, consiga de noche burlar la vigilancia de los centinelas, y esquivando encontrar las guardias, penetrar en el interior del campo.

Cuando el terreno sea muy cubierto de árboles y vegetación, es preciso emplear otro sistema de seguridad y vigilancia que no sea el uniforme que acabamos de exponer, pues para enemigos osados que puedan caminar sigilosamente por la espesura, será empresa no difícil atravesar nuestras líneas de guardias y centinelas, mucho más si les damos aspecto de uniformidad marcado.

Entonces, además de que cada fracción habrá de cubrir también el servicio del frente en que estuviere acampada, deberán recorrerse las inmediaciones del campamento, y después de colocar guardias en las sendas, caminos ó avenidas principales que á él conduzcan, internar en la espesura soldados dependientes de estas guardias, centinelas perdidos, que unos más avanzados, otros menos, y sin que aparentemente sigan una ley fija en la manera de estar situados, serán los únicos centinelas que mantengan dichas guardias. Cada uno de estos soldados debe conocer y hasta tener comunicación con las centinelas de derecha é izquierda, y para conseguirlo se abrirá en el monte un paso de uno á otro puesto. Las guardias por su parte, abrirán en el monte un camino para comunicarse con sus centinelas y otro para retirarse al campamento en un momento dado; pero este camino no debe abrirse de manera que se dirija rectamente al campamento,

sino que se trazará de modo que entre oblícuamente en él dando un pequeño rodeo: así, en caso de ataque, el enemigo, que perseguirá vivamente á los centinelas y á las guardias, presentará su flanco al campamento y se verá de repente atacado por donde menos lo espere, pues es de suponer piense que la guardia atacada se retira directamente á unirse con las demás fuerzas. La figura siguiente indica cómo pueden trazarse las comunicaciones entre la fuerza acampada y sus guardias, y entre éstas y las centinelas que de ella dependan.



Los caminos ó sendas que sirvan de comunicación á los centinelas, y el que una la guardia con la fuerza que la destaca, es probable que no puedan quedar completamente despejados de troncos y de ramas, y como el trabajo de abrirlos ha de estar á cargo de los soldados de servicio, no se deberá tampoco exigir una gran regularidad y perfección en su trazado; bastará pues, que se corten las ramas, yerbas y troncos que impidan ó dificulten el paso de un hombre.

Si en la columna existiese caballería y le fuese designado á ésta, para acampar, un lugar que no estuviere dentro del campo, como sucedería cuando se le asignase una de las caras del cuadro, la infantería que acampe á derecha é izquierda de ella, será la

encargada de prestar el servicio de seguridad en el frente que dicha arma ocupe, pues siempre que se pueda debe evitarse que la caballería practique servicios que no sean á caballo, y sólo en último extremo y cuando además usare carabinas, podrá hacérsele cubrir un frente, supliendo á la infantería; pero cuando ésta fuera la suficiente, nadie más que ella ha de prestar un servicio que le es propio.

Cuando escascare este arma, se dispondrán talas en los lugares menos guardados, ó se construirán en ellos con alambres ó cuerdas, un obstáculo, que por lo mismo que es imprevisto para el enemigo, no deja de ser importante; se comprende, en efecto, que pasando alambres ó cuerdas de unos troncos á otros, sin orden ni uniformidad, podrán cubrirse grandes espacios donde el enemigo se enredará y tropezará, dando lugar á que la tropa que descansa pueda acudir á las armas para rechazar la agresión. Estas cuerdas ó alambres, deben colocarse de manera que no queden muy elevados del suelo, y para que presenten un obstáculo serio, será también preciso que la zona que ocupen tenga algún fondo, pues una sola línea de alambre apenas producirá temor ni desconcierto en los que ataquen, y en cambio, varios cruzamientos en distintos sentidos, hará probablemente el paso imposible. Estas redes que se tienden para resguardarse del enemigo, pueden estar en comunicación con los disparadores de fusiles cargados, montados y sujetos en los árboles, de tal manera, que al tropezar alguien en los alambres ó cuerdas se disparen, pues es seguro que el efecto que causarán á los enemigos, será grande, aunque los proyectiles no hieran á ninguno de ellos; pero habrá que tenerse un especial cuidado en encargar á los soldados, que en las faenas propias del campamento no se acerquen á los alambres así dispuestos, y que de noche, las rondas que hubiere ó los oficiales de vigilancia, tengan gran cuidado de no tocarlos tampoco, para evitar la confusión que se originaría en el campo, y para no inutilizar

aquel medio de defensa. Cuando esto se practique, se procurará que la distancia de los alambres al suelo no sea tan pequeña, que los perros pertenecientes al campamento ó los animales que abundan en el país, puedan hacer disparar los fusiles al pasar por los terrenos donde existan los alambres.

Las guardias de seguridad, en vez de destacar centinelas, pueden establecer puestos formados por cuatro hombres, llamados *puestos á la cosaca*. Uno de los hombres es el jefe del puesto: un soldado se sitúa de centinela, en tanto que el jefe y los otros permanecen sentados ó tendidos, pero con las armas en la mano, á 15 ó 20 metros á retaguardia de él. Este centinela se releva cada hora, y al cabo de tres, que todos los soldados habrán desempeñado aquel servicio, el puesto es relevado por otro que se desprende de la guardia, ó bien permanece en su sitio toda la noche, volviendo á turnar en el servicio de centinela los hombres que lo componen, menos el jefe; de este modo, adquieren los soldados mayor conocimiento de los alrededores.

La distancia que exista entre los puestos á la cosaca y las guardias de que dependen, pueden ser de unos 300 metros, y la que separe unos de otros, estar en armonía con la naturaleza del terreno.

Cuando el hombre de centinela percibe alguna novedad, llama al jefe del puesto, que después de enterarse de lo que ocurre, envía uno de los dos hombres que descansan á dar conocimiento de ello al jefe de la guardia de que depende, debiendo el jefe del puesto practicar también de vez en cuando reconocimientos hacia los puestos próximos, y avisar de todo cuanto merezca ser conocido.

Los puestos á la cosaca son convenientes cuando el terreno en que se acampe sea accesible para el enemigo por todas partes, como sucedería en una gran llanura, y es claro que entonces desempeñando la caballería este servicio, se obtendrán grandes ventajas, situando los puntos á gran distancia del campamento.

Las guardias que prestan el servicio de seguridad en un campo, después que sean situadas por el jefe de estado mayor, que irá acompañado para este servicio del jefe ó capitán del campamento y del que deba cubrir la guardia, darán frente al enemigo, y se dispondrán á pasar la noche en el punto que tienen señalado, sin que ningún soldado se separe de él, como no fuere por orden directa del jefe de la guardia. Este, dispondrá en el momento de hacerse cargo del puesto, que se nombren los soldados que hayan de entrar de centinela, y los colocará en los puntos que le hubiere marcado el jefe de estado mayor y en los que él, además, conceptúase necesario, no multiplicándolos mucho sin gran necesidad, para evitar cansancio á las tropas. Establecido este servicio, reconocerá las inmediaciones de su puesto y procurará, si es posible, ponerse en comunicación con las guardias colindantes para conocer la situación de ellas y evitar en caso de ataque ó alarma que se originen desgracias lamentables al hacer fuego sus soldados.

Nunca se entregará toda una guardia al reposo, pues es preciso que siempre haya una fuerza prevenida para lo que pueda ocurrir en un momento crítico, así es, que durante la noche, si la guardia es de infantería, la mitad del número de soldados que la componga estará con las armas en la mano, en tanto que la otra mitad descansa, sin dejar los fusiles ni un momento. Siendo la guardia de caballería, la mitad del número de los jinetes estará á caballo y la otra mitad pié á tierra, teniéndolos de las bridas, y como es necesario que siempre esté un núcleo de fuerza dispuesto á batirse en el momento que sea necesario, la tropa comerá su rancho por mitades, y á los caballos se les dará en igual forma su pienso, llevándolos á beber uno á uno para que nunca falte en la guardia gran número de ellos.

Es preciso prevenir á las guardias y vigilar cuidadosamente su cumplimiento, que por ningún pretexto ni en ninguna forma enciendan fuego, y hasta será

conveniente exigir que ningún individuo de ella fume. Sólo cuando el frío sea tan excesivo que se corriera el peligro de que pudieran helarse los soldados, será permitido encender fuegos, pero de tal manera, que no se vean desde el campo enemigo. Para lograrlo se practicará un hoyo en la tierra, lo suficientemente profundo para que las llamas no salgan á la superficie, y si se dispusiese de tiempo y de los elementos necesarios podrá escavarse en la tierra un gran cono, en cuyo vértice se encenderá la lumbre y en su superficie se acostarán los soldados, sin dejar las armas de la mano, de tal manera, que los pies de todos vengan á estar al lado de la candela. En el caso de que sea urgente la necesidad de que enciendan fuego las guardias, la mitad de los soldados de ella, que deban permanecer de pie con las armas en la mano, se retirarán de la lumbre, situándose en un punto cercano donde no le alcancen sus resplandores, pues de este modo si el enemigo intentase atacar el puesto, dirigirá seguramente su marcha sobre el punto que vea iluminado y dicha fuerza podrá atacarle vigorosamente por su flanco, ataque que, no siendo previsto por el enemigo, lo desconcertará y se conseguirá sin gran esfuerzo hacerle pagar caro su atrevimiento.

Hemos dicho, que durante la noche, será muy conveniente variar la situación de las guardias y de los centinelas, avanzando unas y otros cuando el terreno no sea muy cubierto, con el objeto de que el enemigo, que puede haber visto acampar á nuestras fuerzas, no encuentre las guardias y centinelas en los puntos donde los supone, y en cambio tropiece con ellas en lugares donde no lo espere. Este cambio de puestos, es fácil que origine alguna confusión si no han sido perfectamente designados los sitios á donde deban trasladarse las guardias y centinelas, en cuanto se oculte el día, pues como no deberán marcarse de una manera ostensible para el enemigo, surgirán seguramente dificultades para efectuar el cambio y avance de dichas fuerzas;

sin embargo, como por lo regular los campamentos se establecerán al comenzar á caer el día, los puestos que se deban ocupar de noche serán los que hagan fijar más la atención de los encargados de situar las guardias y de este modo, la operación se efectuará más fácilmente. Con el objeto de que el enemigo no advierta lo que nos propongamos hacer por la noche, los ayudantes de los cuerpos, bajo la dirección del jefe de esdo mayor de la columna, recorrerán con las tropas encargadas de cubrir el servicio de seguridad, los frentes que ocupan los cuerpos respectivos, reconociendo las inmediaciones del campamento y haciendo notar de paso los lugares que por la noche hayan de ocupar las fuerzas de servicio, situando luego las guardias y centinelas en otros distintos, hasta que aparezcan las primeras sombras de la noche, en cuyo momento todos marcharán á ocupar sus puestos definitivos. Este movimiento, se efectuará sigilosamente y cuando haya la completa seguridad de que no podrá ser observado por el enemigo, teniendo muy presente los jefes encargados de ordenarlo, la duración de los crepúsculos, que en los países intertropicales es muy corta, para que no llegue á cerrar completamente la noche sin haberse efectuado el cambio.

Para evitar, en parte, los inconvenientes que originará este movimiento, y con el objeto de que los centinelas sepan siempre con completa certeza el punto donde se encuentra la guardia de que dependen, podrán conservarse éstas en los puntos en que hayan sido establecidas, variando sólo la colocación de los primeros cuando llegue la noche, haciéndoles adelantar y colocándolos sin orden determinado, aprovechando, sobre todo, los puntos elevados del terreno, puesto que en ellos son más perceptibles los ruidos que provengan del enemigo, y situándolos en los barrancos y hondonadas, en las noches claras, cuando los contrarios, para acercarse al campamento, se vieran obligados á hacer destacar sus siluetas sobre el cielo, porque en las oscuras,

es preciso confíar el servicio de seguridad al oido y, por lo tanto, colocar á los centinelas en puntos elevados. Cuando no se empleen los puestos á la cosaca, siempre que sea posible colocar centinelas dobles sin fatigar á las tropas, no deberán emplearse sencillos, y para establecerlos cuando existiesen tropas del país unidas á las nuestras, se procurará que siempre desempeñen el servicio de centinelas un soldado regular y un indígena, pues de este modo se reunirán las buenas condiciones morales del uno, con el gran desarrollo de los sentidos de la vista y del oido, que tendrá seguramente el otro, consiguiéndose así grandes resultados, como los lograron los holandeses en Sumatra, donde siguieron contínuamente esta práctica. No dejarán de prestar grandes servicios á la seguridad de un campamento los centinelas aislados, que pueden llamarse perdidos, situándolos en los árboles, en las crestas de los farallones ó en cualquier otro lugar; pero como estos centinelas serán de muy difícil relevo, creemos que cuando hubiere necesidad de emplearlos, será más prudente establecer un puesto á la cosaca en el punto desde el que se quiera ejercer vigilancia. En tal caso, como dicho puesto ha de permanecer de servicio el tiempo que las tropas estén acampadas, y lo prestará independientemente, no huelga apuntar que ha de tenerse mucho cuidado, cuando llegue el momento de levantar el campamento, de avisarle que se retire, pues de otro modo correría gran peligro de quedar abandonado, toda vez que, como hemos dicho en otro lugar, la corneta será sustituida por el pito en los campamentos y marchas. (1)

Las obligaciones de los centinelas las explican per-

---

(1) No se debe extrañar que hagamos esta prevención, porque ha sucedido en la guerra de Cuba, olvidarse de retirar, no un puesto, sino un destacamento, y aparecer á los tres ó cuatro meses un escualido resto de su guarnición, que habiendo llegado ya hasta el extremo de mantenerse con raíces, los pocos soldados que sobrevivieron, enterraron sus armas, arrojaron al agua sus cartuchos, prendieron fuego al fuerte y atravesando seis ó siete leguas de territorio enemigo, se presentaron desnudos en un despoblado donde, casi no fueron reconocidos.

fectamente nuestras Ordenanzas y todos los libros donde se habla de campamentos; sólo apuntaremos aquí que á los soldados que desempeñen dicho servicio, se les debe prohibir en absoluto dejar su arma, fumar, sentarse y echar pie á tierra si fueren de caballería, obligándoles siempre á que estén con la cara vuelta al campo enemigo, aunque estuvieren ácaballo y éste se empeñase en volver la grupa al agua si lloviera.

Cuando los centinelas vieren aproximarse alguien del lado del enemigo preguntarán una sola vez y en voz bastante alta ¿quién vive? y si no obtuvieran respuesta ó notasen intenciones agresivas en la persona que se aproximase, le harán fuego; si al quién vive se contestara y fuese algún desertor ó parlamentario enemigo la persona percibida, le obligarán, antes de permitirle avanzar, que arroje al suelo sus armas y después llamarán al cabo de su guardia si estuvieren solos, ó marchará á avisarle uno de los soldados si la centinela fuera doble; nunca se retirarán á la guardia de que dependan, aun después de haber hecho fuego, hasta que el enemigo no les obligue á ello; á ninguna persona del campamento dejarán pasar al campo enemigo á excepción de sus jefes, de los que vayan acompañados por ellos y de los individuos que necesiten agua, cuando la aguada estuviere fuera del sitio ocupado por las tropas, y, finalmente, en las alarmas y cuando se tratara de levantar el campamento, no se separarán de sus puestos ni dejarán de prestar atención al objeto que les esté encomendado, hasta que se les ordene.

*
* *

El desorden en las alarmas es una de las cosas que con más cuidado deben evitarse; cuando sean verdaderas, causadas por el ataque ó presencia del enemigo, porque éste puede aprovecharse de la confusión y conseguir lo que de ningún modo quizás lograría, y cuando son falsas, porque se molesta la tropa inútilmente,

se vuelcan las ollas de los ranchos y el desorden invade el campamento destrozándose las tiendas, cubiertas ó hamacas, y destruyéndose cuantos trabajos hayan efectuado los soldados para pasar la noche. Por esto creemos que la precipitación es á veces más perjudicial que la vacilación en los casos de alarma en los campamentos.

Con objeto de evitar la confusión y el desorden, será conveniente prevenir á las tropas que, en los casos antedichos, no salgan de sus tiendas, si las tuvieren, y no se muevan de los lugares que ocupen hasta que no se les ordene, por más que oigan disparos y aunque sientan el efecto de ellos. Las guardias y las avanzadas han de ser las encargadas de rechazar al enemigo si éste intentara únicamente molestar el campamento, y si la intención de él fuera de más importancia, lo que se conocería prestando atención á la mayor ó menor viveza del ataque y á los disparos que hagan las guardias, los oficiales formarán las fuerzas que mandan, las harán sentarse en el suelo y armar la bayoneta, prohibiendo que las armas se carguen hasta que se ordene, pues por regla general las sorpresas de noche deben rechazarse con el arma blanca.

No ocurrirá por primera vez, que estando las tropas acampadas se arrojen sobre ellas, de improviso, algunos enemigos fanáticos, llevados del deseo de asesinar á cualquiera de nuestros soldados, arriesgando la muerte que seguramente encontrará dentro del campamento, y es preciso cuando llegare este caso, que las tropas estén acostumbradas á la disciplina más estrecha en las alarmas, para que no tengan lugar confusiones y para que la guardia de prevención pueda castigar rápidamente á los osados enemigos. Entonces también debe usarse del arma blanca para evitar lo que sucedió á losi ngleses en su última campaña en el Afghanistan, que vieron acometido de repente, por varios fanáticos, uno de sus campamentos, y contaron gran número de desgracias entre sus soldados al disparar sus tiros

contra los enemigos, que ya se encontraban dentro del campo.

.·.

El momento de levantar el campamento para emprender la marcha, ha de estar en armonía con el objetivo de ella y con el sistema que se haya establecido para los ranchos; lo regular es que tomando el soldado el café caliente por la mañana, los rancheros se despierten lo suficientemente temprano para que la columna pueda ponerse en marcha al comenzar á amanecer, y como es un asunto tan interesante cuidar que los soldados no tengan más que las molestias puramente precisas, es necesario evitar que después de haberse dado la orden de partir, de estar las tropas prontas para emprender la marcha y la impedimenta cargada, haya necesidad de suspender la orden de marcha por cualquier causa no prevista, como será, por ejemplo, que el el camino que haya de seguir la columna fuera intransitable para ella y hubiera necesidad de practicar en él algunos trabajos. Esta práctica tiene dos inconvenientes; se priva al soldado de un sueño reparador ó de un descanso beneficioso y se acostumbra la columna á tales dilaciones, no apresurándose nunca á ponerse en estado de marcha cuando el jefe lo ordene.

Para obviar estos inconvenientes, el jefe de estado mayor de la columna, se enterará por los guías, prácticos y hombres del país, de las condiciones del camino que haya de seguirse ó reconocerá él mismo, cuando las tropas estén acampadas, la extructura del terreno y la mayor longitud que pueda de dicho camino, poniendo en conocimiento de su jefe cuantas noticias adquiera sobre dicho asunto para ilustrar su opinión.

En el caso de que el camino que tenga que seguir la columna necesite arreglarse ó haya necesidad de practicar trabajos para poder salir del campamento, éstos deben efectuarse el día antes de emprender la mar-

cha, después de acampar, si es posible, y si no al amanecer del día en que se marche, no ordenando á las tropas levantar el campamento hasta que el obstáculo haya desaparecido. Esto no quiere decir que la columna no ha de emprender la marcha hasta que el camino esté completamente expedito, sino que se harán desaparecer los obstáculos que hubiere hasta una distancia prudencial del campamento.

Sólo cuando el objeto de una operación sea abrir un camino por terrenos donde no existan ó se encuentren los caminos en malísimo estado, será cuando las tropas se han de poner en movimiento para proteger á los trabajadores, y retrocederán á sus campamentos terminados los trabajos del día, siempre que los puntos á donde comience á anochecer no reunan las condiciones necesarias para acampar en ellos.

Determinado por el jefe de la columna el momento de levantar el campo, tocará con el pito un silvido agudo y prolongado, que servirá de toque de diana, media hora antes del momento en que haya de emprenderse la marcha, y en seguida, repetido que sea el toque por los jefes y oficiales, si el campamento fuese muy extenso, se replegarán las guardias y avanzadas. El jefe de campamento, después de enterarse de las novedades que hubiera, dará cuenta de ellas y de que todas las guardias se han replegado, al jefe de la columna.

Los soldados tomarán el café, que ya estará dispuesto, y los acemileros cargarán sus respectivas acémilas marchando en seguida á reunirse en el punto designado al efecto, para que el jefe ú oficial encargado de la impedimenta pueda cerciorarse y dar conocimiento al jefe superior de que no falta ninguna antes de emprender la marcha.

Las guardias tomarán el café por mitades, manteniéndose, aunque en el mismo campamento, con el frente al enemigo y las armas en la mano, y sólo cuando se haya dado la orden de marcha y nombrado los

flanqueos, si los hubiere, se incorporarán á sus respectivos cuerpos.

Como hemos dicho en otro lugar, la fuerza que haya de marchar en vanguardia, ocupará el lugar del campamento más próximo al camino que haya de seguir la columna, y la de retaguardia el más distante; de este modo se evitarán confusiones y desórdenes y se emprenderá la marcha con la mayor regularidad.

El jefe de estado mayor quedará en el campamento hasta que comience á salir de él la retaguardia, y después correrá á buscar al jefe de la columna á quien dará la noticia de que toda ésta se encuentra en movimiento.

CAPITULO XI.

Convoyes.—Idem fluviales.—Idem marítimos.—Idem terrestres.—Idem de carros.—Idem de bestias.—Organización, marcha y protección de los convoyes.—Campamento.—Convoyes de heridos y enfermos.—Conducción de prisioneros.

Una de las cosas que más hacen resaltar la diferencia que existe entre las guerras que tienen lugar en Europa y las de que tratamos, es el abastecimiento de las tropas, y ésta diferencia es tanto más notable, cuanto que un ejército en las comarcas europeas puede en casos apurados, vivir sobre el país proporcionándose recursos en todas las localidades enemigas y, en el último caso, esperar á que las líneas férreas transporten rápidamente, desde el centro quizás de su misma nación, vituallas y municiones en abundancia; en las guerras irregulares nada de esto puede suceder, y si el ejército encargado de llevar á cabo una campaña, pretende cumplir con su cometido, es preciso que, ante todo, piense en la manera de abastecerse para poder vivir. Por esto los convoyes tienen una importancia tan capital en dichas guerras, y por esto debe estudiarse la manera de tener provistos con abundancia todos los grandes depósitos y de situarlos en los puntos más próximos á las líneas de comunicación, tales como á la orilla de los ríos navegables, ó sobre los principales caminos.

La formación y conducción de los convoyes merece, por lo tanto, fijar nuestra atención, y aunque no repetiremos las prevenciones y consideraciones generales que sobre ellos abundan en los tratados de arte militar,

vamos, sin embargo, á apuntar algunas ideas que podrán ser de útil y frecuente aplicación.

Los convoyes pueden transportarse por agua y por tierra, y claro es que siempre que haya posibilidad de llevarlos por el primer medio, no deberá elegirse el segundo, aunque muchas veces las circunstancias obligarán á emplear ambos á la vez, sobre todo si el país en que se haga la guerra posée vías fluviales navegables.

Este sistema mixto presentará grandes ventajas, puesto que permitirá que los grandes almacenes se sitúen en la costa, lo que facilitará mucho el abastecimiento de ellos, porque los barcos cargados de víveres, municiones, medicamentos y cuantos efectos necesiten las tropas, podrán llegar hasta los mismos, y no habrá necesidad, por lo tanto, de grandes convoyes terrestres para transportar desde la costa todo lo que los barcos dejen en tierra. A sí se ha practicado, por regla general, en la campaña de Cuba. Los racionamientos de las jurisdicciones de Bayamo y Jiguaní, se efectuaban teniendo establecido un depósito general de raciones en Manzanillo, puerto de mar donde estaban las oficinas de administración militar y el estado mayor de las tropas que operaban en aquella zona y en el cual se organizaban convoyes con barcos contratados, que remontaban el río Canto hasta el desembarcadero del mismo nombre; allí eran recogidos los efectos y raciones transportados y luego llevados en carretas y acémilas á Bayamo, de donde partían después distintos convoyes parciales para racionar dicha jurisdicción y la de Jiguaní. Las tropas que ocupaban el territorio que tiene por cabecera el poblado de Mayarí-abajo, también eran racionadas en su mayor parte del mismo modo: en la inmensa bahía de Nipe, existía un depósito de raciones que cada mes era renovado por el vapor que hacía la travesía de la Habana á Santiago de Cuba, y de aquel depósito partían convoyes, unos remontando el río Mayarí, hasta el poblado de este nombre, y otros subiendo

el río Nipe hasta el desembarcadero de las Calabazas, donde era esperado por las acémilas que debían conducir las raciones y efectos al interior.

∴

Los convoyes por agua, deben ser organizados, en el punto donde esté el almacén ó depósito encargado del abastecimiento, con lanchones suficientemente grandes para que puedan transportar el mayor número de raciones posible, sin que se corra el peligro de que queden varados en el río por el exceso de peso. Para evitar este accidente, es preciso tener en cuenta las horas de las marcas, que tanta influencia tienen en los ríos que se deslizan pausadamente por los países de tierras bajas, y aprovechar la entrada de las aguas para ganar, si es posible, en una marea, y si no en varias, el punto donde deban desembarcarse las raciones. Pero si el río fuese suficientemente profundo para permitir la navegación á los lanchones en todo tiempo, entonces, lo que deberá calcularse con sumo cuidado es el peso que podrá soportar cada lanchón sin zozobrar, pues no será nuevo el caso de que por el deseo de transportar gran número de raciones, se hayan ido á pique las lanchas destinadas para el transporte; mas como será algo complicado efectuar el cálculo necesario para obtener el expresado peso, pues habría que tener en cuenta el número de metros cúbicos de agua que desaloja y el peso del lanchón, es más sencillo hacer entrar soldados en él hasta que pueda sostenerlos, y multiplicando el número de soldados por 65 kilogramos, peso medio de un hombre, se obtendrá aproximadamente el que pueda soportar el lanchón.

Los lanchones han de ser cargados con sumo cuidado para que el peso de sus cargamentos vaya bien repartido entre ambas bandas, y será una precaución prudente cargar cada uno con varias de las materias que hayan de ser transportadas, para que en caso de

que ocurra un accidente á alguno de ellos, no se vean privadas las tropas á quienes va destinado el convoy de una de las especies que esperan; así, en cada lanchón se embarcará una parte de la galleta, otra del bacalao, tocino ó latas de conserva y otras, por último, de las demás materias, pues de este modo, no se verán privados los soldados, de la galleta, de la carne ó del arroz, como sucedería si yendo cargado un lanchón con todas las raciones de estas especies, tuviere la desgracia de irse á pique, varar ó caer en poder del enemigo.

El jefe ú oficial encargado del convoy, debe reunirlo y examinarlo antes de que comience á subir la marea, emprendiendo el movimiento en cuanto se conozca que el río tiene suficiente agua para hacer flotar los lanchones. Estos marcharán uno detrás de otro, siempre que el río no permita que dos vayan juntos, sin que sus remeros se incomoden; pero si se dispusiera de alguna lancha de vapor, ésta debe remolcarlos, llevando cada lanchón unida por una cuerda su proa á la popa del que le preceda, y como siempre será conveniente llevar algunos lanchones de respeto para prever las contingencias que puedan ocurrir, éstos serán los que formen los últimos del convoy, siendo los primeros los que lleven las municiones y materias más importantes.

Nada diremos del transporte de los lanchones por medio de la sirga, porque regularmente las márgenes de los ríos en los países no civilizados, serán poco á propósito para que caminen por ellas los animales que deban hacer remontar el río á las lanchas, y sólo apuntaremos que en el caso de que fuera posible utilizar este medio, debe ponerse en práctica, si bien siempre siendo preferible á todos los medios, el remolque por los barcos de vapor.

En cada uno de los lanchones remolcados, deben ir dos hombres, por lo menos, encargados de apartar con sus bicheros las maderas que arrastre el río, y de procurar que las embarcaciones en que vayan, no toquen á la orilla ni se enreden en las ramas, juncos y man-

glares, teniendo especial cuidado de que en los recodos que el río forme, los lanchones no se aproximen demasíado á la orilla, ni toquen á ella bruscamente aunque no haya peligro de varar.

Cuando el país que riegue el río que remonte un convoy, esté completamente libre de enemigos, el jefe encargado de la conducción, sólo deberá llevar un excaso número de soldados para la vigilancia de aquél; pero cuando el río atravesare territorios enemigos, habrá necesidad de escoltarlo convenientemente, para evitar en lo posible que ocurran hechos desagradables, pues nada es más fácil al enemigo que apoderarse de un convoy débilmente guardado, ó inutilizarlo, por lo menos, interrumpiendo la navegación.

De varias maneras puede protegerse un convoy que marche por un río: llevando á vanguardia de él algunas lanchas llenas de soldados, que vayan explorando las orillas y prontos á desembarcar en el momento que el enemigo aparezca; haciendo seguir al convoy, por ambas orillas, por fuerzas suficientes para rechazar á los contrarios si intentaran atacarlo, ó tomando posiciones en las dos márgenes y estableciendo en puntos convenientes algunos destacamentos que ejerzan una contínua vigilancia sobre los caminos ó avenidas que se dirijan al río, y avisen al convoy y á las demás tropas por medio de señales, cuando apareciere el enemigo y no tuviesen suficiente fuerza para rechazarlo por sí solos. Las circunstancias y condiciones del terreno han de ser las que indiquen el medio de efectuar la protección del convoy; cuando las márgenes sean descubiertas y algo despejadas, podrán hacerse caminar fuerzas por ambas orillas, cuando el terreno estuviere cubierto y surcado por algunos caminos, será preferible concentrar fuerzas en determinados puntos á derecha é izquierda del río y cuando las márgenes de éste estuvieren cubiertas de espesa y rica vegetación, que hiciera difícil caminar por en medio de ella, será conveniente adoptar el sistema de llevar soldados en las lan-

chas, tanto á vanguardia como á retaguardia del convoy.

En caso de ataque, los lanchones deben ampararse de la orilla que no esté ocupada por el enemigo, si las fuerzas de protección no pudieren contener á éste; las lanchas vacías transportarán los soldados de la orilla segura á la atacada, dejando una guardia con el convoy, que vigile las inmediaciones, para evitar que una partida enemiga pueda cruzar el río y arrojarse de improviso sobre las lanchas, remeros y conductores. Si el ataque no pudiere ser rechazado, deberán replegarse las tropas y trasladarse sucesivamente en lanchas á la orilla donde estuviera el convoy, tomar allí posiciones ofendiendo al enemigo y mandar rápido aviso al punto más cercano que ocupen nuestras fuerzas, valiéndose á ser posible de las lanchas de vapor ó cañoneros si se dispusiese de estas embarcaciones. Si el enemigo apareciese en ambas orillas, habría que procurar hacerle abandonar una de ellas para proteger el convoy, y sólo en el caso de que siendo aquél numeroso no bastaran las fuerzas de protección para rechazarlo, se efectuará un movimiento de retirada, con el mayor orden posible, marchando las tropas por ambas márgenes del río, ó en lanchones, cubriendo y protegiendo la retirada de los que vayan cargados. Creemos inútil decir que cuando el enemigo se contente con hostilizar á las lanchas que remontan el río, contestarán á sus disparos las fuerzas de protección y el convoy continuará marchando hasta llegar al punto donde haya de ser descargado.

∴

Los convoyes por mar no tienen tantas probabilidades de ser inquietados por el enemigo como los que se efectúan por los ríos, así es que aunque siempre deberán ir protegidos por algún barco de guerra, puede disminuirse notablemente la fuerza destinada para su custodia y aun en algún caso suprimirla, pues la mejor

defensa que tiene un convoy en el mar es alejarse de la tierra; pero nunca se permitirá que marchen los lanchones, aunque sean remolcados, sin que en cada uno de ellos vaya un hombre, por lo menos, que cuide de su cargamento y que evite los movimientos bruscos y los choques de unas embarcaciones con otras.

∴

No siempre será posible utilizar las vías fluviales y marítimas para la conducción de convoyes, regularmente habrá necesidad de atender á este servicio por tierra. Si existieran en el país líneas férreas ó hubiéramos construido alguna, aunque fuere con carácter provisional, la formación y conducción de los convoyes se facilitaría en alto grado, y como el sistema de transportes por medio de los caminos de hierro es el que se emplea en las guerras de Europa, nada podremos decir respecto este punto que no se encuentre en los reglamentos especiales y que no sea perfectamente conocido por todos los militares. En cuanto á la protección de dichos convoyes, sabido es también que es necesario explorar el terreno tan lejos como lo permita la fuerza de que se disponga, llevar siempre una máquina exploradora, para reconocer los puntos donde puedan existir emboscadas y hacer montar en algunos vagones blindados y aspillerados fuerzas suficientes para que rechacen al enemigo en caso de ataque, ó para hacer respetar, por lo menos, el convoy que escoltan.

Vamos á tratar más detenidamente de los convoyes que se organizan en tierra y se conducen por caminos, las más de las veces en malísimo estado. Es tan importante este estudio, que de él depende en absoluto todo el éxito de una campaña. Sin un buen sistema de convoyes, ya lo hemos dicho en otro lugar, los almacenes llegarán á carecer hasta de las materias más principales y las operaciones que practiquen las columnas se resentirán en seguida, porque no será posible obligar á

operar á soldados á quienes no se les facilita lo necesario para vivir.

Los convoyes que se organicen en los grandes depósitos ó en los almacenes del interior, no deben ser formados sistemáticamente y contener siempre el número acostumbrado de raciones y la misma clase de materias y sustancias, es preciso que cada convoy sea formado, tanto en cantidad como en calidad, atendiendo á los datos precisos respecto de las necesidades del punto á que vaya dirigido, pues siendo tan penosa la conducción, sea cualquiera el medio de transporte que se emplee, es necesario no llevar materias superfluas é innecesarias, que por otra parte no quedarán tan bien depositadas, si sobran, en los puntos de destino como en los de partida.

Un convoy no ha de ser nunca muy considerable, pues no tan sólo necesitaría gran número de fuerzas para su escolta, lo que quizás implicaría que algunas columnas se distrajeran de sus verdaderos objetivos, sino que la protección no podría ser bastante eficaz, pues la larga hilera de carros ó animales presentaría infinidad de puntos favorables para un ataque del enemigo y en último extremo la defensa tendría que concretarse sólo á una parte del convoy. Por esto es preferible, cuando haya necesidad de organizar alguno muy considerable, dividirlo en varias fracciones, con intervalos suficientes, para que los destacamentos que marchen á los flancos puedan maniobrar entre unos y otros y marchar por el mismo camino que ellos, cuando hubiere que atravesar algún terreno muy cubierto de vegetación.

Los convoyes pueden ser formados con carros, con bestias de carga ó con cargadores, según hemos dicho en otro lugar, y tanto de una manera como de otra, se procurará, si fuese posible un ataque del enemigo, que todas las especies no vayan juntas, como hace poco dijimos al hablar de los convoyes fluviales; esto puede practicarse de dos maneras: cargando en cada carro ó

bestia especies diferentes ó haciéndoles cargar á cada uno con una sola, mezclando luego en la formación del convoy unos carros y acémilas con otros para que en caso de apoderarse el enemigo de algunos no nos prive de toda una clase de las materias transportadas; pero como la carga de las acémilas es relativamente pequeña, comparada con las que llevan los carros, creemos lo más acertado que cuando el convoy esté compuesto de estos últimos se cargue cada uno con toda clase de de raciones ó materias que se lleven y que cuando el transporte se verifique por medio de bestias de carga, cada una de éstas sea cargada con una especie distinta, puesto que además no correrán tanto peligro de caer en poder del enemigo como los carros.

* * *

Cada carro ha de llevar su conductor y el número de bestias necesarias para que pueda ser arrastrado sin gran esfuerzo, y como garantía de que no queden atascados en los malos pasos ó ciénagas, se procurará que marchen con el convoy algunas bestias de repuesto para reforzar los tiros y sustituir á las que se inutilizaren ó cayeren en poder del enemigo.

Cuando entre las materias que hayan de transportarse las hubiere explosivas, toda precaución será poca. La dinamita, que tanta aplicación tiene en la guerra, es una de las que más cuidado requieren y como su explosión, causada por los proyectiles enemigos ó por los choques de las cajas en que vaya encerrada dicha materia, puede dar lugar á terribles catástrofes, no creemos que huelgue en este lugar, apuntar los resultados de algunas experiencias hechas con sustancia tan inflamable.

La explosión de la dinamita no se produce por la chispa eléctrica; sin embargo, una corriente contínua de chispas, suministrada por un aparato de inducción, es fácil dé lugar, al cabo de algunos instantes, á la combustión parcial del trozo sometido á su acción.

Un choque, un tanto fuerte, puede causar la explosión, sobre todo si dicho choque tiene lugar entre dos cuerpos duros.

Una bala de fusil disparada normalmente sobre la dinamita, también provoca siempre su explosión y ésta es una de las graves dificultades que ofrece su transporte en campaña, problema no resuelto sino en parte, rodeándola en los carros de ingenieros con la herramienta de repuesto, que forman en torno de ella una especie de muralla.

Cincuenta partes de serrín mezcladas con ciento de dinamita, ponen á este cuerpo al abrigo de la explosión producida por la bala del fusil de infantería sin disminuir su valor explosivo, aunque se aumenta la superficie de contacto.

La dinamita no hace explosión por el choque de una bala de fusil animada de una velocidad inicial de menos de 410 metros; pero la dinamita ordinaria, en el estado blando, colocada detrás de una plancha de hierro, detona aun cuando la plancha, en vez de ser atravesada por el proyectil, sea solamente abollada.

Los cambios de temperatura, los calores muy fuertes, la acción directa del fuego ó la de los rayos del sol concentrados, no provocan su explosión más que cuando no está encerrada en cubiertas ó envolturas muy resistentes, y lo mismo sucede con los choques accidentales, y aun repetidos, que pueden resultar de un cargamento ó de un transporte en ferrocarril ó en carro, cuando la dinamita está embalada en cajas.

El rayo y las tempestades, tampoco son muy peligrosos; pudiendo deducirse de la acción que ejerce la chispa eléctrica de las máquinas, que la dinamita, herida por el rayo, no hará más que arder sin detonar, si no está encerrada en recipientes muy resistentes, pues en este caso, una descarga eléctrica produciría seguramente una elevación de temperatura suficiente para dar lugar á la explosión.

Cuando la dinamita está encerrada en cajas de la

tón, el límite, á partir del cual la acción de las balas de fusil no producen explosión, está comprendido entre los 1.000 y 1.300 metros; si las cajas de latón están dentro de otras de madera, este límite está comprendido entre los 600 y 800; por lo tanto, se podrá exponer al fuego de la infantería enemiga, la dinamita, cuando las distancias entre ellas sea en el primer caso mayor de 1.300 metros y de 800 en el segundo.

También se ha observado que la explosión de un carro cargado de dinamita causa efecto en un radio de 50 metros próximamente, y esta distancia habrá que tener en cuenta al organizar los convoyes, para hacer que ninguna fuerza vaya más próxima de 50 metros á los carros cargados con dicha sustancia explosible.

En los depósitos y almacenes, bien en el momento de cargar ó descargar los convoyes, bien en el movimiento interior que en ellos se verifique, es preciso que se observen grandes precauciones con la dinamita, sobre todo, si se almacena en grandes cantidades y deberá instruirse perfectamente á los soldados que tengan á su cargo el mover y trasladar las cajas que contienen dicha materia explosiva, respecto á sus cualidades, haciéndoles saber la facilidad con que se inflama al ser golpeada fuertemente, no estando de más, si es posible, hacer alguna experiencia delante de ellos para que puedan apreciar sus terribles efectos.

*
* *

Cuando el convoy lo compusieran animales de carga y el camino que haya de recorrer esté en buen estado, sólo se permitirá, en vista de urgente necesidad, que cada dos ó tres animales vayan á cargo de un sólo hombre; pero si el camino no reuniese tales condiciones, es de todo punto necesario que cada bestia vaya acompañada de su conductor; así y todo, las fatigas y trabajos menudearán y no será difícil que los conductores tengan que ayudarse unos á otros, para levantar

los animales caidos, colocar de nuevo las cargas derribadas ó sacar de los pantanos y ciénegas á los que en ellos se hubiesen hundido.

El servicio de conductores ó acemileros, ya lo hemos dicho, es penosísimo, así es que á pesar de que no es conveniente encomendar á manos inexpertas el cuidado y conducción de los animales de carga, debe emplearse en tal servicio á los indígenas y sólo en último caso buscar entre los cuerpos los soldados que mejores condiciones reunan para conductores.

El grave inconveniente que presenta el que cada hombre lleve dos ó más bestias, no es solamente por las circunstancias topográficas de los terrenos que tenga que atravesar el convoy, pues aun en terrenos firmes, llanos y despejados se tropezarán con algunas dificultades adoptando una práctica semejante. Primeramente, en el camino, un solo hombre á cuyo cuidado vayan dos bestias, por ejemplo, tendrá que llevarlas de reata y apenas si podrá cuidar únicamente de la que vaya delante, la otra podrá acercarse á la primera, frotarse con ella y descomponer las cargas; luego, al llegar al campamento aquel acemilero, cansado, fatigado y sin el cariño por sus bestias que el soldado de caballería tiene por su caballo, apenas cuidará de la instalación debida de los animales que tiene á su cargo, y gracias á la vigilancia de los jefes y oficiales, les dará pienso; por esto aseguramos que mientras más fatigas se ahorren á los acemileros más garantía tendremos del buen estado de las bestias.

*
* *

Cuando se organice un convoy, el jefe ú oficial encargado de su conducción, lo reconocerá minuciosamente antes de partir, para enterarse del estado de las cargas, de las condiciones de los animales y de la de sus conductores. El acto de cargar las acémilas será llevado á cabo á su presencia, para vigilar la manera de efectuarlo con cada una, é impedir que sean cargadas con exceso,

que las cargas vayan desequilibradas, y desterrar la práctica de restablecer el equilibrio en ellas por medio de piedras. De este modo podemos asegurar que se ahorrará grandes disgustos y contrariedades durante el camino, porque entre las operaciones que tienen lugar en las guerras de que tratamos, quizás las más penosas y más difíciles de desempeñar, son las conducciones de convoyes. Por esto, siempre se procurará encomendar esta clase de servicios á jefes ú oficiales que sean experimentados en ellos y que reunan condiciones muy especiales y huír completamente de la idea de que dichos servicios pueden desempeñarlos los menos brillantes, en razón á su valor, su talento y su inteligencia, reservando á los que reunan estas cualidades para el mando de las columnas de operaciones; la conducción de un convoy, aunque á primera vista parece una operación menos brillante que las que lleva á cabo una columna que persigue al enemigo, es, por el contrario, el servicio más importante de la campaña y en nada puede compararse respecto á dificultad y riesgo, con los que practican las columnas, que sin nada que les estorbe en sus movimientos, pueden moverse con agilidad, forzar las marchas, internarse en los bosques y en caso de retirada, hacerla con el mayor orden, conteniendo al enemigo.

El jefe encargado de conducir un convoy, lleva, por lo común, entregado al acaso y á lo imprevisto todo el buen nombre militar que haya podido adquirir en el campo de batalla; sin elementos, las más de las veces, para hacer frente á numerosas fuerzas enemigas, sin movilidad para recorrer con rapidez algún camino peligroso, sin unidad en la larga hilera de animales y conductores que dirige, único responsable de lo que pueda suceder y llevando á su cargo existencias y artículos de los que tendrá que dar estrecha cuenta, su situación dista mucho de ser lo desahogada que es la de un jefe de columna. Más gloria se adquiere en la defensa de un convoy, que en la de una posición; más

meritorio, más útil y más glorioso es para un jefe hacer respetar lo que conduce, que internarse en los bosques y batir á alguna partida enemiga.

*
* *

La manera de conducir los convoyes, puede variar según sean las condiciones de las localidades, la actividad que deba reinar en las persecuciones, las fuerzas que operen en el territorio que se haya de atravesar, y las que haya disponibles para dedicarlas á su protección.

Cuando el convoy tenga que seguir un camino, á cubierto de grandes golpes de mano del enemigo, como sería alguna línea de comunicaciones unida á la base, puede prescindirse de nombrar una gran escolta que lo proteja; lo más conveniente será hacer correr órdenes á todos los puntos del camino ocupados por tropas, para que éstas se pongan sobre las armas y se escalonen en el camino por grupos suficientemente numerosos, para que cada uno pueda contener algún ataque del enemigo. Entonces el convoy marchará solo, y como cuanto más se aleje del punto de partida será cuando, por lo común, habrá menos seguridad, los destacamentos tendidos en el camino podrán ir reuniéndose para proteger su marcha, consiguiéndose de este modo que el convoy vaya perfectamente resguardado sin necesidad de distraer las fuerzas de operaciones.

Si el camino que tenga que seguir no estuviere defendido por fuertes ó destacamentos de tropas, el convoy podrá también marchar solo, ordenando á las columnas que operan por las inmediaciones, que se sitúen en puntos importantes determinados, practicando lo mismo ya explicado. Este servicio que prestarán las columnas, las distraerá seguramente de sus principales objetivos, pero también se consigue mayor seguridad en la marcha del convoy y se evita que tropas numerosas hayan de consagrarse exclusivamente á su escolta y pro-

tección, desde el punto de salida al de su destino. También pueden marchar los convoyes periódicamente, en cuyo caso no habrá necesidad de dar aviso á las columnas que deban proteger su marcha, puesto que ya sabrán los días del mes ó de la semana en que han de marchar á situarse en los puntos acostumbrados; pero esta práctica tiene el inconveniente de que acostumbrado el enemigo á estas suspensiones de hostilidades, por parte de las columnas empleadas en cubrir el camino, puede reunirse y llevar á efecto algún golpe de mano atrevido, sobre puntos poco guarnecidos ó distantes del teatro de las operaciones.

En Cuba, las columnas dedicaban algunos días del mes al racionamiento de las jurisdicciones donde operaban, y aunque aquél no se efectuaba con períodos fijos, casi siempre daba lugar á reuniones y empresas del enemigo, que se veía libre por algún tiempo de la constante persecución que se le hacía.

La jurisdicción de Bayamo, como en otro lugar queda apuntado, se racionaba tomando en Cauto el Embarcadero, las raciones que por vía fluvial eran allí remitidas desde Manzanillo; aquellos convoyes, célebres en la historia de la guerra de Cuba, empleaban mucho tiempo en atravesar la fangosa sabana de Punta Gorda y obligaban á la columna de operaciones, que tenía su centro en Bayamo, á permanecer inactiva sobre el camino varios días, escoltando la multitud de carretas que pausadamente marchaban por los profundos surcos formados por el tránsito contínuo, en los que se atascaban á cada momento; pues bien, aquellos convoyes fueron causa de grandes desastres para nuestras tropas y para la causa que defendíamos; una vez el enemigo se reunió en los *cayos* de monte que rodean la sabana, y cayendo sobre el batallón de Bailén, que escoltaba la larga fila de carretas, hizo en él y en el convoy una matanza horrorosa, dejando el suelo cubierto de soldados y conductores muertos, de bueyes desjarretados, de raciones y de armamentos. En otra ocasión, estando en Cauto

las fuerzas que operaban, para escoltar el convoy hasta Bayamo, el enemigo aprovechó la suspensión de las operaciones, reunió varias partidas cerca de Manzanillo, macheteó la negrada del ingenio Venecia, dió fuego á la caña, y gracias á que por telégrafo se ordenó la inmediata salida de las tropas de Cauto, y á que de Manzanillo saliera otra columna, formada con guerrillas, se pudo conseguir disolver las partidas contrarias y hacerlas huir á los montes de Sierra Maestra.

En la jurisdicción de Mayari, las tropas que tenían por centro á Tacajó, se veían obligadas también á suspender las operaciones durante algunos días del mes, para recoger en el desembarcadero de Calabazas las raciones que se envíaban para su campamente. No se descuidó el enemigo al ver una suspensión periódica en la constante persecución que se le hacía; reunió sus fuerzas y cayó sobre un convoy cuando estaba en el camino, destrozándolo completamente y dando lugar á una fundada alarma, que vino á animar un poco las postrimerías de la insurrección.

Para evitar tales hechos, que pueden repetirse, es necesario que los convoyes no marchen periódicamente, y que las tropas que están en contacto con el enemigo no abandonen nunca sus objetivos principales, siendo conveniente que en épocas de racionamiento, las columnas estén siempre á la vista del enemigo, para seguirlo en sus movimientos y caer sobre él, en unión de las fuerzas que escolten los convoyes, si aquél se decidiera á atacarlos.

Lo más conveniente, sin duda alguna, será que los convoyes vayan protegidos por tropas expresamente dedicadas á tal objeto, pues no solamente de este modo se evitará distraer á las columnas que operan contra el enemigo, sino que se conseguirá que los oficiales y soldados de las tropas de protección adquieran una gran práctica en el desempeño de sus difíciles misiones.

*
* *

El orden, la regularidad y el exacto cumplimiento de lo mandado, son las mejores garantías para llevar á cabo con entero éxito el servicio de convoyes, y así, los jefes de ellos procurarán siempre, que vayan reunidos los carros, bestias ó cargadores y que se observen puntualmente cuantas prevenciones particulares hagan á los conductores para facilitar el desempeño de sus cometidos.

Si el convoy lo formaran carretas y el camino que siguiera se prestare á ello, deberán aquéllas marchar ocupando extenso frente por filas de tres ó de cuatro, y á distancias tales unas de otras, que las yuntas ó tiros tengan suficiente espacio para moverse de un lado á otro, como suelen practicarlo cuando los carros atraviesan terrenos flojos que dificultan el arrastre. En caso de que se inutilizara algún vehículo ó se viera obligado á detener el movimiento para arreglar la carga, levantar algún animal caido ó reforzar los tiros, el convoy no se detendrá, sino que continuará despacio la marcha, para dar lugar á que el carro retrasado se ponga en estado de poder seguir á retaguardia de todos los demás, y sólo en el caso de que el accidente fuera tan importante que exigiera mucho tiempo para remediarlo, será cuando el convoy hará alto y esperará, antes que dejar retrasado ningún carro cargado, pues en último caso, siendo imposible hacer marchar de nuevo á los que hayan sufrido graves averías, se repartirán sus cargas entre los demás, se desengancharán los animales que los arrastren, y se dejarán abandonados los carros hasta que desahogadamente puedan recogerse para recomponerlos.

Muchos terrenos obligan á trabajos penosísimos cuando son cruzados por los convoyes: en las tierras húmedas y blandas se hunden las ruedas de las carretas de tal manera, que no es extraño ver un convoy obligado á emplear días enteros en andar una pequeña extensión, y en casos tales, como no habrá posibilidad de formar campamento reunido, por lo penoso que será arras-

trar los carros de un lado á otro, todas las tropas de protección habrán de desplegar mayor vigilancia que de ordinario, tanto de día como de noche, para dar lugar á que, desenganchándose los tiros de las carretas menos atascadas, puedan unirse á los que tiran de las que están hundidas en el barro y sacarlas poco á poco de los malos pasos. Al atravesar terrenos de este género, el convoy irá reuniéndose al lado allá del obstáculo, adonde irán llegando sucesivamente los carros, arrastrados por el número de yuntas que sea necesario. Igual faena habrá que practicar cuando marche el convoy por estrechos senderos de húmedo y blando suelo, pero en este caso la operación será más larga y penosa, porque los carros no podrán salir de los profundos surcos trazados por las ruedas de los precedentes; estos surcos se irán haciendo cada vez más hondos, y quizás lleguen á serlo tanto, que sea imposible en algunos parajes sacar de ellos las ruedas de las carretas, aunque á éstas se las descargue de antemano: en tal situación no quedará otro recurso que quemar ó destrozar la carreta atascada, ó desarmarla, si se pudiere, cargándola luego en las demás, para que puedan pasar las que marchen detrás, ó bien hacer algún claro en el monte para que tirando de aquélla gran número de yuntas en sentido perpendicular al camino, pueda trasportarse á terreno más duro y firme y continuar luego la marcha.

Los convoyes de acémilas y cargadores están menos expuestos á detenciones largas y penosas; las acémilas caidas ó los conductores fatigados, quedan á los lados del camino y se unen á la retaguardia, y es recomendable también en este caso, que siempre que el terreno lo permita marchen unos y otros con extenso frente proporcionado al fondo. Cuando las acémilas caigan al suelo por exceso de fatiga, por algún tropiezo ó por hundirse en el barro, es necesario no tratarlas con dureza, ni intentar que se levanten á fuerza de golpes y de gritos para evitarse descargarlas y volverlas á car-

gar; es mucho más conveniente, aunque en apariencia se emplee más tiempo, descargarlas del peso que soporten, quitarles las ligaduras que le opriman y levantarlas suavemente, ayudándolas, pues de este modo no sólo se logrará conservar su vigor y no desperdiciarlo con esfuerzos violentos, sino que se evitará que las cargas se descompongan, se rompan las envueltas y se pierdan las raciones.

*
* *

Una de las causas que la mayor parte de las veces ha originado la pérdida de los convoyes, ha sido la confianza. Regularmente, cuando se pasa mucho tiempo sin que las tropas vean al enemigo, suele haber algún descuido en el servicio, descuido que es muy raro deje de costar la vida á muchos hombres, y aunque después de un fracaso se dicten disposiciones enérgicas y se practique escrupulosamente lo que esté ordenado, ya no se pueden evitar las desgracias á que haya dado lugar el descuido. Por esto es necesario en todas las operaciones de la guerra, y en particular en la conducción de convoyes, observar minuciosamente todos los preceptos y reglas que el arte militar dicta para desempeñar dicho servicio.

Algunas veces se aconseja que la escolta de los convoyes se divida, formando una vanguardia, una retaguardia, y distribuyendo el resto de las tropas de una manera uniforme á ambos lados del convoy en toda su longitud; pero esta disposición facilita mucho el éxito de un ataque por parte del enemigo. En efecto, á excepción de los soldados de vanguardia y retaguardia, los restantes van diseminados, fuera del mando directo y de la vigilancia de sus jefes y oficiales, y en caso de ataque al centro del convoy no habrá ninguna fuerza que desde los primeros momentos haga frente al enemigo y lo rechace, viéndose obligadas las tropas que vayan esparcidas y mezcladas con las acé-

milas á irse juntando y replegando, hasta que reuniéndose número suficiente, puedan arrojarse sobre el enemigo; sin embargo, como en la guerra, y más aún en las de que tratamos, ningún principio puede ser absoluto, quizás haya algún caso en que será conveniente tal distribución de la escolta; cuando, por ejemplo, marchando el convoy por un sendero único y siendo inaccesibles para nuestros soldados los terrenos que á derecha é izquierda separa el camino, no quede otro recurso que mezclar las tropas con las acémilas; pero aun en este caso, no deben fraccionarse tanto que no vaya un oficial con cada grupo.

Las condiciones del terreno serán, pues, las que determinarán la manera de proteger un convoy. Generalmente podrá dividirse la escolta en tres fracciones: una formará la vanguardia, otra la retaguardia, y la tercera, que será la más numerosa, marchará en gruesos destacamentos á ambos lados del camino, si no fuera posible cubrir un flanco con un río ó línea inaccesible para el enemigo; y cuando se atraviesen bosques ó lugares cubiertos de colinas ó vegetación, se enviarán grupos de flanqueadores que avisen la presencia del enemigo, para que las tropas de escolta se preparen y lo rechacen enérgicamente.

No debe olvidarse nunca que, por lo general, un tiroteo y aun el fuego vivo del enemigo no destroza un convoy; lo más que produce es alguna confusión. Los desastres y las pérdidas de convoyes son causados por ataques vigorosos al arma blanca, pues no es posible suponer que nuestros soldados, por temor al fuego contrario abandonen lo único que les interesa en aquellos momentos, que son las acémilas ó carros que formen el convoy: así es, que si el enemigo anuncia su presencia con vivos tiroteos y trascurre algún tiempo sin que se sufra un ataque violento al arma blanca, podremos asegurar que nuestros contrarios sólo tratan de molestarnos, y que debemos hacer seguir la marcha sosegadamente, enviando sólo una pequeña fuerza

que castigue ó entretenga á los que hayan pretendido detener el convoy, á cuya retaguardia se reunirá dicha fuerza después que aquél haya desfilado.

La escolta redoblará su vigilancia al pasar los desfiladeros, porque si el enemigo atacara al convoy dentro de aquél por vanguardia y retaguardia, se originaría una confusión espantosa. En tales casos, el convoy hará alto antes de entrar en el desfiladero; la vanguardia lo pasará rápidamente si no le ha sido posible flanquearlo, y desde la salida de él elegirá posiciones que permitan defender las avenidas: del mismo modo, la retaguardia no entrará en el desfiladero hasta que el convoy esté completamente seguro fuera de él, sino que se situará en la entrada, y en posiciones escogidas para vigilar los alrededores. Lo mismo practicarán las tropas del centro si algún camino ó avenida condujera al desfiladero por distinto paraje que el camino seguido por el convoy; y si la avenida fuera importante y las tropas del centro escasas para tomar posiciones en puntos dominantes á la derecha ó á la izquierda, ó á ambos lados del desfiladero, con el fin de presentar batalla y detener el empuje del enemigo, si tratara de llevar á cabo un acto de fuerza contra el convoy, entonces será necesario dejar tropas de la vanguardia en los puntos que hayan de ocuparse, cuando antes de entrar el convoy en el desfiladero, ellas lo atraviesen rápidamente.

*
* *

Los convoyes deben acampar dos horas antes de que empiece á anochecer, para que haya tiempo suficiente de desenganchar á los animales, darles agua y disponer las carretas en la forma más conveniente para aumentar las condiciones defensivas del campamento, y que puedan las patrullas que se nombren reconocer y explorar bien las inmediaciones.

La formación del campamento no ofrecerá dificul-

tad alguna siempre que se disponga de espacio suficiente para que los carros vayan á ocupar los lugares que se les designen conforme vayan llegando al terreno elegido; la mayor dificultad estará en dar de beber al ganado y arreglarlo ordenadamente para que pase la noche, sobre todo si la aguada se encuentra fuera del recinto del campamento, por las precauciones que hay que tomar para que el enemigo, aunque en pequeño número, no caiga sobre el ganado y desjarrete algunas bestias. En caminos estrechos, cuando se atraviesan bosques espesos ó montañas, no habrá ninguna libertad de acción para escoger la forma que haya de darse al campamento del convoy, y tanto más si se ven obligados los carros ó acémilas á marchar en una sola hilera. No habrá otro recurso que acortar las distancias cuanto se pueda, aproximando los carros hasta que no haya entre unos y otros más distancia que la extrictamente necesaria para los tiros. En tal estado, se desengancharán las bestias y se separarán á derecha é izquierda, para que la fuerza de protección y los conductores tengan espacio libre entre uno y otro carro y puedan fácilmente pasar á ambos lados del camino cuando las necesidades lo exijan.

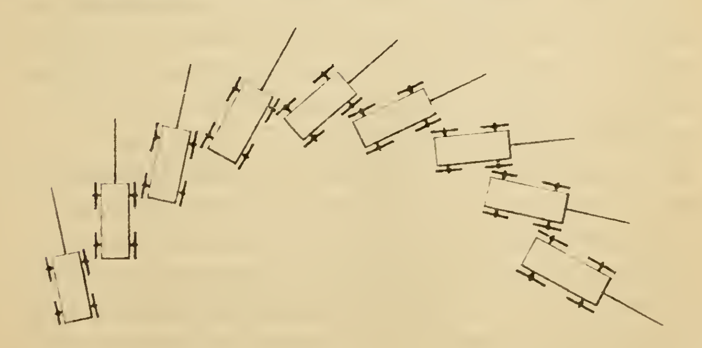
La escolta del convoy se repartirá por grupos á lo largo de él, internándose en el monte tanto á un lado como á otro del camino, y enviará avanzadas y centinelas perdidos á sus frentes y á gran distancia, para que dén aviso si el enemigo se aproximara y puedan de este modo ponerse sobre las armas todos los hombres armados que vayan en el convoy.

El jefe encargado de la conducción de éste, dará instrucciones precisas y terminantes á los comandantes de cada grupo y asignará puesto para casos de alarma á todos los hombres que puedan ayudar á la defensa, previniendo á los acemileros y conductores que en el momento de notarse algún acto hostil del enemigo ó de iniciarse algún desorden en el campo, acudan presurosos á sujetar y contener los animales para evitar

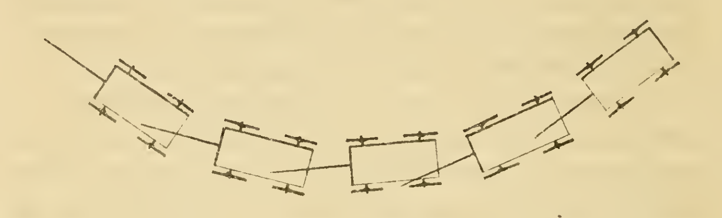
que soltándose éstos, asustados por el ruido, aumenten la confusión, que, por mucha calma y serenidad que reine, se originará en casos de alârma ó de ataque. Por lo demás, las tropas de escolta observarán en todos casos cuantas prevenciones hemos indicado al hablar del campamento de una columna.

Más libertad de acción tendrá y más seguridad podrá dar al campamento el Jefe que mande un convoy, cuando el terreno donde haya de establecerse sea espacioso y puedan los carros moverse desahogadamente saliéndose del camino, si éste no es suficientemente ancho para permitir sus movimientos.

Lo más conveniente, en tal caso, será formar un recinto con los carros después de desenganchar los animales que los arrastran. Para formar este recinto pueden seguirse dos sistemas; el empleado por los mejicanos y el que usan los boers. El primero consiste en colocar los carros tangencialmente á un círculo, quedando de este modo las lanzas hacia el exterior; con esto se consigue gran facilidad para formar el recinto, puesto que cada carro puede llegar enganchado hasta el mismo sitio donde haya de quedar situado y mucha sencillez para enganchar, porque se ejecutará la operación simultáneamente en todos los carros sin tener que moverlos, toda vez que las lanzas quedan todas exteriores al campamento como se vé en la figura.



El sistema empleado por los boers, no es tan cómodo como el anterior para enganchar y desenganchar el ganado, pero es más á propósito para la defensa cuando se tiene enfrente un enemigo audaz: consiste en colocar los carros en círculo en el sentido de su longitud, unos detrás de otros, apoyando las lanzas de cada carro en el que le precede, de manera que las ruedas anteriores toquen á las posteriores del que esté colocado delante como indica la figura.



Con tal sistema, el enemigo, aunque llegue en su ardimiento al recinto formado por los carros, no lo podrá atravesar con tanta facilidad como al anterior, ni podrá, retirando un carro, hacer una brecha en el recinto, que bien defendido por los que estén dentro, es inaccesible para el enemigo, á no ser que lo asalte por encima de las cubiertas ó de las ruedas, cosa difícil de practicar mientras tengan municiones los defensores.

Los boers construyen dos recintos y al campamento del convoy dispuesto en esta forma, le dan el nombre de *laager*, que en alemán y holandés significa campo. Es curiosa y digna de estudiarse la manera que tienen de formar el *laager*.

Los carros que emplean miden próximamente 18 pies de largo y 5 de altura sin comprender el toldo. A la llegada al sitio donde han de establecer el *laager*, desunen los bueyes y colocan los carros en la disposición que hemos indicado: con cincuenta carros se puede formar un círculo cuya circunferencia es de 275 metros próximamente, y en este círculo hacen entrar

á los bueyes, que en caso de ataque, estando allí todos reunidos, no sufren nada absolutamente del fuego de los enemigos. Un círculo exterior formado con los carros restantes, constituye la verdadera línea de defensa del *laager* y en el espacio comprendido entre los dos circuitos se colocan las acemilas, y acampan los caballos de la caballería y todos los demás que vayan en la columna. Las tiendas de la infantería y de la artillería se instalan fuera del *laager*, pero lo más cerca posible del recinto, y los cañones se colocan delante y en el centro de las tiendas, rodeándose éstas de una especie de trinchera-abrigo.

En caso de alarma ó de ataque se levantan inmediatamente las tiendas, la infantería ocupa las trincheras-abrigo, los artilleros corren á poner en batería sus cañones, y la caballería monta á caballo. Cuando hay necesidad de retirarse dentro del *laager* cada individuo se traslada al carro que con anticipación se le ha designado, y por una abertura que se practica en el circuito, se conducen los cañones al interior.

En este estado la fuerza defensiva del laager es inmensa, pues suelen distribuir la tropa de modo que la mitad se coloca en los carros, y la otra mitad se sitúa debajo de ellos, consiguiendo con esto dirigir sobre el enemigo una doble línea de fuego.

Durante la guerra que á los colonos holandeses hizo Dingaam, rey de los Zulús, antecesor de Cettivayo, 1.500 de sus soldados atacaron á 400 boers atrincherados en un *laager*. Los boers sin perder un solo hombre causaron al enemigo pérdidas espantosas, si bien es verdad que los zulús estaban armados de azagayas, (dardos arrojadizos) y los boers de fusiles de chispa.

Los ingleses, en la guerra que han sostenido en el África meridional, han empleado el mismo sistema de los boers; el coronel Vood nunca dejaba de construir en sus campamentos además del *laager* un fuerte reducto próximo á él.

*
* *

Los convoyes de enfermos y heridos, cuando tuvieren que atravesar territorios ocupados por el enemigos, deberán adoptar todas las precauciones defensivas que hemos indicado para los convoyes generales de raciones y efectos propios para las tropas, y toda la atención del jefe encargado de su conducción y defensa debe fijarse en evitar molestias á los hombres entregados á su cuidado y en llegar pronto al lugar de su destino, para que no sufran por mucho tiempo las molestias causadas por la intemperie y por la carencia de medios de curación; pero cuando estos convoyes utilizan caminos á cubierto de un ataque del enemigo, deben ajustarse extrictamente á las prescripciones siguientes:

Todos los enfermos ó heridos han de ir en camillas ó literas construidas para tal objeto, á menos que algunos, por la especialidad de sus dolencias, pueda hacer las marchas á caballo ó encima de algún animal de carga: cuando hubiere camellos podrán ir dos hombres en cada uno, dentro de dos grande cestos ó cuévanos que se cuelgan del animal.

Cada camilla será llevada por cuatro hombres á los que seguirán inmediatamente otros cuatro para relevarlos. Las que ocupen los enfermos menos graves, cuando sus dolencias lo permitan, podrán ser enganchadas en caballos, mulas ó camellos.

Las camillas irán cubiertas, para que el sol y la humedad de la noche no moleste á los heridos ó enfermos, y siempre se tendrá mucho cuidado con que éstos no se mojen.

Los portadores de camillas, deberán haber sido adiestrados en este servicio, para que no produzcan movimientos bruscos ni desiguales que tanto molestan á los que van en ellas.

El convoy hará el trayecto por medio de jornadas cortas, cuando no hubiera peligro de que la permanencia en el campo al aire libre pueda perjudicar á los enfermos y siempre deben llevarse tiendas para que los cobijen por las noches.

Se emprenderá la marcha al amanecer, se hará un gran alto á las once de la mañana y en caso de continuar la marcha aquel mismo día, se emprenderá de nuevo á las cuatro de la tarde.

Como jefe facultativo de cada convoy irá un jefe ú oficial de sanidad militar, el cual, según su criterio, acelerará ó retardará la marcha. También acompañarán al convoy los sanitarios que fueren necesarios con un botiquín de campaña, en el que se llevará cuanto pueda hacer falta en el trayecto.

Si el convoy fuera de importancia, por estar compuesto de gran número de heridos, formarán parte de él los oficiales de sanidad que sean necesarios para que la asistencia de los enfermos no se resienta.

En caso de tener que detenerse alguna camilla, las demás seguirán su camino hasta el término de la jornada, quedando con la rezagada un sanitario ú oficial de sanidad si la gravedad del enfermo lo exigiera.

Nunca se carecerá en el convoy de agua fresca, llevándola en cantimploras de barro que se llenarán en las fuentes y arroyos que se encuentren en el camino.

El transporte desde la costa á los barcos, cuando estén acondicionados para hospitales ó cuando sirvan para conducir los enfermos ó heridos á las estaciones sanitarias, se hará también de la manera más cómoda, de suerte que si los buques no están atracados á ningún muelle y hay necesidad de hacer uso de lanchones, deberá aprovecharse el momento en que el mar esté más tranquilo, acompañando á los enfermos el oficial ú oficiales de sanidad que hubieran venido hecho cargo de ellos, para hacer su entrega y explicar detenidamente sus dolencias á los facultativos que los reciban á bordo de los buques.

*
* *

La conducción de prisioneros y la escolta de tríbus, familias y ganados, no deja de presentar dificultades

cuando ha de verificarse á través de territorios enemigos, y especialmente la de los primeros, porque no se cuenta con su voluntad ó, por lo menos, con su indiferencia, como sucede con los otros.

Siendo grande el número de los prisioneros que se haya de conducir y escoltar de un punto á otro, es necesario adoptar gran número de precauciones para que una sublevación entre ellos, unida á un ataque del enemigo, no pongan en grave riesgo el éxito de la empresa y la seguridad de las tropas. Es necesario, en tal caso, que los prisioneros vayan atados sin necesidad de que las ligaduras los opriman y les priven en absoluto los movimientos naturales, bastando que proporcionen la seguridad suficiente para que en un momento dado no pueden escapar en distintas direcciones. Para conseguirlo así, es preferible formar largas cuerdas de hombres atados por la cintura que obliguen á todos á caminar con cierta dependencia unos de otros, que llevar fuertemente maniatado á cada uno con facultad de moverse aisladamente como le parezca. Cada una de estas cuerdas puede estar formada por quince ó veinte hombres en hilera, existiendo entre uno y otro una distancia prudencial para que permita cierta libertad de movimientos durante la marcha y el descanso en los campamentos, por la noche, sin que haya necesidad de soltar ni aflojar las ligaduras.

En la formación de estas cuerdas, es conveniente hacer una separación completa entre los individuos de distintos sexos, separando también las cuerdas de hombres de las de mujeres, no sólo en los campamentos, sino en la marcha, pues de este modo no sólo la vigilancia podrá ejecutarse más activamente sobre los grupos de hombres en estado de tomar las armas y de llevar á cabo un acto de fuerza, rompiendo sus ligaduras, sino que se evitarán desórdenes y se conseguirá quizás que el temor de que podamos maltratar á sus mujeres, ó de que queden en nuestro poder, si algunos se escaparan, les obligue á ser obedientes y sumisos.

El lugar donde acampen los prisioneros debe rodearse de centinelas, que tanto han de vigilar por su seguridad, como impedir que ningún soldado penetre en el recinto y se entienda con ellos ó los maltrate, haciendo sobre todo respetar á las mujeres, porque los atropellos con ellas cometidos vienen á ser casi siempre una de las causas que más honda división producen entre los conquistados y conquistadores de un país.

Por último, nuestro trato con los prisioneros, tanto en las marchas como en los depósitos, ha de ser dulce y afable á la par que enérgico, pues aunque el sistema de guerra esté basado en procedimientos dirigidos á inspirar el temor y atemorizar á los contrarios, los actos brutales cometidos con los prisioneros no nos proporcionarán ventaja alguna, porque rara vez irán á contarlo á sus conciudadanos; vale más en ciertos casos aparentar que se les trata con dureza y severidad y suavizar nuestras íntimas relaciones con ellos; que no es justo causar males inutilmente á personas indefensas aunque su altivez rechace nuestro yugo, ni el aforismo de que el fin justifica los medios, tan puesto en práctica en la guerra, puede proporcionar ventaja alguna, si el mal trato de los prisioneros no tiene otros testigos que los que han de avergonzarse por una conducta que la conciencia reprueba.

CAPITULO XII.

Reconocimientos.—Reconocimientos generales.—Reconocimientos especiales.—Llanuras, Montañas, Ríos.—Modo de practicar un reconocimiente.—Tropas de escolta.—Rastros.—Espías y prisioneros.—Forrajes.—Pastoreo.

Una de las causas que más contribuyeron á los descalabros que al ejército francés sufrió en la campaña de 1870, fué la ignorancia completa en que casi siempre estuvo respecto los movimientos y situación de las tropas alemanas. La falta de exploración y el poco empleo que los franceses hicieron de los reconocimientos en grande y pequeña escala, vienen á patentizar una vez más la diferencia tan notable que existe entre la gran guerra y las campañas que se llevan á cabo fuera de Europa, pues acostumbrados los generales de la Francia á adquirir laureles en Argelia, en Méjico, en China, donde los reconocimientos eran, las más de las veces, inútiles, prescindieron de ellos al dirigir sus tropas contra las alemanas, llevando por este solo hecho perdidas más de la mitad de las probabilidades de obtener el triunfo.

Es cierto que en la mayor parte de las guerras no europeas, los reconocimientos á nada conducen, pues estando el enemigo en todas partes y en ninguna, si se nos permite esta expresión, formando una red invisible que envuelve á nuestras columnas, rondando nuestros fuertes y campamentos, no dejándose ver más que cuando quieren, destrozando nuestras partidas, si son débiles, y ocultándose y huyendo cuando son fuertes, los reconocimientos sólo podrán hacernos conocer los rastros que las numerosas partidas dejan tras sí, las

condiciones locales y agrícolas de algún territorio determinado ó el sentido en que se encuentran los pueblos aldeas ó caseríos que no sean abandonados por sus habitantes al saber nuestra proximidad, pero rara vez nos proporcionarán noticias importantes del enemigo, movimientos que trate de efectuar, situación que ocupe, etc.

Sólo cuando los reconocimientos tengan por objeto conocer el país para formar idea de sus condiciones topográficas, climatológicas ó productoras, podrán servirnos en nuestras combinaciones estratégicas llevándolos á cabo como previenen los tratados de arte militar; en todos los demás casos, los reconocimientos sólo nos prestarán una ayuda efectiva cuando sean empleados para auxiliar las operaciones tácticas.

El reconocimiento de los ríos, cordilleras y extensiones grandes de terreno, nos proporcionará, seguramente, datos preciosos para establecer nuestro plan de campaña y para aprovecharnos de las ventajas que nos proporcione el país; pero dada la gran movilidad del enemigo, nada adelantaremos tratando de sorprender sus movimientos y adivinar sus planes, si no empleamos un sistema diferente del que estamos acostumbrados á seguir, pues aunque empleemos grandes masas de caballería subdivididas en grupos, las noticias que adquieran de los movimientos del enemigo serán siempre confusas y contradictorias, porque tendrán que ser el resultado de la propia observación y de las que facilite algún prisionero que rara vez se dejará sorprender por grupos de caballos que marcharán alarmando el país; así es que sólo el examen de los rastros y las confidencias, serán, con ligeras excepciones, lo que nos facilite las noticias que buscamos.

En los movimientos tácticos no sucede así; los reconocimientos son indispensables para el éxito de las operaciones.

El abandono de una posición fuerte, el paso de un río, ó de una cordillera, el ataque de una posición ocu-

pada por el enemigo, no deben intentarse nunca sin que cierto número de reconocimientos nos impongan de la verdadera situación en que nos encontremos, y nos faciliten cuantos datos puedan contribuir á dar feliz cima á la empresa.

Dividiremos, pues, los reconocimientos en dos clases. Los que tengan por objeto conocer la extructura, condiciones, ventajas é inconvenientes que presentan los territorios donde haya que desarrollar nuestras operaciones estratégicas, esto es, reconocimientos generales; y los que se lleven á cabo para examinar las posiciones del enemigo, las condiciones en que se encuentran un camino, un río, un desfiladero, los alrededores de un fuerte, campo atrincherado ó campamento, y, en general, una porción limitada de terreno, reconocimientos especiales que nos servirán para disponer nuestros movimientos tácticos.

*
* *

Los reconocimientos generales, rara vez pueden efectuarse en tiempo de guerra, como no sea estando el país ocupado militarmente y pudiendo recorrerse sus localidades más importantes; no siendo así, habrá que apelar á los mapas, á la geografía, á la historia, á las descripciones de los viajeros y á los datos que puedan reunirse de cualquier modo.

Sea como fuere, el reconocimiento general de un país lo ha de hacer una comisión de oficiales de Estado Mayor, nombrada para tal objeto, y que dependa exclusiva y directamente del jefe de E. M. G., para que encuentre desembarazo é independencia en el cumplimiento de su difícil misión.

Los puntos que debe abarcar el reconocimiento son sabidos por todos los oficiales de dicho cuerpo y sólo los repetimos aquí como un recuerdo.

Es necesario estudiar lo siguiente:

Situación geográfica	Grados de longitud y latitud que comprenden al país.
Descripción física	Extructura general del suelo. Mares. Extensión de costas. Puertos, ensenadas y bahías.
Orografía	Número y dirección de las cordilleras principales. Estribos importantes que se desprenden de ellas. Dirección de las cadenas secundarias. Naturaleza de las montañas. Volcanes.
Hidrografía	Grandes cuencas de ríos importantes. Descripción de los grandes ríos. Cuencas secundarias. Afluentes. Ríos que se desbordan formando ciénagas. Ríos vadeables y no vadeables. Puentes. Época de las avenidas. Importancia de éstas. Lagos, lagunas y pantanos. Abundancia ó escasez de agua potable. Aguas medicinales.
Climatología	Temperatura mínima, media y máxima. Estado higrométrico del aire. Principio y fin de las estaciones. Época é intensidad de las lluvias. Tiempo que duran las lluvias. Influencia del clima sobre los europeos y sobre los naturales. Enfermedades endémicas. Enfermedades epidémicas que más fácilmente se desarrollan.
Descripción política	Fronteras y países limítrofes. Estados que ocupan el país. Límites. Divisiones territoriales. Pueblos, según su importancia. Vías de comunicación.
Etnología	Raza. Gobierno. Religión. Idioma. Comercio. Usos y costumbres. Estado de ilustración de los naturales. Constitución física y carácter. Población.

Fisiografía	Extensión, naturaleza é importancia de los bosques. Maderas de construcción. Estado de la agricultura. Productos del país. Épocas de las cosechas.
Zoografía	Raza caballar. Bestias de carga. Bestias de arrastre. Ganado. Animales útiles. Animales dañinos. Animales venenosos.
Consideraciones militares	Puntos favorables para establecer bases de operaciones, campamentos, hospitales, fuertes, etc. Líneas de invasión y de aprovisionamiento. Posiciones estratégicas y tácticas importantes. Desfiladeros. Plazas fuertes. Organización militar del país. Ejército permanente. Número de hombres en estado de llevar armas. Carácter belicoso de los habitantes. Recursos militares. Relación de las campañas que se hayan llevado á cabo en el país. Historia militar y política.

***

Los reconocimientos especiales deben constar de una memoria ó relación de todos los puntos observados, y de un ligero plano hecho á vista ó con auxilio de instrumentos sencillos. El dibujo puede ayudar poderosamente á formar una idea exacta de lo que se trata de explicar, así es que en la misma nota tomada en el campo, en el lugar del reconocimiento, es conveniente intercalar dibujos que completen las observaciones hechas y ahorren el tiempo necesario para hacer extensas descripciones.

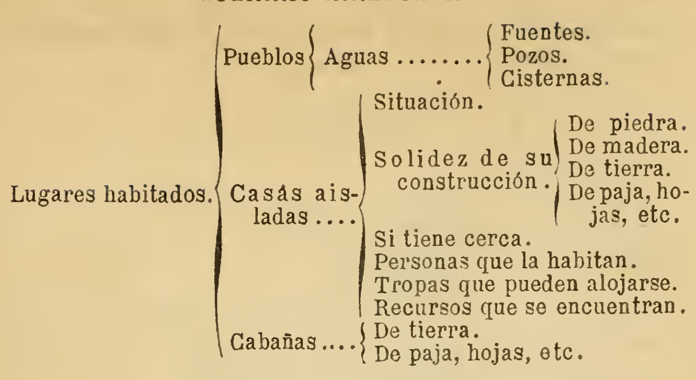
Los reconocimientos de que hablamos es sabido que han de abarcar los puntos siguientes:

Llanuras.

- Conjunto
  - Situación.
  - Extensión.
  - Altitud
    - Llanuras bajas.
    - Llanuras altas.
    - Desiertos, landas, sabanas, pampas ó estepas.
  - Completamente llanas.
  - Onduladas.
  - Quebradas.
  - Despejadas.
  - Cubiertas
    - De bosques.
    - De sembrados.
    - De matorrales.
    - De altas yerbas.
  - Situación aproximada.
  - Pendiente general.
  - Terrenos que la limitan.
- Naturaleza del suelo
  - Arenoso.
  - Pedregoso
    - Piedras grandes.
    - Piedras pequeñas.
  - Roquizo
    - Piedra blanda.
    - Piedra dura.
  - Arcilloso.
  - Terrenos blandos
    - Practicables ó no para
      - Infantería.
      - Caballería.
      - Artillería.
    - Extensión que ocupan.
  - Terrenos sembrados
    - Cereales.
    - Hortaliza.
    - Arboles frutales.
    - Caña.
    - Café.
    - Tabaco.
  - Prados
    - De yerba corta.
    - De yerba larga.
  - Matorrales
    - Extensión.
    - Espeso.
    - Claro.
  - Bosques
    - Extensión.
    - Naturaleza.
    - Claro.
    - Espeso.
    - Virgen.
    - Limpio.
    - Con matorrales, malezas y plantas trepadoras.
    - Clase y altura de los árboles.
    - Claros que existan en el bosque.
- Alturas
  - Situación.
  - Naturaleza
    - De piedra.
    - De tierra.
  - Altura.

- Alturas
  - Faldas
    - Suaves.
    - Escarpadas.
    - Accesibles ó no para
      - Infantería.
      - Caballería.
      - Artillería.
  - Relación de unas alturas con otras.
  - Dominación respectiva.
- Depresiones
  - Barrancos
    - Profundidad.
    - Anchura.
    - Extensión.
  - Fosos ó zanjas
    - Si tienen ó no agua.
    - Profundidad.
    - Anchura.
    - Extensión.
  - Caminos hondos
    - Profundidad.
    - Anchura.
    - Extensión.
  - Cortaduras
    - Altura.
    - Extensión.
- Aguas
  - Corrientes
    - Ríos
      - Dirección.
      - Anchura.
      - Si son ó no vadeables.
      - Si tienen puentes.
    - Riachuelos
      - Dirección.
      - Si son ó no vadeables.
    - Arroyos
      - Dirección.
      - Si pueden cruzarlos la
        - Infantería.
        - Caballería.
        - Artillería.
    - Acequias
      - Dirección.
      - Anchura.
    - Manantiales
      - Naturaleza de las aguas.
      - Litros de agua por segundo.
  - Estancadas
    - Lagunas
      - Situación.
      - Extensión.
    - Pantanos y ciénagas
      - Situación.
      - Extensión.
      - Si son practicables para
        - Infantería.
        - Caballería.
        - Artillería.
    - Charcas
      - Situación.
      - Extensión.
      - Si son practicables para
        - Infantería.
        - Caballería.
        - Artillería.
    - Pozos
      - Situación.
      - Si son de agua potable ó no.
      - Profundidad.
      - Epocas del año que tienen agua.
      - Si están habilitados para sacar agua.

- Caminos ....
  - Número, dirección y puntos que ocupan.
  - Naturaleza.
    - Artificiales.
    - Naturales.
    - De carros.
    - De herradura.
    - Sendas.
    - Anchura.
  - Terreno que atraviesan......
    - Terrenos despejados.
    - Bosques.
    - Pantanos.
    - Hondonadas.
    - Malos pasos....
      - Número de ellos.
      - Si pueden componerse con facilidad.
  - Estado en que se encuentran.
  - Si pueden recomponerse con facilidad.
  - Si son ó no practicables para
    - Infantería.
    - Caballería.
    - Artillería.
  - Atajos.
- Lugares habitados.
  - Pueblos
    - Situación.
    - De casas reunidas formando calles ....
      - Extensión.
      - Número y anchura de las calles.
    - De casas esparcidas ....
      - Extensión.
      - Número de casas.
      - Si están unidas por tapias.
    - Puntos que lo dominan....
      - Situación.
      - Distancia.
      - Altura.
    - Cercas........
      - De piedra.
      - De tierra.
      - De madera
      - De setos vivos, árboles, etc.
    - Casas........
      - De piedra.
      - De mampostería.
      - De tierra.
      - De paja, hojas, etc.
    - Número de habitantes.....
      - Hombres.
      - Mujeres.
      - Niños.
    - Tropas que pueden alojarse.
      - Hombres.
      - Caballos ó mulos.
    - Facilidad para fortificarlo.
    - Riquezas y productos.
    - Ganados ......
      - De silla.
      - De carga.
      - De arrastre.
      - Vacuno.
      - Lanar.
      - De cerda.



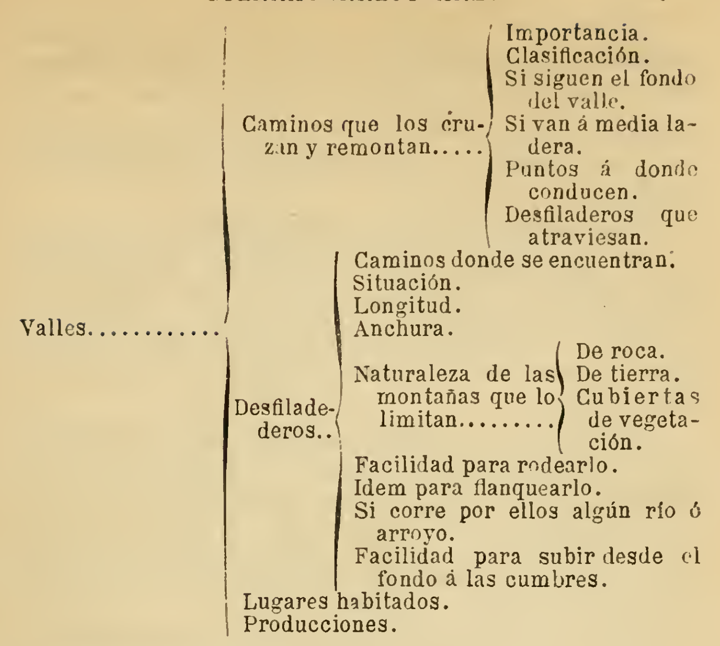
Según el papel militar que haya de desempeñar la llanura, el reconocimiento deberá extenderse apreciando en unos casos detalles dignos de ser conocidos, que en otros no importarán nada. Así, cuando la llanura hubiera de servir para establecer en ella un campamento permanente ó transitorio, será necesario enterarse de los medios de comunicación que existan entre ella y los campamentos próximos, el espíritu que reina entre los habitantes, los recursos que ofrezca la localidad, la cantidad de ganado que pueda adquirirse, el deseo de comerciar de los naturales, el emplazamiento conveniente para el campamento, etc.

Si el reconocimiento tuviera por objeto hacer una requisa, será preciso contar escrupulosamente el ganado que en un momento dado podrá recogerse. Si fuera para estudiar un campo de batalla al que quisiéramos atraer al enemigo, ó donde éste nos esperase, habrá que fijarse, en los puntos más convenientes para emplazar la artillería, caminos por los que deberíamos entrar en la llanura, dirección en que deba desembocar la caballería para aprovechar el mejor terreno, condiciones defensivas de los pueblos, casas ó cabañas y direcciones en que pueda escapar el enemigo. Si se tratara de construir un camino militar, será necesario fijarse en los materiales que se encuentran próximos, canteras que haya, arroyos que necesiten alcantarillas ó puentes, desmontes, desviaciones del

trazado, necesarias para evitar grandes movimientos de tierra, etc.

Montañas.

Conjunto	Carácter general. Situación. Extensión. Importancia. Nombre. Naturaleza general de su suelo.
Cumbres	Mesetas llanas, onduladas ó cruzadas de barrancos. Agrestes. Nieves. Vegetación. Caminos que las cruzan. Caminos que siguen las divisorias y las crestas. Casas y chozas. Abundancia ó escasez de agua.
Laderas	Naturaleza. Pendiente general. Si son ó no accesibles para hombres y animales. Barrancos. Caminos. Sendas. Atajos. Vegetación. Fuentes. Torrentes y cascadas. Arroyos. Casas y chozas.
Collados	Número y clase de los principales. Caminos que se juntan en ellos. Por los que pueda pasar infantería. Id. id. caballería. Id. id. artillería montada ó de montaña.
Valles	Número, clase y nombre de los principales. Origen. Desembocadura. Dirección. Ríos. Arroyos. Torrentes. Facilidad para producir inundaciones. Valles secundarios y barrancos que los cortan.



- Valles
  - Caminos que los cruzan y remontan
    - Importancia.
    - Clasificación.
    - Si siguen el fondo del valle.
    - Si van á media ladera.
    - Puntos á donde conducen.
    - Desfiladeros que atraviesan.
  - Desfiladeros
    - Caminos donde se encuentran.
    - Situación.
    - Longitud.
    - Anchura.
    - Naturaleza de las montañas que lo limitan
      - De roca.
      - De tierra.
      - Cubiertas de vegetación.
    - Facilidad para rodearlo.
    - Idem para flanquearlo.
    - Si corre por ellos algún río ó arroyo.
    - Facilidad para subir desde el fondo á las cumbres.
  - Lugares habitados.
  - Producciones.

Es muy importante, al reconocer los caminos que cruzan los terrenos montañosos, fijarse en si son ó no accesibles para la infantería, la caballería, la artillería y las acémilas; y para poder formar idea exacta de la importancia que un camino ó una ladera tenga con relación á los movimientos de las tropas, será bueno recordar lo siguiente:

Pendiente de 5°.—La infantería puede moverse con entera libertad tanto en batalla como en columna y el choque en la bajada es muy eficaz. La caballería maniobra también perfectamente y sus cargas son mucho más temibles cuesta arriba que cuesta abajo. La artillería maniobra bien, y su fuego produce más efecto hacia abajo que hacia arriba.

Pendiente de 10°.—Son difíciles los movimientos de la infantería en orden cerrado. La caballería puede aún bajar al trote pero no cargar. La artillería encuentra dificultad para maniobrar, sube con algún trabajo y necesita enrayar para bajar.

Pendiente de 15°.—No son posibles los movimientos ordenados de la infantería, y su fuego hacia arriba es poco eficaz. La caballería puede subir al trote, pero la bajada tiene que hacerla al paso. La artillería se mueve con gran dificultad; la de montaña y las acémilas suben bien.

Pendiente de 20°.—La infantería sube bien en orden abierto pero sus fuegos son ineficaces. La caballería puede subir al paso y bajar aprovechando direcciones oblícuas. La artillería puede subir con gran trabajo piezas ligeras; la de montaña y las acémilas suben sin dificultad.

Pendiente de 25°.—La infantería aligerada de peso puede subir bien en orden abierto, la caballería encuendificultad en la subida y sólo puede bajar cuando el suelo es blando. La artillería ligera sube oblícuamente; la de montaña y las acémilas suben también con algún trabajo y la bajada es difícil.

Pendiente de 30°.—Pueden subir guerrilleros de infantería. La caballería en algunos casos puede subir pero la bajada es casi imposible. La artillería no puede moverse en terreno semejante; la de montaña y las acémilas suben con gran dificultad oblícuamente.

Pendiente de 35°.—Los guerrilleros de infantería pueden trepar con algún trabajo. La caballería no puede subir. Las acémilas con gran dificultad podrán hacerlo según sea la calidad del terreno.

Pendiente de 40 á 45°.—Algunos hombres, con los fusiles á la espalda, pueden trepar ayudándose de las manos.

Rios.

Nombres que tengan en los diversos países que atraviesen.

Dirección general de su curso	Si es tortuoso. Si corre directamente á su desembocadura.
Nacimiento........	En otro río. En un lago.
Desembocadura ...	En el mar. En tierras blandas donde desaparece.

Valle (Véase Montañas).

- Anchura y profundidad.........
  - En épocas normales.
  - En tiempo de avenidas.
  - Si varían ó no con frecuencia.
- Naturaleza del suelo..........
  - Roca......
    - Unida.
    - Lajas.
  - Piedras.
  - Arenas....
    - Fijas.
    - Movedizas.
  - Fangoso.
- Cauce...........
  - Si cambia con frecuencia.
  - Si es encajonado.
- Orillas...........
  - Naturaleza..
    - Roca.
    - Tierra.
    - Arena.
  - Altas.
  - Bajas.
  - Escarpadas.
  - Suaves.
  - Vegetación.
    - Arboles.—Altura media.
    - Arbustos.
    - Yerbas.
      - Altas.—Su longitud media.
      - Pequeñas.
  - Cuál es la dominante.
- Afluentes.........
  - Nombres.
  - Caudal de aguas.
  - Dirección.
  - Puntos de confluencia.
- Velocidad de la corriente.
- Si está sujeto á crecidas..........
  - Periódicas.
  - Regulares.
  - Accidentales.
  - Si ocasiona inundaciones...
    - Extensión.
    - Dirección.
  - Si interrumpen la navegación.
- Si es navegable....
  - Lugar donde empieza á serlo.
  - Lugar donde concluye.
  - Si puede hacer flotar balsas ó lanchas.
  - Si es sensible á las mareas.
- Puntos de paso...
  - Puentes..
    - De piedra.
    - De mampostería.
    - De madera.
    - Situación.
    - Accesible para...
      - Infantería.
      - Caballería.
      - Artillería.
  - Barcas, balsas ó pontones.
  - Vados....
    - Practicables para...........
      - Infantería.
      - Caballería.
      - Artillería.
    - Que necesitan trabajos para hacerlos practicables.
  - Parajes á propósito para construir......................
    - Puentes.
    - Vados.
    - Balsas.

Número de barcas que pueden reunirse en un sitio determinado, y tiempo necesario para efectuarlo.

Caminos..........	Que siguen el curso del río......	Por su derecha.
		Por su izquierda.
	Que lo atraviesan.	Por puente.
		Por vado.
Pueblos...........	Orilla en que se encuentran.	
	Importancia.	
Si puede producirse una inundación artificial..	Paraje más conveniente para establecer el dique.	
	Extensión aproximada de la inundación.	
	Consecuencias.	

* * *

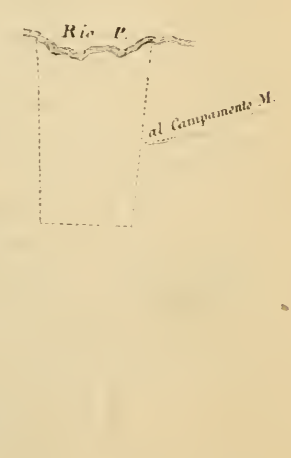
El encargado de practicar un reconocimiento, ha de ser instruido del objeto que tiene el trabajo que va á efectuar, y él por su parte inspirarse en la naturaleza y condiciones del país en que se encuentra para ensanchar, con arreglo á su criterio, los horizontes que presenta la teoría aprendida en los libros; mil detalles que en los países civilizados deben fijar poderosamente su atención, no tendrán importancia ó no existirán en los terrenos que haya de reconocer, y en cambio otros, insignificantes al parecer, serán valiosos elementos é importantes factores de las operaciones; asimismo es preciso tener presente que ciertas observaciones pueden ser completamente inútiles para un determinado objeto y de utilidad manifiesta para otro. El talento, la viveza de imaginación y la costumbre, debe suplir en la mayor parte de los casos las omisiones de los libros en los que es imposible dar reglas especiales para cada caso particular. De todos modos los jefes ú oficiales encargados de practicar un reconocimiento, han de pensar detenidamente, antes de ponerse en marcha para desempeñar su misión, en el objeto que tiene el servicio que van á prestar, y como les será casi imposible retener en la memoria los diversos puntos que hay que examinar, y luego de examinados las condiciones especiales que reune, será conveniente que apunten en un cuaderno todos los detalles que deba abarcar el re-

conocimiento para que, una vez en el ejercicio de sus funciones, puedan fácilmente dirigir su espíritu de observación, consignar ordenadamente sus impresiones, y anotar el resultado de su examen ayudándose del dibujo para dar más clara idea de cuanto interese saber.

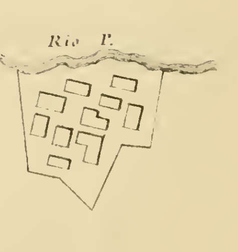
Supongamos que se trate de reconocer una llanura para saber si las tropas pueden acampar en ella. Es claro que deberemos separar de nuestra imaginación todo cuanto no se relacione con el objeto del reconocimiento. El cuadro que debe resultar será el siguiente: en el que la letra redonda indica las anotaciones hechas antes de emprender la marcha, y la cursiva las notas tomadas en el campo.

Reconocimiento de la llanura H.

Situación...	*10 kilómetros al N. del campamento M.*
Extensión ..	*Próximamente nueve kilómetros.*
Conjunto ...	*Formada por suaves ondulaciones y bastante despejada.* *Tiene la forma de un trapecio bastante regular, cuya altura se dirige de N. á S. ....*
Naturaleza del suelo.	*Arenoso con grandes piedras.* *En una pequeña zona alrededor del pueblo hay sembrados de maíz. Se encuentra en estado de recolección.*
Alturas.....	*Una cadena de suaves colinas que á poco se cambian en altas montañas, que parecen de roca, rodea á la llanara. Hacia el N. parece que existe un ancho valle.* *La entrada en la llanura es practicable para las tres armas, las montañas que la rodean, parecen sólo practicables para infantería, á excepción del valle.*



Alturas:....	*Las montañas del O. dominan á todas las demás.*
Depresiones.	*No existen barrancos ni profundas zanjas.*
Aguas......	*El río P que corre de E. á O. y forma el límite de la llanura. Su anchura es de unos 25 metros, y no es vadeable ni tiene puentes en los límites del reconocimiento.* *Un arroyo baja del N. y atraviesa la llanura; algunos otros pequeños bajan de las montañas, y todos se reunen en el centro de la llanura donde hay una casa y un grupo de árboles..........* *No existen lagunas, ni charcas, ni pozos.*
Caminos ...	*No se conocen en la arena; sin embargo, en la entrada de las montañas se distinguen algunas sendas.* *Toda la llanura es practicable para las tres armas.*
Lugares habitados...	*Una aldea á la orilla del río y en las márgenes del arroyo fortificada con una empalizada.* *Tendrá unas 50 casas colocadas en desorden. Las casas son de tierra y palmas, y su aspecto es miserable. No pueden alojarse cómodamente las tropas y sería hasta inconveniente intentarlo.* *Los habitantes deben dedicarse á la pesca, á juzgar por las redes que se ven en el río.* *Podrán contarse en la aldea unos 300 habitantes.* *En el grupo de árboles que hay en medio de la llanura existe una cabaña.*



Lugares habitados...	*En el pueblo y en la cabaña existen señales de haber habido ganados, y en las laderas de las montañas se distinguen algunos.*
Observaciones generales.....	*La marcha por la arena es muy fatigosa.* *La artillería tiene buen emplazamiento para proteger la marcha por la llanura.* *Hay poca leña.* *El mejor sitio para acampar es en el grupo de árboles.* *El espíritu de la población es hostil.* *Al aproximarnos, todos los hombres de la aldea huyeron, llevándose los ganados.* *Las mujeres y niños que vimos, hablan un idioma ó dialecto que no fué comprendido por nuestro intérprete.* *Al retirarnos observamos un grupo de caballería enemiga que nos seguía cautelosamente sin hostilizarnos.* *El campamento de nuestras tropas puede establecerse de esta manera ....*

Un ligero croquis del terreno, hecho á vista, completará el reconocimiento y proporcionará suficientes datos para disponer la manera de atravesar la llanura y de acampar en el centro de ella.

* * *

Antes de emprender la marcha, el encargado de practicar un reconocimiento, deberá asegurarse del buen estado de la tropa que ha de escoltarlo, si lleva alguna, pues muchas veces será conveniente que no le acom-

pañe más que su ordenanza, para no alarmar al país, evitar los caminos muy transitados, y escapar velozmente en caso de peligro; pero cuando se nombrase escolta, ha de calcularse perfectamente las circunstancias en que pueda encontrarse un destacamento, que muchas veces tendrá que separarse á gran distancia de su columna.

Si fuera de temer algún ataque importante del enemigo, la escolta ha de tener la suficiente cohesión y fortaleza para que no sea destruida por nuestros contrarios, pues aunque una tropa que efectúa un reconocimiento, debe ante todo rehuir combates formales y dedicar toda su atención á la comisión que desempeña, es probable que el enemigo la moleste y trate de destrozarla.

No es indiferente la clase de tropas que acompañen al oficial ó jefe encargado de un reconocimiento; así como siempre que se pueda habrá de emplearse la caballería, que por su rapidez y movilidad reune las mejores condiciones para este servicio, en los terrenos muy cubiertos ó montuosos donde no existan anchos caminos, es necesario emplear infantería, pues la caballería nada podría adelantar en su exploración, no pudiendo salir de esas estrechas sendas que regularmente atraviesan los bosques y las montañas. En este caso, la infantería montada prestará excelentes servicios, pues á su ligereza y movilidad, reunirá su fuerza de resistencia, y en un caso apurado, viéndose hostigada tenazmente, podrá abandonar sus caballos ó hacerlos retirar, batiéndose ella á pie, en retirada, á través de los bosques.

Sean cuales fueren las tropas encargadas de practicar un reconocimiento, no deben nunca perder de vista el objeto de su misión; marcharán sigilosamente, procurando hacerse visibles lo menos posible y no dejarse arrastrar inútilmente al combate, que muchas veces por alcanzar un triunfo efímero y sin importancia, se suele perjudicar la operación que tenga por base el reconocimiento.

En las guerras irregulares será generalmente im-

posible practicar tales operaciones sin que el enemigo tenga noticias de ellas, pues como regularmente las tropas de nuestro ejército se encontrarán siempre rodeadas de espías y hasta de enemigos armados, prontos para aprovecharse de un descuido ó para atacar á cualquiera fuerza que se separe de la columna principal, puede asegurarse, como regla general, que los reconocimientos no podrán efectuarse á gran distancia del grueso de las tropas, que casi siempre estarán ligados á las operaciones tácticas, y que sólo en casos muy raros pasarán desapercibidos del enemigo.

Por estas razones, será conveniente que las tropas encargadas de desempeñar dicho servicio, adopten en su marcha una formación de combate, y que el jefe que las dirija, al mismo tiempo que con audacia y atrevimiento, marche con la mayor prudencia y las posibles precauciones.

Sucede con frecuencia que los reconocimientos y hasta las patrullas que vigilan un campamento, no llevan bastante lejos su acción ó desempeñan su cometido con poco cuidado, y vuelven al campo ó se incorporan á la columna sin haber cumplido exactamente su misión, y entonces las consecuencias pueden ser fatales, porque no solamente no se tendrá en cuenta el peligro ó las circunstancias que abrace el reconocimiento, sino que procurarán una seguridad engañosa ó una carencia de datos que pueden influir notablemente en el éxito de una operación, y exponer las tropas á los graves peligros que acarrea la falta de noticias y la excesiva confianza.

Muchas veces, sobre todo en los reconocimientos tácticos, será conveniente que á la fuerza destinada á practicarlos la proteja una reserva, que no sólo le infundirá confianza y tranquilidad para desempeñar su misión, sino que la sostendrá en caso de que el enemigo la arrolle é impida cumplir su cometido.

Será las más de las veces necesario que el jefe ú oficial encargado de un reconocimiento, no sea el mis-

mo que mande las tropas encargadas de escoltarlo, porque el mando, las órdenes y las disposiciones que haya de dar para la vigilancia del campo y seguridad del destacamento, distraerán su imaginación del verdadero objetivo de su misión. Por esto el encargado de la parte técnica de la operación debe prescindir en absoluto de la tropa que le acompaña, fijar su atención en lo que va á examinar, moverse de un lado á otro libremente sin cuidarse de si sus soldados le siguen ó no, subir á las alturas ó colocarse en los puntos desde donde mejor pueda apreciar lo que le interesa, aislarse, por decirlo así, de cuanto le rodea y concentrar su imaginación en lo que ha de reconocer. El jefe de las tropas, entretanto, adoptará la formación más conveniente para rechazar los intentos del enemigo, mantendrá á su gente con las armas dispuestas para hacer uso de ellas en caso de necesidad, distribuirá sus hombres por parejas en los puntos más á propósito para vigilar los alrededores, y no perderá de vista al encargado del reconocimiento, siguiéndolo en sus movimientos y procurándole una seguridad relativa para que no tenga que pensar más que en el cumplimiento de su misión.

*
* *

Pocas veces, como hemos dicho al principio de este capítulo, darán resultado los reconocimientos que tengan por objeto adquirir noticias del enemigo, en las guerras irregulares, como no sea cuando ya en contacto con él, antes de comenzar la acción. nos propongamos averiguar sus posiciones, elementos de fuerza, número etc., es decir, cuando comienzan las operaciones tácticas.

Para saber donde se encuentran nuestros contrarios, donde tienen sus poblados, sus almacenes, sus gana dos y sus familias; para conocer sus movimientos, adivinar ó calcular sus intenciones y disponer operaciones combinadas, ó estratégicas, ó llevar á cabo alguna

sorpresa ó emboscada, será preciso acudir á otros procedimientos.

El atento examen de los rastros, es uno de los medios que más noticias pueden suministrarnos de los movimientos é intenciones del enemigo, de su fuerza y de su composición. Son maravillosas las deducciones que la gente práctica en el reconocimiento de los rastros, hace del examen de las huellas y del estado en que se encuentran los caminos y los bosques, cuando ha pasado por ellos alguna fuerza enemiga, y tan importante es el conocimiento de estas muestras que los enemigos dejan de su paso, que algunos llaman guerras de rastros á esas campañas emprendidas contra hordas salvajes ó insurrectos que viven en los bosques, campañas comprendidas entre las que hemos llamado irregulares.

Las huellas que deja en los caminos una partida enemiga pueden conducirnos á adquirir preciosas noticias, poseyendo un poco de práctica, y sobre todo, llevando con nosotros hombres del país, acostumbrados al examen de los rastros.

Desde uno á cien hombres, es fácil conocer próximamente el número de enemigos que han pasado por un camino, cuando el suelo está húmedo; pero desde ciento en adelante los cálculos están sujetos á grandes errores, las pisadas se sobreponen unas á otras y concluyen por formar un surco en el que es imposible distinguir la separación de las huellas.

También es fácil calcular el tiempo que ha transcurrido desde que el enemigo ha pasado por un camino, hasta el momento que nosotros lo examinamos, tanto si ha llovido en aquel intervalo, porque se encontrarán pequeños charcos ó depósitos de agua en cada pisada, cuanto si ha hecho un tiempo seco, porque los bordes de la huella presentarán grietas endurecidas. Cuando el camino no estuviere en terreno húmedo, podrá conducirnos al mismo resultado el examen de las huellas, puesto que según el tiempo transcurrido así

mantendrán los bordes perfectamente determinados ó estarán borrosos y confundidos con el mismo polvo del camino.

También puede averiguarse el tiempo que ha transcurrido desde que han pasado enemigos por un camino hasta que llegamos nosotros á él, por el examen de los árboles, arbustos y yerbas.

Las yerbas pisadas recobran al cabo de un cierto tiempo su posición natural y más marchitas las encontraremos cuanto mayor hubiese sido el número de hombres que las pisaran; un examen comparativo en cada país puede dar datos bastantes exactos para saber lo que deseamos.

Los arbustos y los troncos de los árboles, siempre conservan alguna señal de que el hombre ha transitado por los sitios donde crecen, y si hubiera llevado algún animal de carga ó silla, es indudable que en los pequeños y blandos retoños que crecen en los troncos quedarán señales indelebles de su paso, puesto que todas las bestias tienen la costumbre de ir comiendo las tiernas hojas y tallos que encuentran á su alcance en el camino que recorren.

Muchas veces los naturales de un país hacen esfuerzos asombrosos para engañar nuestra atención y desorientarnos. Unas veces andan al revés hasta llegar á algún arroyo; allí suben ó bajan por enmedio de las aguas y van á salir á gran distancia, haciendo perder el rastro por completo; otras veces, cuando el bosque es espeso y abundan los grandes árboles, llegan á un sitio determinado, suben á la copa de un árbol y pasándose por las ramas de unos á otros, van á tomar tierra á gran distancia, extravíando de este modo á sus perseguidores; pero lo más común para hacer perder un rastro cuando se trata de una partida enemiga de alguna consideración, es lo siguiente: todos los hombres siguen un camino y poco á poco, dejando cierto intervalo de tiempo, se van separando de la partida, bien á la derecha, bien á la izquierda y uno á uno, todos los hombres

que la forman. El perseguidor, que al principio no puede apreciar en el examen del rastro, la falta de uno de los que lo han formado, va siguiendo el rastro principal que poco á poco se desvanece hasta quedar convertido en las pisadas de un solo hombre. El rastro está completamente perdido, en tanto que los enemigos se reunen á retaguardia de sus perseguidores haciendo de este modo inútil la operación.

Cuando se pierde el rastro de uno ó varios hombres, hay un medio muy sencillo de volverlo á encontrar. Este medio que hemos visto practicar infinidad de veces en la Isla de Cuba, consiste en tomar como centro las últimas huellas y comenzar á describir círculos concéntricos, de radio cada vez mayor, fijándose con la mayor atención en el suelo; pocas veces dejan de encontrar estas circunferencias el nuevo rastro, sin más contratiempo que la pérdida del tiempo empleado en la operación.

El examen de los escrementos de los animales y hasta de los hombres, el número de camastros, hoyos ó lechos de hojas en los campamentos abandonados, los resíduos de frutas y de comidas, las cenizas de las hogueras, el olor del humo etc., son otros tantos medios de conocer la proximidad de los enemigos, calcular su número y deducir la distancia que de ellos nos separa.

Sólo la experiencia y un gran espíritu de observación pueden llegar á hacer adquirir gran facilidad para deducir consecuencias lógicas de cosas que al parecer son insignificantes, pero que proporcionan gran número de datos para disponer los movimientos y operaciones de las tropas.

Sin embargo, no debemos entregarnos ciegamente á las deducciones que nos parezcan lógicas, pues por lo mismo que el examen de los rastros nos proporcionan grandes ventajas y nos inducen á aprovecharlas en cuantas ocasiones se presenten, debemos tener en cuenta que un enemigo astuto puede valerse de nues-

tro irreflexivo ardor y aprovecharse de nuestra credulidad. En la campaña de Cuba, hemos sufrido algunos descalabros por guiarnos de rastros falsos que nos conducían á ocultas celadas, y en la guerra de los indios, recientemente, un capitán norte-americano se libró de una terrible emboscada que sus enemigos le preparaban, porque al encontrar un señalado rastro, preparado á intento, concibió sospechas y en vez de seguirlo hizo marchar á su fuerza por el monte, llegando á destrozar á los emboscados indios.

∴

El medio más seguro para conocer los proyectos del enemigo, su fuerza, elementos de guerra y estado moral y material en que se encuentre, es el empleo de espías y confidentes bien recompensados, que no será difícil encontrar en países donde no esté muy desarrollado el sentimiento patrio y la idea de nacionalidad.

Los espías pueden participarnos las noticias que adquieran, ya efectuando viajes entre nuestro campo y el enemigo, lo que no siempre será conveniente por las sospechas que hará nacer su irregular conducta, ya viviendo entre nuestros contrarios y dándonos avisos escritos que dejarán en ciertos puntos convenidos, ó estableciendo un sistema sencillo de señales que pueda hacernos conocer cuanto nos interese. Estas señales pueden hacerse por medio del humo durante el día, y empleando hogueras por la noche, pues como las noticias que hayan de facilitarnos han de ser todo lo concretas posible, será fácil á cualquier espía indicarnos la dirección que intente seguir el enemigo y los proyectos que tengan de atacarnos ó de huir, encendiendo una ó varias hogueras.

Nos es fácil muchas veces proporcionarse buenos espías, pues los que expontáneamente se presten á desempeñar tan importante servicio, será fácil que sólo traten de engañarnos, sobre todo si hubieran tenido

gran trato y roce con gentes europeas. Es más conveniente hacer proposiciones á los indígenas que sirvan á nuestra causa con las armas en la mano, eligiendo aquéllos que más condiciones de inteligencia reunan para desempeñar tan difícil cargo, y en este caso deberá procurarse que deserten al enemigo con armas y caballos, poniendo especial cuidado en que á excepción de las personas que deban saberlo, todos los indivíduos de la columna le tengan por tal desertor.

En último caso, cuando sea imposible adquirir noticias del enemigo por ningún medio, no nos quedará otro recurso que procurarnos algunos prisioneros y hacerles hablar por medio de dádivas y amenazas; pero como no siempre encontraremos á nuestros contrarios en disposición de entablar lucha, ó, bien entablada, de cogerle algunos prisioneros, será preciso apelar á recursos heróicos y entre los que podremos poner en práctica está el siguiente: tres horas antes de levantar el campo ó de emprender la marcha, se envían fuera del campo algunos naturales que nos merezcan confianza y se les ordena se embosquen lejos del campamanto y cerca del camino que deba seguir la columna. Estos indivíduos apostados en el monte ó en alguna montaña deberán dejar pasar la columna, pero romperán el fuego contra la retaguardia, la cual extenderá una línea de tiradores y sostendrá un vivo tiroteo con los falsos enemigos, si bien hay que encargar á unos y á otros que disparen al aire. Al ruido de los tiros no faltarán enemigos verdaderos que acudan y se unan á los que hostilizan á la columna desde lejos, y entonces éstos podrán coger algún prisionero con facilidad.

Esta estratagema no debe repetirse mucho, pues expondríamos inútilmente á los indivíduos que hiciéramos apostarse en el camino.

*
* *

En los campamentos transitorios ó permanentes, y en los pueblos ocupados por nuestras tropas, hay nece-

sidad de practicar diariamente el servicio de forrajes para atender á la alimentación de los caballos de la caballería y de las bestias de carga.

Este servicio, que en territorios no ocupados por el enemigo puede practicarse cómodamente y con arreglo á las instrucciones particulares de los jefes de los cuerpos, hay necesidad de desempeñarlo con grandes precauciones cuando se lleve á efecto en terrenos donde puedan hacer sentir su acción nuestros contrarios, pues conocida la costumbre de una guarnición, de acudir á la misma hora y á sitios fijos para cortar la yerba que necesitan los animales, nada es más fácil que una gente emboscada se aproveche del menor descuido y cause bajas sensibles en los hombres y animales que desempeñan aquel servicio.

Las dificultades para forrajear crecen naturalmente cuanto más se aleja el sitio designado para hacer el forraje del punto ocupado por las tropas, y esta consideración debe tenerse en cuenta al nombrar el número de soldados que han de proteger á los forrajeadores mientras desempeñan su cometido.

La cantidad de forraje que se haya de cortar y transportar cada día debe hacerse conocer con anticipación suficiente al jefe ú oficial encargado de dirigir la operación para que nunca falte, ni, por el contrario, estén los cortadores mucho tiempo separados del grueso de las tropas, y para efectuar este cálculo podrá tenerse presente que 40 kilogramos de verde, es la cantidad necesaria para el alimento de un caballo ó mulo, aunque se le dé alguna semilla como pienso.

El jefe encargado del servicio de forrajes, llevará los caballos y acémilas extrictamente necesarios para el transporte de los haces de yerba, y dos hombres por cada bestia, además de la fuerza de protección.

Estos hombres llevarán á la espalda sus fusiles y carabinas, dispuestos para hacer uso de ellos, una hoz ó machete y dos cuerdas por cada animal de transporte.

Una vez llegados los forrajeadores al lugar des-

tinado para hacer el forraje, tomará posiciones, rodeándolos, la fuerza de protección y se situarán centinelas avanzados en los puntos culminantes del terreno y en la copa de los árboles, con el objeto de avisar en caso de notar novedad alarmante en los alrededores.

El jefe del forraje ordenará que un hombre por cada bestia comience á cortar forraje, en tanto que el otro va formando los haces de yerba y cargándolos en los animales que estarán atados á algún árbol ó estaca, si no hubiera confianza en su docilidad y mansedumbre. Para calcular el tiempo preciso que necesita una tropa para hacer el forraje, puede admitirse como dato aproximado que, en una hora, cincuenta hombres cortan y ponen en haces media hectárea de terreno cubierto de yerba, que es lo que corresponde á la ración de cuarenta caballos.

Si el enemigo hostilizase al forraje, podrá contenerse con el tiroteo de las fuerzas de protección; pero si el ataque fuera importante y no pudieran estas fuerzas contenerlo, deberán los trabajadores suspender su faena y acudir en auxilio de ellas sosteniendo el fuego hasta el último extremo, que sería cuando se vieran obligados á recoger á toda prisa el ganado y efectuar una retirada ordenada.

*
* *

Muchas veces nos ocurrirá encontrarnos con grandes rebaños dentro de nuestros campamentos ó pueblos ocupados, ya por pertenecer á los naturales sometidos. ya por ser los que compra y sostiene la administración militar, ya, finalmente, porque sean el resultado de requisas hechas en territorios enemigos.

Estos rebaños, no pueden sostenerse por medio del servicio de forrajes, por las inmensas cantidades de yerba que diariamente habría que transportar, lo que ocasionaría un penosísimo servicio que vendría á aumentar los muchos que pesarán sobre las tropas; así es que no habrá más remedio que sacarlos todos los días

fuera de las fortificaciones para que pasten en los terrenos de los alrededores.

Interesándonos en extremo conservar estos rebaños, no podremos permitir que queden expuestos á un golpe de mano del enemigo, que encontraría en ellos abundantes recursos para vivir, al mismo tiempo que nos los quitaban á nosotros ó inutilizaban nuestros trenes de transporte.

No es el mayor peligro que corren los ganados el que pueda llevárselos el enemigo, porque esto será imposible la mayor parte de las veces, por las dificultades que encontrará para conducirlo á sus guaridas antes de que podamos caer sobre ellos con numerosas fuerzas; pero nada será más fácil á nuestros contrarios, que introducir espantos ó desjarretar las reses cayendo sobre los rebaños machete en mano como sucedía en la isla de Cuba, y dejando el campo cubierto de animales inutilizados que no podremos aprovechar ni aun para carne, por la gran cantidad de ella que habría en el suelo, pudiendo suceder, si entran los cadáveres en putrefacción, que se ocasione una epidemia.

Por esto es tan necesario establecer un servicio que puede llamarse de *pastoreo*, y que ha de desempeñarse con la misma exactitud y escrupulosidad que se desempeñan los demás servicios de la guerra.

Los ganados, conducidos por soldados ó naturales del país, no se alejarán mucho de la población ó campamento, y se nombrará un servicio de vigilancia que desempeñará su cometido en la misma forma que lo desempeña la fuerza de protección de un forraje. Será preciso, por lo tanto, establecer vigías en los puntos dominantes, en las copas de los árboles, en las encrucijadas que permitan descubrir grandes extensiones y, en general, en todos los puntos desde donde pueda apercibirse al enemigo con anticipación suficiente para hacer una seña convenida y retirar á toda prisa los ganados al interior de la población ó bajo la protección de los blockaus.

Lo mejor sería para evitarse este nuevo servicio, acostumbrar aunque sólo fuera á los bueyes, á comer en pesebres maíz ú otra semilla, pues á pesar de que cuesta algún trabajo al principio hacerles adquiririr esta costumbre, se consiguen, al cabo, resultados excelentes entre los que se cuentan la mayor fuerza y robustez que adquieren con la nueva alimentación.

Los ganados del enemigo debemos cuidarlos y conservarlos como si fueran propios, por los grandes elementos de vida y bienestar que pueden porporcionarnos. ¡Cuánto nos hemos arrepentido en la Isla de Cuba de aquel despilfarro de carne que tuvo lugar en los primeros años de la insurrección! ¡Cuántas veces hemos recordado, cuando la anemia, causada por la mala alimentación, se apoderaba de las tropas, los tiempos en que se destrozaba una res, cogida en el campo, para utilizar solamente sus sesos, su lengua ó sus riñones!

Cuando por efecto de una requisa se hubiera quitado al enemigo algún ganado, que incomodara la marcha de una columna destinada á operaciones activas, antes de sacrificar á los animales, deben conservarse para regalarlos á alguna tríbu alíada ó sometida, ó á algún espía ó práctico, y hasta para venderlos en algún poblado próximo, porque los intereses que hagamos nacer dando derechos á los naturales pacíficos sobre lo que pertenece á los que están en armas, pueden servirnos de mucho, siempre que la política de la guerra no se oponga á ello.

CAPÍTULO XIII.

El combate.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Movimientos envolventes.—Encuentro con el enemigo.—Ataque de un bosque.—Ataque de un campamento ó poblado.—Asaltos.—Ataques de noche.—Persecuciones.—Instrucciones del general Wolseley para el combate en el África occidental.

El combate es el acto supremo que ejecutan las fuerzas; todos cuantos esfuerzos se hacen para establecer los más completos planes de operaciones, atender al cuidado y conservación de las tropas procurándoles cuanto necesiten, y abrir las arcas del tesoro público, serían estériles si al llegar el momento del choque material no alcanzáramos la victoria.

Y no se piense que porque un ejército se considere muy superior á otro en organización, instrucción y medios de guerra, puede contar incondicionalmente con el triunfo al medir sus armas con las de sus contrarios, pues llena está la historia de sangrientos acontecimientos en los que las armas europeas se han visto humilladas y vencidas por enemigos valerosos que desconocen nuestra civilización y que no poseen nuestros poderosos medios de destrucción.

Por esto es necesario estudiar los medios de acción que poseen nuestras bien organizadas tropas, para emplear contra los enemigos de que tratamos aquellas condiciones que más nos convengan, y dejar olvidadas, para cuando tengamos que batirnos en Europa, algunas que imprescindiblemente han de tener en nuestro suelo los ejércitos que aspiren á la ¡victoria.

Como dice un distinguido general francés, entre los

pocos principios absolutos que existen en la guerra, se cuentan sin duda alguna los siguientes:

Nunca se debe combatir sin un objeto fijo.

Nunca se debe combatir sin un plan determinado.

El plan del combate debe ser conocido en el momento de la ejecución, por el mayor número de los que lo deban ejecutar.

No siempre hay necesidad absoluta de combatir.

A estos principios, pues, hay que atender en primer lugar, y después, aprovechar las especiales condiciones de cada arma, de cada tropa y de cada enemigo para conseguir el resultado apetecido en el momento del choque.

*
* *

En las guerras entre ejércitos regulares, rara vez tienen lugar los combates al arma blanca entre dos infanterías; el fuego es el principal elemento de fuerza, y en él estriba, por lo común, el éxito de las batallas; pero no sucede así entre dos ejércitos que combaten muy de cerca, cuando los combatientes llegan á luchar á brazo partido y los disparos se hacen á corta distancia. En las guerras irregulares los combates al arma blanca son frecuentes, y aunque una tropa bien organizada es temible para el enemigo en una carga á la bayoneta, y existen multitud de casos en que será necesario arrojarse sobre los contrarios después de hecha la primera descarga para batirlos con las armas blancas, es muchas veces peligroso arriesgar en una lucha personal el éxito de una acción, cuando el desarrollo material de nuestros enemigos y sus condiciones en el manejo de las armas cortas, son superiores á los de nuestros soldados, porque entonces la superioridad de nuestros elementos de fuerza sobre los del enemigo desaparece, las condiciones se equilibran y en algunas ocasiones nos será fatal la lucha personal entre los fornidos naturales del país, y nuestros soldados que quizás se encuentren débiles y calenturientos.

Por esto, siempre que nuestra superioridad estribe en el fuego, ha de rehuirse el combate con armas blancas, á no ser cuando el enemigo se encuentre quebrantado por las bajas causadas con nuestros proyectiles y comience á desorganizarse, concluyendo por huir, porque entonces, no estando su moral muy levantada, no tendrá otra idea sino la de correr delante de nuestras bayonetas. En todo caso, un ataque al arma blanca ha de ser rápido, enérgico, decisivo y llevado á cabo sin dudas ni vacilaciones de ningún género.

La ventaja de estos ataques consiste en la sorpresa é impresión que producen en el enemigo; un momento de duda, de temor ó de vacilación, puede bastar para que los contrarios se repongan y rechacen el ataque; una vez iniciado éste, es preciso á las masas, recurrir á todo el valor de que dispongan, hacer un esfuerzo de ánimo, aturdirse, no darse razón de otra cosa que de correr adelante y sólo adquirir conciencia de lo que se ha hecho cuando las bayonetas tropiecen con los cuerpos enemigos; así es que hay necesidad de hacer saber al soldado, y no descansar hasta que no se penetre bien de ello, que cuanto mayor sea el empuje del ataque y la velocidad de la marcha, menor será el número de disparos que hará el enemigo y que, por lo tanto, existen menos probabilidades de ser herido acometiendo rápidamente, sin titubear un momento, que efectuándolo por esfuerzos sucesivos, deteniendo la marcha, encogiéndose y no dando el mayor ímpetu á la acometida.

La precisión en el tiro es una de las condiciones que más recomiendan á una tropa, y en este concepto se prohibirá hacer fuego como no sea á pie firme; se evitarán al soldado en cuanto se pueda, los movimientos que lleguen á agitarlo en el momento de disparar, debiendo los jefes ser muy parcos en hacer marchar á sus tropas al paso ligero y á la carrera, á no ser cuando se quiera ocupar rápidamente una posición, cuando sea necesario despejar el frente de columnas que avancen, cuando hayan de reunirse ó desplegarse los tiradores, y

sobre todo, cuando se avance resueltamente hacia el enemigo para concluir de arrancarle el triunfo por medio del arma blanca.

El fuego es, por lo tanto, el elemento de acción más eficaz de la infantería, y su división en fuegos de descarga, á discrección y rápidos es conocida de todos los militares.

El fuego de descarga lo ejecuta una tropa disparando á un tiempo los soldados de ella á la voz de su jefe: es conveniente para contener las cargas de caballería cuando los caballos llegan á distancia suficiente para que se aproveche el mayor número posible de proyectiles. Contra una infantería no debe nunca hacerse fuego de descárga á una distancia mayor de 350 pasos, y en caso de que se ejecute se hará por filas como ordena nuestra táctica; esta clase de fuego es de mucha aplicación en las guerras irregulares, por el efecto moral que causa y por la idea de unión, disciplina y poder que adquiere el enemigo de quien lo emplea. La impresión que causa en nuestros contrarios ver caer heridos ó muertos á un gran número de sus hombres, es mucho mayor cuando caen á un tiempo, por el efecto de una descarga, que cuando van sufriendo las bajas sucesivamente, ocasionadas por los tiroteos y fuegos á discrección; sin embargo, estos últimos producen resultados evidentes cuando los que lo ejecutan no son soldados bisoños que disparan por aturdirse y que apenas apuntan.

Con el armamento de tiro rápido y, sobre todo, con el de repetición, hay necesidad de no originar un despilfarro de municiones disparando con demasiada velocidad, pues en las guerras de que tratamos, no siempre serán fáciles los municionamientos contínuos, y además del gran consumo de cartuchos que se hace, el humo denso que se produce delante de la tropa, incomoda la vista y fatiga los nervios. Para evitar tales inconvenientes, cuando haya de emplearse el fuego á discrección, ordenará el jefe el número de cartuchos que hayan

de dispararse, expresándolo en la voz de mando, y siempre será práctica conveniente ordenar á los soldados que lleven un paquete de cartuchos reservado, que no deberá romperse sin orden expresa de su jefe.

Dejando ciertos intervalos en el fuego á discrección, se consigue que quede un espacio de tiempo entre unos y otros disparos, que servirán para dar á entender á la tropa las nuevas órdenes, y para que el jefe de ella aprecie el consumo de municiones que se haga.

Fuego de velocidad, es aquel que alcanza por minuto el máximun de tiros que pueda disparar el fusil con que se haga fuego. Una tropa bien disciplinada en el fuego, puede esperar tranquilamente y recibir con fuego de velocidad á los infantes enemigos cuando éstos se encuentren á unos sesenta pasos; pero si la tropa no reune dichas condiciones, es preciso comenzar el fuego á los ciento, y en todo caso, no emplearlo nunca cuando el enemigo se encuentre á más de ciento cincuenta.

La distancia á que debe romperse el fuego contra hordas salvajes, no puede ser la que consignan los reglamentos europeos, pues las circunstancias varían notablemente. He aquí lo que el infatigable explorador portugués, Serpa Pinto, dice, hablando de la clase de guerra que es necesario practicar en el continente africano:

«La ventaja de los europeos sobre los salvajes no puede obtenerse sino por la eficacia de los fuegos. Dice el teniente Porter que un fuego comenzado á los 800 ó 1.000 metros de una multitud, puede decidir el resultado de un combate. Esto es un error demostrado en las babatallas de Insandwalana y de Yatombi-river y en otras en que los ingleses para salvar su honra han dejado sus vidas.

»El conocimiento que tengo del suelo africano me induce á sentar un principio que parece paradójico y es evidentemente cierto.

»Los naturales de África son tan extremadamente valientes, como extremadamente cobardes.

»Se apodera de ellos el sentimiento de la victoria y son fuertes, intrépidos y valerosos, llegando á convertirse cada soldado en un capitán, cada capitán en un héroe.

»Los invade el pánico y tornándose en pusilánimes y cobardes, huyen á la desbandada vergonzosamente.

»Es tan difícil á un jefe contener una horda en el ataque cuando se cree victoriosa, como lo es detenerla en una retirada cuando huye poseida del pánico.

»Esto, que es una verdad incontrovertible, debe determinar la línea de conducta del capitán europeo que tenga que combatir con salvajes.

»Si ante una multitud de ellos, un regimiento europeo rompe el fuego á 1.000, 800 y aun á 500 metros, dicho regimiento, por regla general, está perdido. Esto aconteció al 24.° de línea en Insandwalana y al ala izquierda del 80.° de línea, mandada por un amigo mío, el capitán Moriarty, en Yatombi-river.

»La multitud enemiga al escuchar el horrible ruido de la fusilería, dudaba en avanzar y llegó á pararse.

»Los Martini-Henry de los ingleses repetían sin cesar su inútil fuego, y los zulús que retrocedieron y temblaron ante el ruido de los tiros, como casi todo el mundo teme el estallido de la tormenta y luego sonríe viendo que el rayo no le ha herido, después de corta indecisión avanzaron de nuevo.

»De aquel movimiento dependió la pérdida de la brigada inglesa. A los 200 y 100 metros las balas desempeñaron su misión mortífera, pero ya fué tarde.

»Los zulús habiendo perdido el miedo en las primeras detonaciones que no les hicieron daño alguno, y empujados por su terrible impulso, llegaron y vencieron.

»Si Moriarty hubiese contenido su entusiasmo esperando al enemigo hasta la distancia de 80 ó 100 metros, distancia á la cual hubiera llegado receloso é inquieto por el silencio de los ingleses, si á esa distancia hubiera ordenado una descarga general, de la que no se ha-

bría perdido ni una sola bala, la vanguardia del enemigo hubiera sido aniquilada, y el resto hubiera huido desbandado por el efecto causado por tan destructor recibimiento.

»Es preciso pensar que los salvajes no tienen esa fuerza terrible de los ejércitos europeos que se llama disciplina, ni los sentimientos morales de nuestros soldados.

»Un distinguido oficial inglés á quien hablé en este sentido, aplicó tal sistema; nunca rompió el fuego á más distancia de 60 á 80 metros, y nunca dejó de contar una victoria por cada descarga.»

Estas poderosas razones determinan perfectamente la manera de emplear sus fuegos una infantería en las guerras irregulares.

Los jefes de las columnas, por lo tanto, tienen que ser muy parcos en el empleo de los fuegos, y siempre recordarán que un fuego arreglado á las circunstancias y ajustado á los alcances eficaces, y la marcha ofensiva, son para la infantería los principios fundamentales, aunque exijan á la vez una gran prudencia, una estremada intrepidez y una serenidad á toda prueba para esperar tranquilamente al enemigo con el arma preparada.

El fuego á corta distancia se hará apuntando al enemigo á las rodillas, y hacia esta misma altura se disparará cuando aquél esté oculto é invisible en el bosque, pues apuntando á la altura ordinaria, es posible que los proyectiles pasen por encima de las cabezas de los contrarios que pueden estar arrodillados ó tendidos en el suelo.

Concluida la acción, es conveniente pasar revista de municiones á las fuerzas que hayan entrado en fuego, para que antes de emprender la marcha puedan ser dotadas de cartuchos con las reservas que lleven los mismos soldados ó la columna, y en el caso de no llevarlos, ó cuando el consumo hubiera sido excesivo, se enviará dicha fuerza á la vanguardia, centro ó reta-

guardia, según sea el lugar menos expuesto, siempre que no haya tiempo para repartir entre toda la columna las municiones que lleven las tropas que no hayan entrado en fuego, y que tendrán, por consiguiente, completas sus dotaciones de cartuchos.

*
* *

Tratemos ahora de la caballería, aunque sea tan ligeramente como lo hemos hecho respecto la Infantería. Aquella arma representará un papel importante en los terrenos despejados ó llanos y será casi completamente inútil en los que cubiertos de frondosa vegetación, sólo permitan el paso á columnas de poco fondo por los senderos que lo atraviesen; pero como será muy raro, aun en tales terrenos, no encontrar sabanas, potreros ó grandes claros en el bosque, será conveniente emplear la caballería aunque no sea como elemento de combate, sino como medio de exploración ó de comunicación.

En los combates, el fuego de la caballería es, por lo regular, incierto y poco eficaz, así es que sólo lo empleará para entretener al enemigo desplegándose en tiradores, á retaguardia de los cuales se organizan las fuerzas de infantería que han de acometer á los contrarios; pero cuando éstos avancen sobre los jinetes, ofendiéndoles demasiado con sus fuegos, será un sacrificio inútil mantenerlos á pie firme sosteniendo el tiroteo; es preciso entonces que la caballería, si es numerosa, avance cargando, ó que se retire si es escasa; sin embargo, cuando alguna fuerza montada se viera, á consecuencia del ardor del combate, acosada por el enemigo y lejos de la columna de que forme parte, deberán los soldados elegir una altura ó posición favorable, echar en ella pie á tierra y romper el fuego, atrincherándose detrás de sus caballos ó como puedan, para esperar á que la columna los socorra. Esto practicó una fuerza de caballería que flanqueaba una columna nu-

merosa en la Isla de Cuba: viéndose rodeada de repente por gran número de fuerzas insurrectas, mandadas por Máximo Gómez, el mejor general de la insurrección, y no pudiendo cargar y batir con el arma blanca á tan superiores fuerzas, corrió á refugiarse en una altura próxima, desde donde pie á tierra y defendiéndose con el fuego de sus carabinas, contuvo y rechazó varios ataques impetuosos del enemigo, hasta que la columna principal, acudiendo al ruido del combate, hizo retirar á aquél con sólo su presencia.

La principal fuerza de la caballería está en la carga y en el arma blanca. Una caballería decidida en terreno abierto, puede hacer proezas al cargar á un enemigo, que no poseyendo la cohesión y fuerza de los ejércitos europeos, es fácil deshacer y derrotar completamente si llega á esperar el choque.

Las cargas deben efectuarse á discrección, pues no existiendo líneas ni cuadros, el efecto moral causado por multitud de jinetes que ocupan gran espacio y que avanzan individualmente, es mucho mayor que el que ocasiona una masa compacta; en estas cargas, el jefe de la caballería marchará al frente de la fuerza, en los primeros momentos, para dar impulso y empuje á la carga; pero en seguida quedará detrás con la reserva y un soldado que lleve un guión ó estandarte de color vivo, que siempre tendrán los escuadrones, para que sirva de señal en el punto de reunión. Al cargar, se tendrá mucho cuidado de no llegar demasiado lejos y siempre llevar reserva.

Existen pueblos que, como los árabes, al ser cargados por la caballería, vuelven grupas sus jinetes simulando una retirada, y al llegar á cierta distancia, ejecutan rápidas y hábiles evoluciones á derecha é izquierda, sacrificando luego á los rezagados, heridos y desmontados y hasta cargando por retaguardia á la caballería que, con la velocidad adquirida, sigue corriendo detrás de un enemigo imaginario.

Por estas razones, es conveniente siempre cargar

con cierta malicia y precaución, y en caso de encontrar durante la carga algún río ó pantano, difícil de atravesar, no pasarlo hasta que estén reunidos en la orilla suficiente número de soldados.

El comandante de la fuerza que cargue, tendrá siempre á su lado al trompeta, el guión y la reserva, y estará siempre atento á todas las peripecias de la carga, vigilando los flancos y observando el estado moral en que se encuentren sus soldados y el enemigo, para ordenar rápidamente lo que fuere necesario.

*
* *

La artillería en el combate, ha de tener siempre presente, que rara vez encontrará á su frente enemigos organizados, ni con la fuerza de cohesión suficiente para que los cañones puedan abrir anchas brechas en sus filas.

El emplazamiento de las piezas, la elección del proyectil que haya de emplearse en cada caso y la velocidad del fuego, han de ser determinados por el jefe que mande la columna, de acuerdo con el comandante de su artillería, al que deberá comunicarle, antes de alguna operación importante, los proyectos y movimientos que hayan de ejecutarse, en la parte que se relacione con la artillería, para que pueda tomar sus disposiciones y hacer sus preparativos, sin tener necesidad de alterarlos á cada momento.

En tanto que sea posible, se colocarán las piezas fuera del alcance de la fusilería enemiga y á distancia en que las alzas y cargas sean conocidas, para obtener un fuego eficaz. En general, es preciso evitar emplazar la artillería demasiado cerca de nuestros adversarios, porque no solamente muchas veces el efecto que cause será nulo, sino que se expondrán las baterías á ser arrolladas por esos ataques impetuosos que acostumbran á ejecutar los enemigos á quienes no imponen las bocas de fuego, y que aunque no dan por resultado la

pérdida de las piezas, motivan grandes bajas en los artilleros, tanto más sensibles, cuanto que no pueden reemplazarse en el campo de batalla y en la zona en que opere la columna. No es conveniente tampoco emplazar la artillería en puntos muy elevados, porque sus tiros no causarán todo el efecto que es dado esperar de ellos; así es que no se deben subir las piezas á las cúspides de las montañas ni á los bordes de esas cortaduras que existen casi perpendiculares y que aparentemente parecen muy convenientes por ser inaccesibles para el enemigo, porque desde ellas el tiro será muy fijante y, por lo tanto, poco eficaz, y en un momento apurado, la retirada sería muy difícil.

Las avenidas de los valles son generalmente campos de tiro muy ventajosos, y se obtienen excelentes resultados situando la artillería en las suaves colinas que los enfilan, pues de este modo, se podrá descubrir desde lejos los caminos, avenidas y veredas; puede sentarse, como regla general, que se considerará como mal situada una batería, cuando desde ella no se descubra el pie de la altura sobre que esté emplazada, pues libre el enemigo de los tiros rasantes y de rebote, y hasta de los fuegos de la infantería, podrá escalar la posición y poner en grave apuro á los artilleros.

Para ocultar las baterías de la vista del enemigo, bastará retirar las piezas de manera que queden debajo del plano tangente á la altura que estén, tirado desde el punto donde se encuentre el enemigo, pues de este modo, no solamente se descubre mayor campo de tiro, sino que se estará algo resguardado de los fuegos contrarios.

Los terrenos donde abundan las rocas y piedras, no son favorables para el establecimiento de baterías, por la dificultad con que se tropezará en los movimientos que se efectúen, y porque los proyectiles enemigos, al chocar con el suelo, harán saltar multitud de trozos de piedra, que son otros tantos proyectiles, que pueden causar daños de consideración en las piezas en los sir-

vientes y en las fuerzas de sostén; también debe huirse de emplazar baterías en la proximidad de bosques ó terrenos con obstáculos, donde pueda ocultarse el enemigo y le sea fácil efectuar algún golpe de mano sobre nuestras piezas que, al ser apuntadas hacia el lado por donde sean atacadas, no podrán ofender á los que atacan, porque estarán cubiertos hasta el momento de llegar á ellas.

Hay que tener en cuenta, cuando el enemigo tenga artillería, las condiciones de ésta, el empleo que de ella hace y la inteligencia de los sirvientes de las piezas. En algunos pueblos como los malayos, los joloanos y, antes, los chinos, la artillería está montada en malísimas cureñas, y generalmente empotrada con punterías fijas, por carecer los artilleros de los conocimientos exactos de las alzas y de las distancias. Es claro que conocidas estas circunstancias, la artillería enemiga sólo nos causará daños insignificantes, y en tal caso, no sólo se efectuarán los ataques como si no existiera, sino que podrán situarse baterías en puntos elegidos, de tal modo, que los proyectiles enemigos no las ofendan absolutamente nada. En la guerra de China, el ejército anglo-francés se aprovechó de la ignorancia en que estaban sus enemigos, respecto el uso de las alzas; los fuegos de la artillería china, eficaces contra las columnas de ataque cuando se encontraban á la distan de 1.000 á 1.200 metros, que era á la que estaban acostumbrados los artilleros á tirar, (1) fueron inofensivos en cuanto las distancias se hicieron más cortas.

Por último, el emplazamiento de las piezas debe esar en armonía con el objeto á que éstas se destinan,

(1) Los cañones fabricados por los chinos, á pesar de tener dimensiones colosales, no tenían grandes alcances; hoy, la reciente guerra con los franceses demuestra, que aquel pueblo, si bien no ha conseguido completamente infundir valor y conocimientos á sus soldados, tiene un excelente material de guerra de fabricación europea y norte-americana.

según se trate de contribuir á la derrota del enemigo en una acción campal, de batir las fortificaciones en que se parapete, ó de arrasar alguna aldea, pero siempre se elegirán sitios un poco elevados para que el campo de tiro sea extenso, pudiendo construirse ligeramente algunas obras con troncos y tierra, con el objeto de que, elevando las piezas del suelo, su frente quede despejado de obstáculos y pueda herir al enemigo aunque se oculte en zanjas ó pliegues del terreno (1).

Donde más aplicación tendrá la artillería, será en los fuertes y campos atrincherados que se construyan para asegurar la conquista, para sostenerse en una posición determinada durante una cierta época ó, por último, para establecer puntos de apoyo y bases de operaciones. En estos casos, como decimos, la importancia de la artillería es indiscutible, pues una ó varias piezas harán sumamente fuerte cualquier posición elegida, lo que permitirá disponer de mayor número de hombres para las operaciones activas.

La colocación de las piezas, su emplazamiento, ya sea en barbetas ó en cañoneras, su situación respecto las caras del fuerte etc., dependerá de las condiciones de la localidad y del alcance de las armas enemigas, teniéndose siempre en cuenta el terreno que hay que batir, ó los objetos particulares que tenga á su cargo cada pieza, tales como la protección de un puente, la defensa de una avenida, etc.

Respecto á los fuegos, proyectiles y cargas que deban emplearse, nuestros oficiales de artillería saben de sobra cuanto concierne al asunto, y siendo éste exclusivamente de su incumbencia, nada diremos de él;

---

1) En una de las expediciones de nuestro ejército á Joló, se vieron nuestros soldados obligados á detenerse junto un gran árbol, en cuya copa, apoyándola en las ramas más fuertes, establecieron una explanada con gruesos tablones. y colocaron sobre ella una pieza de artillería dominando al fuerte ocupado por el enemigo, que fué desalojado de este modo sin tener que recurrir á las columnas de ataque.

sin embargo, creemos importante, por lo que se relaciona con las cargas reducidas, extractar algunas advertencias que se hicieron al ejército holandés al emprender la campaña de Atchim, respecto el uso de los fuegos de la artillería, ya que en las guerras irregulares nos veremos, casi siempre, obligados á hacer fuego á corta distancia.

Hizo saberse que con los cañones de montaña de 0^m,08, podían dispararse granadas, shrapnels, botes de metralla y bombas. Las granadas estaban destinadas para distancias de unos 2.000 pasos contra masas enemigas profundas; los shrapnels para distancias de unos 1.200, y la metralla para la de 200 á 400, á pesar de que las formaciones del enemigo, casi siempre oculto, y la disposición especial del terreno en aquellos países, permitió rara vez el empleo de la metralla. Se previno que el tiro con granada, á distancias medias, era eficaz contra empalizadas, construcciones ligeras y muros sin gran fuerza de resistencia, y que las bombas eran útiles á las distancias de 300, 600, 900 y 1.200 pasos, con pequeñas cargas, disparadas en ángulos de 20° con la culata de las piezas enterradas; que los morteros de 0^m,12 podrían disparar proyectiles á las distancias de 300, 400, 600, 800, 900, 1.000 y 1.200 pasos, en ángulos de 45°, con cargas variables de 2, 5 y 7 decágramos y, últimamente, que los botes de metralla, tirados por los morteros con cargas de 7 decágramos y á la distancia de 400 ó 500 pasos, podían servir de granadas incendiarias contra edificios de maderas y bambúes, aconsejándose también que á mayor distancia de 1.200 metros, para los cañones, y 600 para los morteros, se debía tirar muy raramente.

Sabido es que al emplazar una batería, es preciso dotarla de una fuerza de sostén que, en caso necesario, rechace las cargas decididas del enemigo sobre las piezas. Estas fuerzas han de estar bajo la dirección del jefe de la batería, y marcharán siempre próximas á ésta en los movimientos que se vea precisada á ejecutar,

debiendo el citado jefe, en caso de no considerar suficientes las fuerzas que se le hayan asignado, reclamar, bajo su responsabilidad, los refuerzos que juzgue necesarios, al comandante de tropas más próximo, que no vacilará en dar la protección que se le pide, y hasta fijar su atención, acudiendo al lugar del peligro, para impedir un desastre ó la pérdida de las piezas.

La colocación del sostén no es indiferente; es preciso que esté situado en el punto opuesto de aquel hacia donde se dirige el humo producido por los disparos de la artillería, y nunca entre las piezas ni detrás de la batería, porque sería exponerlo á bajas inútiles.

Si la artillería estuviera situada en una posición dominante, pueden establecerse delante de ella tiradores bien cubiertos entre los matorrales ó detrás de los obstáculos, aprovechando las desigualdades del terreno con su reserva, que será una fuerza distinta de la de sostén, y tanto unos como otros, efectuarán movimientos ofensivos cuando se les presente la ocasión, dedicando siempre toda su atención, cuando la batería dispare contra artillería, en poner fuera de combate á los artilleros enemigos.

***

Los movimientos envolventes tácticos, bien dirigidos é inteligentemente ejecutados, son armas poderosas de que podemos valernos para vencer á nuestros contrarios en el campo de batalla, aunque también debemos guardarnos de los que pueda ejecutar el enemigo, pues raro será el pueblo que no conozca los resultados asombrosos que se obtienen cuando se logra envolver á una tropa en el campo de la acción, acometiéndola por dos ó tres puntos á la vez, como difícil será que alguno, sin tener un cierto grado de ilustración, conozca los movimientos envolventes estratégicos y pueda llevarlos á cabo con acierto é inteligencia.

Esta es la razón de que la generalidad de los pueblos poco civilizados, teman tanto los movimientos

tácticos de dicho género que practican nuestras tropas, pues conociendo el efecto que causan por haberlo presenciado en sus luchas intestinas ó fronterizas, y empleándolos muchas veces como sistema, temen sufrir los desastres que en su modo de atacar piensan causarnos. Es imposible describir el efecto que siempre han causado á las tropas irregulares dichos movimientos, según hemos podido apreciar en la mayor parte de las guerras que hemos tenido presente para escribir este libro. El miedo á caer prisioneros, la falsa idea que tienen formada de nuestros procedimientos, el temor á verse separados de los suyos, es tal, que creemos prefieren la muerte, en muchos casos, á encontrarse en nuestro poder, así es que todo lo abandonan al sospechar que puede ser cortada su retirada. Un ejemplo notable de lo que decimos, nos presenta la toma de Kratón, capital y posición formidable del reino de Atchín, que se entregó á los holandeses sin disparar un tiro, en cuanto vieron los defensores que las tropas enemigas iniciaban un movimiento envolvente que iba á cerrar el cerco de la plaza.

Este temor de nuestros contrarios debemos siempre aprovecharlo, y nunca efectuar un ataque directo, que puede ser de éxito dudoso ó costar mucha sangre, cuando podamos conseguir nuestro objetivo por medio de un movimiento táctico envolvente. Ahora bien, si el objeto de nuestra acción es chocar contra el enemigo, hacerle sentir daños materiales y darle pruebas del efecto de nuestras armas, nada conseguiríamos con que abandonara una posición y se retirara hacia el interior ó hacia donde le conviniera, retardando el momento de la lucha; en tal caso, los movimientos envolventes que ejecutemos han de ir dirigidos, no á hacerle abandonar las posiciones en que esté establecido, sino á cogerle prisioneros, y por lo tanto, el movimiento no se iniciará nunca antes de haberse empeñado el combate.

Generalmente las columnas que marchan recorriendo el país, llevan por exclusiva misión buscar y batir al enemigo, y es preciso, por lo tanto, que siempre vayan preparadas y dispuestas para desempeñar con éxito su cometido.

Unas veces, al encontrar al enemigo, será conveniente arremeter contra él con bravura y decisión con las tropas más próximas al sitio que aquél ocupe, y disponer en seguida el plan de ataque que han de seguir las demás tropas; otras, quizás convenga practicar un ligero reconocimiento antes de hacer entrar los batallones en fuego; pero siempre, ya sea al acometer resueltamente, ya al envíar fuerzas que reconozcan la situación, clase y número del enemigo, se deberá ocupar, con una fracción de la columna, alguna eminencia, montículo ó sitio á propósito, para que allí se resguarde la impedimenta y, en caso de fracaso, para proteger la ordenada retirada de las tropas.

Cuándo el ataque debe ser lento, y cuándo resuelto y vigoroso, depende de muchas circunstancias que el talento del jefe superior debe saber apreciar rápidamente, en vista de sus conocimientos acerca del país, extructura del suelo, carácter y fortaleza del enemigo y modo que tenga de guerrear.

Generalmente, el ataque que más rápidos resultados alcanza, es el rápido, impetuoso y decisivo; pero algunas veces el excesivo ardor es causa de grandes desastres, si no para toda una columna, para alguna parte de ella, que puede verse sériamente comprometida y obligar á las restantes tropas á empeñar combate, quizás en malas condiciones para salvarla. En algunos casos, cuando ocupemos una buena posición, desde la cual podamos causar grandes pérdidas al enemigo con el fuego de nuestra artillería, el ataque podrá ser lento, para dar lugar á que nuestros contrarios adquieran una idea falsa de los fuegos de nuestra infantería y se adelanten hacia nuestras posiciones, porque entonces se les recibirá con nutridas descargas que lo quebrantarán

seguramente, en cuyo momento, se acelerará rápidamente y sin vacilar el ataque.

Pero en todo caso, hay que tener mucho cuidado y no dejarse engañar, pues muchos pueblos, y entre ellos los árabes, despliegan sus fuerzas al avistar á sus enemigos, ejecutan movimientos, maniobran con su caballería, y se llevan tras ellos las columnas de ataque, en tanto que sus fuerzas principales, sus familias y sus ganados, escapan en dirección distinta.

En la Argelia observaron los franceses que cuando aparecían los Kábilas por la izquierda de las columnas, podía asegurarse con certeza que los rebaños, familias y bagajes estaban ocultos en alguna cañada situada á la derecha, y que si cedían fácilmente el terreno en una dirección determinada, era señal segura de que procuraban atraer á las tropas á sitios lejanos de aquellos donde tenían sus ganados y aduares.

Pero como la guerra contra ciertos pueblos no puede circunscribirse á vencer y destrozar sus fuerzas militares, porque nada significa para ellos una ó varias derrotas, es preciso, para dominarlos y reducirlos á la obediencia, atacar sus intereses morales y materiales. Muchas veces no se consigue nada marchando continuamente detrás del enemigo dejando á retaguardia terrenos inexplorados y tratando sólo de entablar combate con él; es necesario hacer sentir nuestro poder á las tríbus, destruir las aldeas, aduares ó poblados, cortar los árboles frutales, quemar las recolecciones y apoderarse de las mujeres, niños, viejos y ganados.

Otras veces, sobre todo en las insurrecciones de las colonias, lo que nos interesa sobre todo es dominar al elemento armado, que con su influencia en el país, sus procedimientos de terror ó sus afecciones personales mantiene en rebeldía una parte de la población, que sin su apoyo se sometería fácilmente á la obediencia. Entonces produce excelentes resultados una práctica completamente opuesta á la que acabamos de indicar. Hemos presenciado, en la isla de Cuba, llegar una columna

á una estanciería de insurrectos, de la que escaparon á toda prisa los hombres útiles dejando en nuestro poder varias mujeres que fueron cazadas como fieras en la manigua, donde intentaban esconderse, y á algunos hombres enfermos y baldados que no pudieron moverse de sus lechos de varetas. Aquellos desgraciados nos miraban con un espanto indescriptible y temblaban poseídos de un pánico difícil de explicar; algunas muchachas no habían visto en toda su vida á nuestras tropas y les habían hecho adquirir tal idea de nosotros, que difícilmente podía convencérseles de que no esperaran el menor daño. Los soldados, á una indicación de sus jefes, se apresuraron á dar á los prisioneros galleta, arroz y algunas golosinas, y la columna siguió su camino dejándolos en libertad después de haberles asegurado que no éramos tan inhumanos como les habían hecho creer; pues bien, á los pocos días, todos aquellos infelices acompañados de algunos hombres útiles, que llevaron á la espalda á los enfermos, se presentaron medio desnudos en uno de nuestros campamentos de batallón, distante algunas leguas de la estanciería sorprendida. En el campamento, los mismos soldados ofrecieron sacos vacíos á las mujeres para que se hicieran trajes, y todos marcharon á la cabecera de la brigada, donde fueron socorridos y alojados. Aquel hecho comenzó á determinar un movimiento general en muchas familias insurrectas, que contínuamente venían á presentarse á nuestros campamentos.

La política de la guerra desarrollada por el General en Jefe ha de ser, por lo tanto, la que indicará la manera como han de conducirse las tropas.

*
* *

Poco tenemos que decir respecto al ataque en terrenos llanos y despejados, donde pueden maniobrar fácilmente las tres armas, y donde el genio militar del que mande es la principal base del éxito, porque nuestros reglamentos tácticos y libros profesionales contie-

nen cuantas ideas y elementos son necesarios para formar un plan de ataque y desarrollarlo con seguridad, orden y brillantez, y además pensamos que esas concepciones rápidas que constituyen el genio, no se aprenden en los libros ni necesitan para desarrollarse el estudio del gabinete; son más bien el resultado de los ejercicios prácticos, de las maniobras y, sobre todo, de las múltiples circunstancias que se reunen en cada caso determinado, que son apreciadas rápidamente por el jefe superior de las tropas en el momento supremo del combate; haremos, sin embargo, algunas indicaciones relacionadas con el estudio concreto que venimos haciendo, sin la pretensión de que deban ser seguidos extrictamente los principios que sentemos, sino más bien con el deseo de presentar moldes á que puede ajustarse la conducta de los jefes en ciertas operaciones propias de las guerras irregulares, que podrán ser modificadas ventajosamente por el talento de los encargados de la dirección de un combate.

Nada es más fácil, en las guerras que estudiamos, que vernos obligados á batir á un enemigo posesionado de un bosque, ya vayamos marchando por él, ya lo encontremos á nuestro frente en las operaciones que practiquemos por las llanuras. Al principio de la acción toda la ventaja estará de parte del enemigo que ocultamente podrá examinar y apreciar nuestros movimientos; pero una vez puesta nuestra planta en el bosque ó habiendo llegado á cruzar nuestras armas con las contrarias nos encontraremos unos y otros en iguales condiciones; lo mismo que ellos, podremos ocultar las fuerzas y los movimientos, y la misma dificultad hallaremos para conservar la unidad de mando y la vigilancia directa de los jefes, quedándonos, sin embargo, la libertad de elegir los puntos de ataque y la notable superioridad en táctica, disciplina y armamento.

Por estas razones, nuestro primer interés será apoderarnos de la linde del bosque, si llegamos á él marchando al descubierto, ó extender nuestras fuerzas por

dentro de la espesura si vamos caminando á la desfilada por un terreno muy cubierto de vegetación. La artillería podrá emplearse con éxito, en este primer período del combate, para contener al enemigo con su metralla si intentara atacarnos en el momento en que las tropas maniobran y dar lugar á que fuertes guerrillas avancen por las alas haciendo fuego rápido y avanzando con la celeridad posible por dentro del monte.

Las reservas no avanzarán ó no entrarán en el bosque hasta adquirir la certeza de que ningún punto de la nutrida línea de tiradores ha sido arrollado por el enemigo, para que conservándose compactas, unidas y preparadas, puedan acudir prontamente adonde fuese necesario.

Quebrantado el enemigo, cesará en sus fuegos la artillería, y las guerrillas avanzarán resueltamente procurando siempre mantener el contacto con aquél, para en todo tiempo saber la dirección que toma en su retirada: si encontraran en su movimiento de avance algún claro en el bosque, no lo atravesarán, sino marcharán por dentro del monte rodeándolo, como dijimos en otro lugar.

Generalmente, el enemigo se retirará por las líneas más practicables que existan en el bosque, que serán los caminos, sendas ó arroyos, y por ellos debemos llevar nuestras reservas y la caballería para aprovechar algún claro y acuchillar á los fugitivos, lo que también prodrá conseguirse, si el bosque no fuera demasiado grande, destinando una columna fuerte en caballería para que practique un movimiento envolvente al mismo tiempo que el resto de las fuerzas acometen de frente al enemigo.

La primera idea que es necesario despertar en los soldados bisoños que deban batirse en los bosques, es que nunca estarán más seguros que dentro de ellos y fuera de los caminos. Sucede á veces, cuando una columna marcha por un espeso bosque y es de repente atacada por el enemigo, que los soldados se amonto-

nan en el camino, miran á todos lados sin conocer de donde viene el ataque y pernanecen indecisos presentando un excelente blanco á los proyectiles enemigos, y siendo, al cabo, víctimas de las armas blancas contrarias, á las que tanto temor suelen tener.

Por esto es necesario aconsejar á los soldados que á los primeros tiros enemigos que sientan, se arrojen rápidamente al monte á derecha é izquierda del camino, preparen sus armas, den la espalda al camino y estén atentos á lo que ocurra en la espesura, rompiendo el fuego en cuanto se cercioren que tienen enfrente á los enemigos, sin esperar, á veces, la orden de sus jefes.

*
* *

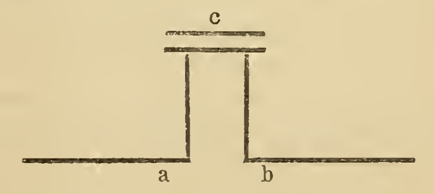
Es frecuente en la guerra, por más que sea algo difícil sorprender á un enemigo astuto y guerrero, que podamos efectuar un ataque nocturno contra algún campamento, aduar ó poblado enemigo, y no huelga que indiquemos la manera como puede ejecutarse la operación.

Al dejar nuestro campo, la columna debe aligerarse todo lo posible de cuanto pueda incomodar ó detener su marcha, llevarse el mayor número de cornetas, dejando, á ser posible, la impedimenta y la artillería bien custodiadas en el campamento y tomar, al dejarlo, una dirección distinta de la que debiéramos seguir, siempre que sea posible, y describir una gran curva para caer sobre el enemigo. Al llegar á la vista de las hogueras del campamento contrario, es decir, á poco más de una legua de él, se mandará sentarse á las tropas con el mayor silencio, dándoles la orden absoluta de no contestar á los disparos de los exploradores ó centinelas enemigos, sino mandándoles que cuando sientan dichos disparos, detengan sus movimientos, guarden silencio y se acuesten pausadamente en el suelo. Se les advertirá también que lleven los fusiles descargados y la misión que van á desempeñar, y se les recomendará la mayor energía en el momento en que

suene la señal de ataque. El jefe superior explicará con gran claridad su pensamiento y el plan de ataque á sus subalternos, enterando separadamente á cada uno de lo que ha de ejecutar, y eligiendo, entre todos, los más á propósito para las distintas misiones que haya de encomendarles, sin sujetarse á turnos ni formalidades, como recomienda nuestra Ordenanza. Enterados todos y cada uno de los individuos que compongan la columna, de su cometido especial, emprenderán la marcha las tropas de manera que lleguen al campo enemigo media hora antes de salir el sol. Hasta aquel momento las voces de mando se darán en voz baja; pero una vez hecha la señal convenida por el jefe de la columna, todas las cornetas tocarán *fuego* y las tropas romperán un fuego rápido tan veloz como puedan.

Es fácil que, ya alarmado el enemigo, tenga una fracción de la columna que salvar, atravesándola, alguna avenida ó calle, bajo el fuego de una barricada ó parapeto que las defienda, ya para efectuar un movimiento envolvente y atacarla de flanco ó revés, ya por otro motivo. En tal caso, en vez de efectuar el paso con todos los soldados á la vez, puede ponerse en práctica el procedimiento que llaman los alemanes *reunión al frente* que se practica del siguiente modo:

Se empieza por detener y reunir toda la tropa en *a* resguardándola de la vista y fuego del enemigo que se supone parapetado en *c*, en seguida, un grupo de soldados, la escuadra que va en cabeza, por ejemplo,



salva á la carrera el espacio comprendido entre *a* y *b* quedando al abrigo de este segundo punto. En cuanto cesa el fuego á que ha dado lugar el paso de la primera

fracción, la escuadra siguiente se lanza á la carrera á una señal del jefe; así sucesivamente pasan todas las tropas haciendo los intervalos irregulares, y siempre en el supuesto de que el enemigo está sin comunicaciones visibles con ellas.

Hechas las primeras descargas, el jefe mandará tocar ataque y una vez oido este toque, los soldados suspenderán el fuego, armarán la bayoneta y se arrojarán impetuosamente sobre el enemigo sin titubear un momento, con la seguridad de que si han podido llegar á romper el fuego sin que los contrarios se hayan dado cuenta de su presencia, el éxito es seguro y no hay tropas que resistan un ataque de este género.

Desbandado el enemigo, el jefe mandará tocar alto, y la tropa se reunirá para volver á su campamento, para esperar á las demás fuerzas, ó, si estuviere independiente, para perseguir ordenadamente al enemigo. Si éste se dispersa, el jefe superior decidirá si conviene fraccionar del mismo modo á las tropas ó seguir la persecución del grupo más numeroso.

*
* *

Si el campamento ó poblado estuviere rodeado de alguna empalizada ó muralla de poca consistencia, es necesario llevar preventivamente escalas ó aparatos para abrir brecha, si no pudiese acompañar alguna pieza de artillería ó artificio de guerra á la columna encargada del ataque.

Fácilmente puede construirse un ariete cuando se dispone de algunas vigas ó troncos de árboles que puedan ser manejados con comodidad, pues bastará unir con cuerdas cuatro de ellos por una de sus extremidades, formándose así una especie de armazón de cuatro pies de cuyo vértice se suspende un madero horizontalmente que manejado por algunos hombres puede golpear fuertemente contra la estacada ó pared que se desee derribar, lo que se conseguirá fácilmente si no tiene mucha consistencia. En este caso, el ataque al poblado

ó campamento debe ser efectuado por varios puntos á la vez, vigorizándolo por un sitio distinto de aquel donde trabaje el ariete, para distraer y engañar la atención de los defensores.

Si se emplearan escalas, hay que tener mucho cuidado con que no sean cortas ni largas, sino próximamente de la longitud precisa para que pueda un hombre subir fácilmente á lo alto de la estacada ó muro, y esta longitud podrá apreciarse teniendo en cuenta la altura que suelen dar los naturales á dichas defensas, pues aunque varían de un país á otro, en uno mismo serán próximamente iguales, por estar en relación con las armas y medios de combatir usuales en el país ó en territorios vecinos.

Más perjudicial es que las escalas sean muy largas que queden algo cortas, pues en este caso, pueden unirse dos hasta que resulte la longitud necesaria y en el primero ocurrirían graves contratiempos sino existieran sierras ó hachas para cortarlas, por lo incómodo que resulta saltar dentro de una estacada cuando la escala sobresale mucho de su parte superior. La imprevisión de llevar escalas de excesiva longitud nos costó numerosas bajas en uno de los asaltos que dieron nuestras tropas en Joló, pues iniciado el ataque y marchando nuestros soldados con gran ímpetu sobre un fuerte ocupado por los piratas, llegaron al muro, pusieron las escalas, subieron por ellas y ya en lo alto, tuvieron que detenerse y cortar á hachazos lo que les incomodaba para entrar en el fuerte, sufriendo en la operación un nutrido y convergente fuego de los enemigos que lo ocupaban.

Á propósito de los asaltos á las fortificaciones y poblados enemigos, recomendaban los holandeses á las tropas destinadas á Sumatra, en unas instrucciones generales que se repartieron al comenzar la guerra, lo siguiente:

«La historia de nuestras guerras indianas ofrece numerosos ejemplos de ataques desgraciados, porque

no estábamos bien provistos de medios de explosión para los muros, empalizadas y parapetos.

»En su consecuencia, todo comandante de columna expuesto á encontrar una obra enemiga sobre un camino, debe, bajo su responsabilidad, ir provisto de un suficiente número de escalas de asalto, y de una cierta cantidad de pólvora ó *litho-fracteur* (1).

»Como la mayor parte de los *coolíes* (2) que llevan las escalas las arrojan en el momento crítico, hay necesidad de hacer las prevenciones siguientes:

»Las escalas tienen 3,40 metros de longitud y 0,40 de ancho; reunidas dos alcanzan de longitud 4,85.

»Cada compañía tiene seis escalas.

»Cuando no se dispone de un número suficiente de zapadores, se hacen adelantar seis hombres por escala haciéndoles que se numeren. Los números 1 y 2 llevan la escala y la aplican contra el muro ó parapeto; el número 1 queda abajo sosteniéndola, los números 2 y 3 quedan también abajo recibiendo á sus compañeros heridos ó disparando contra todo el que aparezca en el parapeto. En seguida que la escala está situada sube por ella el número 4 seguido inmediatamente por los números 5 y 6 y en seguida el 3 toma igualmente parte en el asalto. Si la columna lleva zapadores, corresponde á ellos la tarea de los números 1 y 2.

»Las escalas deben colocarse lo más verticalmente posible; pero de tal modo, sin embargo, que el enemigo no pueda arrojarlas á tierra empujándolas y que el asaltante pueda subir sin molestia.

»Cada columna de ataque debe llevar con ella algunas granadas de mano ó petardos.

....

»Por regla general los terrenos sobre los que se han acumulado defensas deben en lo posible, ser envueltos.

(1) Sustancia explosiva de mayor poder que la pólvora ordinaria.

(2) Cargadores indígenas.

»El franquear un seto de *bambu-doeri* (bambú espinoso) es una de las operaciones más difíciles.

»Para conseguirlo se elige un saliente en el que se tratará de practicar una abertura, y se intentará arrojar á los enemigos ocultos detrás del obstáculo, con un vivo fuego de cañón y fusilería.

»Algunos ingenieros ó gastadores, cubiertos por suficiente número de tiradores, se aproximan al seto; estos tiradores se establecen en las inmediaciones del punto por donde se ha de penetrar y se cubren lo mejor que puedan protegiendo á los trabajadores.

»Si el punto atacado es envuelto, disparos bien dirigidos deben apagar el fuego de flanco enemigo.

»Los trabajadores pueden cubrirse con sacos de tierra.

»A un metro próximamente del lindero cavarán un hoyo de unos 30 ó 40 centímetros de lado y un metro de profundidad, con una pendiente de 45° en cuyo fondo se depositará una carga de 25 kilogramos de pólvora, atacándola bien con tierra.

»Un salchichón, da fuego á la mina y la explosión abre en el seto una brecha suficiente para dar paso á varios hombres de frente.

»El establecimiento de la mina se hará con preferencia de noche, pues este trabajo exige tranquilidad y silencio.

»De día, un sargento y dos soldados pueden terminar la operación en media hora.

»Los setos de bambú ordinario ó de otros arbustos dan menos trabajo. Bajo la protección de los tiradores, algunos hombres con hachas, machetes ó cuchillos, abren fácilmente una brecha.

»Las ramas ó bambús cortados se arrojan á los lados sujetándolos con cuerdas armadas de corchetes á fin de desembarazar el paso.

»Las talas sencillas pueden ser destruidas del mismo modo, y si están construidas con árboles y ramas secas es fácil incendiarlas.»

*
* *

Cuando el enemigo esté advertido ó lleguemos á tropezar con él sin haber tenido tiempo de reconocer sus posiciones y disponer el ataque, los combates de noche rara vez nos proporcionarán alguna ventaja. El jefe de nuestras tropas, sin idea preconcebida, quedará algo perplejo antes de comenzar á dar sus órdenes; los soldados sorprendidos, acometerán al acaso y sin saber cuál es su objetivo,y si la noche es algo oscura, como las distintas fracciones de la columna se separarán pronto unas de otras, podrán ocurrir equivocaciones é incidentes lamentables. Una tropa en tales casos debe pensar mucho antes de acometer á sus contrarios; generalmente lo más acertado será defenderse á pie firme y esperar el día, y sólo hacer enérgicos movimientos ofensivos usando el arma blanca, cuando el enemigo llevara su intento demasiado adelante y se corriera peligro de confundirse con él convirtiendo el teatro de la acción en una serie de luchas personales.

Pero cuando con algún conocimiento del terreno y estando el enemigo descuidado podamos encargar á una fración de la columna algún movimiento inesperado y rápido, los ataques de noche suelen dar resultados excelentes.

Todo el secreto de la operación consiste en llevar previsto cuanto pueda ocurrir, que los oficiales, clases y soldados tengan instrucciones concretas, que nadie vacile un momento y, sobre todo, que el enemigo tarde el mayor tiempo posible en conocer el golpe de mano que intentamos contra él.

Como prueba de lo que puede conseguirse con un ataque de noche ejecutado en tales condiciones y del efecto moral que causa en el enemigo, citamos el ataque á Cerro-Borrego, que aseguró la ocupación francesa de Orizaba.

Las tropas francesas llegaron á esta población en su marcha al interior de la república mejicana, y al establecer su servicio de seguridad, no juzgó necesario el general Lorencez, jefe de la expedición, ocupar á

Cerro-Borrego, alto monte que se eleva 350 metros sobre las casas de la ciudad y cuya falda formada por abruptas pendientes parecía inaccesible para el enemigo.

Al siguiente día la división del general mejicano Ortega, empleando un movimiento envolvente no notado por los franceses, ocupó las crestas de Cerro-Borrego. A las diez de la noche notaron en la ciudad algún ruido y movimiento en el monte que la domina y se ordenó á dos compañías que marcharan á ocuparlo antes de que lo hiciera el enemigo. A las doce de la noche, que por cierto era muy oscura, una compañía mandada por el capitán Detrie comenzó á escalar las pendientes de la montaña y después de esfuerzos inauditos, el cordón de hombres que marchaban trabajosamente de á uno, con sus mochilas á la espalda y guardando el mayor silencio, llegó sin ser apercibido á una pequeña meseta.

A pesar de la gran oscuridad que reinaba, fué notada pronto su presencia, y recibieron á boca de jarro una descarga que felizmente no causó baja ninguna. El capitán Detrie, ordenó inmediatamente á los pocos soldados que le rodeaban que dejaran en tierra sus mochilas y adelantó resueltamente con ellos haciéndoles armar las bayonetas. Cuando los más retrasados se le unieron continuó con más decisión su marcha, consiguiendo apoderarse de tres cañones de montaña que precipitó en el barranco; pero bien pronto comenzaron á acudir tropas y el valeroso capitán creyendo que el enemigo había conocido la escacez de la fuerza que mandaba, detuvo su movimiento, emboscó á sus soldados y les ordenó permanecer á toda costa en sus puestos, sin disparar un tiro.

En tan crítica situación se mantuvo cerca de una hora hasta que habiéndosele incorporado la otra compañía, á las tres y media de la madrugada, emprendió de nuevo la ofensiva.

Los mejicanos rechazados al principio, volvieron

dos veces á la carga dirigiendo contra los asaltantes un nutrido fuego; pero al cabo, desalojados de sus posiciones y luchando cuerpo á cuerpo, concluyeron por retirarse.

El capitán Detrie con 140 soldados había derrotado á 2.500 infantes y 500 caballos de la división enemiga, librando á las tropas acantonadas en Orizaba de una situación que hubiera llegado á ser peligrosa al romper el día.

Las consecuencias del combate fueron 250 mejicanos muertos y heridos, entre los que se encontraron dos coroneles y dos tenientes coroneles, y doscientos prisioneros.

Los franceses tuvieron seis soldados muertos y 24 heridos, contando cuatro oficiales, pero se apoderaron de tres cañones de montaña y una bandera.

El éxito alcanzado por el capitán francés se debió no solamente á su energía, sino á que gracias á la oscuridad de la noche, el enemigo no pudo apreciar la importancia de las fuerzas que le atacaban.

*
* *

En muchas operaciones ejecutadas en las campañas irregulares, no se ha sacado todo el partido posible de las ventajas conseguidas á costa de tantos esfuerzos como tienen que hacer las tropas; muchos jefes se contentan con ocupar la posición conquistada, y dan por terminada su empresa al llegar á pisar el terreno que el enemigo ocupaba; pero esta prudencia, que en las guerras europeas será á veces conveniente, no lo es tanto enfrente de enemigos que poco ó nada pierden con ceder el terreno de la acción, y que fácilmente pueden rehacerse en un lugar próximo á aquel donde han sido derrotados.

Por esto nunca se insistirá bastante en hacer comprender á todos los que manden tropas, la necesidad de una persecución enérgica, después de alguna ventaja obtenida, porque entonces es cuando puede causarse al

enemigo pérdidas serias, y llegar á quebrantar su moral dificultando su reunión.

Las persecuciones han de estar á cargo de la caballería; pero muchas veces habrá que abstenerse en absoluto de encomendarle dicha misión, porque además de que no podrán utilizarse sus excelentes condiciones de movilidad y ligereza, la expondremos quizás á situaciones apuradas y comprometidas, si el enemigo establece algunas emboscadas ó se parapeta en posiciones inaccesibles para los caballos; así sucedería, seguramente, en un país cubierto de espesos bosques y maniguas ó surcado de agrestes barrancos y empinadas cordilleras.

La infantería, en tales casos, sacará mucho más partido en la persecución, que la hilera de jinetes que marche á través de un espeso bosque, por un estrecho sendero ó por la angosta vereda que en las montañas sirve de camino.

De todos modos, siempre será conveniente continuar la persecución mientras se esté en contacto con el enemigo, y sobre todo, si continuamos obteniendo frutos de ella; pero deberemos obrar con alguna cautela y no alejarnos imprudentemente de la columna principal, si no encontramos enemigos fugitivos, no hacemos prisioneros ó no cogemos gran cantidad de armamentos, porque es fácil entonces, que nuestros contrarios nos preparen alguna celada.

También será conveniente que las tropas encargadas de una persecución, dejen ocupada alguna posición importante que encuentren á su paso, cuando llegaran á retirarse demasiado del grueso de las fuerzas, no solamente para evitar que el enemigo se apodere de ella por algún movimiento envolvente, interponiéndose entre unas fuerzas y otras, sino para que les sirva de punto de apoyo al retirarse en el desgraciado caso de una derrota; sin embargo, dada la naturaleza de los enemigos con quienes habrá que combatir, no es probable que una vez verdaderamente derrotados, tengan

ánimo y serenidad suficiente para adoptar una enérgica ofensiva.

*
* *

Para concluir este capítulo haremos conocer las instrucciones que dió á sus tropas, sobre la manera de combatir á los Ashantis, el general que fundó en aquella campaña su buen nombre militar y que actualmente es la tabla de salvación de Inglaterra, cuando se vé humillada y vencida por alguno de esos pueblos guerreros y salvajes que con tanta frecuencia desconocen su autoridad.

He aquí las instrucciones del general Sir Garnet Wolseley:

«El teatro de las operaciones consiste en un gran bosque de árboles jigantescos, unidos por una manigua de espesor variable.»

«Tan pronto podrán los soldados avanzar en tiradores á través de la espesura, como se verán obligados á abrirse paso en ella con sus machetes.»

«Siempre se combatirá en tiradores, con filas separadas 2, 3 ó 4 pasos según las circunstancias.»

«Cuando la acción esté empeñada en la manigua, los jefes de batallón y de compañía tendrán gran dificultad para dirigir sus hombres por sí mismos; en su consecuencia, las compañías se dividirán en cuatro secciones mandadas cada una de ellas por un oficial, sargento ó cabo.»

«Las secciones así formadas no deberán modificarse por ningún concepto durante la campaña, y sus jefes no podrán ser cambiados sino por motivos excepcionales y solamente por orden del comandante del batallón.»

«El servicio será siempre desempeñado por secciones constituidas, excepto en los pequeños puestos y destacamentos, en los que baste para cubrirlos media sección.»

«En general, en toda compañía empeñada en combate, tres secciones estarán desplegadas en tiradores y

la cuarta constituirá la reserva á 40 ú 80 metros detrás del centro de la línea.»

«Se velará cuidadosamente para que la sección de reserva no pierda de vista á las desplegadas en tiradores á cuyos movimientos arreglará los suyos, pero su jefe no permitirá que se confunda con ellas, á menos que así lo ordene el capitán de la compañía, que se situará siempre en la línea de tiradores para dirigir el movimiento general.»

«Los combates en la manigua ofrecen gran semejanza con las operaciones de noche; ningún hombre puede ver más que á algunos de sus compañeros de derecha é izquierda.»

«Una gran firmeza y confianza en sí propio, son las condiciones que debe tener un soldado en el fuego.»

«La táctica de los Asantís es la siguiente:»

«Gracias á su superioridad numérica desbordan los flancos con líneas de tiradores, extensas y poco profundas, y se esfuerzan para desmoralizar á sus adversarios.»

«Los hombres de primera línea no deben ocuparse de los ataques de flanco, sino tener confianza ciega en sus jefes, que ya rechazarán estos ataques.»

«Todo soldado debe estar convencido de que con el fusil moderno puede hacer frente á veinte indígenas armados miserablemente con fusiles lisos cargados con pedazos de piedra ó hierro,que no causan heridas serias sino á la distancia de 40 á 50 metros.»

«En la acción, los dos camaradas que componen la misma hilera no deben nunca separarse.»

«Los oficiales y clases que manden las secciones procurarán impedir que su sección se confunda con las demás.»

«Si por la marcha ó través de la manigua, el enemigo emboscado rompiera el fuego, los soldados pondrán rodilla en tierra ocultándose detrás de los árboles ó abrigos que encuentren cerca, deteniéndose y tomando posición antes de responder al fuego, y tendrán cui-

dado de tirar bajo, en la dirección supuesta del enemigo.»

«Los tiros contra un enemigo invisible deben ser muy lentos; los oficiales y clases que manden secciones harán saber á los soldados, que en razón á la dificultad que presentan los transportes, la reserva de municiones será muy limitada.»

«Todo tiro disparado sin apuntar convenientemente, tendrá la doble desventaja de animar al enemigo, que pronto despreciará el fuego inofensivo, y de comprometer el éxito de la expedición, porque faltando las municiones, el ejército se vería detenido en su marcha.»

«La marcha se efectuará por senderos estrechos, por los cuales los hombres tendrán que caminar de á uno y algunas veces por un sólo sendero.»

«Cuando se emprenda la acción, las tropas que marchen por el sendero principal, se desplegarán á derecha é izquierda en tiradores á la altura de la cabeza, y la sección que cierre la marcha en cada compañía formará siempre la reserva de ésta.»

«Los comandantes de compañía procurarán desplegarlas perpendicularmente á la dirección del sendero, y todos los oficiales se orientarán para seguir la marcha ó ataque por fuera del sendero, sirviéndose de la brújula.»

«Los comandantes de los batallones y compañías se abstendrán de mandar tocar las cornetas, tanto en los campamentos como en la marcha, limitándose á repetir los toques ejecutados sobre el camino principal por el general ó comandante en jefe.»

«Los toques que vayan acompañado de contraseñas no serán repetidos más que por la fracción á que pertenezca aquélla.»

«El toque de marcha y ataque indicará que toda la línea debe avanzar contra el enemigo; los soldados, entonces, marcharán á su frente con rapidez.»

«Estos movimientos ofensivos deben ser precedidos de un vivo cañoneo.»

«Cuando en el curso de la acción se llegue á un claro ó sábana, en cuya proximidad estuviere el enemigo, las tropas no franquearán el terreno descubierto hasta que haya sido éste envuelto y ocupada la manigua por ambos lados.»

«Toda posición conquistada debe ser conservada resueltamente; esta clase de guerras no admiten retiradas.»

«No se incendiará ningún campamento ni aldea sin orden del comandante en jefe.»

«Los oficiales y soldados deberán comprender el peligro y retraso que resultaría del incendio de una aldea que todavía no haya atravesado el convoy de municiones y la impedimenta.»

«El pillaje y las devastaciones inútiles deben ser severamente castigados; los oficiales deberán, bajo su responsabilidad, tener reunidas sus fuerzas durante la ocupación de una aldea ó campamento.»

«Debe tratarse benignamente á los indígenas empleados en los servicios de transportes.»

«Los negros de Africa tienen un terror supersticioso á los blancos, que les impide hacerles frente.»

«Una marcha rápida ó carga decidida, aunque sea ejecutada por pocos hombres, provocará siempre la retirada del enemigo.»

CAPITULO XIV.

Defensa.—Defensa de una posición.—Defensa de un campamento.—Defensa de una trocha.—Instrucciones del general Cassola para la defensa de la trocha del Júcaro á Morón.—Retiradas.—Instrucciones del mariscal Bugeaud acerca de las retiradas.—Sorpresas y extratagemas.

No porque el enemigo no posea todos nuestros elementos de acción y de fuerza y sea inferior en valor, talento, organización y demás cualidades que avaloran las condiciones de las tropas, podremos asegurar que en todas las ocasiones en que empeñemos combate ó nos tropecemos con él en el trascurso de una marcha, hemos de alcanzar irremisiblemente una fácil victoria; unas veces el número, otras el pánico de nuestros soldados, otras, por último, las faltas de los jefes, pueden conducir una columna á verse en campo abierto, en trance apurado, á sufrir un ataque violento y desesperado cuando en el campamento los soldados descansan tranquilamente de las fatigas del día, ó á defenderse en un fuerte ó poblado, de un enemigo valiente y audaz, que desprecie el fuego de nuestros cañones y corra fanáticamente al asalto de los muros que defendamos.

Las situaciones defensivas que hayamos de adoptar no pueden, de ningún modo, igualarse á las que conviene emplear en los campos de batalla europeos donde la mayor fuerza defensiva está en el rápido fuego de los fusiles, y en el perfecto conocimiento que tiene el atacante de los terribles efectos de las armas usadas por su enemigo, á las que quizás teme más por lo que la imaginación crea y abulta, que por el daño material

que tiene ocasión de apreciar personalmente en el trascurso de una campaña.

En cambio, el hombre no civilizado, desconoce el efecto de los modernos armamentos cuando son empleados contra grandes masas, porque rara vez habrá tenido ocasión de poderlo apreciar, á no ser que haya guerreado recientemente contra algún pueblo culto; así es, que al escuchar los primeros y repetidos disparos de nuestros fusiles, está intranquilo é indeciso, intranquilidad é indecisión que muy luego se cambian en indiferencia y desprecio, si llega á observar que cada tiro no pone fuera de combate á uno de sus compañeros, concluyendo por no dar importancia á nuestro tiroteo y lanzarse con sus armas blancas sobre nuestras líneas, con ese ímpetu y devastadora velocidad propios del que no teme grave peligro á su frente. Es necesario, por lo tanto, ejecutar los fuegos con cierta calma y prudencia, como hemos dicho en otro lugar, y adoptar algunas disposiciones propias de la defensiva, ya sea para sostenernos en algún punto y dar luego forma á nuestro ataque, ya sea para disponer y ordenar una prudente retirada, que siempre será peligrosísima, enfrente de los enemigos que consideramos.

*
* *

Cuando una columna se viera obligada en el campo á adoptar una situación defensiva, el primer cuidado del jefe que la mande, será elegir rápidamente un punto ó posición táctica importante y fácil de defender, y hacer el mayor esfuerzo posible por ocuparlo á la carrera, antes de que el enemigo se apodere de él, ó tratar de conquistarlo á viva fuerza si ya estuviera ocupado por los contrarios. Una vez esto conseguido ó después de tomar las primeras precauciones defensivas en el lugar que ocupe, si no pudiera lograrlo, pensará si con las fuerzas de que dispone puede resistir el empuje del ataque y continuar la operación, ó si será necesario mandar inmediato aviso á las columnas ó fuertes más

cercanos, para que acudan tropas que salven á las suyas de la crítica situación en que se encuentran.

Los defensores deben procurar, á todo trance, cubrirse con los obstáculos que el terreno presente, tales como rocas, hoyos, árboles ó los cuerpos de los hombres ó animales muertos, pues suponemos que lo inesperado del ataque no dé tiempo á practicar algunas defensas tales como zanjas, talas ó parapetos formados con árboles derribados, que siempre deberá intentarse construir aunque se disponga de poco tiempo y aun cuando haya comenzado el fuego; por esto será conveniente que mientras una parte de los soldados contesta y contiene con el fuego rápido de sus fusiles el ataque del enemigo, otros dispongan las defensas que más rápidamente puedan levantarse, cortando árboles de tronco no muy grueso y de frondosas ramas, encorvando y entrelazando los grandes arbustos, y si se dispusiere de cuerdas, tendiéndolas de unos árboles á otros á unos 30 centímetros del suelo y disimulándolas lo posible entre las malezas y las ramas.

El jefe de la defensa de una posición pondrá en práctica cuantos medios le sugiera su imaginación para establecer obstáculos entre sus tropas y las enemigas, pensando siempre que no es el fuego que sufra el que puede determinar una catástrofe, sino el choque al arma blanca y el pánico, si llega á apoderarse de sus soldados. Por esta razón no se cansará de repetir á la gente que mande que no hagan caso de los gritos y alaridos del enemigo, que conserven la serenidad aunque vean á sus contrarios enarbolar las armas blancas para dejarlas caer sobre sus cabezas, y que guarden el más absoluto silencio, pues más se consigue á veces, aparentando tranquilidad y guardando silenciosa inmovilidad, que tratando de animar á las tropas defensoras con vivas y gritos, propios quizás, para enardecer en el momento del ataque, pero origen también de zozobra y de intranquilidad en el momento de la defensa.

Sin embargo, si el enemigo persistiere en su ataque,

habrá que recibirlo con nutridas y repetidas descargas, y calando la bayoneta, dejar rápidamente los abrigos de los tiradores y adelantarse compactamente á su encuentro sin temor ni vacilación, una vez intentado el movimiento, que será acompañado con los sonidos de todas las cornetas.

Ultimamente, en caso de que no haya medio hábil de rechazar el ataque y sea expuesto emprender una retirada que pudiera transformarse en espantosa carnicería, no quedará otro recurso que arrancar las llaves de los fusiles que empuñaron los soldados muertos, recoger todos los cartuchos, desjarretar las acémilas, reunir todos los hombres útiles y arrojarse resueltamente sobre el enemigo ó en la dirección más conveniente, sin pensar en otra cosa más que en atravesar la línea enemiga y ganar algún bosque ó terreno muy quebrado para emprender la retirada, ó más bien huida, por caminos extravíados, *monte á monte* (1) ó de la manera más oculta que se pueda, para dirigirse luego aisladamente á algún punto de cita que se haya convenido.

Esto es, sobre todo, lo que debe practicarse cuando el enemigo, no atreviéndose á atacarnos de frente, rodee nuestra posición, que, como forzada por las circunstancias, no tendrá agua ni condiciones de campamento, intentando rendirnos por hambre ó sed.

También es frecuente en estos casos que el enemigo aprovechando la dirección del viento, dé fuego á las yerbas y ramas secas que haya esparcida por el suelo pudiendo originarnos con esto graves contratiempos si

(1) *Monte á monte* se llamaba en Cuba, la marcha en una dirección determinada sin salir de la espesa manigua que cubre la mayor parte de la Isla; esto es, evitando siempre las sábanas, potreros, terrenos cultivados ó los grandes claros que á veces existen en los bosques.

La dispersión á los primeros disparos de nuestras columnas y la reunión rápida en un punto distante al de la acción, fué en aquella campaña la casi constante táctica de nuestro enemigo, al que nunca pudo obligársele á empeñar combate formal cuando nuestras fuerzas y las suyas estaban equilibradas.

la extensa línea de fuego avanza é invade nuestra posición, pues además de que el humo y las llamas nos impedirán hacer uso de nuestras armas y el enemigo tendrá un blanco cada vez más determinado y podrá acercarse á nosotros sin que lo veamos, el terror y el espanto que se introducirían en nuestro campo sería terrible, y no habría posibilidad de contener á los hombres ni á los animales, que correrían espantados en todas direcciones procurando atravesar el círculo de fuego que nos rodeara encontrando, por ultimo, la muerte, en medio de las llamas ó medio quemados bajo el hierro de los enemigos. No hay más que un medio de evitar tales desastres: en el momento en que notemos la intención de nuestros contrarios de rodearnos de un círculo de fuego, comenzaremos á construir una contra-candela, quemando con anticipación alrededor de nuestra posición una zona de diez ó doce metros, que por la poca intensidad que proporcionará á las llamas, será fácilmente apagada y servirá cuando llegue á ella el voraz elemento, para que en ella se extinga su acción devastadora.

Ejemplo notable de una defensa en campo abierto, fué el hecho heróico llevado á cabo por el batallón de San Quintín poco antes de terminar la guerra en Cuba. Valiéndose nuestro enemigo de una de aquellas reconcentraciones rápidas que el completo conocimiento del terreno tanto les facilitaba, cayeron numerosas fuerzas insurrectas sobre una pequeña columna que formaba el batallón de San Quintín, poniéndolo desde el primer momento en gravísimo apuro del que supo salir gracias á la energía del jefe de la columna y al sereno valor y heroismo de los soldados.

El jefe insurrecto Maceo, que de oscuro gerrillero supo elevarse á la categoría de general en el campo enemigo, acababa de conseguir un señalado triunfo sobre nuestras armas derrotando una columna y apoderándose de un convoy, cuando concibió el pensamiento de destrozar ó hacer prisionera una pequeña colum-

na de 180 hombres del batallón de San Quintín, mandada por el coronel D. Pascual Sanz Pastor, que cumpliendo órdenes superiores se dirigía por montes y maniguas al lugar llamado *los Pilotos* punto de reunión señalado á varias columnas. A la caida de la tarde del día 6 de Febrero de 1878, la columna de San Quintín que llevaba tres días de marcha, sin acémilas ni caballos, se encontró sorprendida por una nutrida descarga y gran vocerío causados por numerosos enemigos que comenzaron á envolverla ocupando las alturas que la rodeaban; nuestros soldados, repuesto del primer movimiento de sorpresa acometieron denodadamente á un grupo enemigo situado en una de las alturas y consiguieron, cuando ya entraba la noche, apoderarse de ella, después de sufrir 11 muertos y 31 heridos, que se curaron y acondicionaron de la mejor manera posible dentro del círculo que formaron las tropas.

Aquella noche fué terrible para nuestros soldados; los enemigos apretaron el cerco y á cada momento incitaban á los nuestros á entregarse mediante ciertas promesas, pintándoles su desesperada situación, las derrotas que habían sufrido nuestras columnas, atribuyendo perversión y corazón malvado al jefe que en tan crítica situación los colocaba y amenazándoles, si no se entregaban, con un horrible macheteo.

Rechazados por todos, estas intimaciones y promesas, y próximos ya á ese paroxismo que produce el sentimiento de la gloria y de la patria unido á la consideración de la gravedad del peligro, un corneta se brindó para llevar un parte al destacamento más próximo en unión de un guerrillero cubano, y aquellos dos valientes dejaron á sus compañeros, llevando noticias escritas por duplicado.

El corneta pudo llegar, según después se supo, al campamento de Caoba, pero el guerrillero fué cogido por los insurrectos y se ignoró su suerte.

Después de una noche horrible en que se estuvo manteniendo el fuego para demostrar al enemigo que

estaban preparados para rechazar su ataque, el jefe arengó á nuestros soldados haciéndoles comprender el rigor de la Ordenanza y distribuyó las armas, recogidas á los muertos, entre los jefes y oficiales, colocándose todos en primera fila para intentar romper el cerco cada vez más apretado del enemigo. Rudo y violento fué el ataque que llevaron á cabo nuestros soldados; pero al cabo después de rechazar á las centuplicadas fuerzas que los acosaban, y careciendo en todo el día de agua y de alimento, llegaron á conquistar otra cumbre donde volvieron á ser rodeados por el enemigo que los consideraba como presa suya.

En aquel desesperado ataque, el jefe de la columna se vió obligado á emplear el terrible rigor que marca la Ordenanza, contra un soldado que volvió la espalda al enemigo.

Difícil es describir la desesperada situación en que se encontraban nuestras heróicas tropas la segunda noche que tuvieron que pasar en tan crítico estado. Varios cabecillas insurrectos se habían unido á Maceo, aumentando con sus fuerzas las ya numerosas que cercaban á las nuestras. Entre el ruido de los disparos se escuchaban las voces intimando la rendición, la relación de lo que por escrito llevaba nuestro guerrillero, la enumeración de nuestras bajas y hasta el mismo Maceo, adelantando por dentro de la manigua, arengaba á los soldados, en nombre de la humanidad, para que se rindieran y abandonaran á su jefe, único responsable, según él, de la sangre que se derramaba.

Ya nuestras tropas contaban 25 muertos y 69 heridos; los fusiles sobraban y hubo que enterrarlos y á tal extremo llegó el delirio, que un sargento herido se infirió con su machete otra herida mortal para no distraer cuatro hombres, que llevaban su camilla, de los puestos del combate; otro soldado gravemente herido, pedía con empeño al jefe de la columna que lo dejaran abandonado para que hicieran fuego los soldados que lo transportaban; los heridos con dos y tres heridas de

bala, hacían fuego recostados en los árboles y el mismo jefe fué herido sin que abandonara por un momento la dirección de lo que todos consideraban desastrosa hecatombe.

La situación efectivamente era insostenible y no podía exigirse más al honor de las armas, pero todavía lucharon los nuestros é intentaron, aunque sin fruto, romper de nuevo el compacto cerco, cuando al día siguiente, tercero de tan desigual combate, oyóse un lejano toque de corneta con la contraseña del batallón de Chiclana, que determinó un decisivo ataque del enemigo; pero fué inútil, pues nuestros soldados animados con la protección que iban á recibir, rechazaron de nuevo á sus contrarios y pronto los vieron retirarse ante la acometida que sufrieron por retaguardia.

Los soldados de San Quintín recibieron con exclamaciones difíciles de expresar á los que les salvaban de la muerte, y fueron acompañados hasta el próximo campamento, á donde llegaron extenuados por la fatiga, pero exaltados aún por la misma grandiosidad de la lucha.

Tan memorable hecho de armas, en el que no se perdió un armamento, no se abandonó un herido, ni se dejó de enterrar á ningún muerto, hizo adquirir la corbeta de San Fernando al batallón de San Quintín y la cruz laureada de la misma orden al hoy brigadier Don Pascual Sanz Pastor y al capitán de infantería D. Fernando Llorente.

La columna de 180 hombres tuvo sensibles bajas; 25 muertos y 72 heridos y entre ellos cuatro oficiales.

* * *

La defensa de un campamento permanente, rodeado de talas, fosos etc., y resguardado con blockaus ú otras obras de fortificación es una operación de guerra perfectamente conocida de los militares, ámpliamente tratada en los libros profesionales y que lo mismo puede desarrollarse enfrente de un ejército bien organizado

que ante fuerzas irregulares aunque sean numerosas; antes bien, la defensa se facilita mucho en este último caso, porque los enemigos no dispondrán de tantos y tan perfectos medios de ataque como en el primero y los defensores pueden emplear los mismos medios de defensa en uno como en otro.

Unicamente hay que advertir que, en armonía con lo que hemos dicho en otro lugar, es preciso tener en cuenta, cuando nos defendamos de un ataque violento de enemigos salvajes ó poco civilizados, no descuidar el efecto moral que la forma de nuestro fuego puede causar en el enemigo, y emplear con frecuencia las nutridas descargas á corta distancia, que por el efecto rápido y la impresión que causan entre las masas contrarias, sirven mucho para atemorizar á los que quizás no hicieran caso de nuestro fuego si desde lejos comenzara á causarles bajas aisladas.

Nos concretaremos, pues, á decir breves palabras acerca de la defensa de los campamentos transitorios que establecen las tropas para pasar la noche, en el trascurso de sus operaciones.

Generalmente, el enemigo se llamará á consejo antes de decidir el ataque formal de un campamento, pues al poco tiempo de comenzar las operaciones estará ya perfectamente instruido de nuestro modo de acampar, de las grandes precauciones que toman nuestras tropas antes de entregarse al descanso, y de la fuerza de nuestro servicio de seguridad; por esto no todos los tiroteos y algaradas que dirijan sobre nuestro campamento serán ataques formales que merezcan despertar á las tropas y ponerlas en estado de defensa, más bien el objeto de nuestros contrarios, será mantener la intranquilidad en nuestro campo y evitar que los soldados recobren sus fuerzas con un sueño reparador, y es claro que si esto lo consiguieran con frecuencia, vendrían al cabo de algún tiempo á alcanzar casi el mismo triunfo que si atacando rudamente nuestro campamento, consiguieran destrozarnos de una vez, logrando lo

que del otro modo se encargan de conseguirlo el cansancio, el desfallecimiento y las enfermedades que suelen llenar de enfermos los hospitales; por esta razón es necesario advertir á los oficiales que no despierten y pongan sobre las armas á sus soldados, sino cuando el ataque que sufrieran fuere formal ó recibieren orden de prepararse para la defensa, y á los soldados, que no se muevan de sus puestos ni se levanten sin orden expresa de sus jefes naturales.

Cuando el enemigo intente durante el día atacar nuestro campamento, el oficial de guardia ó de servicio que mande el de seguridad del frente amenazado, al mismo tiempo que da el aviso al jefe del campamento, tratará de conocer la fuerza, disposición é intenciones del ataque para lo cual formará, reforzando su línea de centinelas, una línea de exploradores y tiradores, cuya reserva será la guardia del frente atacado, primera fuerza que habrá de medir sus armas con el enemigo, auxiliándola si fuere preciso, antes de que acuda el jefe del campamento ó de la columna, las tropas cuyo frente cubre.

Generalmente los ataques del enemigo no serán de día; el momento más peligroso para nuestros centinelas y guardias, aunque sólo lo elegirá nuestro adversario cuando esté algo versado en las cosas de la guerra, y tenga mucha superioridad numérica, será al amanecer. A tal hora los hombres están rendidos por el sueño y la vigilia y más propensos á descuidar las obligaciones importantes que le son propias, siendo casi seguro que la tranquilidad de la noche les dará cierta confianza, causa casi siempre en la guerra de los grandes desastres.

Por esto será conveniente señalar dicha hora para el relevo de centinelas á no ser que la columna deba á la misma hora emprender la marcha.

A la menor señal de ataque del enemigo, no indicada por tiros sueltos que deben despreciarse, se apagarán las hogueras y se guardará el mayor silencio, formándose las compañías á la orden de sus capitanes, que

la darán por sí, si cubrieran el frente atacado, ó esperarán á darla, si no hubiera novedad en su frente, á que lo ordene el jefe superior de las tropas ó el jefe de campamento.

El oficial de guardia del frente atacado marchará al sitio de la alarma con una pequeña fracción de su gente para reconocer al enemigo y juzgar acerca de la importancia del ataque. Será muy conveniente hacer algún prisionero en los primeros momentos, para enterarse del número, importancia y proyectos del enemigo, cosa algo difícil de averiguar cuando la oscuridad rodea á los combatientes.

Si los centinelas y avanzadas no pueden contener el empuje de los enemigos, ordenará el oficial de guardia la retirada ordenada, haciendo vivo y rápido fuego y evitando todo lo posible las carreras y la incertidumbre en los soldados que manda, antes bien, procurará replegarse con lentitud, teniendo muy presente que el enemigo no podrá avanzar con gran velocidad y decisión hacia lo desconocido, temiendo quizás alguna emboscada ú obstáculo que pueda dañarle.

Esta retirada de las fuerzas de protección, que debe dilatarse hasta el último extremo para dar lugar á que las tropas acampadas se pongan en estado de defensa, hay que dirigirla hábilmente para atraer al enemigo hacía alguno de los flancos del frente atacado, pues de este modo no solamente no se expondrán los soldados que se retiran á ser fusilados por sus compañeros, sino que dejarán despejado el frente y podrán ser atacados vivamente los enemigos por uno de sus flancos, lo que unido á un movimiento ofensivo de las tropas que persiguen, puede casi seguramente convertir su ataque en una desastrosa empresa.

En tanto que el servicio de seguridad con sus guardias y sostenes intenta contener al enemigo, las tropas del frente amenazado estarán sentadas en formación, con los fusiles en la mano, esperando las órdenes de sus oficiales, que permanecerán de pie, prontos á tomar la

ofensiva en cuanto vean despejado su frente ó que las tropas de vanguardia huyen en desórden.

Creemos que en el último período del ataque, cuando ya el jefe superior haya dictado sus disposiciones defensivas, haya conocido perfectamente que la acción del enemigo no es un falso ataque para llamar la atención y caer enérgicamente sobre otro punto, y cuando las tropas que defiendan el campamento reciban á los contrarios con rápidos y nutridos disparos de dos ó tres filas de defensores, no habrá enemigo que consiga el triunfo.

En último caso, la mayor fuerza defensiva de una tropa acampada, que se ve atacada durante la noche, está en las armas blancas, en los enérgicos ataques á la bayoneta, sobre todo si el terreno que la rodea es despejado.

En uno de los ataques nocturnos de las kábilas del valle de Saheul á la columna mandada por el mariscal Bugeaud, se precipitaron al anochecer un número considerable de enemigos sobre el campamento francés. Nutridas descargas acompañadas de gritos y cánticos de guerra se sucedieron sin interrupción en el espacio de cinco horas, durante las cuales las grandes guardias consiguieron contenerlas por medio de vigorosas cargas á la bayoneta. A la una de la madrugada y cansadas de hacer disparos sin resultado alguno, se retiraron las kábilas á las crestas de las montañas inmediatas, sin haber logrado introducir el desorden en el campamento francés.

Los rápidos ataques á la bayoneta y las cargas de la caballería como medios defensivos, han dado muchas veces grandes resultados en las refriegas que se entablan de noche.

En Méjico llegóse á ordenar al ejército francés que las contraguerrillas no se batieran de noche más que al arma blanca, y los sargentos revistaban las armas de los soldados al emprender alguna operación para cerciorarse de que no estaban cargadas. La infantería mu-

chas veces se batió con los sables-bayonetas, pero llegó á exagerarse esto de tal modo que hasta la caballería en alguna ocasión cometió el error de echar pie á tierra y servirse de sus sables.

En una de las muchas guerras que en el Transwal han sostenido los colonos holandeses, diez mil de los más feroces guerreros de Dingaan, gran caudillo zulú, atacaron un campamento de los boeres: era domingo, y éstos no querían pelear en tal día, pero fué necesario defenderse por la rudeza del ataque. En cada ángulo del recinto que formaba el *laager* colocaron un cañón y cada hombre preparó su fusil. Cuando las masas zulús cargaron sobre ellos fueron recibidas con nutridas descargas que aclararon las filas de los atacantes antes de llegar á las carretas. Volvieron éstos á la carga, aunque sin resultado, pues caían á montones muertos ó heridos; pero educados en la idea de que debían vencer á toda costa, sabían que si no conseguían la victoria, su jefe supremo los degollaría lo mismo que á sus mujeres.

Al cabo los boeres comenzaron á notar que las municiones escaseaban y decidieron tomar la ofensiva. Abrieron el recinto y los 600 hombres que lo defendían cargaron á caballo y al arma blanca con extraordinario ímpetu sobre el enemigo, que fué derrotado completamente dejando en el campo tres mil muertos.

* * *

Dijimos en otro lugar al hablar de las trochas, que su mayor ó menor fuerza defensiva no consistía en las muchas ó pocas defensas naturales y artificiales que se acumularan para hacer imposible el paso del enemigo: una trocha, por grandes elementos defensivos que se acumulen en ella, nunca será un obstáculo serio para un enemigo audaz que se proponga salvar el obstáculo, si no se sitúan fuerzas á vanguardia de las fortificaciones, que con su acción y con sus avisos, son los

verdaderos defensores de la trocha que tienen á su espalda.

Al llegar á este punto nada podemos hacer mejor que consignar las excelentes disposiciones dictadas por el general Cassola cuando fue encargado de establecer el servicio á vanguardia de la trocha del Júcaro á Morón en la Isla de Cuba, y que pueden servir de modelo para casos semejantes.

Hemos dicho al hablar de las trochas,que la del Júcaro á Morón, en la Isla de Cuba, no era otra cosa que una línea con intervalos formadas por sencillos blockhaus de madera con parapeto de tierra y foso, que se extendía de la costa Norte á la Sur de la Isla y cuyo objeto era servir de barrera á los insurrectos del Camagüey y aislar las fuerzas rebeldes de las Villas, para batirlas mejor y asegurar la paz en este territorio.

Dicha trocha fué ideada por algunos oficiales que trabajaron mucho para que fuese aceptada por el General en Jefe,después de haber conquistado la opinión, y al fin lograron comenzar las obras á principios del año 1871, sin que nunca se hayan llegado á terminar y completar, conforme al plan primitivo.

Entre los intervalos de la línea de blockhaus, se establecieron tres campamentos formados con barracones y ocupados por uno ó dos batallones cada uno, además de las fuertes guarniciones de los puntos extremos de la trocha, Morón y el Júcaro, y la que en el centro de ella defendía á Ciego de Avila.

Delante de esta línea así constituida, debió practicarse paralelamente á ella una inmensa tala de árboles en forma de faja contínua que tenía de cuarenta á doscientos metros de anchura, según que el bosque fuera más ó menos cerrado, y en los puntos claros, despejados ó de sabana, debía sustituirse dicho obstáculo por alambrados y fosos, bien combinados con una gran vigilancia activa á vanguardia de los puestos inmediatos.

Entre la faja de obstáculos pasivos y la línea de fuertes, se desarrollaba el camino general de comuni-

cación que había de convertirse después en un ferrocarril militar, como se convirtió en una buena parte de su extensión, y entre los blockaus circulaban además contínuamente, rondas y partidas volantes encargadas de vigilar é impedir que el enemigo intentara cruzar la línea por los intervalos.

Estos tenían de extensión de cuatro á cinco kilómetros, y además en algunos tramos se construyeron fuertes garitas de madera sobre cuatro gruesos pies derechos de 7 á 8 metros de elevación, desde cuya altura se percibía mejor de día á los que se aproximaban á los obstáculos.

Las fuerzas que activamente habían de defender la trocha, se dividieron en las que prestaban su servicio en la línea de fuertes en forma de rondines ó partidas volantes, y las que constituían la línea de vanguardia.

Las partidas volantes ó rondines que practicaban su servicio diario entre cada dos fuertes, hacían fuego sobre los que intentaban cruzar la línea, y los perseguían cuanto la prudencia aconsejaba; pero si el fuego tomaba incremento, la guarnición de cada fuerte de derecha é izquierda destacaba la mitad de su fuerza hacia el punto del combate para tomar parte en él, mientras el telégrafo, que circulaba por toda la línea, avisaba á los campamentos inmediatos, cuya fuerza de servicio corría á apoyar á sus compañeros, y de esta suerte, jamás se verificó que partida alguna insurrecta cruzara las líneas á viva fuerza, hasta que en el período de su decadencia, falta de buenos soldados y del auxilio de la línea de vanguardia, de que luego se hablará, cayó en la inercia y consintió, sin luchar, que la insurrección del Camagüey se trasladara á las Villas y se perdieran en un día los progresos que, á fuerza de tanto sacrificio y de tanta víctima, se habían alcanzado en este territorio.

La línea de vanguardia, se componía de la fuerza de cuatro guerrillas y un escuadrón, fuertes de 500 jinetes, que divididos en secciones de treinta ó

cuarenta, se habían instalado sobre diversos puntos de una línea imaginaria sensiblemente paralela á la anterior y como á unos 10 kilómetros á vanguardia. Ocupaba, pues, esta línea igual longitud que la anterior, sino que en vez de apoyarse en fuertes ó atrincheramientos, ó de resguardarse tras de obstáculos pasivos, su defensa estaba fundada en la constante movilidad de sus elementos activos, en su organización sutil y ligera, en la perspicacia de todos, en el conocimiento minucioso de todos los accidentes del terreno, en la sobriedad de sus hombres, en la cualidad de sus caballos y en el dominio de aquel género de guerra.

El objeto de esta línea no era otro que el de reconocer á las partidas que vinieran, de la parte del Camagüey, y rechazarlas, si era posible, y en caso contrario avisar por el camino más breve á los puestos de la trocha la inmediación del enemigo, su fuerza y dirección, á fin de que preparadas las tropas de esta línea, pudieran derrotarlo con ventaja ó salirle al encuentro y evitar su cruce á poniente.

Conocido el objetivo de la mencionada línea de vanguardia, todo su servicio como su seguridad, descansaba en una esmerada vigilancia, en una gran fatiga y en un valor personal dirigido con conciencia experimentada.

Para organizar tan importante servicio, la fuerza se dividió en 13 secciones, acampando cada una en sitio de pastos y de próxima aguada, dejando á su frente el trozo de línea que á cada cual tocaba vigilar.

En todos los puntos en que la línea imaginaria cortaba algún camino ó vereda que condujera del campo enemigo á la trocha, se colocaba un grupo de tres jinetes, quienes, constantemente á caballo, paseaban unidos ó algo separados á lo largo del camino ó vereda, sin poder alejarse más de medio kilómetro del punto señalado como de partida.

Recorriendo todos estos grupos del trozo de línea de cada sección, se hallaba siempre un cabo ó sargen-

to acompañado de dos jinetes, sin perjuicio de la frecuente visita del comandante del puesto.

Este puesto se instalaba ordinariamente de día á unos 500 ó 1.000 metros á retaguardia del centro de su trozo de línea, y allí guisaba sus ranchos al aire libre sin ningún género de abrigo; conservaba á los caballos de descanso amarrados al lado de sus monturas, y los de servicio con las monturas puestas, flojas las cinchas, el bocado pendiente de la carrillera de la misma cabezada en que se afirmaba, y los jinetes al pie, descansando con las armas en la mano, y dispuestos á montar en un minuto.

Al anochecer se abandonaba aquel pequeño campo dejando las fogatas encendidas para que en el caso de calculada sorpresa, se dirigiera allí el enemigo guíado por la candela, y se instalaba la sección en otro punto algo distante á derecha é izquierda, pero oculto y siempre algo más próximo á la línea de grupos.

Estos se relevaban de día cada cuatro horas y de noche una sola vez á las doce. El primer relevo de noche se verificaba después del cambio de campamento.

Hallábase terminantemente prohibido á las secciones el pernoctar dos noches seguidas en el mismo paraje del terreno, que pudiéramos llamar su zona, para evitar las sorpresas.

Situada de este modo la línea de vanguardia, se semejaba á una dilatada línea de guerrillas con grandes intervalos, cuyas reservas parciales venían á ser los puestos de que cada trozo dependía.

Al cuidado é inmediato mando de toda la línea, existía un jefe que contínuamente vigilaba el cumplimiento de todas las órdenes, comunicaba ó alteraba las parciales de cada puesto, y disponía cuanto se relacionaba con el servicio general.

Al frente de cada puesto sólo se consentían abiertas y vigilados dos ó tres caminos ó veredas, pues cuando existía alguna más, se la talaba en un gran trozo de manera que, siendo imposible al enemigo mar-

char sobre ella, ó tenía que seguir una de las vigiladas ó marchar rompiendo monte y haciendo un ruido imposible de ocultar aun á larga distancia. Además, para mejor garantía se reconocían estas veredas inutilizadas por los puntos más avanzados de la tala, cuando menos una vez al día.

Si en esta disposición, se presentaba el enemigo sobre cualquier camino ó vereda ó de cualquier modo se aproximaba á los grupos centinelas, éstos hacían fuego sobre él é intentaban perseguirlo, si sólo se trataba de algún espía, ó ligero destacamento; pero si el adversario era más numeroso, el grupo tenía el deber de retirarse á galope y dirigirse, dos de los jinetes al puesto de la trocha principal que debía preparse para el combate y el tercer jinete al puesto ó sección de que dependía, á dar conocimiento de lo que hubiese visto y oido.

La fuerza del puesto, que desde el primer disparo debía montar á caballo su gente de servicio, y disponer que la restante pusiera monturas y siguiera á aquélla, puesto que no estaban dotadas de impedimenta alguna, más que de una buena acémila de carga bien preparada, se dirigía al lugar del fuego y reconocía el camino ya abandonado por el grupo, trabando combate con los que pretendían dirigirse á la trocha. Si consideraba posible su triunfo no debía cejar, más en caso contrario, cediendo el puesto á la superioridad, se retiraba ordenadamente hacia el puesto de la trocha á que más conviniera conducir al enemigo, que probablemente continuaría su persecución.

La tropa de los puestos de la trocha ya avisada, por lo menos, con dos ó tres horas de anticipación, por la primera pareja del grupo, se preparaba para el combate y puesta en movimiento conveniente la fuerza de los campamentos inmediatos (que oyendo el fuego cada vez más cercano á la línea, podía dirigirse con acierto) llegaba á tomar parte en la acción y á rechazar al adversario, siempre más débil en aquel momento.

Los demás puestos ó secciones de la línea de vanguardia, permanecían en sus puestos de vigilancia sin pretender auxiliar á sus compañeros vecinos, sino por el contrario, aumentando su vigilancia para poder, á su vez, si el ataque del enemigo fuera simúltáneo por varios puntos, cumplir con sus deberes; porque el fin principal de esta línea no era resistir, sino avisar la presencia del enemigo y acompañarlo durante su marcha entre líneas haciendo tanto más fuego cuanto más numeroso fuera, para denunciar á los puestos de la trocha su dirección é importancia.

Si el enemigo, una vez apercibido de la organización de esta línea y de su principal objeto, dirigía sus esfuerzos á penetrar sigilosamente por entre los grupos centinelas, para sorprenderlos, no podía verificarlo más que con pequeños destacamentos ó partidas, las cuales eran destruidas ó auyentadas, sin que los gerrilleros abandonasen sus puestos ni se alejasen más allá de su acción táctica. Mas si esta clase de hostilidades se repetían, como denunciando un plan formal del enemigo contra la existencia de la línea de vanguardia, se la reforzaba en los puntos necesarios con tropa de infantería de los campamentos de la trocha, que formando pequeñas columnas, avanzaba una ó dos leguas de la línea de grupos, dedicándose á establecer emboscadas y á emplear toda suerte de artificios para escarmentar al adversario cuando pretendiera reiterar sus hostilidades.

Pasado este estado de cosas, que no podía ser muy duradero, porque el enemigo carecía de recursos de boca y guerra en la zona inmediata á la línea de vanguardia, las tropas de infantería volvían á sus campamentos de la trocha, y el servicio de las guerrillas continuaba con su normal regularidad.

Practicando el servicio de esta suerte, hubo día en en que el cabecilla insurrecto Agramonte intentó cruzar dicha línea por once puntos distintos y á diversas horas, y siempre encontró quien le cerrara el paso ó

denunciara su presencia, por lo que convencido dicho jefe y sus sucesores de la imposibilidad de pasar fuerza á las Villas, ni de recibir recursos de esta rica comarca, se limitaron sus relaciones á trasmitirse algunos avisos por medio de correos, que frecuentemente eran aprehendidos y fusilados como espías.

* * *

Hemos dicho en otro lugar, que es importantísimo para un ejército que penetre en país enemigo, dejar aseguradas sus líneas de retirada, que á ser posible deben ser dos que vayan á reunirse en puntos próximos ó se dirijan á los que tengamos ocupados permanentemente, ya con fortificaciones en tierra, ya con la protección de los fuegos de nuestras escuadras.

Las retiradas en los países salvajes y guerreros, son operaciones muy difíciles, porque quebrantada seguramente la fuerza moral de nuestros soldados al retirarse delante del enemigo armado, y aumentada la de éste, sus ataques serían impetuosos y cada vez con más probabilidades de éxito por sernos á cada momento más difícil y embarazosa la marcha, si no hemos de dejar abandonados á nuestros heridos y á las familias indígenas que se hayan adherido á nuestra causa y estén bajo nuestra protección.

Nada es más fácil, por esta razón, que una retirada táctica se convierta en un desastre, como sucedió á la famosa retirada que los ingleses intentaron en Enero de 1842 en el Afghanistan. De 17.000 hombres constaba el ejército que dejó el campo atrincherado de Cabul y se dirigió á la frontera de la India, pero sólo uno llegó á Jellalabad para poder dar la noticia; los restantes, incluso el General en jefe fueron sacrificados ó prisioneros.

En cambio, en la guerra separatista de Méjico, el general D. Ignacio Rayón efectuó una admirable retirada con 4.000 hombres, restos de las destrozadas fuer-

zas insurrectas, que después de atravesar 150 leguas de país hostil, árido y sin agua, se apoderaron de Zacatecas y establecieron allí el centro militar de la insurrección.

La energía del jefe que mande las tropas es, por lo tanto, el primer factor en una retirada táctica.

En estas retiradas el puesto de honor es la retaguardia, y el jefe que la mande ha de ser el más inteligente que haya en la columna, del mismo modo que las tropas de aquélla serán también las más disciplinadas y aguerridas, por lo mismo que han de estar encargadas de la misión más peligrosa y difícil.

Es conveniente dotar á la retaguardia, de piezas de artillería ligera, de montaña á ser posible; pero llevándolas, siempre que se pueda, enganchadas á la limonera para facilitar su manejo, y cuidando siempre de que no queden rezagadas, para evitar su pérdida.

Las tropas de la retaguardia procurarán, no solamente detener con sus fuegos y con las armas blancas al enemigo, sino que procurarán entorpecer su marcha empleando todos los medios posibles. Por esto es conveniente, para una tropa en retirada, ir buscando los bosques espesos ó parajes cubiertos de muchos obstáculos por los que serpentee el camino que siga, pues es fácil irlo interceptando conforme van pasando los últimos soldados, ya sea derribando los árboles, ya por medio de hornillos que destrocen el camino, ya de la manera que pueda el jefe que mande la retaguardia.

Para que estas fuerzas, que han de ser las que más sufrimientos y trabajos tengan que pasar, puedan encontrarse algo más aliviadas de fatiga, será conveniente que sus morrales, mantas etc., las lleven las acémilas ó los demás soldados de la columna, y desde el primer momento en que se rompa el fuego se destinará á la retaguardia suficiente número de camilleros que puedan conducir los heridos desde el sitio en que caigan al lugar más seguro de la columna. Esta previsión es muy importante, pues con ella se evita que los soldados

que sostienen el empuje del enemigo se separen de sus puestos, y que existan pretextos para justificar la ausencia del lugar del peligro.

Las tropas que no formen la retaguardia, deberán poner todo su cuidado en no entorpecer la marcha, en evitar dilaciones y, sobre todo, en guardar el más perfecto orden; para conseguir esto es necesario desplegar un gran rigor para que no se mezclen los soldados de un cuerpo con los de otro, haciéndolo sentir más que á nadie entre los asistentes, acemileros etc., que no tienen un lugar fijo en la formación de los cuerpos.

Muchas veces será conveniente dejar emboscada alguna fuerza á la derecha ó izquierza del camino, advirtiendo de ello á la retaguardia, para que cuando ésta la rebase pueda aquélla acometer de flanco al enemigo y conseguir quizá cambiar la retirada en completa victoria.

*
* *

Oportuno nos parece dar á conocer la conducta que el mariscal Bugeaud, aconseja seguir á las tropas que operen en Africa, puesto que dicho General, autoridad indiscutible en lo que concierne á guerras irregulares, demostró prácticamente la ventaja de cuanto aconsejaba.

Dice así el ilustre duque de Isly:

«El número de los guerreros kábilas no es más temible que el de los jinetes árabes. Como en todas las reuniones de hombres que no tienen organización ni disciplina, el número no influye mucho. Varios hechos de la actual guerra (1) nos obligan á creer que son más fáciles de vencer cuando son muchos que cuando son pocos, porque en el primer caso no se llegan á entender y reina entre ellos la confusión. ¿Quién podría dirigir reunidos y ordenadamente una tumultuosa multitud de cinco y seis mil kábilas? No obrarían inteli-

(1) La conquista de la Argelia.

gentemente hasta que hubiera desaparecido quien los mandara, porque entonces cada uno ejecuta lo que está más conforme con sus costumbres y sus instintos guerreros, y se baten de roca en roca, de emboscada en emboscada. Por numerosos que sean los kábilas es preciso siempre aceptar el combate, ya sean ellos los que ataquen, ya nos esperen posesionados del camino que debemos seguir.

»En el primer caso, que es el más común, es preciso ejecutar un movimiento ofensivo general y prolongado. Como he dicho en otro lugar, se reunen las tropas en el punto culminante ó en cualquiera otra buena posición, si se calcula que es urgente obrar, y se sitúan detrás de las desigualdades del terreno; se hace dejar las mochilas á la infantería, se nombra un batallón para que guarde la posición y las mochilas, se instruye á todos del papel que han de desempeñar y se da la orden para que la retaguardia se replegue rápidamente detrás de la línea ocupada; entonces, á una señal ó á una voz del comandante, todo el mundo se lanza á la vez sobre el enemigo, maniobrando la caballería de tal modo que envuelva á algunos grupos enemigos para entregarlos á la acción de la infantería.

»La persecución debe durar bastante tiempo para obtener, por lo menos, la dispersión completa de los atacantes. Si se consigue que sea vigorosa y larga no se verán más enemigos en el resto de la jornada.

»Hemos dicho que la infantería debía dejar sus mochilas en tierra con el objeto de aligerarla para el ataque; hay, sin embargo, casos en que es preciso conservarlas. Por ejemplo, cuando se está á mitad del camino del punto donde se debe acampar para encontrar agua, vale más decidirse á volver á establecer el vivac en el arroyo ó fuente donde se descansó la víspera, porque si se persiguiese al enemigo sin llevar mochilas en una extensión de dos leguas, sería muy incómodo para las tropas volver á recoger sus efectos y andar además media jornada para llegar á la aguada.

»Nuestras retaguardias han practicado con frecuencia tales movimientos ofensivos: algunas veces son indispensables para obtener algún desahogo cuándo el ataque es violento; pero se comprende que esta ofensiva llevada á cabo por una pequeña parte de la columna, no puede ser ejecutada si no es á corta distancia, porque si la retaguardia se alejase mucho de la columna persiguiendo al enemigo, mientras aquélla continuaba marchando, se establecería bien pronto una distancia entre una y otra que podría ser peligrosa para la retaguardia.

»En general, es conveniente evitar estos pequeños movimientos ofensivos que no pueden producir sino escasos resultados y casi siempre la pérdida de algunos valientes. Es preciso evitar que las tropas se empeñen demasiado en el combate, procurando que se replieguen velozmente bajo la protección de los pequeños escalones que se deben situar sobre posiciones favorables para proteger la retirada del escalón más avanzado.

»El jefe de la retaguardia tiene dos misiones que cumplir: retirarse perdiendo el menor número posible de soldados y no obligar á la columna á que detenga su marcha estando siempre subordinado á ella. No debe perder de vista que la ofensiva decidida y útil no puede partir sino del comandante en jefe, porque es preciso casi siempre que concurran á ella armónicamente todas las tropas.

»El comandante en jefe, á su vez, debe vigilar atentamente la retaguardia y tomar las disposiciones convenientes para que nunca se vea obligada á combatir contra fuerzas muy superiores á ella y á gran distancia de la columna; así es que en cuanto la retaguardia se vea atacada y llegue el hecho á conocimiento del jefe superior, ya sea que la columna vaya subiendo ó bajando, debe ir en persona al punto atacado para juzgar por sí mismo acerca del asunto.

»Si el enemigo es numeroso é importante, dispondrá sus tropas, que tendrá reunidas á poca distancia; pero si los contrarios son algunos tiradores sueltos, no apo-

yados por masas, y que no merecen la pena de que se cargue contra ellos, pondrá en movimiento sus tropas para continuar su camino, ordenando á la retaguardia las disposiciones que haya de ejecutar para no experimentar pérdidas inútiles. Si encontrara en las inmediaciones del camino algún terreno practicable para la caballería, mandará emboscar en él alguna pequeña fuerza de dicha arma que cargará sobre los tiradores enemigos si tienen la imprudencia de seguir molestando la retaguardia de la columna.

»Puede afirmarse que con habilidad, buen golpe de vista, oportunidad y constante atención, sufriremos siempre menos daño que el enemigo que nos siga.

»Si, por el contrario, el enemigo nos espera en una posición, será seguramente muy fuerte cuando él se atreve á tomar tal determinación. Es necesario, entonces, obrar de otro modo; será preciso hacer maniobrar á las columnas que marchen en las alas, sobre los flancos y aún sobre la retaguardia del enemigo; pero si no se dispusiera de tales columnas se enviarán destacamentos para envolver la posición por algún flanco, con objeto de distraer la atención del enemigo, dividir sus fuerzas y obligarlo á cambiar de posición, por lo menos á una parte de sus tropas, cosa difícil de ejecutar por un enemigo que no tiene organización ni disciplina. Los movimientos envolventes producen un gran efecto moral sobre todas las tropas, pero especialmente sobre las que están mal organizadas.

»Si el terreno permite emplear la caballería en estos movimientos envolventes, el efecto moral que producirán en los kábilas será considerable y proporcionarán siempre grandes resultados Es preciso pensar siempre en ejecutar aquello que debilite la moral del enemigo y levante la de nuestras tropas.

»No se atacará una posición de frente hasta que el ataque de flanco ó retaguardia haya comenzado. Se prepara también con éxito el ataque directo de una posición difícil enviándole antes algunas granadas, y

aprovechándose de la confusión que producen, lanzar sobre ella las columnas de ataque, que siempre deben estar apoyadas por una reserva que siga sus movimientos.»

*
* *

Algunas de las guerras que estudiamos llegan á adquirir un carácter tal, que pudiéramos llamarlas guerras de sorpresas y de emboscadas, y esto sucede frecuentemente cuando el teatro de la lucha está cubierto de espesos bosques ó de empinadas montañas y nuestros enemigos no tienen la suficiente fuerza ni cohesión para hacernos frente y librar acciones formales, proporcionándonos en cambio una facilidad ficticia en los movimientos de nuestras grandes columnas y haciendo caer en bien preparadas emboscadas á nuestros pequeños destacamentos, desplegando los recursos de su imaginación en el desarrollo de estratagemas bien combinadas y manteniendo la alarma de nuestras tropas, tanto en la marcha como en los campamentos, con sorpresas y ataques rápidos, que si materialmente no llegan á causar daños de consideración, sostienen un estado de intranquilidad y desasosiego, más propio para desanimar á las tropas, cuando van unidos á las enfermedades que se desarrollan en los climas cálidos, que para levantar el espíritu del ejército expedicionario.

Tan fácil como es para el enemigo sorprender nuestras columnas ó nuestros campos, sobre todo si se descuida algo el servicio de vigilancia, es difícil para nosotros ejecutar golpes de mano ó movimientos atrevidos sin que nuestros contrarios se aperciban de ello, pues es preciso contar con que las columnas de operaciones irán siempre espíadas por enemigos, que unas veces por dentro del *monte* y otras situándose en las cúspides de las montañas, se enterarán de nuestros movimientos y tendrán al corriente de ellos á sus jefes por medio de señales ó de avisos rápidos. Es, por lo

tanto, poco frecuente que podamos llegar á encontrar á nuestros contrarios sin que ellos se aperciban; pero en el caso de que pudiéramos conseguirlo, todo el secreto del buen éxito de una sorpresa estriba principalmente en la rapidez del ataque y en aprovecharse del primer efecto moral causado. Por esta razón debe recomendarse á una tropa encargada de efectuar una sorpresa, además del especialísimo encargo de que en su marcha haga el menor ruido posible y procure mantenerse oculta cuanto pueda, como digimos al tratar de las marchas, que en el momento de tropezar con el enemigo le dirija una nutrida descarga y se arroje sin vacilación ni duda de ningún género sobre él con las armas blancas, dejando una fracción de tropas de reserva, porque de este modo no correrán peligro los soldados de fusilarse unos á otros, y siendo de noche, todo aquél que dispare, puede ser considerado como enemigo y acosado por nuestras bayonetas.

El efecto moral causado por el ataque al arma blanca, es muy grande y de él no pueden eximirse á veces ni las tropas más disciplinadas. En Cuba costaba gran trabajo separar de la imaginación del soldado el temor al machete de sus enemigos. Generalmente, los insurrectos, cuando atacaban á alguna pequeña fuerza del ejército, cargaban sobre ella montados á caballo, disparaban sus carabinas y empuñando á seguida el machete herían con él á los que se encontraban á su alcance ó huían, pero se llamaban á consejo si algún grupo se hacía fuerte, armaba bayoneta y los esperaba.

Estos ataques repentinos que llegaron á designarse con el nombre de *macheteo*, nunca causaron bajas numerosas, y las que causaban eran generalmente en los que, poseidos del pánico, volvían la espalda al enemigo y confiaban su salvación en la fuga; sin embargo, las relaciones y referencias de los soldados abultaban de tal modo los efectos del *macheteo*, que las tropas nuevas que llegaban al teatro de la guerra no podían desechar cierto sentimiento de terror al pensar en el

machete de los insurrectos, hasta que los azares de la lucha le hacían comprender que no debían temerlo más que los cobardes.

Si bien nosotros no podremos, generalmente, ejecutar sorpresas y golpes de mano, debemos estar siempre preparados para rechazar los que efectúe el enemigo, que seguramente no los dejará de intentar, y la única manera de evitarlos que tendremos es la estricta observancia de las reglas dictadas para establecer el servicio de vigilancia y el de seguridad.

Así como nuestros enemigos tendrán más facilidad para ejecutar sorpresas y movimientos ocultos, nosotros poseeremos en igual ó más alto grado que ellos, la facultad de idear estratagemas, aunque existen ciertos pueblos cuya malicia y desconfianza es tal, que quizás no consigamos engañarlos nunca, antes bien ellos puedan engañarnos á nosotros.

La estratagema no se aprende en los libros de estudio y muchas veces alguna que ha producido excelente resultado en determinada ocasión, es quizás contraproducente en otras. La facultad para idearlas reside en el ingenio y en la travesura de la imaginación, y es, por lo tanto, tarea inútil dedicarse á enumerarlas; la ocasión, las circunstancias especiales del momento, las condiciones de los naturales, infinidad de detalles que no pueden preverse, determinarán la forma y manera de llevar á cabo las estratagemas.

Cuando en un país existan escasos puntos de aguada y queramos coger prisioneros, pueden cegarse todas aquéllas á excepción de algunas, las más ocultas, que deben dejarse como olvidadas; es casi seguro que si dejamos alguna fuerza emboscada en los alrededores no tardará en coger prisioneros.

Otras veces cuando el enemigo tiene costumbre de ir por la noche á incomodar nuestros fuertes y campamentos, puede situarse á la caida de la tarde algún maniquí formado por un madero clavado en el suelo, una manta y un sombrero, en los sitios donde se sitúan

los centinelas durante el día, separando á éstos á derecha ó izquierda para que los disparos que el enemigo dirija sobre el maniquí no los dañen.

Encender hogueras en una posición, cuando se trata de escapar de la persecución del enemigo ó se intenta alguna empresa que tenga por base engañar al enemigo, y abandonar la posición durante la noche dejando las hogueras encendidas, es frecuente en las guerras de que hablamos.

En el Canadá esperaban los norte-americanos un ataque nocturno de los ingleses, y dejando, en la margen de un arroyo que ocupaban, las hogueras encendidas, fueron á emboscarse en la otra rodeando el antiguo campamento. Llegada la noche no tardaron los ingleses en llevar á cabo su proyecto, y atacaron rudamente el campamento americano; al llegar á él, sus contrarios pudieron fusilarlos á mansalva á la luz de las hogueras.

A una estratagema parecida debió su salvación Montejo y sus escasas tropas cuando marchó á ocupar el Yucatán en aquellos tiempos brillantes de nuestra historia.

Encontrábase el capitán español en el interior del país, falto de recursos de todo género y después de sangrienta y desgraciada batalla en la que vió caer lo más escogido de su gente, ocupando una posición defensiva cuyos alrededores estaban tomados por los indios, cuando sobrevino una noche oscurísima que parecía enviada para favorecer su fuga. Mandó Montejo que se guardara el mayor silencio, hizo envolver con lienzos los cascos de los caballos para apagar el ruido de sus pisadas por aquel suelo pedregoso, y á fin de burlar mejor la vigilancia de les indios, mandó amarrar un perro á un poste flexible provisto de una campana, poniendo delante de él, pero lejos de su alcance, un pedazo de carne que el hambriento animal se esforzaba en vano por coger.

El sonido de la campana y los ladridos del perro

hicieron creer á los indios que sus enemigos continuaban en su campamento, mientras nuestros compatriotas caminaban cautelosamente hacia el Sur en dirección de la costa. Al amanecer echaron de ver los indios la estratagema de los españoles y se lanzaron enfurecidos en su seguimiento, pero al darles vista, Montejo y los suyos habían ya llegado, aunque con duras penas, á orillas del mar y al territorio de un príncipe pacífico que les dió asilo.

Suele algunas veces dar resultado aparentar en el campo de batalla mayor número de fuerzas de las que realmente se tienen, haciendo formar á los habitantes de un pueblo por ejemplo, para atemorizar al enemigo ó para dejar las fuerzas aparentadas como guardadoras de una posición y emplear las efectivas en algún movimiento envolvente.

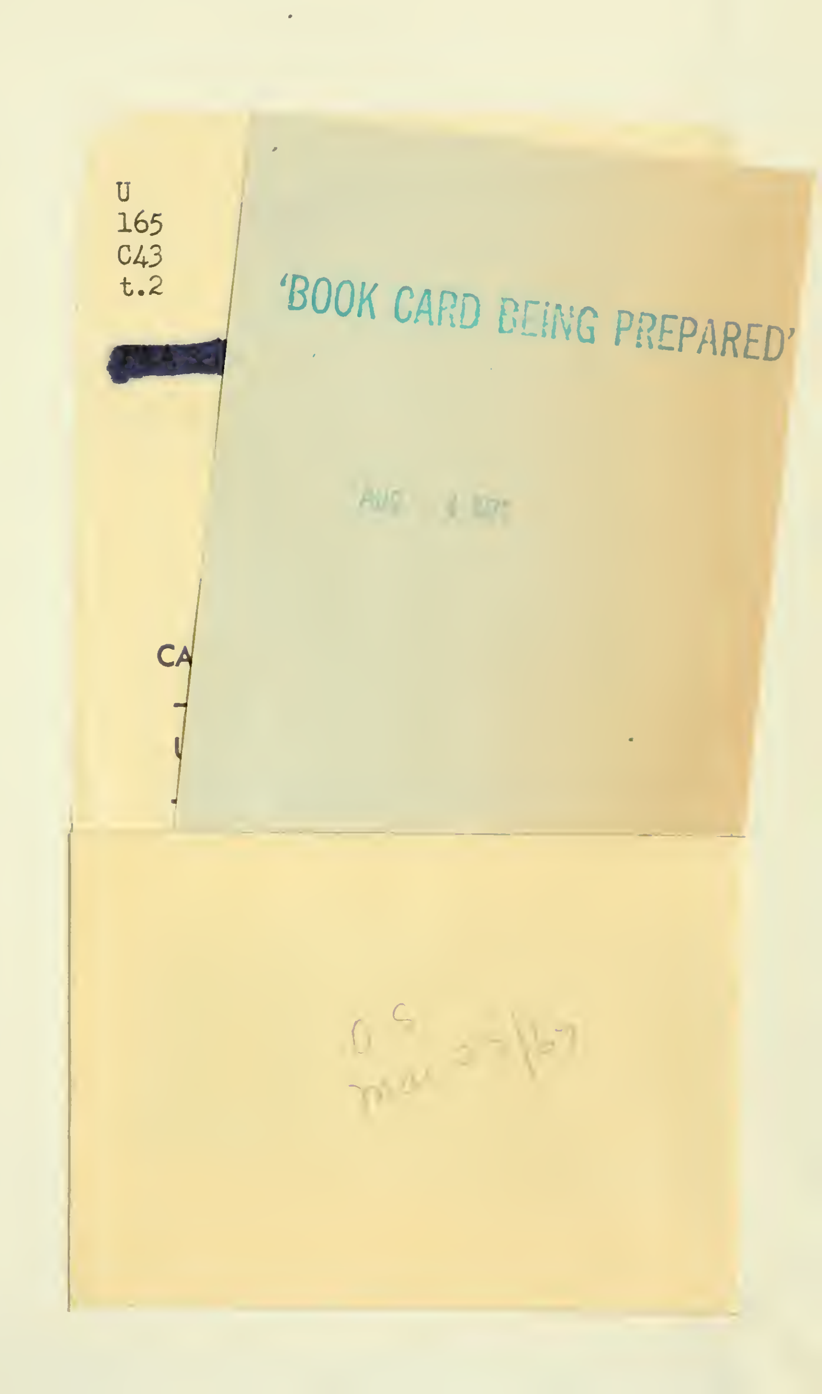
Esta estratagema dió buen resultado á los mejicanos en la guerra separatista, ocupando una posición ventajosa que dominaba á Zacatecas, por una línea de batalla con intervalos, formada con todas las mujeres que acompañaban al ejército insurrecto y colocando al frente de la línea una pieza de artillería; temerosos nuestros soldados por la importancia del enemigo y las dificultades que presentaba á la vista, la toma de la posición, no se atrevieron á atacarla y el ejército mejicano se vió libre de una activa persecución.

En 1868 llevaron á cabo los paraguayos una estratagema que á no ser por la activa vigilancia de los brasileños les hubiera costado la pérdida de sus mejores barcos. Hallábanse algunos buques pertenecientes al Brasil anclados en el río de la Plata, que en casi todas las épocas suele arrastrar con su corriente grandes masas de yerbas, ramas, troncos, etc. que se desprenden de sus orillas y que se asemejan á grandes islas flotantes. Los paraguayos unieron de dos en dos 48 barcos que llenaron de soldados y cubrieron completamente con yerbas, dejándolos deslizar por el río, una noche bastante oscura. Las barcas llegaron á tro-

pezar con los barcos brasileños, y si no consiguieron su intento los soldados paraguayos, se debió al rápido aviso de un centinela de uno de los buques.

Por lo demás, lo repetimos, en cada caso particular, en cada momento, pueden ocurrirse estratagemas aplicables á proporcionar daños al enemigo ó á engañarle completamente acerca de lo que nos convenga; pero no pueden darse reglas fijas, moldes exactos, en un asunto que entra en el dominio del ingenio, el golpe de vista y la improvisación.

ÍNDICE.


U
165
C43
t.2
'BOOK CARD BEING PREPARED'

